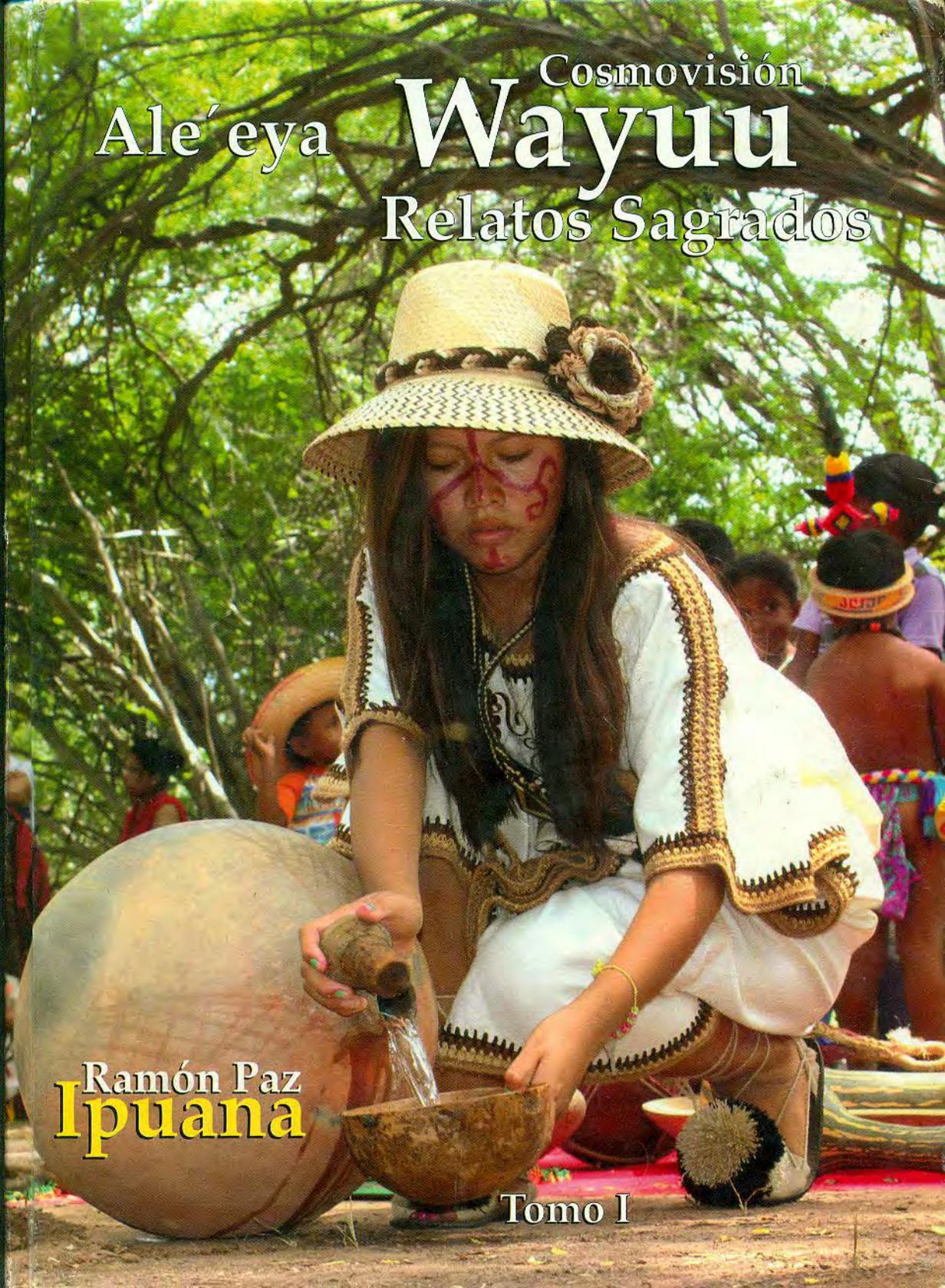


Cosmovisión  
Ale'eya **Wayuu**  
Relatos Sagrados



Ramón Paz  
**Ipuana**

Tomo I

ALE'EYA

Neima Paz.

# ALE'EYA

Relatos Sagrados

fondo editorial  
Wayuu  
Araucayuu



Tomo I

Cosmovisión  
**Wayuu**  
Relatos Sagrados

Ramón Paz Ipuana

TOMO I

**ALE'EYA**  
**COSMOVISIÓN WAYUU: RELATOS SAGRADOS**

Ramón Paz Ipuana

© Asociación Wayuu Araurayu  
Asociación de Jefes Familiares de la Zona Norte de la Alta Guajira

Representantes Legales  
Rafael Ángel Iguarán Montiel  
Custodio Valbuena Gouriyu

Directora del proyecto del S.E.I.P. -(Sistema Educativo Indígena Propio)  
María Taide Valbuena Gouriyu

Grupo de investigación: Lenguas Indígenas de Colombia *Epeyii*  
Rafael Mercado Epieyu  
Camilo Andrés Delgado Rodríguez

Transcripción de los textos e Ilustraciones:  
Rusvel Machado Uriana

Concepto Editorial:  
Jairo Alonso Jiménez

Corrección editorial y estilo:  
Hernan Darío Correa  
Camilo Andrés Delgado Rodríguez

Diseño Gráfico:  
Jessica Katerine Zea Carvajal  
Ginna Paola Martínez Moreno

Fotografía Portada:  
Óscar Rodríguez

Impresión:  
Fondo Editorial Wayuu Araurayu

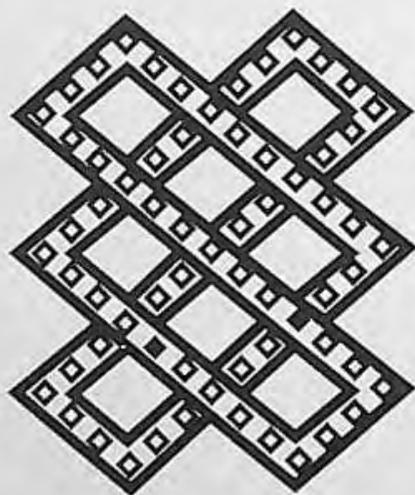
Primera edición, diciembre de 2016  
Riohacha, La Guajira

ISBN: 978-958-58293-1-2



### Agradecimientos

Esta magnífica obra ha germinado gracias a los hijos del maestro Ramón Paz Ipuana: Neima, Esmeralda, Neida y Mayui; quienes cuidaron, conservaron y esperaron el momento adecuado para que este gran árbol esparciera su sabiduría. Al Fondo Editorial de la Asociación Wayuu Araurayu por creer en la confortante sombra que puede brindar este gran árbol a los procesos educativos de la Nación Wayuu, especialmente, a Taide Valbuena Gouriyu, Gustavo Valbuena Gouriyu y Saraith Iguarán, quienes coordinaron su publicación. Al grupo de investigación Epeyüi: Rafael Mercado Epeyü, Camilo Andrés Delgado y Rusvelt Machado Uliana; quienes treparon el gran árbol para organizarlo y pulirlo. A Ezequiel Prieto Hernández, quien desde su sabiduría ancestral ha reafirmado y asesorado editorialmente la presente publicación. Que este gran árbol escrito con la sabiduría de Mma' (Madre Tierra), sea un aliciente para seguir esparciendo conocimientos a las semillas del futuro.



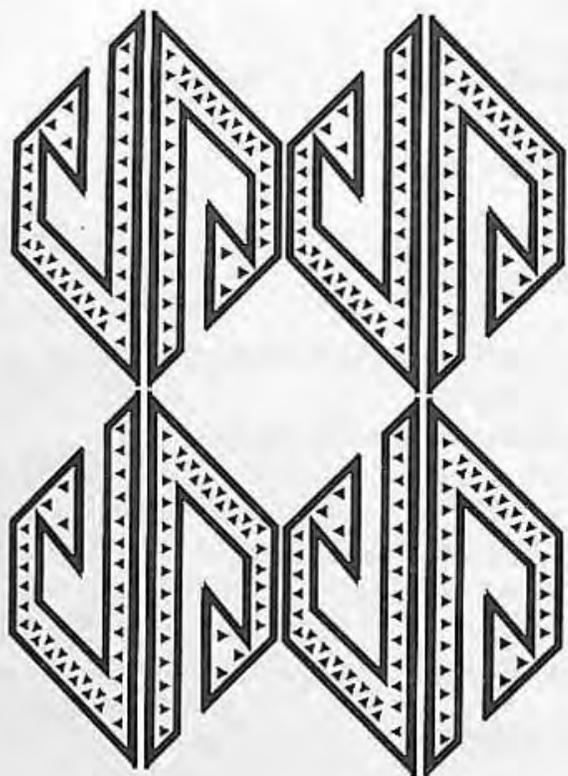
*Antajirasüyaa*: La imagen representa la forma de algo que se encuentra, llega y se cruza; bien sea un camino o una línea. Esta figura se usa básicamente para el tejido en hilo.

### ÍNDICE

PRÓLOGO	15
Rafael Mercado Epeyü	
SEMBLANZA RAMÓN PAZ IPUANA	29
INTRODUCCIÓN	35
Ramón Paz Ipuana	
I. PRINCIPIOS FORMADORES DE LA CULTURA WAYUU	
LA GRAN ABUELA Y EL GRAN ABUELO	40
<i>Sawai-Piuushi</i> (La gran abuela y siempre madre)	40
<i>Araliatu'u Warattui. Latu'u - Riilapü</i> (El Gran abuelo y siempre Padre)	40
OTROS PRINCIPIOS FORMADORES	42
<i>Mma'</i> (Tierra, la gran madre nuestra)	42
<i>Palaa</i> (Mar, la gran madre nuestra)	44
<i>Juyá</i> (Lluvia)	44
<i>Jouttai</i> (Viento)	44
<i>She'e palaa</i> (gérmes vivientes bajo el mar)	45
<i>Jemíai</i> : El frío atmosférico	45
<i>Mannuuya</i> : La niebla, el rocío	45
<i>Maintüsüi</i> : La gran calma. También se le llama <i>Jimatuy</i> , la suprema quietud	45
<i>Maiññatuu</i> : La bonanza, el silencio	45
<i>Outaa</i> : La muerte	45
<i>Wanüliüü</i> : El mal. El espíritu maligno	45
<i>Lapii</i> : El sueño ✓	45
Las Constelaciones	45

GENERACIÓN DE LOS PRINCIPIOS FORMADORES	47
Etimología y descomposición del vocablo malei'wa	48
LA ORALIDAD INDIVIDUAL Y COLECTIVA, MECANISMO DE TRANSMISIÓN DE CONOCIMIENTO	49
II. RELATOS SAGRADOS	
UNA VERSIÓN SOBRE LOS HIJOS DE JUYÁ (LOS MELLIZOS TRANSFORMADORES MA'YUI Y ULAPIUY)	54
EL VIAJE DE MOKOCHIRA	68
LOS VIAJES DE MA'AYUI Y ULAPIUY	72
<i>Ma'ayui ee Ulapiuy</i> y el origen del Guáimaro	88
<i>Mou'wa</i> y <i>Ma'ayui ee Ulapiuy</i>	91
Los animales y <i>Mma'ayui ee Ulapiuy</i>	94
<i>Ma'ayui ee Ulapiuy</i> vencieron a <i>Walunkaa</i>	98
EEMUÑRE MASA'AWATUJIN (HACIA LO INALCANZABLE)	105
NAKUAIPAJIRAA NAA PIAMASHIHKANA PULASHII (DESAFÍO DE DOS GENIOS)	111
LOS PERCANCES DE ULEPALA	117
<i>Jepira</i> (La Mansión de los Espíritus)	117
<i>Ulepala</i> comparece ante <i>Juyá</i>	136
LOS TRABAJOS DE ULEPALA	140
<i>Asi'ira ne'ejena Juyá</i> (Abreviar los caballos de Juyá)	140
<i>Asiiyaja ne'ejena Juyá</i> (Ensillar el caballo de Juyá)	145

<i>Peer</i> (Las Perdices)	147
<i>Mapa</i> (Las abejas)	149
<i>Maiki</i> (El maíz)	153
<i>Atpanaa</i> (Los Conejos)	155
<i>Irama</i> (Los venados)	156
<i>Pitshuushi</i> (Los frijoles)	159
<i>Kalapasü</i> (Las patillas)	160
JUYÁ ULEPALA EE JAMÜ (UNA RELACIÓN SOBRE ULEPALA Y EL HAMBRE)	165
LOS WUNU'U - PLANTAS (CÓMO LAS VEN LOS WAYUU)	176
<i>Maleiwa</i> y los <i>Wunú'u</i>	182
<i>Wane'etuunai</i> (El Duende de los Bosques)	184
<i>Wane'etuunai</i> Vengativo	186
WANE NÜCHON JUYÁ IRUALAA (UN HIJO DE LA LLUVIA)	188
NÜCHUKUA SIKI (EL ORIGEN DEL FUEGO)	193
LOS DOS VIAJEROS	206
SHOKOTO BUSCA MUJER	210
OUNAA (EL VIAJE)	215
NUCHUKUA WALIRU (LAS AVENTURAS DEL ZORRO)	220
NUCHUKUA SAMULU EE ANUWANA (EL ZAMURO Y EL REY ZAMURO)	224
KAULA NUMAA ANNEERÜ (EL CHIVO Y EL CARNERO)	235
ANIMALES QUE HAN TRASCENDIDO EN LA MITOLOGÍA WAYUU	242



*Esta gráfica básicamente se usa  
en tejido de fibra vegetal.*

## PRÓLOGO

*La imaginación poética y profética tienen la tarea, en la historia, de despertar a los muertos. De ayudarnos a caer en la cuenta de que el pasado tiene un futuro<sup>1</sup>.*

En estos dos tomos, Ramón Paz Ipuana, ha logrado escribir y explicar los rasgos propios de la sociedad *Wayuu* y nosotros hemos de seguir manteniendo nuestra visión de mundo a partir de este gran legado. Después de leer y estudiar las obras inéditas escritas a máquina y dimensionar el gran aporte de esta monumental obra dejada por éste prolífico escritor, me entregué a la tarea ardua de darle nombre, organizarla y ponerle coherencia. Este trabajo de retoque final Ramón Paz Ipuana lo hubiera desarrollado de acuerdo con su sabiduría y experiencia, pero lastimosamente abandonó este mundo de una forma prematura. Por esta magnífica obra este autor será recordado por los siglos venideros cada vez que sus pensamientos sean leídos por aquellas personas que se encuentran sedientas del conocimiento de la sociedad *Wayuu*. Durante su vida fue una persona íntegra y poseedora de una gran sabiduría fecunda, al igual que aquellos ancianos y ancianas *Wayuu* que relataron todo lo que escribió con su estilo universal.

Es de mucha responsabilidad escribir este prólogo, ya que es una invitación para que los lectores entren y conozcan finalmente los pensamientos ancestrales de nuestros abuelos y abuelas *Wayuu* condensados en los tomos denominados "*Cosmovisión Wayuu: relatos sagrados*" y "*Conceptos y descripciones de la cultura Wayuu*". Espero que los lectores se deleiten de esta gran obra literaria, donde se puede aprender de la visión del mundo *Wayuu*. Esta impresionante obra es un gran ejemplo que el futuro no hay que descubrirlo así como hizo

<sup>1</sup> R. Garaudy, citado por Alessabdro Pronzato en "*Cansados de no caminar*", 1982.

Cristóbal Colón, tenemos que trabajar por él, crear ideas para alcanzarlo, y esta es la manera más sabia que se puede hacer para desafiar y vencer las fuerzas destructoras de la modernidad del extranjero, del blanco, del *Alijuna* (el que causa dolor).

Cada palabra escrita que se encuentra en estos tomos ha sido bañada con luz dorada de la mirada de las estrellas, de la luna, del sol, porque fueron escuchadas en presencia de cada una de estas deidades y como todo un poeta de las letras, Ramón Paz Ipuana, de la manera más bella escribió esas palabras ancestrales que conforman la vida, el pensamiento y el cuerpo de estos libros.

Estos libros son los textos más significativos y sagrados que se haya escrito sobre la sociedad *Wayuu*, es una mirada hacia el pasado mostrando el trayecto que ha recorrido la vida de nuestros ancestros. Con leerlo será como un descanso para detenerse y reflexionar un poco sobre la importancia de la vida y luego mirar hacia adelante ya con más calma y responsabilidad para darle continuidad a lo que hemos heredado.

Ramón Paz Ipuana en medio de las grandes oleadas de los discursos racistas y discriminatorios, tuvo que arriesgarse y enfrentarse a esas olas para alcanzar a grandes brazadas todo eso que había sido arrebatado de nosotros, esta es la gran lucha que vivió, y aún seguimos viviendo para seguir siendo lo que somos, *Wayuu*. Este legado guardado en estos dos tomos se ha convertido en nuestro barco y en él nos sentimos seguros y ahora estamos más tranquilos para llegar a nuestra meta: seguir siendo indígenas en medio de este mundo dinámico y globalizante, pero sin olvidar que esto es un trabajo escurridizo, exageradamente en constante movimiento por la fuerza de los vientos contrarios.

El despojo de nuestra esencia se originó de la catástrofe, la barbarie que se llamó "conquista", exterminó muchas sociedades indígenas y otras han quedado mutiladas, sobre estas han creado muchas tesis an-

tropológicas que han permitido obtener títulos de doctores a muchos *Alijuna*, y estos señores *Alijuna* los cuelgan en sus oficinas para tenerlos a la vista. De esta manera manifiestan a sus visitantes que ellos son los más sabios de esa sociedad que han estudiado, pero el argumento de estas tesis doctorales, así como alguna vez escribió Ramón Paz Ipuana, no son más que *bellas mentiras* y estas *bellas mentiras* son las que se han repetido por muchos años por la nueva generación de *Alijuna* y por los *Wayuu* que han ido a las universidades.

El barco de la catástrofe de la barbarie que se ha anclado desde hace centenares de años en nuestras playas, aparte del exterminio, ha creado al frente de las sociedades indígenas una muralla que tiene una apariencia indestructible llamada "civilización moderna". Esta "civilización moderna" ha creado un modelo cognitivo en nosotros permitiendo la aparición de abismos titánicos de engaños y de conceptos falseados de nuestra Naturaleza Indígena y lo peor de esto es la esterilidad racional de la generación actual de los *Wayuu* sobre la esencia del ser *Wayuu*. Pero hay personas, asociaciones indígenas que creen y que están convencidas que hay que ir contra la fuerza aparentemente invencible de la "civilización moderna", no usando las armas que se encuentran dentro de este barco, sino, con una estrategia lingüística, social, cognitiva, educativa para seguir siendo lo que queremos, *Wayuu* -porque solo queremos seguir siendo *Wayuu*-. Para lograr esto debemos apoyarnos en la sensatez y en la sabiduría de los ancianos, así como el legado de Ramón Paz Ipuana que ha dejado en sus obras, especialmente las que se presentan en los siguientes tomos: "*Cosmovisión Wayuu: relatos sagrados*"; y "*Conceptos y descripciones de la cultura Wayuu*".

El germen de esta catástrofe de la barbarie aún existe en algunos *Alijuna* y *Wayuu*, más fuerte era en los años 60 en el contexto histórico de Venezuela con relación a los temas étnicos, era una situación donde se colocaba al indígena en una posición de inferioridad frente a los *Alijuna*. Viviendo esto Ramón Paz Ipuana lo motiva para regresar al territorio ancestral porque vio que allá en esas sabanas áridas, en esos

desiertos solitarios a la vista del *Alijuna*, en esos territorios agrietados existe una sociedad que es más fértil en generosidad, en valores humanos y en sabiduría. Sabía que allá escucharía relatos que le describirían su origen, identidad e historia, para de esa manera demostrar la riqueza de su sociedad superando la etapa de sumisión, incapacidad, inferioridad y pleitesía hacia el *Alijuna* como ser superior. Al lograr todo esto, Ramón Paz Ipuana se convierte en el más destacado historiador, poeta, escritor y educador *Wayuu*. De acuerdo con lo anterior, considero que estos dos tomos que presentamos es una parte fundamental de las vivencias del autor en su retorno espiritual hacia sus orígenes, logrando así devolver la dignidad de su sociedad, su nación *Wayuu*, como lo nombra muchas veces en estas obras.

En medio de esas oleadas de esos discursos racistas en los años 70, Ramón Paz Ipuana, realza a las sociedades indígenas proponiendo que en los relatos sagrados que narran sus orígenes se encuentran sus estructuras ideológicas, y esto para las sociedades indígenas, se convirtió en su herramienta política en medio de las luchas sociales contemporáneas.

Es en el año 1974 cuando Ramón Paz Ipuana publica su primera obra *"Mitos, leyendas y cuentos Guajiros"*<sup>2</sup>, donde manifiesta su posición en la introducción de la misma:

<sup>2</sup> El decreto 2500 del 2010 nos ha invitado a reflexionar seriamente sobre el pensamiento profundo que tienen los abuelos sobre qué es ser educado y cómo se educa en la cultura *Wayuu*. En el proyecto que se ha emprendido para escribir el S. E. I. P (Sistema Educativo Indígena Propio) se ha tomado como base científica y cómo visión antropológica la obra magistral de Ramón Paz Ipuana: *"Mitos leyendas y cuentos Guajiros"*. Las dos obras nuevas que publica el fondo editorial *Wayuu Araurayu*, es la profundización de la obra anteriormente mencionada. En el año 2014 el fondo editorial *Wayuu Araurayu* publicó el libro *"La palabra en la cultura Wayuu: fundamentación teórica para el desarrollo del SEIP"*, para el proceso de publicación de este texto se tuvo como punto de partida filosófica tres relatos sagrados del libro *"Mitos, leyendas y cuentos Guajiros"* (1972): los mellizos transformadores, waleker y el origen de las tribus guajiras.

*Dentro de las culturas aborígenes del continente nosotros tenemos auténticas y originales creaciones dignas de ser conservadas, valoradas y estudiadas.*

*Este deseo de recopilar todo, de integrar todo en varios volúmenes de no dejar escapar el menor detalle de cuanto el WAYUU ha creado a lo largo de su historia, ha sido con el propósito de acabar con ese criterio superficial, peyorativo y paternalista que se tiene del guajiro; al presentarlo y reconocerlo como individuo inferior, o elemento pintoresco que solo sirve para ser exhibido en momentos espectaculares, o cuando la conveniencia del gran público así lo requiera...*

*Muy por encima de todo esto y, como responsabilidad histórica inmediata, nuestro propósito es reafirmar nuestra preocupación por la necesaria supervivencia de las culturas indígenas y de sus grupos portadores. En una palabra, no creer en ninguna tesis sociológica o antropológica negativa sobre indigenismo, sino empeñarnos en seguir una corriente interculturalista cuya posición sea inminentemente positiva y creadora para nuestra integración.*

Ramón Paz Ipuana ha dejado un gran legado de los pensamientos sagrados de la cultura *Wayuu*, registrando por medio del primer tomo, *"Cosmovisión Wayuu: relatos sagrados"*, los relatos que explican los orígenes de las cosas que existen en el cosmos, siendo estos la base fundamental para la construcción del pensar y del ser *Wayuu*. Estos escritos que se nutrieron de las narraciones de los abuelos *Wayuu* fueron y son la expresión para no estar al servicio de los discursos de los académicos que tratan de tener al indígena como algo que se pueda interpretar. Ha puesto de manifiesto que la cultura *Wayuu*, en la manera de entender y comprender el cosmos, es un coro de palabras que cantan, que se escuchan, voces que se oyen de las aves, de los animales, las voces nocturnales, las voces y las palabras ancestrales que se escuchan en el silencio de los atardeceres y los amaneceres, por eso Ramón Paz Ipuana decía: «El silencio es mi aliado».

Son palabras que se entonan con el ritmo poético de los abuelos cuando relatan historias sagradas que llevan pensamientos creadores de la cosmovisión *Wayuu*, donde se instalan los momentos maravillosos de las primeras vidas, de los primeros bebés del cosmos, eso Ramón Paz Ipuana lo explica magistralmente cuando escribió lo siguiente:

*En la [...] oralidad se refleja la realidad múltiple, el universo pluridimensional. La memoria colectiva graba en los individuos a manera de células hipersensibles, los detalles y los pormenores que emanan de su más aguda observación, de su más variada vivencia, de su más destilada concepción, de su más recóndito misterio<sup>3</sup>.*

Por medio de la voz fabulosa y fascinante del pasado depositada y practicada en las memorias de los abuelos, entendió bien que la tradición y la "...usanza, costumbre, ley, práctica moral permanece siempre. Esta se concibe (la tradición), como una vieja que sentada en el camino de los días, cuenta a las generaciones venideras las andanzas que ha vivido. Vieja que no muere fácilmente con los cambios y las innovaciones que imponen las tesis del hombre nuevo"<sup>4</sup>. Fue esta anciana entonces su compañera y guía, su maestra, la que le explicó el significado de la multiplicidad de los pensamientos que se encuentran en la memoria colectiva de los *Wayuu*. Al tener esta anciana como guía e hija de las primeras palabras que se articularon de las vidas primigenias: Ramón Paz Ipuana se introduce en cada una de las dimensiones del saber sagrado de la cultura *Wayuu*. Entra en el espacio sacro del maravilloso mundo de *Lapii* (Sueños), el abuelo que se encuentra en el mundo espiritual de los ancestros, es él quien pone a dialogar a los *Wayuu* con el mundo espiritual por medio de la actividad de dormir.

<sup>3</sup> Paz Ipuana, Ramón, La literatura oral *Wayuu* (I). 1992: Pág. 7. ABORIGEN: revista Nacional, Venezuela.

<sup>4</sup> *Ibid.*

En el segundo tomo, "*Conceptos y descripciones de la cultura Wayuu*", podemos encontrar que los espíritus también pueden aflorar entre las tinajas olvidadas donde alguna vez se guardaron huesos humanos, pero finalmente con la ayuda de *weinshi* (el tiempo) estos espíritus viajan por medio de la Gran abuela la mar (*Palaa*) guiados por la luz de *chili'iwala* (las constelaciones) al mundo otro, denominado en lengua vernácula *Jepira*, la mansión de la suprema quietud, la mansión de los *ayolujaa* (espíritus) olvidados. Luego, al entender la esencia de ser *Wayuu* desde la espiritualidad, se ubica en *Mma'* (Tierra) la madre que nos parió, nos nutrió y aún nos alimenta, la madre que nos devora. En esta madre, los hijos de la Gran abuela *Palaa*, los vientos; estos cantan, bailan en la Tierra. Mientras que el abuelo, aquel que llueve (*Juyá*); el conocedor del origen del agua y sus beneficios para la vida, llega en forma de gotas y estas gotas caen con semillas de plantas comestibles y de plantas medicinales, así de esta manera el abuelo y la gran Madre nos alimenta y nos cura. Estos son los saberes que la anciana transmitió a Ramón Paz Ipuana para plasmarlos en su primera obra ya mencionada. En estos dos tomos que presentamos son la continuidad de estos pensamientos profundos, los cuales ya se encuentran mejor explicados y de manera más detallada. Por ejemplo, en el tomo uno hay una versión de los mellizos transformadores con todas las aventuras que tuvieron desde el vientre de la madre hasta llegar a las constelaciones en busca de su padre y de sus ancestros.

Ramón Paz Ipuana es entonces, sin duda alguna, un gran historiador y pensador *Wayuu*, preocupado por mantener la cultura y desafiar esa muralla llamada "civilización moderna". Recorrió el territorio ancestral y visitó uno a uno a los sabios y a las sabias *Wayuu*, tenía bien claro su propósito; así como alguna vez dijo Orlando Fals Borda, uno de los grandes académicos colombianos: "*Nuestros sabios no están en Europa, con los grandes pensadores políticos que hemos leído en la historia, si no que están acá, en las selvas, en los ríos, están pescando para sobrevivir y a ellos es que debemos escuchar para lograr lo que soñamos*"<sup>5</sup>. Esto fue lo que hizo Ramón Paz Ipuana, dialogó y escuchó a sus sabios, nues-

tros sabios *Wayuu*, los que viven en las orillas del mar, los que pescan con la orientación de las estrellas, los que se encuentran alrededor del *watchuashii* (el desierto), los que están en la cima de la *Makuirra*, los que residen a lo largo y ancho del territorio. Por haber escuchado esas voces llenas de sabiduría milenaria, leer hoy a Ramón Paz Ipuana es abrir una puerta hacia al pasado y a la vez nos invita a transitar por los senderos de las palabras sagradas que escuchó de los sabios abuelos y de las sabias abuelas *Wayuu*. Es adentrarse en el tiempo primigenio para tratar de ver los primeros momentos de la existencia de las deidades de nosotros los *Wayuu*. Es escuchar las voces de las primeras vidas que nacieron de los seres que él denomina «*Los Principios Formadores*».

Ramón Paz Ipuana es la puerta que nos conduce hacia los conocimientos y los pensamientos que han construido nuestra identidad como *Wayuu* y que aún se expresan y se escuchan en el verbo originario de los abuelos y de las abuelas que se resisten a la mutilación cultural.

Los relatos sagrados que plasmó en letras, en el caso del primer tomo: «*Cosmovisión Wayuu: relatos sagrados*», provienen de las palabras que brotaron desde los principios: *Sawai – Piushi* (La Gran Abuela, La Oscuridad de la Noche) y de *Araliatu'u Warattuy Latu'u – Riilapiü* (El Gran Abuelo, Claridad del Cielo). Son palabras que dan cuenta del nacimiento de la vida, del espacio, del tiempo y la sabiduría que surgieron de estas deidades. Relata sobre el primer movimiento de los vientos cuando jugaron en *Süpa'a Jutatui* (espacio de lo infinito, el universo), que explican la existencia del árbol que se balancea bajo la luz del sol y que se nutre de agua cuando la noche llega con su fría presencia.

Palabras sagradas que nos dejó Ramón Paz Ipuana para que no nos olvidemos de nuestra Gran Madre *Mma'* (Tierra) y nos maravillemos frente a su belleza que se encuentra en las diversas formas de sus

<sup>5</sup> La despedida del maestro Fals Borda, Politóloga y periodista de la UNAD, Luz Edith Cometa – agosto 12 de 2008. Recuperado en <http://elturbion.com/?p=723>.

paisajes. Nos invita a reunirnos y saludar al vientecillo que juega en los caminos que aparece en los días soleados y entender el mensaje que ha traído desde los dominios de nuestro abuelo *Juya* (Lluvia). Son mensajes que nos cuentan porqué somos tierra, vegetal y animal. Son pensamientos sagrados que explican porqué el mundo femenino es el principio de la vida y porque finalmente retornamos a la Madre Tierra.

Ese es el gran legado que ha dejado este escritor *Wayuu* para seguir en pie de lucha en la construcción de la Nación *Wayuu*. Su aporte lingüístico a la lengua denominada *wayuunaiki* está totalmente fuera de ese círculo cerrado y egoísta de algunos filólogos y lingüistas, y de aquellos que se autodenominan lingüistas, porque solo se han dedicado en repetir teorías planteadas desde las lenguas escritas, las indoeuropeas, y se olvidan de la manera como las sociedades orales, indoamericanas, relacionan o interpretan el lenguaje y pensamientos en lo cotidiano, por ejemplo Sapir nos dice lo siguiente: «*El lenguaje es un método exclusivamente humano, de comunicar ideas, emociones y deseos por medio de un sistema de símbolos, ante todo auditivos, producido de manera deliberada*»<sup>6</sup>; o como lo diría Ramón Paz Ipuana de una manera sencilla y elegante: «*El narrador es un pintor de hechos con palabras armoniosas, donde pone de manifiesto la riqueza lingüística como máxima expresión de la cultura*»<sup>7</sup>. No existe la idea de si la acentuación es predecible, si es una lengua aglutinante, si los alófonos son sordos, sonoros, vibrantes, si las vocales son cinco o son más, si son 15 o no las consonantes, etc. El aporte que realizó Ramón fue alrededor de la palabra, de su expresión, usó el castellano en la forma en que usaron su lengua, *wayuunaiki*: un vehículo para transmitir una ideología, una creencia. Aunque se dice que es creador de la cátedra idioma *wayuunaiki* en la Universidad del Zulia, pero la mayoría de los textos, incluyendo los manuscritos que he leí-

<sup>6</sup> Sapir, Edward. El lenguaje. 1966: Pág. 14. Para mayor profundización sobre esta afirmación léase: Lenguaje, significado y contexto, John Lyons, 1995 y Bilingüística y capacidad humana, Noam Abraham Chomsky, 2005.

<sup>7</sup> Paz Ipuana, Ramón, Oralidad y ritualidad, 1992: Pág. 35. ABORIGEN, revista Nacional, Venezuela.

do de Ramón Paz Ipuana, no encontré ni uno que estuviera dedicado al análisis fonético de la lengua *Wayuu*, es evidente que su preocupación era por el pensamiento sagrado, espiritual y material de la sociedad *Wayuu*, sea la razón por lo que podemos encontrar en sus textos, palabras y frases como las siguientes<sup>8</sup>:

- *Spa'muín jutatuy*: La extensión del espacio infinito, el universo. *ka'i* (sol), *kashi* (luna), *mma'* (tierra), *paláa* (mar), *shili'iwala* (estrella), *uuchi* (montaña), *siki* (fuego), *wunu'ulia* (plantas), *uchii* (animales), *wayuu* (hombre), etc. Son los que conforman el estado morfológico, o estructural de la naturaleza.
- *Suurula watuushiyuu*: La genealogía o raíz de nuestros ancestros.
- *La dinámica de los elementos cósmicos*: el viento en todas sus formas de intensidad, es un genio inestable, raudo y estallante; las nubes: vellocinos, algodones flotantes, espumas de la mar de arriba; la niebla, una cortina de humo frío; lluvia, un panzudo bellamente feo que se embriaga como los hombres; el relámpago y el rayo, un arma potente sin igual; el trueno, una voz fragorosa eructo de Juya, los temblores de tierra, escalofríos de *mma'*, etc.
- *Juyá* (lluvia): El fecundante padre de la vida, la deidad de las lluvias que fecunda la tierra y la hace parir, para que haya abundancia y sosiego en todos los hijos de la gran madre *mma'*.
- *Kashí* (luna), masculino en *Wayuu*: Preside todos los fluidos de la tierra, desde los flujos y reflujos del mar, hasta las savias de las plantas, la menstruación de las mujeres, el encelo de los animales mayores, la anidación y aovación de las aves, la textura del humor del hombre, la floración y fructificación de las plantas.

<sup>8</sup> Las siguientes palabras, expresiones y conceptos fueron extraídos del texto escrito por Ramón Paz Ipuana en "La literatura oral Wayuu como patrimonio cultural", (IX) Ancestro y oralidad. 1992: Pág. 35. ABORIGEN, revista Nacional, Venezuela.

- *Sumaiwa ma'i*: En tiempos remotos.
- *Sukujamiuu ala'ulayuu*: Cuentan los viejos *Wayuu*.
- *Eetashi wane ka'i*: Estaba un día.
- *Suttia'aya*: Cuando las cosas comenzaron al principio. Con cada una de estas expresiones se identifica el tema de los relatos. Siguiendo la secuencia de la acción inicial, pasando por el trama, el desenlace final y la explicación o moraleja, se concluye con estos términos:
- *Shia makaka sukuwaipa*: Desde entonces...
- *Shia sukuwaiipa*: Por eso es que...
- *Muiñnjatüija yaa*: Así fue como...
- *Shia maka'aye*: Y así tenía que ser... Este mecanismo es constante en todos los relatos de cualquier carácter.

Tales son los aportes lingüísticos que ha dejado a la sociedad *Wayuu*, muy diferente a la realidad de hoy, donde hay meras traducciones, sencillamente aguadas.

Por consiguiente, al leer y comprender esta magnífica obra, me ha llevado a comprender que cada palabra que dicen los ancianos y las ancianas *Wayuu* son sonidos hermosos de la sabiduría que emanan de su ser. También me han hecho un admirador respetuoso de estos sabios que guardan en su invaluable memoria todo ese conocimiento ancestral. Me ha hecho sentir ese llanto de amor que *Ulepala* experimentaba en cada noche por la ausencia de su mujer muerta, me ha llevado por los mares en busca del mundo otro, *Jepira*; pasear por los dominios de *Juya*, aquel que llueve y encontrarme con sus temibles *Amajachii*, jinetes que cuidan y guardan todo lo que se encuentra en sus dominios. Me ha llevado a sentirme asustado en mi chinchorro al saber sobre las fuerzas destructo-

ras de *waniili* y también me ha hecho reír con algunas escenas graciosas de las aventuras de los mellizos transformadores.

Cuando leí por primera vez a Ramón Paz Ipuana, inmediatamente me identifiqué con sus pensamientos y me volví admirador de sus obras literarias, unos trabajos llenos de mucha estética al poetizar las narrativas de las ancianas y ancianos *Wayuu*. Cuando lo leí y lo comprendí, mi lengua, mi mente, mis labios, mi corazón, se volvieron más tranquilos y seguros en el momento de hablar, porque cada uno de ellos había atravesado palabras antiguas y conmovedoras. Me ha hecho saber lo impresionante, lo majestuoso y maravilloso que es el mundo desde la visión de nosotros los *Wayuu*. Esta obra literaria es la más audaz que jamás se haya escrito por un *Wayuu*.

Ramón Paz Ipuana me ha hecho comprender que para vivir en medio de la luz, primero hay que estar y formarse en la oscuridad, para llegar a la belleza debemos pasar primero por la fealdad, para ser terrestres hay que ser primero acuáticos, y me ha enseñado que fui vegetal, animal antes para llegar a ser *Wayuu* y que todas las cosas existen y están gracias al mundo femenino. Para que no sigamos siendo extraños o enemigos del otro debemos ser interculturales, hablar de mí es también hablar del otro.

Ramón Paz Ipuana nos ha dejado un legado para seguir luchando como *Wayuu* y defender nuestra dignidad, libertad, identidad, territorio y nuestros pensamientos. Nos ha dejado bien claro que es un trabajo que nos permite descubrir nuestra esencia, nosotros que luchamos en vivir día a día fatigosamente en medio de un océano de discursos racistas, excluyentes, burlescos; esos mismos que arrebataron una vez todo lo que somos e hiriendo en lo más íntimo nuestro ser indígena, despojándonos de nuestra esencia. Este es el camino que Ramón Paz Ipuana ha trazado para seguir, sea este legado el motivo para encontrarnos, retornar a nuestra creencia, nuestra lengua y así ser una unidad en nuestro territorio, volvamos, por aquí es el camino.

Finalmente, como título global de estos dos tomos el lingüista Camilo A. Delgado Rodríguez<sup>9</sup> propone el nombre de "*Ale'eya*", de acuerdo con la riqueza semántica de este concepto manejado en las obras de Ramón Paz Ipuana, en una de ellas el autor escribe lo siguiente:

*Ale'eya*: Conformación de lo que existe. Lo establecido por costumbre, ley o tradición. Lo que se practica siempre dentro de la cultura. Actos, juicios y normas de conducta que sigue el grupo<sup>10</sup>.

En los tomos que presentamos, el autor también retoma este concepto agregando lo siguiente: "*Lo que siempre es como es. Tal es la Ley, el ordenamiento*" (Tomo I, Pág 48). Camilo Delgado considera que el tomo uno, de acuerdo con el concepto multiséntico de *Ale'eya*, es una condensación de como los Principios Formadores crean "*El ordenamiento de lo existente*" por medio de los Mellizos Transformadores y otros Genios Fecundantes, quienes transmutaron el mundo en su estado actual a partir de los elementos originarios del cosmos. Para el tomo dos, *Ale'eya*, es una evidencia de "*Los preceptos morales de la sociedad Wayuu*": su organización social; instituciones y rituales; normas de conducta y cortesía; culinaria; indumentaria; medicina tradicional; *yonna* (baile *Wayuu*); ritual mortuorio, etc. Este concepto lo resalta Ramón Paz Ipuana cuando la abuela da consejos a su nieta en el *Süchikua süttaa* (encierro de la mujer *Wayuu*):

*Ahora vas a la reclusión a cumplir fielmente los preceptos que se te imponen, Ale'eya, nuestras costumbres y nuestro destino de mujer* (Tomo II, Pág 74).

<sup>9</sup>Pertenece al grupo de investigación en Lenguas Indígenas de Colombia Epeyüi, grupo que cuenta con diversas investigaciones, publicaciones y conferencias acerca de los Símbolos de *e'irukuu Wayuu* (carne - clan), desde el punto de vista mítico e histórico.

<sup>10</sup>Paz Ipuana, Ramón. Mitos, leyendas y cuentos Guajiros. 1972: Pág. 285.

Este investigador *Alijuna* considera, que al igual que las obras monumentales del *Popol Vuh* (libros del consejo de los *mayas k'iche*) y *Yurupari* (relato mítico fundacional amazónico), *Ale'eya* entrará en las páginas de la historia universal, por su gran aporte espiritual, filosófico, histórico y literario basado en la oralidad del pueblo *Wayuu*, una muestra más de la lucidez intelectual de los pueblos de *Abya Yala*<sup>11</sup>.

Muchas palabras regresarán al estómago, el corazón y la cabeza, lugares donde reside la *piitchi anasü* (palabra buena). Muchos elementos primordiales tendrán el papel que se merecen en la creación de *Mma'* (Madre Tierra).

Rafael Mercado Epieyu, Lingüista Universidad Nacional  
Asesor en Educación propia, Asociación Wayuu Araurayu  
Riohacha, Guajira 2014.

<sup>11</sup> Este nombre es dado al continente americano por el pueblo Kuna de Panamá y Colombia, literalmente significa Tierra en Plena Madurez, muy contrario al concepto traído de occidente donde se consideraba a este territorio como Nuevo y en donde a sus habitantes se los veía como menores de edad.

#### SEMBLANZA RAMÓN PAZ IPUANA



Ramón Paz Ipuana, escritor e historiador *Wayuu*, quien se formó en medio de un tiempo muy agitado por las manifestaciones de las luchas sociales en Venezuela en los años 60 y 70. Ese movimiento estudiantil y de docentes fue una lucha por sus derechos frente al gobierno, donde la respuesta del gobierno decía explícitamente: «disparen primero y averigüen después», ordenado por Rómulo Betancourt para exterminar a los líderes revolucionarios.

Por otra parte se enfrentaría a la discriminación y al racismo que se propagaba en toda la región de América Latina y el Caribe, siendo este discurso el culpable de la miseria y pobreza de los grupos étnicos. La lucha más significativa fue la de superar esa fuerza destruc-

tora de la discriminación racial y así de esta manera reclamar el respeto a los derechos colectivos y mejorar la calidad de vida de los grupos étnicos, principalmente su sociedad *Wayuu*.

Ramón Paz Ipuana nació el 17 de Diciembre de 1937 en territorio *Wayuu* en un lugar denominado Yosuitpa, donde habitaron sus ancestros y donde actualmente se encuentran sus restos mortales, dado que fallece en 1992. Este territorio se encuentra ubicado en el Municipio Guajira, estado Zulia, Venezuela. Hijo de Francisco de Luque Sapuana (Llamado El Guapo) y Josefina González Ipuana. A los cinco años fue adoptado por Ángel Paz de quien heredaría el apellido y quien lo trasladaría de La Guajira al Mojan, Municipio Mara, Venezuela. Sin embargo, Ramón seguía teniendo un vínculo muy cercano con su familia biológica, a quienes visitaba constantemente. Por esa razón no olvida su lengua materna y conocimientos sobre su cultura, de su madre escuchó el relato de waleker. Después de haber alcanzado sus estudios escolares de bachiller docente en la Escuela Normal Alejandro Fuenmayor de Maracaibo le interesó investigar y escribir de manera profunda sobre su cultura de la mano con los ancianos y ancianas *Wayuu* de ese tiempo. Desde allí significa el nacimiento del más destacado educador, escritor, historiador y poeta.

Su aporte a esta lucha contra la discriminación y el racismo étnico ha sido por medio de la educación, donde ha planteado que el único medio para que se integre la diversidad al sistema nacional impuesto, es por medio de la educación; plantea claramente que esto debe fundamentarse desde la experiencia del bilingüismo y de la interculturalidad. De acuerdo con Álvaro Bello y Marta Rangel, Consultores de la División de Desarrollo Social, CEPAL: "La difusión de estos modelos educativos ha sido lenta, aunque en países como Guatemala, Ecuador y Bolivia han adquirido importancia nacional"<sup>1</sup>. Últimamente se ha implementado este modelo en Colombia, dentro del Decreto 2500 de 2010.

<sup>1</sup> Revista de la CEPAL, 2002: Pág. 42

La lucha de los pueblos indígenas que vivió Ramón Ipuana, reside en el momento en que los europeos se proclaman seres superiores frente a las sociedades indígenas consideradas como inferiores. Desde ese momento se ha continuado con el atropello y la violación de los derechos colectivos. Así como hemos recorrido un poco la vida de Ramón Paz Ipuana, también nos ubicamos en su tiempo para analizar la memoria de cómo fue y qué sucedió en esos años cuando él tomó la decisión de recorrer la guajira palmo a palmo.

Para terminar esta breve semblanza de Ramón Paz Ipuana, nombraremos algunos de los lugares donde trabajó y los reconocimientos que recibió en vida y post mortem:

» Maestro de aula en diferentes sectores de la Guajira, en el Municipio Mara: Instituto Privado Nuestra Señora del Carmen en las asignaturas de Literatura Universal, Sociología y Formación Moral y Cívica.

» Escuela Nacional Jesús María Sistiaga; Escuela Nacional La Sierrita, en el municipio Guajira, Unidad Educativa Fe y Alegría Paraguipoa; Unidad Educativa "Orangel Abreu Semprun"; Escuela Básica Nacional Puerto Aleramo; Escuela Básica Yaguasirü; y Escuela Básica Nacional de Molinete.

» Conferencista al servicio de la Universidad Central de Venezuela, en el año 1965, Escuela de Sociología, Antropología y Educación.

» Precursor y Asesor de lingüística del programa de Educación Intercultural Bilingüe del Departamento de la Guajira (Colombia).

» Profesor de la cátedra electiva Literatura Guajira; creador de la cátedra de idioma Wayuunaiki en la Escuela de Letras de la

Facultad de Humanidades en la Universidad del Zulia.

» Profesor de lengua Nativa y Literatura en todos los cursos de régimen de Intercultural Bilingüe para la formación docente y profesionalización de maestros, realizado en el municipio de Páez y Perijá.

» Fue profesor y miembro de la Fundación La Salle, en la ciudad de Caracas.

» Fue profesor en la Universidad Pedagógica de Barquisimeto.

#### Reconocimientos:

» El Conejo y el Mapurite, mejor libro del año, Ediciones Ekare, 1986.

» Reconocimiento como Padrino de promoción, Escuela de Yaguasiruu, 1982.

#### Post mortem

» Las Escuelas que llevan su nombre son Fe y Alegría "Ramón Paz Ipuana" en Cojoro, Municipio Guajira, Venezuela.

» Escuela Ramón Paz Ipuana, Barrio la tubería vía a Tule, Parroquia Idelfonzo Vásquez, Maracaibo, Venezuela.

» Sala de lectura "Ramón Paz Ipuana" en La Biblioteca pública Juyo'u, ubicada en Paraguaipoa, Municipio Guajira, Venezuela.

» La sala de ciencias y tecnología de la escuela básica Puerto Aléramo también lleva su nombre.

» "Maestro del Año" nombrado por la Asamblea Legislativa del Estado Zulia (1992)

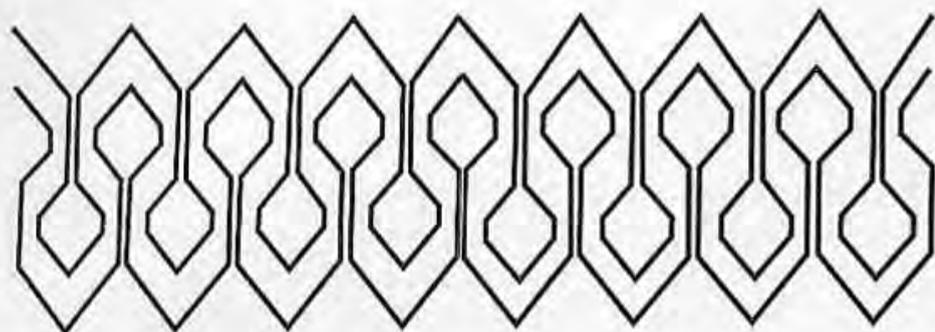
» Reconocimiento a la mejor labor educativa del año "Ramón Paz Ipuana" en su única clase. Que se entrega anualmente por la cámara Municipal Guajira. Se creó en el año 2007

» Como "Maestro de Maestros" en el día internacional de los pueblos indígenas del mundo en Yaguasiruu, 2008.

» Recibió reconocimientos post mortem por las siguientes instituciones: CONAC, Secretaría del Estado para el Municipio Páez, lo que hoy es Municipio Guajira. Unidad Educativa Orangel Abreu Semprun y La Universidad del Zulia.

» Diálogo en homenaje a la obra magistral de Ramón Paz Ipuana realizado por la Asociación Wayuu Araurayu y Organización Wayuu Painwashi, Riohacha, La Guajira, 2011.



*Pasatalouyaa*

## NOTA

En desarrollo de los acuerdos con la familia del Maestro Ramón Paz Ipuana, y del criterio editorial de conservar lo propuesto por él, en los textos se ha conservado la referencia del idioma *Wayuu* como "Guajiro", y en algunas ocasiones de los *Wayuu* como Guajiros, a pesar de que es un tema superado en Colombia, donde se produjo una diferenciación hoy vigente entre los dos términos como parte del proceso de reconocimiento del pueblo *Wayuu* como tal a partir de finales de los años ochentas. Asimismo, se han conservado lo que pudiera leerse como arcaísmos castellanos en muchas expresiones verbales o adjetivas dentro del tomo I, los cuales aún se usan cotidianamente entre algunos *Wayuu*, e incluso en ciertas zonas de la Guajira, la antigua provincia de Padilla, hoy departamento del Cesar, Colombia; y estado de Zulia, Venezuela. Igualmente, consideramos que la intención del autor en incluir el *voseo*, se basa en la literatura costumbrista, en la que su estilo estético tenía entre sus fines representar el habla cotidiana. De otra parte, en la transcripción de las palabras y vocablos en idioma *Wayuu* (*wayuunaiki*), se ha adoptado el ALIV (Alfabeto de Lenguas Indígenas de Venezuela) y ortografía propia del autor, donde el uso de tildes se ha limitado a ciertas palabras de pocas sílabas como *Kashi*, y se recuerda al lector la predominancia de los acentos esdrújulos del idioma *Wayuu*. A lo largo del libro las palabras en idioma *Wayuu*, incluyendo los nombres propios, se han transcrito en cursiva (Nota de los editores).

## INTRODUCCIÓN

Motivados por el ansia de volver la vista hacia el pasado y ver las reminiscencias majestuosas que aún quedan de nuestra cultura indígena, hemos organizado este conjunto de relatos sagrados de la cultura wayuu escuchados directamente de la solemnidad de las palabras de los ancianos y ancianas, los más versados y versadas de la sabiduría milenaria.

En estos momentos nos envuelve una gran preocupación y una tremenda responsabilidad con nuestros niños, niñas y jóvenes wayuu, como es la de querer revivir y rescatar del olvido un rasgo de nuestra cultura espiritual y material hasta entonces desconocida y subestimada.

Si la Guajira ha cambiado en muchos de sus aspectos culturales; si todo se ha trastocado en una desconcertante mutilación de tradiciones, aún nos queda la filosofía de la vida en la oralidad de los ancianos y ancianas que todavía se resisten a la mutilación cultural, la cual podemos ver, por ejemplo, en los trajes autóctonos como símbolo de un pasado que se resiste a morir ahogado en los cambios del tiempo y la "civilización".

"La civilización" como toda fuerza que influye, desintegra y sustituye, en complicidad con el tiempo que origina cambios, ha transformado enteramente la vida del wayuu y con ella su modo de pensar y de vestir, para presentarnos hoy una visión falsa y simplista de lo que es en sí el valor y la calidad de nuestros pensamientos sagrados y de nuestra indumentaria. Por ello lo que tras un intento inicial queremos hacer con prontitud, es rescatar del olvido y admirar en toda su plenitud esos tesoros que se nos van perdiendo por falta de empeño en conservarlos.

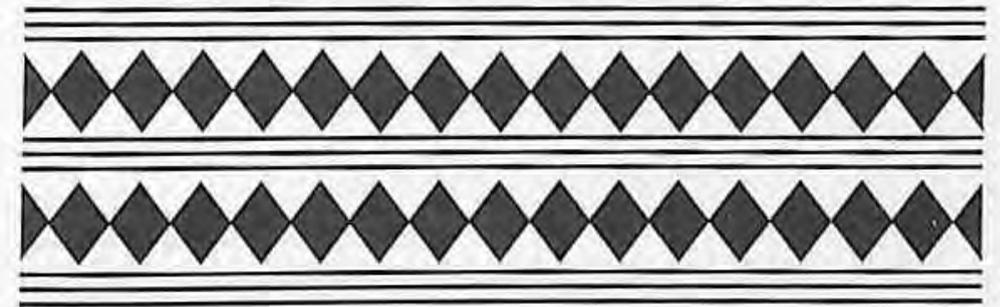
En estos dos textos referidos a la "*Cosmovisión Wayuu: Relatos sagrados*"; y a "*Conceptos y descripciones de la cultura Wayuu*", queremos brindar al público y al conjunto de generaciones de jóvenes actuales *Wayuu* un concepto auténtico de lo que hasta hoy se desconoce de la sabiduría *Wayuu* en todas sus expresiones, para que tengan una idea completa de la profundidad de cada una de ellas y de las palabras que se articulan en la oralidad, así como de su atractivo, valor estético, originalidad, profusión y majestuosidad. No por mero prurito de exhibición ante la curiosidad de un público exigente acostumbrado a que se le digan bellas mentiras en desmedro de la realidad, sino para poner de manifiesto la rica variedad de creaciones materiales y espirituales que aún palpitan en el *Wayuu*, tales como la indumentaria, las diversiones típicas, los adornos, la música, el idioma y otras creaciones artísticas de nuestra cultura.

En este conjunto de relatos sagrados, conceptos y descripciones de la cultura *Wayuu*, queremos entregar y explicar los aspectos más resaltantes que posee la sabiduría milenaria de la cultura *Wayuu* para que vean que no es nada extravagante ni mucho menos carente de valor, como hasta hoy se ha querido mostrar en un falso concepto. La estética de vestir, por ejemplo, es un signo de buen gusto que guarda relación con la capacidad original y el nivel cultural de cada pueblo, mientras que la extravagancia es producto de un primitivismo todavía inconsciente que sólo muestra una desproporción poco significativa. Hoy día los pueblos indígenas se muestran orgullosos de conservar sus vestidos como distintivos típicos de sus pueblos, signo de su capacidad artística, símbolo de belleza y reliquia ancestral de su pasado. Los Aymara de Bolivia, los descendientes de los antiguos Quechuas y los sobrevivientes de las culturas Maya, Azteca, Araucana, Piel Roja etc., la conservan como el más preciado de sus tesoros, y a la vez es objeto de admiración y estudio por parte de la ciencia cultural.

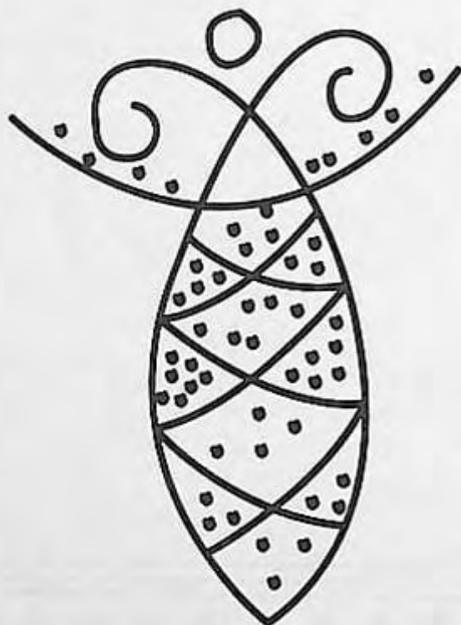
Entonces, ¿Cómo no admirar a los nuestros? ¿Cómo menospreciar lo que nuestros antepasados lucieron con tanto orgullo? Este es el propósito inmediato que nos hemos trazado: volver a revivir el sabor

de las antiguas tradiciones, promover y hacer que se conozca nuestra sabiduría milenaria y culinaria, nuestro modo de saludar y nuestra visión sobre la vida y la muerte, nuestros cantos, siembras e indumentaria en su más típica expresión y hacer, y no admirar lo que en apariencia y por fuerza de una imposición foránea nos hace sentir y vivir otros saberes que nos vienen de otras latitudes.

Ramón Paz Ipuana



Jaliinaya



*Siruma, shiliwala, uuchirua:*

*En la figura se pueden apreciar las estrellas, los cerros, las nubes.*

*Se usa básicamente en cerámica.*

*Todas las figuras de cerámica que aparecen en el libro son tomadas de: Mujica Rojas, Jesús et al. (1996). La cerámica Guajira. Amüchi Wayuu. ED A.C. Yanama - Guarero. Venezuela. Libro en el cual también colaboró Ramón Paz Ipuana. Las demás figuras hacen parte de la recopilación realizada por Rustvelt Machado Uriana, Maestro en Artes Visuales (Nota de los editores).*

# I Principios I Formadores

de la cultura Wayuu

## LA GRAN ABUELA Y EL GRAN ABUELO

## Sawai - Piuushi (La gran abuela y siempre madre)

Las tinieblas de la Noche, la gran Noche. *Deidad Suprema*: se la identifica como la imagen arquetípica primigenia, que nos nutre y nos devora a lo largo de toda su existencia.

- *Piuushi* o *Piuushou*: Oscuridad. Tinieblas. Estado tenebroso.
- *Piuushijatu*: Bajo la gran noche caliginosa.
- *Shiinalu'u Piuushi*: Fondo de la oscuridad. Abismo de las tinieblas. Fondo de las sombras. Profundidad tenebrosa.
- *Kojosü Piuushi*: Espesa oscuridad. Espesas tinieblas.
- *Sawai*: Noche. Oscuridad (este concepto es más restringido).

Piuushi, es más amplio en cuanto a oscuridad. Sawai, sólo se menciona al referirse al curso de la noche desde que se pone el sol en el occidente hasta que vuelva a salir por el oriente. Piuushi, se dice a toda oscuridad, a toda ausencia de luz. Nunca se dice, *Kojosü Sawai*, o sea, *Espesa Noche*, o "Noche Espesa", porque la lógica apunta que las noches no son eternamente espesas, ni necesariamente espesas, ni silenciosas, en cambio la oscuridad en sí, intrínseca y necesariamente tiene que ser espesa: tal es su naturaleza. Tampoco debe decirse *Shiinalu'u Sawai*, sino, *Shiinalu'u Aikat*, fondo de la noche. La noche tiene un fondo y un tamaño que aumenta y disminuye, que crece y decrece a través de la oscuridad. *Sawai* o noche es una transición momentánea de oscuridad. *Ai*: Noche, *Aikat*: la Noche, es sólo la terminación de la palabra *Sawai*, es decir, *Ai*: la Noche por excelencia.

*Araliatu'u Warattui. Latu'u - Riilapii* (El Gran abuelo y siempre Padre)

Claridad del cielo. *Warattüsü* o *Warattui*: Claridad. Brillantez. Brillo. Claro. Resplandeciente. Resplandor. Fulgor. *Araliatu'u - Warattui* o

*Aralitu'u Warattüsü*: La claridad del cielo.

La clara bóveda del cielo. La brillante bóveda del cielo.

- *Aitu'u* tiene dos significados: 1. Techo del cielo, bóveda del cielo. 2. Techo del paladar; bóveda palatina o techo de los dientes.
- *Araliatu'u* o *Waraliatu'u*: Cielo. Firmamento. Bóveda del cielo.
- *Ulittui*: Extensión celeste. Superficie azul. Comba azulada. *Ulittui* proviene de *Ulittusu*: Celeste. Azul. Azulado. La partícula *tui* o *tu'u* significa pared, techo, comba, muro.
- *Aralia* o *Jaralia*: Proviene del vocablo *jarala* 'protección' que cubre algo. *tu'u* proviene de *Sutu'u* 'techo', 'pared', 'muro'.
- *Araliatu'u, Waraliatu'u* o *Jaraliatu'u*: Significa 'techo que protege la claridad del cielo'.
- *Suarala*: Resplandor. Claridad. Reflejo de algo. Fulguración. Luminosidad. Luz irradiada. Cuando se refiere a la luz en sí, bien del sol, la luna, las estrellas, el fuego, el relámpago, los bólidos etc.; se dice *Sema*, o *Semot*, es decir, luz, encendido, lumbre, destello.
- *Aitu'u warattusu*: Cielo claro. Cielo despejado. Cielo limpio.

» *Araliatu'u warattusu*: Cielo resplandeciente. Cielo luminoso.

» *Shiinalu'u aitu'u*: El fondo del cielo, también puede decirse: *Sitpa'amiin aitu'u*: Superficie de arriba. La extensión del cielo.

» *Suarala aitu'u*: Resplandor del cielo. Luz del cielo. Reflejos del cielo luminoso.

» *Shiinalu'u aitu'u warattusu*: El fondo del cielo luminoso, al cielo también se le denomina *Jutatui, Jutatshii* o *Jutatuishiikat*: superficie clara, extensión despejada, espacio abierto.

» *Shiinalu'u jutatuishiikat*: En el abismo limpio y profundo. En cuanto al calor emanado de esos Genios, se le dice: *sa'ayula*. *Sa'ayula* es considerado como la energía que genera vapores

hirvientes. Según los *Wayuu*, es la energía que toman los grandes genios para emborracharse y hacerse más vivaces y alegres. El calor es considerado como una especie de fermento; hace hervir el agua, los alimentos, las bebidas. Hace hervir la sangre de los borrachos. Hace hervir las emociones en el corazón. Hace hervir el amor en la cabeza. Hace hervir las entrañas de los hombres y de las mujeres cuando abrigan el deseo de juntarse.

### OTROS PRINCIPIOS FORMADORES

#### *Mma'* (Tierra, la gran madre nuestra)

– De las fecundas entrañas de *Mma'*, nacieron los *Wunu'u* (Las plantas). Seres vivientes cuyo conjunto conforma el dominio vegetal. En un principio formaron la segunda generación humana sobre la faz de la tierra. Los *Wunu'u* fueron gigantes provistos de sabiduría, que tras haber cumplido su ciclo de existencia fueron transformados en vegetales.

– Los *Uchii*: Su conjunto forma el dominio de las bestias y todos los animales grandes, pequeños, alados insignificantes etc. En un principio formaron la tercera generación humana. Estos *Uchii* fueron hombres provistos de inteligencia y voluntad, pero posteriormente, debido a sus errores fueron castigados y transformados en animales de todo género.

– Los *Wayuu*: Su conjunto forma la humanidad a la cual hoy pertenecemos, es decir a la generación actual del hombre. Los hombres actuales se consideran nietos de *Mma'*.

– Fueron hechos directamente por *Maleiwa* en el cerro de *A'üüü*. Los hizo de sustancias mezcladas: de la savia de las plantas, de los frutos de las plantas, del corazón o de los sesos de los animales. Esa es la razón por la cual los hombres se comportan como animales y se nutren de lo que dan las plantas.

#### Naturaleza de *Mma'*:

» Sus huesos: *Uuchi* (Montañas), son las partes sólidas que forman la consistencia de *Mma'*. Las montañas están formadas por las piedras (*Ipa'*).

» Todas las rocas forman la estructura de las montañas que a su vez constituyen los huesos de la tierra. Las piedras son duras, y se hunden como los huesos en las profundas carnes de *Mma'*.

» Su sangre: *Süchi -Schi-* (Ríos), *Wuinñichira* (Manantiales, agua en movimiento) *Sainña Mma'* (Aguas detenidas) forman las partes líquidas de *Mma'*. Es el *Suwinña Süsha*: su sangre, sus lágrimas, su savia. La sustancia fluyente que corre por su cuerpo para vivificar a sus hijos.

» Su carne: *Mma'shi* (Arena), *Pootshi* (Barro, lodo), *Sükalira* (polvo), forman las partes blandas de *Mma'*; sus carnes, sus músculos, sus vísceras. El *Shushula Mma'*, la pulpa de la tierra.

» Su calor, *Walatshi sujuula* (Sus vapores, su calor, su aliento) forman su respiración, sus excreciones, sus exudaciones, su flema. *Mma'rula* es su olor a raíz fétida y penetrante. Su transpiración a cadáveres podridos, a materia descompuesta. Ella se alimenta de sus propios hijos, los devora y los vomita, y así se sustenta de sí misma.

» Su faz: *Anoi* (Llanuras), *Watchuashii* (Desierto), *Ji'ichi*, forman su cara, su semblante, *Su'upuna Mma'*. Forman toda la superficie de su cuerpo. Toda la extensión de su continente.

» Su seno es cálido como la matriz. Su corazón es fuego. Pero las demás partes de su cuerpo se ocultan a nuestras vistas porque son divinas y no alcanzamos a comprenderlas.

**Palaa (Mar, la gran madre nuestra)**

La gran madre salada que todo lo purifica con su movimiento. En su fondo hay noches tenebrosas.

**Juyá (Lluvia)**

Genio fecundante. Rige las estaciones, las constelaciones. Los cambios del tiempo está representado en 24 tipos de *Juyá*, según las condiciones meteorológicas o ecológicas que predominan en el ambiente en un momento dado.

**Jouttai (Viento)**

Genio infecundo. Preside los veranos, la sequía y desolación. Se conocen más de quince vientos, cada uno con su personificación, origen, importancia, periodos y propia historia.

- » *Jouttai*: Viento.
- » *Joutaleuluu*: Época de los vientos.
- » *Joutalima – Joutaimajatii*: con vientos.
- » *Joutaikuwot*: Al paso del viento.
- » *Joutaishii*: El lugar de los vientos.
- » *Jepirachi*: Vientecillo suave del Nor-oriente.
- » *Pichikua*: Remolino suave y fugaz.
- » *Chipuutna o Chipuuna*: Viento del noreste.
- » *Merakatshi*: Viento suave.
- » *Maira o Maitshi*: Viento del noreste, brisa constante.

- » *Jojotshi*: Viento hieloso del oeste. El aliento de los muertos.
- » *Paakuanat*: Viento anunciador del tiempo de la maduración.
- » *Wa'ale*: Vientos fuertes, acompañados de lluvias cortas y ligeras.
- » *Wawai*: Vientos huracanados, nombre del huracán.
- » *Uuchejekuai*: Vientos del sur.
- » *Palaajekuai*: Vientos del norte.
- » *Wopujekuai*: Vientos del oeste.
- » *Wuinñpejekuai*: Vientos del este.
- » *Wuinñsiirilajüin*: Vientos fortísimos que arrastran las nubes de arriba.
- » *Anakuai*: Viento veranero.

**She'e palaa (gérmenes vivientes bajo el mar).**

*Jemíai*: El frío atmosférico.

*Mannuuya*: La niebla, el rocío.

*Maintüsüi*: La gran calma. También se le llama Jimatuy, la suprema quietud.

*Maiññatuu*: La bonanza, el silencio.

*Outaa*: La muerte.

*Wanülüüi*: El mal. El espíritu maligno.

*Lapii*: El sueño.

**Las Constelaciones**

- *Shiliwala*: Estrellas.
- *Patiñainjanaa*: Orión.

- *Iiwa*: Pléyades.
- *Ma'ayui* y *Ullapiuy*: Géminis.
- *Sütiina Juyo'u*: Osa mayor.
- *Juyo'u*: Estrella Siria del can mayor.

Existen además otras constelaciones y estrellas, cuyo nombre no se identifican en castellano. Por ejemplo, *Walirü*, *Olotsü* o *Jolotsü*: la estrella matutina o vespertina. Se incluyen también las estrellas tenidas como anunciadoras de abundancia, de hambre, sequía, calamidad, pestes, etc.

## GENERACIÓN DE LOS PRINCIPIOS FORMADORES

*Maleiwa* es el uno. La esencia. Nunca se concibe como el Gran Padre ni La Gran Madre, generadores de todo cuanto existe, sino simplemente como principio ordenador. Como artífice que modela y construye su propia existencia. Los atributos de *Maleiwa* no pueden ser medidos tomando los nuestros como referencia. El espíritu imperfecto que nos impulsa y nos eleva sólo nos informa hasta dónde pueden llegar nuestras limitaciones.

*Maleiwa* es un ente indiferenciado. Generó dos principios formadores del mundo, que viven dentro del *Süpa'a* (el espacio) y *Weinshi* (el tiempo).

La claridad (*Arraliatu'u-Warrattui*) y las tinieblas (*Sawai-Piuushi*), existen en el *Süpa'a*, el espacio, la extensión, la expansión, la suprema vacuidad. Ambos principios están en constante armonía; se compensan y se compenetran como el *Kutuwatui* y el *Jimatui*: el movimiento y la quietud.

En el plano superior, *Maleiwa* originó a *Sawai-Piuushi* (la gran noche oscura). *Arraliatu'u-Warrattui* y *Sawai-Piuushi* (el gran día celeste) se concibe también como la Gran Abuela y Siempre Madre. Y *Arraliatu'u-Warrattui* como el Gran Abuelo y Siempre Padre.

Ambos son los entes más puros de todo el universo. En el plano superior, *Mma'* es La Gran Hija de *Sawai-Piuushi*, La Gran Abuela.

En el plano inferior, o sea en la categoría humana, *Mma'* es la Gran Abuela y Siempre Madre de los seres que viven de sus propias energías: las plantas, los animales, los hombres y las cosas ocultas que nunca vemos. En el plano superior, *Palaa* (mar) también es la Gran Hija de *Sawai-Piuushi*.

En el plano inferior, *Palaa*, hermana de *Mma'*, es la Gran Madre de *Juyá* (lluvia) y *Jouttai* (viento), y la Gran Abuela de todos los animales y plantas que habitan en su seno. En el plano superior, *Ka'i* (Sol) y *Kashí* (Luna), ambos varones, y *Palaa* son tres grandes hermanos, hijos de *Arraliatu'u-Warrattui* (El Gran Abuelo y Siempre Padre). En el plano Inferior, *Ka'i* es el Gran Padre de *Juyá* y el Gran Abuelo de las cosas vivientes (hombres, animales, plantas, etc.). *Kashí*, en la jerarquía inferior, sólo tiene categoría de Gran Padre Nominal, por ser hermano de *Ka'i*. *Kashí* no tuvo generación alguna; es un ser estéril cuya misión es ayudar a la armonía, a la felicidad de todo cuanto existe.

*Palaa*, madre de *Juyá* (hijo incestuoso), también es madre de *Jouttai*, hijo infecundo, nacido de la cólera de *Palaa* contra *Mma'*, y *Juyá*. *Palaa* es la Gran Madre del movimiento.

### Etimología y descomposición del vocablo *Malei'wa*

*Maleiwa maleirü*: Para siempre. *Maleerüma'a*: Lo que todo es igual por siempre.

La partícula intermedia: "ei" proviene de "eesü" "Lo afirmativo" "Lo positivo" "Lo evidente". Lo que es. Lo que está. Lo que existe siempre. Lo que no cambia. Lo que no perece. La perpetuidad. Lo que siempre ha sido y está. Lo inmutable. Lo que eternamente nos envuelve. Cuando a "ei", se une con la partícula "ux", forma *eiux*, que literalmente traduce: "Para que siempre haya". "Para que siempre exista". *Eiux*, a su vez proviene de *eein*: "Todo lo que hay". "Todo lo que existe". "Todo lo que es". "Todo lo que ha sido y está". Lo que todo lo llena y lo penetra. Lo que siempre ha habido y habrá. Pero también "ei" significa madre, por ejemplo; cuando alguien dice "tei" significa mi madre, "wei" nuestra madre; entonces lo que ha sido siempre, lo que es y lo que será es *Maleiux*, nuestra madre, la generadora, la transformadora. También la palabra *Maleiux* tiene su raíz en *Ale'eya*, que significa: "Lo que siempre es como es". "Tal es la Ley, el ordenamiento".

### LA ORALIDAD INDIVIDUAL Y COLECTIVA, MECANISMO DE TRANSMISIÓN DE CONOCIMIENTO

La oralidad está íntimamente unida a la declamación y a la solemnidad de la palabra, al discurso, a la exposición. Existe un estrecho sincronismo entre el gesto y la palabra, la postura del cuerpo y la energía del sentimiento, la vehemencia del narrador y la actitud pasiva del oyente, la rica argumentación persuasiva ante la aprehensiva de los no motivados, el halago del verbo ante la indiferencia de los escépticos, entre un mensaje que se da y una decisión que toman los demás. Todos los matices juegan un papel en el mecanismo de transmisión oral, por eso un *Putchipu'u* o *palabrero Wayuu* tiene que ser categórico o de gran calidad, sus argumentaciones o decisiones son respetadas y aceptadas porque viene acompañadas por la fuerza de la palabra y el poder de convencimiento.

Los argumentos de un *Putchipu'u* o *Putchimaajachi* son fríamente calculados, razonados y expuestos sin titubeos a quien va dirigido el mensaje. En este aspecto, la responsabilidad es tan grande que pone en juego el renombre, la seriedad y la aceptación del que funge de acusador y defensor de cualquier situación que ocurra entre familias, clanes o rivalidades.

Para los efectos de las indemnizaciones, es digno recoger datos relativos a compromisos serios como la explicación de la justicia en casos de voluntaria muerte u homicidio de una persona, ya sea accidental o premeditada, por parte del victimario. La violación, seducción, amenazas, ofensas a la dignidad etc., son agravantes de peso donde la violencia es atizada por una venganza ciega inmediata si no se toman las precauciones del caso.

Hay indemnización sobre daños ocasionados a la dignidad y el honor,

que pueden indisponer poner al agraviado hasta el punto de sentirse vejado, humillado y destrozado en su honor propio, si no procede con mesura, calma y persuasión frente a la opinión del grupo.

El código *Wayuu* es estricto en el cumplimiento de la palabra dada. Los acuerdos tácitos se respetan. El expositor, si bien no lleva ningún legado escrito, debe tener el dominio de la palabra y la confianza en sí mismo, aplomo, porque los interlocutores u oyentes que lo escuchan serán los que aprobarán o desaprobarán cada término, cada periodo del discurso, cada razón esgrimida y cada lección convincente.

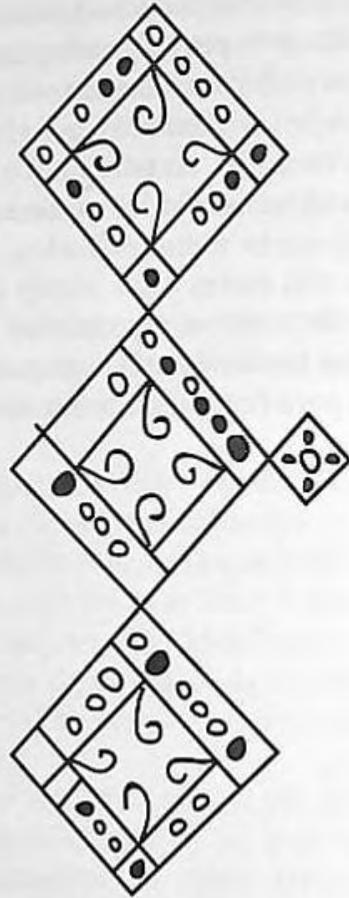
De allí que la oralidad del *Putchipu'u* como persona conocedora de la cultura, sus costumbres, sus mecanismos expositivos sea uno de los depositarios de la sabiduría *Wayuu*.

La estrategia del *Putchipu'u* es muy singular: la entrada es solemne y con un buen humor a flor de labios. Completo relajamiento de las facciones del rostro. Chispa ingeniosa que enfríe el ánimo tenso de los oyentes y parientes a quien se le lleva la palabra. Asistencia de muchas personas de cualquier nivel social con el doble propósito de aprender los argumentos de un *Putchipu'u*, y escuchar las razones de su exposición en forma imparcial como acusador o defensor.

Como agente portador de un mensaje, un buen palabrero debe reunir las siguientes condiciones: a) Su prestigio de renombre y capacidad de convencimiento. Los ofendidos elegirán a la persona de mayor autoridad; b) Tendrá que ser neutral entre ambas familias; c) Prudente, para no decir lo malo que le han dicho sino comunicar siempre lo bueno y la verdad; d) Sabiduría, tener experiencia y amplios conocimientos de cómo debe manejar una misión tan delicada; e) Que nada de lo que argumento se coja por lo malo y hacer valer la importancia que tiene la paz grupal; f) Habilidad en el manejo del lenguaje, de las historias y hechos similares que hayan ocurrido; g) Paciencia, asistido por toda la calma posible y evitar alteraciones,

tener tranquilidad y no sentir temor de ser atacado. Su capacidad debe ser tal que consiga poner de acuerdo a ambas partes, tiene que ser siempre positivo y siempre amistoso.

En nuestra experiencia hemos escuchado razonamientos como éste: «Amigo mío: he venido a tu presencia para que escuches mi palabra como portavoz de sus dolientes. Ellos no sólo están tristes y llorosos por la pérdida de uno de los miembros de su familia sino por el vacío que deja a sus hijos, su mujer, su parentela y sus amigos. Tiempos hubo en que él (muerto) transitaba los caminos libremente, buscando como el pájaro el sustento a sus polluelos. Cuántas madrugadas despertó para contar sus cuitas y sus afanes después de una noche intensa de sueños y de transitar por mundos raros hasta las salidas del sol, para iniciar las faenas del día, una y otra vez, luna tras luna, años tras años (*Juyá*) para llegar a ser fuerte en el trabajo».



*Jü'ichikana ja'in wayuu outusü, uuchirua:*  
La grafica representa las huellas de las almas de los Wayuu muertos en travesía de viaje. Esta figura generalmente se usa en chirigua.

## II Relatos Sagrados

## UNA VERSIÓN SOBRE LOS HIJOS DE JUYÁ (LOS MELLIZOS TRANSFORMADORES MA'YUI EE ULAPIUY)

Relatan las sabías abuelas y los sabios abuelos *Wayuu* que *Mma'* (tierra), como principio y elemento creador es la madre de todas las cosas existentes. De su pulpa nació *Mokochira*, que fue madre de dos vástagos gemelos llamados *Pulashii*, o genios intocables.

Desde entonces la tierra pasó a ser la abuela del género humano, por obra de *Juyá*, el varón fecundo. *Juyá* tenía un conuco sembrado de maíz, frijoles, patillas, melones, papayas y otros frutos.

La variedad de aquel cultivo, unido a la fragancia del ambiente extendido de fresca y de verdor, invitaba a las más decididas tentaciones. Y así fue como alguien sin mucha voluntad para refrenar sus deseos de coger lo ajeno, visitó a escondidas el conuco. Arrancó los frutos más hermosos, comió los que más le apetecieron y guardó en su mochila los que pudo.

Al siguiente día, cuando *Juyá* vino a inspeccionar su huerta, vio con desagrado que habían sido violados sus plantíos. Alguien había pisoteado y ajado la lozanía del cultivo: conchas mordisqueadas por aquí; semillas esparcidas por allá; matas destrozadas por doquiera. Todo como si hubiera sido invadido por alguna plaga dañina.

Indignado ante aquel atrevimiento, se dispuso a cazar al ladrón para darle una paliza. Pero nada resultaba, el ladrón conocía muy bien los gajes de su oficio y siempre se evadía.

Entonces *Juyá*, no pudiéndolo aprehender, pidió la ayuda de *Taatai* (rana platanera) quien más hábil trató de dar con el ganzúa. En efecto, *Taatai* desde su escondite vio que era *Kayuushi* (caimán), quien robaba las cosechas. Y avisó a *Juyá*.

– Padre es *Kayuushi* quien roba las cosechas. Lo he visto hartarse y guardar en la mochila los frutos más hermosos del conuco.

Avisado *Juyá* se apersonó al lugar, y lo sorprendió:

– ¡Ajá! Conque sois vos el que diezmáis mis plantaciones, ¿eh?

Y quedó atónito *Kayuushi*. Nada pudo responder, había sido sorprendido con el robo en sus manos.

Y díjole *Juyá*:

– Quiero cobrar por cada mengua de mis patillas, una vaca parida, o la mejor de vuestras hijas. Aparte de las mazorcas y demás frutos que habéis comido, me daréis unas cuantas cabras y carneros. ¿Entendido?

– Cierto, amigo. Os pagaré. Dadme una oportunidad: Trataré de recolectar entre mis parientes el valor de lo que he cogido en vuestra huerta.

Y quedó trazado el compromiso. Pero *Kayuushi* no tenía hijas, ni mujer, ni hermanas, ni parientes, ni amigos, ni bienes, ni posada. Era un pobre infeliz que nada tenía.

Entonces, para dar cumplimiento a su palabra, y so pena de ser castigado por *Juyá* se dio a la tarea de robar por otras partes para resarcir la deuda de sus primeros robos. Cuando se dispuso a estas diligencias, he aquí que vio tres niñas que jugaban alegremente. *Kayuushi* las observó, y fijando su atención en la más bonita, se acercó a ellas y les dijo:

– Quisiera ser de vuestra edad, para demostrar todo lo que sé.

He hizo que jugaba con ellas haciéndose el gracioso y haciéndolas reír. Y así fue ganando confianza en el ánimo de las niñas, hasta que una de ellas persuadida por el buen trato de aquel hombre supuestamente bondadoso se dejó vencer por sus palabras, y se la llevó a *Juyá*.

Y... fingiendo dolor al desprenderse de la niña, dijo:

– Amigo, he aquí mi hijita. Os la entrego para que os sirva en los quehaceres. El resto os lo daré después.

Y *Juyá*, sintiéndose complacido, la recibió con gusto. Mas la niña creyendo que todo aquello era una broma, no lloró, no gritó, no dio muestras de resistencia alguna y se dejó llevar. Hecha la entrega de este modo, *Juyá* se posesionó de la niña y se la llevó para siempre a sus dominios.

El Gran *Juyá Ommala*, prohió a la niña y púsole por nombre *Shi'chi* "Suspiro de Primavera", pero todos por cariño la llamaban *Mokochira*, especialmente *Ommala* quien sentía por ella un deseo reprimido. Y a todo varón mirábalo ceñudo, puesto que, la amaba tanto que sentía celos de la menor mirada, del más escondido pensamiento, del más leve sonreír. Siempre hacía conjeturas sobre el futuro de la doncella: podía tomarla para sí como mujer, o reservarla para un rico pretendiente.

La primera idea le pareció más conveniente, y así se esmeró en brindarle todos sus cuidados. Cuando asomaron en la niña los primeros encantos juveniles fue sometida a la veda del blanqueo. Necesaria reclusión en que la núbiles doncellas se perfilan como adultas, y *Juyá* le mandó a construir una buena habitación, para que pasara allí su tiempo y nadie supiera de su persona.

Desde entonces, su nombre quedó ausente, como si no existiera, como si hubiese vuelto a la cálida matriz de sus primeros días: sin ver, sin oír, sin tener contacto con las cosas del sensible mundo. Allí aprendió las artes que las jóvenes en clausura deben conocer; se nutrió de consejos, experiencias y modales que con sobrado esmero le inculcaron las ancianas, para que así viviera sus tranquilas primaveras sin que anidase en ella prendados síntomas de amor.

Un día, el Gran *Ommala*, para celebrar con largueza sus trabajos,

preparó una fiesta suntuosa e invitó a los genios portentos<sup>1</sup> que viven esparcidos en todos los ámbitos del mundo. Y fue grande la fiesta. Comidas, bebidas, diversiones atenciones y encuentros fraternales fueron las notas resaltantes que le dieron sabor al gran festejo.

Al comienzo de la fiesta hubo carreras de caballos, reatas de animales, pancracismo rudo. La danza de los genios secundada por movidos toques, resonaban lejos...

Mil competencias se efectuaban. Jugaban a los cordeles (*Soula*) haciendo entre sus dedos figuras bien tramadas que representaban objetos; cortejaban a las damas con cálida expresión de amor; simulaban el baile de las moscas, las hormigas y las ranas; jugaban a las piedras (*Ajaawajaa*) arrimando y golpeando como si fuera bochas; cantaban de memoria largos e interminables temas, nacidos de sus númenes fecundos para poner en relieve sus talentos, tocaban maravillas con sus flautas; probaban el revuelo de sus mentes con trabados enigmas y acertijos.

Cuando ya la diversión entró en calor trajeron un toro para ponerlo de blanco y practicar así punterías. Y pusiérenlo a distancia enorme del que sólo se mostrase como un punto a la vista de los competidores. La multitud coreaba su afanosa diversión. Y dijo *Ommala* el bravío, iniciando la contienda:

– Daré cuenta del toro en breve tiempo.

Y diciendo esto, atesó su arco y disparó la flecha. Mas esta, desviándose del blanco, fue a perderse en el vacío de las noches tenebrosas.

Y desde entonces las estrellas fugaces, fueron las flechas luminosas que *Ommala* disparó hacia el cielo.

<sup>1</sup> Propiamente no eran sobrinos sino nietos. De acuerdo con el sistema de parentesco matrilineal (Nota del autor).

– Venga el turno mi pulso y a mi vista – dijo *Manüliwain* el más grande.

Más, cuando éste flexionó su arco, se le reventó la cuerda y quedó tendido para siempre sobre el cielo (con el arco en mano, y extendido el brazo quedó para siempre). Desde entonces el arco roto de *Manüliwain* se transmutó en el arcoíris luminoso de bellísimos colores.

Seguidamente vino *Simiriuu*, quien también probó su puntería; pero con tan mala suerte que habiendo errado el tiro, su flecha se perdió en el monte. Tal es el origen de la caña brava de donde los *Wayuu* sacan la vereda de sus flechas.

Los concurrentes voceaban los pasos de los tiros errados...

También probó *Ji'ichi*, pero su flecha disparada sin acierto se fragmentó en el aire como mil saetas desprendidas que se incrustaron en las matas, para formar los agujeros de todas las plantas espinosas.

Y así desfilaron todos los hermanos invernales; pero ninguno pudo consumir la prueba, hasta que al fin, presentándose *Iiwa* con sus flechas, dijo a sí mismo.

– Soy macho, desde el pelo hasta las uñas. Derribaré a ese toro para que estos inútiles chambones no acierten por casualidad y se digan hábiles arqueros.

Y diciendo esto, enfiló su tiro y disparó la flecha de modo tan certero, que la res en el instante con el golpe quedó traspasada y demolida. Y así ganó la partida el menor del vigésimo cuarto hermano de *Juyá*.

Terminada la competencia de la res, inventaron el juego del *Ojuujaa* (Buche de Agua), que consistía en ver quién lanzaba más lejos el agua que retenía en sus bocas. Y así se distribuyeron las aguas desigualmente según la fuerza con que fueron arrojadas. Desde entonces las

lluvias fueron pocas, torrenciales prolongadas, cortas o menudas según las partes donde caen.

Terminado el juego del *Ojuujaa*, idearon el juego del *Chocho*, es decir, hacer bailar el trompo en la arena por más tiempo.

*Panma*, bailó su trompo, pero giró invertido.

*Palaira*, lo intentó, pero se le enredó en la cuerda.

*Atchaperraa*, la bailó, pero cambió de rumbo.

*Kamushi*, lo zumbó, pero retrucó tan violentamente contra el suelo que hizo mover la tierra con fuertes temblores repentinos.

Y así todos, uno a uno, probaron sus destrezas; pero sus esfuerzos fueron inútiles del todo.

Por último tocole el turno a *Patunaijana*, quien arrojó su trompo con tanta fuerza que hizo restallar la arena entre rápidos chisquetes polvorosos.

Tal es el origen del torbellino de aire que se forma de repente en cualquier parte arremolinando arena y otras cosas mientras corren veloz.

*Mokochira*, desde su encierro escuchaba las voces que emanaban de la fiesta. Los gritos resonaban en sus oídos y producíanle cosquillantes sensaciones en el cuerpo. Más, movida de curiosidad y no resistiendo más la tentación que la embargaba, miró por un mínimo agujero y vio el espectáculo sorprendente que afuera se celebraba. Como no todo lo abarcaba de un solo golpe de vista, entreabrió la cortina de su aposento para ver mejor. Pero no era suficiente todavía, ella quería ver más de lo posible, quería abarcarlo con toda su vista, y así recorrió más la cortina y asomó su rostro. Los genios continuaban en sus juegos...

Pero como la espaciosa extensión todavía no dejaba entrever algunas

cosas, descorrió toda la cortina y se mostró el cuerpo entero a la luz de afuera. En ese instante *Patunaijanaa*, volteó su vista hacia el aposento, y notando la presencia de la joven, lanzó sobre ella su varonil mirada.

*Mokochira*, al verse sorprendida, sintió fluir sobre sus pechos una dulce sensación que le llegó hasta el vientre. Y... cerrando violentamente la cortina para no creerse tentada por aquellos ojos indiscretos, se acurrucó asustada en el chinchorro. Pero, ya era tarde. *Patunaijanaa* con su mirada de luz (relámpago) había depositado en ella el germen de sus fecundas emanaciones.

Amor de luz cristalizada se cuajó en su vientre, sin que hubiese contacto de varón alguno. De este modo *Mokochira* concibió a sus hijos, por la obra inmaculada de un prodigio. Cuando *Mokochira* se dio cuenta de su misterio embarazo, sintió convulsión en sus entrañas, desarreglo en su cuerpo, temor en su semblante y síntomas de angustia frente al severo castigo que le guardaba.

Desde entonces, apartó su rostro de sus consejeras, no miró de frente, simuló aceptar sus complacencias; pero no podía reprimirse por más tiempo. Un día, conteniendo el llanto que la embargaba se dijo:

«¿Cómo podré ocultar a las matronas que no estoy preñada, cuando vean que mi vientre se ha dilatado grandemente? ¿De dónde sacaré fuerzas para convencer a mis mayores que no he cometido este pecado? ¿Cómo se convencerán ellos que digo la verdad sin que no me culpen de haber cometido este delito? Ah!... Me creerán una impostora y desvergonzada que sólo merece sus desprecios ¡que desgracia!... Me siento degradada ¡que se revienten mis venas! Que se ahoguen mis ojos de sangre que se consuma mi cuerpo en llamas para no sentir el suplico de tanta desesperación!..».

Y cuando esto decía en desesperada angustia, los recién formados frutos del vientre, dijeron:

- No toméis tan a pecho vuestra culpa, madre. Dejad vuestros la-

mentos. Huid bajo las sombras de la noche y refugiaos en la selva. Emprended la fuga de inmediato que nosotros guiáremos vuestros pasos para que ningún peligro se os presente. Volveréis cuando ya estemos grandes, para probar vuestra inocencia y justificar todos vuestros actos. Cuando *Mokochira* escuchó tales palabras, se reanimó. Todavía no se manifestaba en ella su abultado vientre. Y cuando salió de su habitación para emprender la huida, fue borrando sus huellas tras de sí, para no dejar pista en los caminos que pudieran rastrear sus aprehensores cuando fuese perseguida. Y así se fue la bella, oculta entre la noche.

Llegó a las colinas, caminó sobre las piedras y vagó fugitiva por todos los sitios apartados. Por su parte, los niños no nacidos permanecían callados, no hablaban y no respondían a ningún llamado.

Y estando en aquella soledad sintió -sed, sintió hambre, sintió miedo y... entonces lloró:

- ¡Qué desgraciada soy!.

Entonces los niños la consolaron:

- No llores madrecita. No temáis. Encaminaos rumbo al sur para que se os disipen las penas.

Y cuando *Mokochira* se dirigió hacia el sur, los niños hicieron aparecer ante los ojos de su madre un manantial bordeado de frescas arboledas y cargadas de sazónados frutos. Desde aquel momento, *Mokochira* sintióse más segura, más tranquila. Tuvo frutos que comer, agua que beber y sitios abrigados para estar.

Un día, los niños, se movieron en el vientre de su madre, y dijeron:

- Madre - decían ellos -, queremos salir de este encierro que nos enfada; no queremos nieblas en nuestros ojos; sino luz. No queremos

la tibia humedad de vuestro vientre: sino el calor de nuestro abuelo sol. Queremos correr literamente como presentimos que corren los demás hijos de nuestro padre. Estamos cansados de estar en esta misma posición de encogimiento. Queremos estirar nuestro cuerpo y ser ágiles: saltar, brincar, jugar, vencer peligros; respirar el viento que sopla u oír nuestras voces como los demás. Queremos hacer nuestra propia suerte; bañarnos en las pozas, retozar bajo las lluvias, recolectar frutos, reír a nuestro antojo. Queremos fluir nuestras miradas creadas. Queremos fabricar nuestras flechas y templar nuestros arcos para tener tino y competir con los demás. Y cazar venados, báquiros, conejos, palomas y todo cuanto haya.

Y decían:

– Madrecita, quitad de nosotros este velo que cubre nuestros ojos, para que veamos vuestra faz y se llenen de alegría nuestras mentes. Queremos alimentarnos de otro modo, succionar vuestros pechos, masticar sólidas comidas, fortalecer nuestros cuerpos y ejercitarnos en las artes. Queremos fabricar nuestros propios instrumentos y valernos por sí solos. Sacadnos de aquí madrecita; nos fastidia la quietud. No queremos estar apretujados en vuestro vientre. No queremos permanecer más tiempo sumergidos en este líquido asfíxiante que nos cubre.

Entonces la madre contestó:

– Nada puedo hacer por vuestra suerte, hijitos míos. Aún no es tiempo de salir. Si conviniese ahora, y os echase fuera moriríais al instante. Os mataría el frío y os comerían las fieras. Tampoco quiero exponeros a la voracidad de las hormigas, ni mucho menos a las enfermedades y dolencias que contaminan el mundo. Esperad que se cumplan nueve lunas completas para que podáis salir; ya para entonces se habrán fortalecido vuestros cuerpos; tendréis más consistencia en vuestros huesos; tendréis más vigor en vuestras carnes; habrá más solidez en vuestros sesos y así podréis ser dueños de vuestra propia vida.

Por ahora estáis en formación, os falta crecer lo suficiente. Os falta madurar en mi matriz para que después, cuando haya padecido mis dolores, afloréis al mundo en plenitud de condiciones. De suerte que nada tenéis que reprochar a mis razones: dormid, creced y alimentaos silenciosamente, que mientras tanto me ocuparé de fabricar vuestras mejores armas, y guardarlas para cuando hayáis nacido.

*Mokochira*, para cumplir cuanto había prometido, se internó en lo más espeso de la selva para seleccionar los palos con que haría las armas que para sí pedían sus hijuelos. Y así, buscó a su paso los mejores palos en la variedad de las plantas que veía. Y con nítida atención probó la consistencia de cada especie.

Pero los embrionarios niños no callaban, no dormían ni tampoco querían estar quietos. Ellos hablaban entre sí como lo hacen los niños que han venido al mundo. Jugaban, reían, chanceaban, secreteaban despacito futuras travesuras. Sus menuditas voces se filtraban como el son del *Talirai*<sup>2</sup> a través de las paredes que recubren el materno lecho. Y *Mokochira* los escuchaba tenuemente como la intermitencia rítmica de sus resuellos, como el interminable golpeteo de su corazón, como el fluir de la sangre de sus propias venas. Luego de internarse en la espesura más tupida, los niños hablaron a su madre tiernamente:

– Madrecita, queremos una taparita de zorrocloco con dos agujeritos a los lados para sonarla cuando vallamos a pastorear vuestros rebaños. Madrecita, queremos una flauta de carrizos para tocarla sentados junto a vos e imitar con ella las voces de los pájaros cantores. Madrecita, queremos majaguas de cuji y fibras de algodón para tejer las cuerdas de nuestros arcos. Madrecita queremos un arco elástico de fuerza con empañadura firme que tenga potencia para disparar las flechas, y que de consistencia a nuestros brazos. Madrecita, queremos unas flechas livianitas con afiladas púas que no desperdicien la puntería. Madrecita, queremos una muñequera de cuero bien ceñida que controle nuestro

<sup>2</sup>*Talirai*: Instrumento musical Wayuu, consistente en un arco de fricción (Nota de los editores).

tino y que no quemé nuestro pulso al disparar la flecha.

*Mokochira* complacida, se propuso de inmediato a cumplir con más ahínco el pedido de sus hijos. Y estos volvieron a decir, mientras su madre vagaba por la selva:

– Madrecita, desgajad esa rama de *Mucurutú* y confeccionad con ellas nuestros arcos.

*Mokochira*, obedeciendo al mandato las cortó, pero luego ellos dijeron:

– No, no madrecita; dejadlo. Sólo era bueno en apariencias. Ese palo no sirve.

*Mokochira*, sin más ruegos los dejó. Andando y andando, la complaciente madre vio una vara de palo amargo, y lo cortó pero luego ellos dijeron:

– Madrecita, no es de nuestro gusto la escogencia. Ese palo no nos sirve.

Entonces *Mokochira*, acatando las razones de sus hijos, dejó los palos. Y al reanudar su búsqueda incesante, vio una mata de malambito de cuyas ramas quiso hacer el arco de sus hijos. Las ramas de malambito eran fuertes, pero los niños contrariando a su madre, respondieron:

– Madrecita, no nos gusta ese palo. Puede no tener la templadura que queremos. Dejadlo.

La madre muy obediente la dejó. Más adelante, *Mokochira* llegó a un sitio despejado de bosques donde había mastranzos. La diligente madre muy contenta cortó varias varas para confeccionar las flechas de sus hijos, pero estos, contrariando aquella iniciativa, dijeron no gustar de aquellas varas por crearlas muy frágiles del todo.

Y así de nuevo dejó los mastranzos. Más como las informes criaturas

comprendiendo que su madre pudiera impacientarse por motivo de tantas negativas, resolvieron cambiar de treta. Ya era medio día y *Mokochira* aún no había recogido ni siquiera un palo de lo que buscaba.

Entonces los muchachos, haciéndole penetrar más en la selva dijeron:

– Madrecita nuestra, he allí un palo de curarire, cortadlo, para que hagáis de él nuestros arcos.

*Mokochira* lo cortó y lo llevó consigo. Luego vieron un palo de albarico, y dijeron:

– Madrecita, madrecita, cortadnos esa vara de Albarico y haced con ellas nuestras flechas.

*Mokochira* obediente, cortó las varas de Albarico y continuó. Al poco rato, los niños en alegres voces, dijeron:

– Madrecita, he allí una varilla del Caujaro, cortadla para que hagáis de ella nuestra flechas.

*Mokochira*, sin más demora las cortó, y se las llevó consigo. Al poco rato vieron abundantes veredas de caña brava y dijeron:

– Madrecita, he allí una varas de Caña Brava que servirían para nuestras flechas.

*Mokochira*, con toda complacencia las cortó. Ya llevaba *Mokochira* un rimero de palos en sus brazos, y caminaba dificultosamente bajo el peso de aquella carga.

Entonces los inestables seres volvieron a decir:

– He allí madrecita, un arbolito de Cují Tierno. Seccionad sus cortezas y extraed de ellas las majaguas para que hagáis nuestras muñequeras,

y al mismo su madera nos sirva como arco.

En seguida *Mokochira*, sin demora desgarró la corteza del arbusto, y siguió. Más cuando había caminado un breve trecho, ellos volvieron a decir:

- He allí madrecita, sacad de ese Ceibo las majaguas para tejer las cuerdas de nuestras armas.

*Mokochira* sin protestar también extrajo las fibras. Era tanto los palos que llevaba que casi no podía caminar. Entonces ellos, viendo un Carrizal dijeron:

- Madrecita, allí está un carrizo de buenos canutos, servirá para hacer de ellos nuestras flautas.

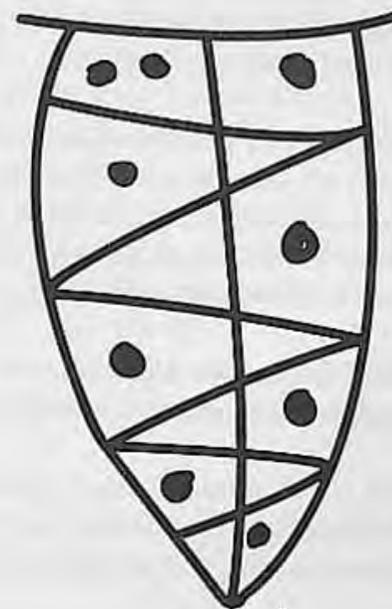
Ya la pobre *Mokochira* le faltaba poco para caer extenuada bajo la carga que la agobiaba. Y ellos continuando con sus pesadas jugarretas, dijeron:

- Madrecita...

Y... En ese instante *Mokochira* tropezó con un tronco, y cayó de bruces bajo la carga que llevaba con el cuadril. Más fue tanta la indignación que le causó aquel insólito accidente, que arrojando los palos que llevaba se dio un fuerte manotazo en el vientre, como queriendo zurrar a sus hijos de ese modo. Y en seguida, no pudiendo reprimirse más enojada dijo:

- Os comportáis conmigo como unos míseros malvados. Esto era lo que esperabais que me hiciera. Por culpa de vuestras impertinencias me he lastimado, pero ahora me la pagaréis todas, porque regresaré a casa y no os daré ningunas ramas. Estoy harta de vuestros vanos caprichos. No esperéis nada de mí, porque no volveré más a complaceros. Los niños avergonzados ante aquel reproche, de inmediato se hicie-

ron los dormidos para no escuchar tan severas reprimendas. Por su parte, *Mokochira* trató de volver, pero cuando así lo hizo se extravió en lo más profundo de la selva.



Representación de los hijos de Juyá.  
Juyá, se asoma entre las nubes  
para observar a sus sobrinos en la tierra.  
Esta figura se usa básicamente en cerámica.

## EL VIAJE DE MOKOCHIRA

*Mokochira*, luego de ocurrido el incidente caminó con disgusto en la espesura sin medir en lo futuro el alcance de sus posibles males.

En la selva nada había que no fuera enmarañado. No asomaban a sus ojos ni una pista, ni un abra, ni un claro en los follajes. La soledad, el sol no se veía, la noche se acercaba. Entonces, conciliándose consigo y con los niños, apaciguó su voz, y les dijo con dulzura, mientras sobaba con ternura su barriga:

– Hijitos míos, he perdido el derrotero. No sé hacia dónde dirigir mis pasos en esta soledad que descontrola mis sentidos. Se anida en mi ánimo el temor al pensar que las fieras darán cuenta de mi vida si por desgracia me encuentran por aquí. Decidid mi suerte, hijitos míos, indicadme el rumbo que debo seguir para evitar los peligros de la selva.

No toméis tan en serio mis reproches; son situaciones impulsivas que a veces surgen de repente para desahogar incómodos enfados.

Pero los niños ante aquellas palabras de mimo y demanda, nada respondieron a su madre porque estaban dormidos y como ausentes de sí mismos. Luego la madre les volvió a decir en tono preocupado:

– Hijitos míos: escuchad mis ruegos, estoy desorientada, auxiliadme. Que ya todo se oscurece ante mis ojos en el fondo de este bosque de murmullos.

Pero los niños permanecían callados a los ruegos de su madre. Entonces *Mokochira*, resignándose a suerte vagó toda la noche con el peso de preñez, sin que pudiese remediar en lo posible la angustia de su extravío.

Aquella noche había sido para ella tan larga como la ausencia de muchos soles. Como un mar de sombras que le impedían ver, oír y reprimir su miedo. Y así lloró... y lloró... cuando de pronto se le apareció una vieja, fea y trompuda, que la inquirió con dulce voz:

– ¿Qué hacéis aquí llorando, hija mía? ¿Por qué habéis venido a derramar tus lágrimas en este monte tan lejano donde la noción de las cosas se pierden? ¿Acaso habéis tomado una resolución descabellada por algún despecho?

– No, abuela. Estoy extraviada. Yo vivo lejos de aquí. Decidí buscar leña para mi hogar, pero tanto me entretuve en deambular que no reconociendo el camino de regreso me perdí en el bosque. Por eso lloro, abuela.

– No lloréis, hija mía. Venid conmigo. Yo vivo en estos bosques y presta siempre estoy a socorrer a quien así lo necesita. En este caso me siento complacida al poder ayudar a una niña tan hermosa como vos. Venid conmigo a mi vivienda que en ella os ofreceré comida, confianza y abrigo para estar. Os marcharéis mañana cuando hayáis descansado y recobrado vuestras fuerzas. Yo misma os cuidaré hasta el camino del retorno.

Y *Mokochira* partió en compañía de la vieja camino a su vivienda. Aquella vieja se llamaba *Chaama'a*, madrastra de los feroces tigres que habitaban las selvas.

Al llegar *Mokochira* a la casa de *Chaama'a* sintió temor ante las cosas raras que veía: cabezas colgadas, retobos esparcidos y animales silvestres que se comportaban como mansos. Entonces la vieja, consolándola con furtivas expresiones le dijo:

– Nada temáis, hija mía. Ni de los huesos que veis ni de los animales que caminan y revolotean, porque son mis cabras (ciervas), mis mu-

las (dantas) y mis perros (zorros). Son mis bienes. Ellos me sirven, me alimentan, me defienden, me transportan.

— Esto dijo *Chaama'a*, la bruja de los bosques para tranquilizar a *Mokochira*. Luego de impresionar a la muchacha con hábiles palabras, dijo:

— Cuéntame, hija mía, los percances ocurridos, os escucho con toda complacencia y atención.

Esto dijo la vieja con ansia reprimida de querer saborear las carnes de la joven. Ella quería degollar a *Mokochira* para servirla en banquete a sus hijos los *Kala'ira*. Entonces *Mokochira*, ajena a toda suspicacia, complació a la vieja refiriéndole su historia. Y comenzó:

— Yo en un principio...

De pronto se oyó un tumulto de voces iracundas que discutían sobre el mal día trajinado. Eran los hombres-tigres que se aproximaban malhumorados al no poder encontrar ninguna pieza de cacería para sus panzas.

*Mokochira*, al escuchar aquel tropel se asustó grandemente, pero *Chaama'a* le dijo:

— No os asustéis hija mía. Son mis hijos que ya regresan de sus labores. Ellos son algo revoltosos y violentos, pero dóciles a mis palabras cuando los recrimino. Por eso, no os preocupéis, yo os defenderé de sus posibles provocaciones. Y señalando un *Wushu* (caldero de barro) hizo que *Mokochira* se escondiera debajo del enorme tiesto.

Llegados los *Kala'ira*, también apodados *Kuli'rapata*, *Kannapiülü* y *Epeyüü*, se tumbaron al suelo mascullando en sus tedios su furor. Entonces, de repente, husmeando el aire, dijeron:

— Madre, nuestras narices huelen algo extraño y nuestras bocas se

aguan de apetito: ¿Qué se esconde aquí, en este ambiente de quietud? Dínoslo de inmediato, porque es apetecible a nuestros gustos.

Entonces *Chaama'a*, con disimulo replicó en voz alta, para que la muchacha oyera:

— Aquí nada hay que tenga extraño olor. Lo que huele a melón en vuestro olfato, son las flores perfumados de los suspiros que ya empiezan a florecer en primavera.

Entonces *Chaama'a*, sin hacerse esperar extendió la mano, y con gesto afirmativo señaló hacia el caldero donde estaba *Mokochira* escondida. Y sin esperar más tiempo los *Kala'ira* bravos, azuzados como estaban por el hambre se abalanzaron sobre el caldero y despedazaron a *Mokochira* con saña cruel.

Más los niños al sentir que su madre era descuartizada y desgarrados sus miembros uno a uno, sintieron miedo. Entonces disminuyeron su tamaño, se desprendieron de su estado, mordieron el cordón de sus ombligos, se inflaron de aire, rompieron la placenta y cayeron como desecho sobre el suelo, sin que los tigres lo notaran. Y así se hicieron los muertos, imitando a ciertos bichos que a guisa de defensa se aletargan para no ser atrapados.

Pero la vieja *Chaama'a* los vio, y enseguida los tomó en sus manos y los acarició con regocijo a escondidas de sus hijos. Y eran tan chiquiticos en su aspecto que parecían ratoncitos recién nacidos, colorados y pelones. *Chaama'a*, contenta por el hallazgo los aprisionó en sus manos y furtiva los guardó en un canastillo de algodón (*Chonoi*) tan menudito que parecía de chupaflor, sin que de todo ello se dieran cuenta los *Kala'ira*.

Así nacieron los mellizos transformadores, los genios portentosos hijos de *Patunaijanaa* y *Mokochira*, las plantas que florecen en primavera llenando de perfume los paisajes.



### LOS VIAJES DE MA'AYUI Y ULAPIUY

La primera noche de su vida externa, los niños durmieron largamente. *Chaama'a* se esmeraba en cuidarlos en ausencia de los tigres. Los abrigaba de frío por las noches, los preservaba del calor durante el día, los cuidaba de hormigas y alimañas y los atendía de todo cuanto pudieran enfermarlos.

Al poco tiempo se familiarizaron con ella; ganaron su confianza, recibieron mimos, pero nunca se sintieron satisfechos. Mantenían latente su venganza por el funesto agravio que infirieron a su madre. Así pasaba el tiempo. Los niños en secreto confeccionaban arcos y flechitas con venas de palma real y fibras de brusquilla.

Y así fueron las etapas de su crecimiento: al primer *Ka'i* (sol-día) de su existencia crecieron un poquito, y cazaron a hurtadillas insectos, gusanos y grillos, para divertirse; al primer *Kashí* (luna-mes) transcurrido, los niños crecieron algo más, rieron, retozaron, lograron vigor y cazaron lagartijas, machorros, colibríes; al primer *Juyá* (año-ciclo lluvioso) de su apego permanente, quedaron estacionarios sus tamaños y llegaron a la plenitud de sus facultades, fortalecieron sus cuerpos y sus mentes. Luego fueron aptos para cazar fieras y animales grandes; recolectar frutos, manejar todo tipo de instrumentos y practicar las artes y oficios conocidos.

Así fueron sus cambios. De este modo ascensional se hicieron grandes con el pensamiento sin llegar a ser adultos. Crecieron, pero nunca dejaron de ser niños. Vivieron siempre las travesuras de la infancia. Eran tiernos y vivaces.

*Ma'ayui* y *Ulapiuy*, que así se llamaban, eran extremadamente feos; tenían rostros de sapos, a la vez que cabezones, ventrudos, estevados y bocones. La autonomía de cada uno como individuo no estaba dada en ellos, sino lo de ser un mismo ente con iguales atributos. Por eso actuaban como si fuesen uno. No podían proceder por separado; un ombligo invisible los ataba; un estrecho sincronismo los unía. En sus actos, en sus juicios, en su estado. Toda la fealdad que aparentaban contrastaba con la belleza que irradiaban. Así era la imagen de aquellos engendros portentosos, hijos póstumos de *Mokochira*, la hermosa niña que robó *Kayuushi* para congraciarse con *Juyá*.

Un día entre tantos días, los muchachos fueron donde *Ji'ise*, viejo repugnante de cabellera blanca que en otro tiempo fuera un hábil tejedor, para pedirle fibras con que hacer la cuerda de sus arcos. Cuando llegaron a casa del anciano, dijeron respetuosamente:

– ¡Ah...! Hay estáis tejiendo como siempre buen abuelo...

Si, respondió el anciano con indiferencia y después de una pausa vacilante, volvieron a decir:

– Venimos a pedir de vuestras hilachas sobrantes, abuelo... Dadnos un poco de esas fibras que se dice que son muy fuertes para tejer la cuerda de nuestras armas.

– No tengo respondió el viejo todo enojado.

– Si queréis de mis fibras, traedme manilla para comer a cambio de ellas. Además, yo no soy ningún muchacho para perder mi tiempo con muchachos.

Ellos dijeron:

– Nada tenemos a nuestro alcance abuelo, somos unos pobres muchachos huérfanos que sólo vivimos de la bondad ajena, y contamos con vuestra ayuda para confeccionar nuestros arcos y así tener con que cazar.

Pero el viejo furioso les replicó:

– ¡Largo de aquí miserables guiñapos!... Asquerosos bichos. ¡Qué me importa vuestra suerte! id a molestar a otra parte, pedigüeños holgazanes... dejadme quieto antes que me arrepienta y os haga un daño.

– Está bien abuelo – dijeron los muchachos –, no es para tanto vuestra furia, no hagáis tan intensa vuestra rabia. Sacudiremos nuestros pies para no llevar un grano de arena de vuestro suelo y que después el viento se encargue de borrar nuestras huellas, si es que hemos cometido alguna falta.

Así dijeron los muchachos y se alejaron tristes ante el desprecio del anciano.

Los niños eran diestros en el toque del *Wa'awai*<sup>3</sup>, y así muy divertidos volvieron a casa de *Chaama'a*, la vieja malvada que en ausencia de los tigres decidió comerse a los muchachos. Para este fin, trató de persuadirlos a que fuesen con ella al río a oír el canto de los peces. Los muchachos convinieron y se fueron tras ella muy contentos. Camino al río, los muchachos iban quedando atrás entretenidos en fabricar sus armas. De trecho en trecho simulaban descansar sin que la vieja se diese cuenta; para afinar sus flechas, templar sus arcos y tesar pulsos con majaguas de *Cuji*. Y llegando que hubieron al río, la vieja les dijo:

<sup>3</sup>*Wa'awai*: Instrumento musical Wayuu, totumo de calabazo pequeño y redondo con tres perforaciones, fabricado del fruto de un árbol especial llamado *lila*. También se hace de barro cocido (Nota de editores).

– He aquí nuestro retiro. Oíd la risa de las aguas mientras lame con su lengua los guijarros. Ved las pintas de las flores y los bancos de arena que a su paso la corriente va formando. Aquí acamparemos, hijos míos, andad, buscad chamizos y prended fogata. Observad el baile de los peces a la suave remasa de las aguas.

Pero los niños prodigiosos sabiendo de antemano las malas intenciones de la vieja, la flecharon en el acto y la tiraron al agua para que la corriente del río se la llevara. Y de esta manera los niños prodigiosos vencieron a *Chama'a*. Después de todo el aquello, *Ma'ayui* y *Ulapituy* se dijeron:

– Vayámonos de aquí cuanto antes. Emprendamos la jornada; el mundo está sucio y corrompido; todo cuanto existe está deforme, es preciso transformar de nuevo, enderezar lo que han torcido, destruir lo que no sirve, crear lo que haga falta, repartir lo mucho, quitar lo malo e imponer lo bueno; el primer intento de reacción fue malo, y siempre se vuelve al principio en el ensayo de las cosas.

Y diciendo esto, los gemelos prodigiosos emprendieron la marcha hacia tierras lejanas. Cuando los gemelos emprendieron camino hacia lo desconocido, pasaron por donde el viejo *Ji'ise* para vencerlo.

Y en efecto, cuando menos lo esperaba, lo golpearon en la cabeza haciéndole vomitar la sangre. Lo aplastaron al instante con sus pies, lo estrujaron contra el suelo y allí lo dejaron tendido. Luego los muchachos lanzaron contra él sus agrias maldiciones (*O'ulejawaa*):

– Viejo malvado, os enfurecéis contra nosotros los gemelos prodigiosos y por eso hemos castigado vuestra soberbia. Nos negasteis a darnos de vuestras fibras, cuando por necesidad os pedimos algunos desperdicios; ahora os condenaremos a ser plantas de la tierra seca: creceréis silvestres en los cerros más áridos de *Jalaala*, os azotará el viento perenne de la sierra tras los días prolongados de sequía. Las interminables generaciones arrancarán vuestros brazos y con ellos harán sus tejidos, fabricarán sus guayucos, tejerán sus chinchorros,

sus mochilas, sus talegas, sus mecates y todos sus enseres.

... Y de esta manera, *Ma'ayui* y *Ulapituy* vencieron al soberbio viejo, llamado *Ji'ise*. Desde entonces, las fibras de la Cocuiza sirvieron para fabricar los primeros tejidos del *Wayuu*.

Cuando hubieron regresado los *Kala'ira* de sus largas correrías, llamaron a su madre:

- ¡Madre, atendednos! Hemos venido de muy lejos y estamos cansados; dadnos pronto la ración que nos guardásteis para el día.

Pero *Chaama'a* no respondía porque estaba ausente. Volvieron a llamar:

- Responded madre, a nuestro llamado que tenemos hambre y sed.

Pero ella no respondía porque estaba muerta. Luego por tercera vez se decidieron a registrar los rincones de su cueva, pero nada encontraron. Por último fueron a la floresta, al río, a las grutas, a los yarzales y a los cerros, llamando a grandes voces...

- ¡Madre oíd nuestros clamores y asomad a nuestros ojos!

Pero todo permanecía callado tras un silencio abismal...

Luego bajaron de las lomas, preguntaron a los insectos, descendieron a las llanuras y preguntaron a los caminos; pero nadie sabía de nada... Todos callaban. Entonces sucedió lo inesperado, una voz extraña les habló:

- No busquéis en vano a vuestra madre, nietos míos. Ha sido roída por el río víctima de *Ma'ayui* y *Ulapituy*, quienes la mataron y la echaron a la corriente para que los peces la devoraran y no dejara vestigio. Ellos están lejos de aquí, a distancia de largos soles; han cruzado las montañas altas, han vadeado los ríos, han atravesado los montes más distantes. Los pantanos, los bosques, las llanuras. Si apresuráis el

paso en perseguirlos, los alcanzareis a la vuelta de tres lunas. Marchan hacia el lado de donde viene el viento, de donde viene el sol, de donde zumba el mar.

Así hablo *Mma'* (Tierra) a sus nietos los *Kala'ira*, quienes rugieron tres veces para infundir miedo al mundo. Sus rugidos, fueron como los ecos de *Puloi* el retumbar lejano de los truenos. Los animales, tras el bronco rugido de las fieras, despertaron de sus sueños y, queriendo ayudar a los *Kala'ira* fueron a buscar sus armas; pero todas estaban destruidas.

Los *Kala'ira* se creían poderosos, fuertes e invencibles, y podían confrontar una guerra contras los niños prodigiosos. Ambos sostendrían una lucha milenaria de siglos sobre los siglos, ayudados por *Waniüüüü*, el padre de la muerte (*Outa*), invocarían la ayuda del viento (*Jouttai*), sembrador de sequías y desolaciones, llamarían en su auxilio al hambre (*Jamii*), hija de la miseria (*Mujan*). Llegarían las enfermedades (*Ayuule*), las pestes, las calamidades y todas aquellas cosas que llevan en principio el germen de la destrucción.

Por su parte, los gemelos prodigiosos, tendrían la protección de *Juyá* (lluvia) el fecundante padre de la vida, hermano de *Patunainjana*. La bondad de *Palaa* (mar) enemiga eterna de *Mma'*, y todos aquellos elementos que llevan en su esencia el principio vital de la existencia.

Cuando la tierra terminó de hablar, los *Kala'ira* no perdieron tiempo e iniciaron su carrera con la rapidez del viento. Cruzaron regiones ignoradas ansiosos de darles alcance a los muchachos. Y así se llamaban los *Kala'ira*:

*Wayuu-Unalii*, Hombre Orza; *Wayuu-Muusa*, Hombre Gato; *Wayuu-Wasashi*, Hombre Puma; *Wayuu-Kala'ira*, Hombre Tigre; *Wayuu-Iitsu*, Hombre Cunaguaro; *Wayuu-Wali'i*, Hombre Oso Melero; *Wayuu-Puichi*, Hombre Báquiro; *Wayuu-Walirii*, Hombre Zorro; *Wayuu-Pa'ainña*, Hombre Jabalí; *Wayuu-Warulapai*, Hombre Gavilán; *Wayuu-Mushalé'e*,

Hombre Caricari; *Wayuu-Monkulunseeru*, Hombre Búho Titiriji; *Wayuu-Shokoin*, Hombre Mochuelo; *Wayuu-Tool*, Hombre Lechuza; *Wayuu-Pusichi*, Hombre Murciélago; *Wayuu-Waakatwa*, Hombre Yacabó; *Wayuu-Yaliruwas*, Hombre Ave Trepador; *Wayuu-Matuale*, Hombre Baba; *Wayuu-Walamut*, Hombre Águila; *Wayuu-Naai*, Hombre Halcón; *Wayuu Iruma-Wui*, Hombre Serpiente (estos son perversos y repugnantes).

Los *Kala'ira* con su portento tomaban fuerzas de su propio impulso sin detener su marcha; acortando las distancias largas, descendiendo abismos, transmontando el curso de los ríos. Pero sus potencias no eran lo suficientemente fuertes como para cubrir trayectos infinitos.

Y a medida que avanzaban se cansaban. Se embotaban, se enfadaban. *Ma'ayui* y *Ulapuiuy*, en su afán de huida llegaron a presencia de un joven que vivía solitario en la espesura del bosque, un ser primigenio. El personaje se llamaba *Warutta*, descendiente de seres primigenios que aparecieron en las primeras edades. Su estirpe creció en la arena de los mares, pero quizá por algún extraño designio se quedó en la selva para vivir alejados de sus hermanos marinos.

...Y su saludo fue:

– ¿Habéis llegado?

– Sí, hemos llegado, respondieron ellos.

– De dónde habéis venido, amigos míos, tras el cansancio que os agobia...

– Venimos recorriendo los caminos del mundo buscando nuestra suerte. Pero desviamos nuestra ruta hacia vos, porque nos dio sed, y venimos a pedir agua para beber.

Así hablaron los muchachos a *Warutta*, quien a su vez les dijo:

– Entrad a mi aposento y esperad que os traiga el agua.

Luego apareció *Warutta* con una tapara de agua fresca. Y dijo el joven entregando a los muchachos la tapara:

– Tomad y saciad vuestra sed, amigos míos. Esta agua no me ha faltado y siempre permanece colgada en el techo de mi estancia, para el bueno que rueda en los caminos y necesita mitigar su sed. En los días de invierno yo la recojo de los manantiales más dulces; en los veranos fuertes la saco de las plantas aguanosas, de los árboles de savia clara, o la destilo de los frutos carnosos.

Los muchachos bebieron a boca de la tapara, y se sintieron confortados. Más no les cupo gratitud en sus pechos hacia aquel joven humilde, cuya divina fuente de agua alabaron grandemente.

Entonces los hermanos prodigiosos dijeron, después de una confianza lograda:

– ¿Por qué no nos cuentas algo de vuestra historia, muchacho?

Para saber qué motivos te hacen vivir en éste paraje tan sombrío.

– Está bien, aceptaré gustoso, respondió *Warutta* lleno de avidez.

– Pero tenéis que ser mis huéspedes durante esta noche y compartir conmigo mis soledades. Mañana emprenderéis la marcha nuevamente, cuando hayáis reparado vuestras fuerzas, cuando comience la claridad del día, cuando el sol vuelva a rodar sobre sus pasos a trillar su ruta indefinida.

Así habló *Warutta*. Entonces *Ma'ayui* y *Ulapuiuy*, dirigiendo sus voces hacia adentro, dijeron en sus corazones: "Grande es la sabiduría y el juicio de este joven, en su manifiesta elocuencia nos lo ha dicho. Alabada sea su cabeza y su corazón porque tiene el pensamiento de un anciano en la plenitud de sus días"...

De esta manera comienza hablar el joven *Warutta*:

– Mis antepasados fueron de extenso linaje, cuyas memorias se perdieron en la obscuridad de los tiempos. En las nieblas de las primeras edades, sus predios se extendían por los confines del mundo. Sólo la tierra en su vasta extensión era su heredera. Se creyeron los progenitores de la vida, cuando ésta no existía en la gran soledad de sus dominios. Ellos fueron los primeros en vivir, el moverse por su propia cuenta, cuando la tierra aún era yerma, triste y vacía. Cuando el mar y la tierra vivían en perpetua lucha para lograr el predominio de la Creación. Mis antepasados se creyeron los más fuertes, en su debilidad; los más grandes en su pequeñez. Lo más extensos en sus limitaciones. Los más perfectos en sus imperfecciones, que se extendieron por las montañas, los ríos, los desiertos y las selvas.

– ¡Ah!. Muchachos, no es tan atractiva la historia de mi vida, como los grandes acontecimientos que originaron las cosas, (*Kasakat*), He aquí mi relato:

– De las entrañas de *Weinshi* (el tiempo) nacieron dos hermanas gemelas que fueron eternamente rivales: *Mma'* (Tierra) y *Palaa* (Mar), nacidas de las tinieblas (*Piuushou*) profunda oscuridad de la noche. El origen de sus progenitores se perdió en el misterio de sus arcanos, no se sabe quiénes fueron, pero se cree que fue un personaje caótico y ambivalente que vivía en el abismo de las noches (*Sawai-Piuushi*), y en el fondo de la claridad del cielo: (*Araliatu'u-Warattui*). Ese ente misterioso era un ser de doble naturaleza. En su doble sexo se complacía en volverse hembra o varón. Y llenábase de gozo con el divino placer de su dualidad y se mostraba jubiloso con su indistinta naturaleza. De allí que *Sawai Piuushi Araliatu'u Warattui* eran la misma cosa, lo mismo que las tinieblas y la claridad eran la misma cosa, puesto que las cosas en el principio no tenían diferencias y existieron sin orden. *Sawai-Piuushi*, la oscuridad de la noche, estando encinta una vez quizá por qué extraño prodigio engendró dos hijas que fueron enemigas irreconciliables: *Mma'* (Tierra) obscura como su madre y *Palaa*

(mar) celeste azul como la extensión de arriba. Ambas gozaban de grandes atributos creadores que rigen por principios desconocidos: la armonía, la fecundidad, la vida, los orígenes. Todos los designios de la creación tienen su principio en el misterio, y el gran *Araliatu'u* engendró dos hijos varones llamados *Ka'i* (sol) y *Kashí* (luna). Eran ellos dos jóvenes bien apuestos que se amaban entrañablemente como ahora os amáis vosotros. Ambos estaban unidos por el ombligo de su padre, ya que eran hijos más queridos.

Una vez *Ka'i* (sol) dijo a su hermano *Kashí* (luna):

– Hermano vamos a cazar, la espesura está llena de animales y de ellos comeremos. Vamos a pasearnos por los dominios de nuestro padre; tomad camino diferente, pero no os alejéis por mucho tiempo si por ventura encontráis alguna presa, no sea que nos sorprenda nuestro padre y nos castigue, ya que para todos está vedado los secretos de su existencia.

– Está bien hermano –dijo *Kashí*. Igualmente os restituyo mi prevención.

*Kashí* tomó entonces su brazalete de cuero y se lo amarró en el pulso, se terció su arco, tomó las flechas, su punzón de hueso, y salió a recorrer el espacio infinito del *Siipa'a Jutatui*, el panorama extenso donde viven las estrellas y no llegan las miradas.

*Ka'i* por su parte hizo lo mismo y se alejó por otro sendero a vagar por el infinito, *Siipa'amiiin* cuyas fronteras se extendían más allá de los mundos mensurables.

Pero ambos jóvenes no iban a cazar, puesto que llevaban ocultas intenciones, opuestas cada uno. En efecto *Ka'i* quería poseer a su propia hermana, la encantadora *Palaa* (mar) quien se encontraba en la tranquila castidad de su existencia, sin deseos, sin pasiones, sin los impulsos que mueven la consumación del amor y la conjugación de los seres.

*Kashi* en cambio quería conocer los secretos de su padre. Y... vio con asombro cómo el gran *Araliatu'u Warattui* era su propia madre, *Piuushou*. Y vio que copulaba en sí mismo, que participaba de dos naturalezas al mismo tiempo; que paría seres extraños pero no por conductos ni órganos especiales, sino por emanación de su cuerpo, por irradiación de su ser, de su efluvio, de su luz, de su calor, de su mirada expansible y llena de misterios, de su aliento frío, de su silencio profundo, de su quietud suprema y de los divinos atributos de su existencia misma.

Sorprendida de este modo la gran *Piuushi* condenó a *Kashi* a que la mirara eternamente unas veces de perfil y otras veces de frente.

Desde entonces se formaron las fases lunares: *Kashi wopujeekui* (Novilunio), *Kaleupa kashi* (Luna creciente), *Siraa tüshi kashi o Alii nalu* (Plenilunio), *Keipiuushipa kashi* (Luna menguante), y así se formó la luminaria que preside los secretos de la noche. Entre tanto, *Ka'i* viendo que su hermano no regresaba, salió en búsqueda de él. Pero el viejo *Araliatu'u*, le dijo:

- No vayáis en búsqueda de vuestro hermano, lo he castigado a vagar por mis predios nocturnales por haber violado los secretos de mi intimidad, pero le he dejado claridad en su rostro.

Pero *Ka'i* desatendiendo a su padre se fue en búsqueda de su hermano. Pero ya era tarde, la distancia que los separaba era muy grande y les fue imposible verse y encontrarse. Y por esa desobediencia *Ka'i* no cesará de rielar sobre los cielos hasta no encontrarse con su hermano.

Y cuando esto suceda, se habrá consumado la catástrofe del mundo.

Entonces *Ka'i* empeñado en tal empresa encontró en su camino a su hermana *Palaa* y se dispuso a seducirla sin que ésta se diese cuenta, ya que ella no sabía ni sentía los encantos del amor lo mismo que él, tampoco sabía que tan hermosa mujer era su propia hermana.

Y así fue como *Ka'i* con el calor de su mirada fecundó a *Palaa*, y de la unión de ambos nació *Juyá* (Lluvia) que luego ascendió a las alturas donde moraba su abuelo *Araliatu'u*, quien al ver al niño se dijo:

- ¿Qué haré con esta criatura que fructificó el incesto?

- ¡Ah!... Lo enviaré dentro de una mota de algodón a la tierra estéril para que perezca, no quiero ser cómplice de las malas acciones de aquellos que lo engendraron.

Y, dicho esto, lo envolvió en un copo de nubes blancas (*Siruma*) y lo hizo descender sobre la tierra en forma sutil. *Mma'* con el presente se sintió feliz, sin saber que *Juyá* era hijo de sus dos hermanos: *Palaa* y *Ka'i*. Pero *Palaa* sintió odio por lo que su padre había hecho y para consumir su venganza engendró por sí misma a un hijo impetuoso llamado *Jouttai* (viento) para que peleara contra su hermano *Juyá* y lo venciera. Y así fue como los hijos de *Palaa* fueron eternamente irreconciliables.

Cuando *Juyá* se hizo hombre, éste poseyó a la tierra. De sus entrañas surgieron las maravillas de la vida. Nacieron los seres de la creación. La savia de la vida corrió por sus entrañas como una fuerza vivificante, como una energía misteriosa. Cubrió su desnudez con el verdor de las plantas. Las neblinas y el rocío refrescaron su rostro. Y se llenó de flores y frutos. Cubrió su cuerpo con el manto herboso de las llanuras. Sus prominencias fueron portadoras de abundancias, de las montañas descendieron los ríos, las quebradas y manantiales. La sinfonía de las aves la poblaron de voces, y desde entonces no hubo soledad, ni silencio, ni tristeza.

De este modo amigos míos, refirieron los ancianos de otros tiempos, la creación del mundo. Pero aún falta relatar la historia de los gigantes pétreos y los *Wunu'u* soberbios que habitaron la tierra en un principio.

Entonces, *Ma'ayui* y *Ulapuiy*, dijeron:

- Ha sido muy amena vuestra charla, y nos ha regocijado grandemente oír el pasado de nuestros abuelos. Eso nos llena de emoción, pero nos revive...

En esos momentos asomaba el día, desde el fondo de una noche larga.

- ¿Qué? inquirió *Warutta*

- ...El hecho es que somos peregrinos infelices que sufren tenaz persecución.

- ¿Qué motivos tenéis para serlo? - dijo *Warutta*.

- Represalia. Venganza. Floración de odios. *Chaama'a*: La madastra de los *Kalaira* descuartizó a nuestra madre, y la sirvió en comida para sus hijos. Por lo cual nuestras flechas dieron cuenta de ella, para hacer bailar su cadáver entre las aguas del río. Ahora somos fugitivos y los *Kalaira* nos persiguen para vencernos.

Dicho aquello, los niños se levantaron, y haciendo una venia de despedida dijeron al partir:

- Amigo nuestro, ya nos retiramos. Si por ventura pasan esos malvados por aquí a preguntar por nosotros, decidles que no nos conocéis. Que no hemos pernoctado en vuestra casa; ni habéis escuchado nuestras voces, ni hemos bebido vuestra agua, ni os habéis colmado de atenciones. Protegednos de esos desalmados que vienen rastreando nuestras huellas y así tendréis reservada una alta recompensa. Ya que nos vamos, en vuestras manos queda nuestra suerte.

Y los niños prodigiosos, desaparecieron de su vista como una exaltación... Y llegaron los tigres a los predios de *Warutta*, quien vivía en la soledad del monte. Más el joven, al verlos se llenó de miedo. Los *Kalaira* estaban extraviados, y como no quisieron continuar, resolvieron volver sobre sus pasos para no seguir extrañas rutas.

Más uno de ellos, siguiendo el rumbo de la selva espesa, se apartó del grupo y fue a presencia de *Warutta*, llamado *Jure'ere*, salió de su aposento y saludó al *Kala'ira*:

- ¿Habéis llegado?

- Sí, he llegado.

- ¿Que se dice por los caminos que habéis andado?

- Nada. Sólo torcí mi rumbo para pedir agua. Estoy sediento, y vengo de lejanas tierras. Mis hermanos han regresado para seguir la recta vía que atrás equivocamos en días anteriores - replicó *Jure'ere*.

- ¿Y... Qué buscáis?

- Buscamos a dos malvados que han asesinado a nuestra madre. Dos muchachos bandoleros que han aniquilado nuestro orgullo. ¿Acaso no los habéis visto?

- No, nunca. No los conozco ni sé quienes son.

- Entonces... dadme el agua que os pedí, muchacho.

- ¡Caramba! agua no tengo por lo pronto. El invierno fue mezquino en estos días, y apenas recogí una mucurita que no puedo malgastar ni mucho menos regalar. Ya sabrás que me hace falta porque el verano es largo.

Entonces el *Kala'ira* dijo:

- Tened compasión de mí. Dadme un poco de esa agua que tenéis guardada.

- ¡No!... imposible respondió *Warutta*

- ¿Qué queréis que os prometa a cambio de esa agua? - Preguntó el *Kala'ira*.

- Nada extraordinario, excepto me deis a conocer el conducto de vuestros excrementos contestó *Warutta*.

- ¡*Jietsa'a Ti'i!* siempre macho, me libré de ser hembra, ni que fuera un marica para canjear mi cagatera por su sorbo de agua, dijo el tigre malicioso.

- Entonces moriréis de sed, porque sólo a distancia de veinte soles de aquí encontrareis agua.

- Aunque tenga que morir. Pero mi culo no es juguete para que nadie lo manosee. Precisamente me lo han puesto en la parte trasera, escondido entre mi cola y mis testes para que nadie lo vea ni nadie lo tiente. Este es mi ano, lo llevo solamente para deponer y ventosearme, y no para que nadie lo posea. Para eso hay muchas hembras con sus brevas maduras y cerradas, que bien podéis acariciar.

Dicho esto, el *Kala'ira* volvió a insistir:

- ¡Por favor perdemos el tiempo! Ya tengo la lengua reseca...

- Que os tueste, pero mi decisión es firme: si me dais el orificio del trasero para conocer su secreto, tomaréis agua - respondió *Warutta*.

- Dejad de chancear, muchacho, dadme de beber agua. Si no queréis arrepentiros después -dijo el tigre-, en tono amenazante.

- No bromeo amigo. Es verdad lo que os digo. Si tratáis de intimidarme, estáis doblemente fracasado, puesto que mi agua es un secreto del cual solamente yo puedo disponer. De suerte que, dadme vuestro culo y veréis que os doy el agua.

- Trato hecho. Dadme primero el agua -repuso el tigre.

- ¡No!...*Jietsa'Ti'i!* mi calvo cabezón y no raja de mujer!

Ni que fuera tonto para dar mi agua, y después quedarme padecien-

do de sed.

El tigre sumamente impaciente volvió a insistir:

- Apuraos muchacho, que se me hace tarde, y mis hermanos me esperan.

- ¡Ah! ¡Entonces! Largaos de inmediato y dejadme en paz.

Era tanta la sed que afligía al tigre, que este al fin tuvo que acceder a las exigencias de *Jure'ere*. Y...dijo entonces *Warutta*:

- Cerrad los ojos y aflojad el orificio del trasero, para que en breve suspiro se consuma todo. El *Kala'ira*, obedeciendo al *Warutta*, apartó su cola y se puso en pose.

Entonces *Warutta*, tomando un *wainmpiraicha'a* (ají picante silvestre) se lo frotó en el ano causándole tan tremendo ardor, que hizo retorcer al *Kala'ira* de rabia y de picor. Desesperado el tigre, corrió intempestivo a donde estaban sus hermanos y les dijo jadeante:

- ¡Venganza hermanos míos, venganza! Un bandido de estos montes me ha sorprendido con su enorme miembro, y de paso ha destrozado mi fondillo.

Los tigres enfurecidos ante aquel hecho vergonzoso, se volvieron contra *Warutta* para despedazarlo. Pero éste, más hábil que ellos se ocultó en su casa. Más ésta por obra de Los Niños Prodigiosos la convirtieron en un árbol para defenderlo del ataque de las fieras.

Desde entonces los caracoles silvestres viven entre los palos, aletargados en verano, después de haber guardado entre sus conchas, el agua de reserva que necesitan para vivir.

Por su parte los *Kala'ira*, después de aquella mala jugada de *Warutta*,

quedaron vencidos y furiosos viviendo entre la selva. Así habían perdido para siempre la pista de los mellizos, frustrando de este modo sus deseos de venganza.

Desde entonces los tigres fueron animales salvajes, feroces e indomables. A quienes también se les ha calificado de maricas por haber convenido en dar su culo a un caracol. Y así terminaba la persecución de Los Niños Prodigiosos por parte de los *Kala'ira* bravos, hijastros de *Chaama'a*.

### Ma'ayui y Ulapiuy y el origen del Guáimaro

Una vez, los niños prodigiosos, sin sospecharlo llegaron donde un viejo receloso y gruñón que habitaba en la cumbre de *Makuira*. Este viejo vivía solo y tenía una mata de Guáimaros Su único trabajo era cuidar con esmero aquella planta, ya que según parece era la única en su especie que hasta entonces existía.

Los frutos de aquel árbol eran la comida predilecta del anciano, quien para evitar que dicho frutos ya maduros se desparramaran al caer, subía con su mochila para recogerlas con sumo cuidado desde arriba. Cuando los niños llegaron a presencia del anciano, dijeron gemebundos:

– ¡Oh! Venerable señor, andamos perdidos desde hace tiempo por estos montes. No hemos encontrado el camino por donde regresar a nuestra casa, y como el hambre nos hace doler nuestras barrigas, ¿Seréis tan piadoso que nos déis a gustar de vuestras racimosas frutas?.

Entonces el viejo con gesto de fiereza, respondió:

– ¿Venís intrusos, a que os dé por limosna mi desvelo? ¿Creéis que es tan fácil plantar una mata como esta y cuidarla a fuerza de sudor de muchos días, para que luego vengáis vosotros grandísimos sinvergüenzas a aprovecharos de ella? No, lo que sí os puedo dar es una paliza por vuestra necesidad... y arrancando de cuajo una mata

de *Yawa* (pringamosa de guazabara urticante) arremetió contra ellos para pegarles; pero los niños entre asustados y sorprendidos corrieron rápidamente y se escondieron en unos matorrales, llenos de miedo.

Y cuando le hubo pasado el susto, *Ma'ayui* dijo:

– Menos mal que nos pusimos las patitas sobre las orejas para correr, poco faltó para que todas las vísceras se me salieran por la boca.

– Y yo dijo *Ulapiuy*, si hubiera tenido mierda acumulada en mis tripas la hubiera expulsado en la carrera. Menos mal que apreté el anillo de mis traseras para no dejar salir un cuesco.

– Ha hecho mal ese viejo en amenazarnos sin razón; castigaremos su soberbia.

Y diciendo esto, se escurrieron sigilosamente por entre las matas y se pusieron en acecho del viejo, quien ya estaba subido en el copo del árbol cogiendo las frutas para comer.

Entonces los niños improvisaron un juego llamado *Shanana*, el *Wonna-ki*, para ejercitar sus resuellos en el canto. El viejo al verlos de nuevo se encolerizó grandemente e intentó bajarse para castigarlos, pero no pudo. Ensayó diferentes formas de bajar pero nada logró, era difícil descender.

El árbol aumentaba de altura, su tronco engrosaba cada vez y sus ramas se tornaban resbalosas e inasibles. Mas los niños para el juego, abrieron en la corteza del árbol una hilera de hoyuelos verticales por donde hacían caminar sus dedos al rítmico son del *Shanana*, el *Wonna-ki*. Y ellos entonaban:

– ¡*Wonna-ki..!* ¡*Wonna-ki..!* ¡*Wonna-ki!...*

Y así contaron sin respiración cien hoyuelos en el tronco, y el árbol creció cien veces hacia el cielo, hacia arriba, hacia lo indecible; mien-

tras el viejo ahogado en desesperantes gritos profería insultos contra los muchachos quienes muy divertidos jugaban entre sí.

Y así contaron veinte veces mil, treinta veces mil, y el árbol creció hasta sobrepasar las nubes y la claridad del cielo. Y cuando ya no hubieron de escuchar los gritos ni los ecos del anciano, el árbol cediendo al peso de la copa, crujió y se dobló hacia el occidente lejano... y en estruendosa caída desparramó sus frutos por las selvas de occidente y los montes vecinos.

Desde entonces el Guáimaro se extendió como planta silvestre por aquellas regiones.

Entre tanto el viejo asió fuertemente al follaje de su mata no resistió el tremendo embate de la caída, y fue despedido violentamente contra el suelo despedazándose todo su cuerpo en el instante. Y en el punto donde cayó el anciano, se formó una laguna de sangre transparente. Laguna encantada donde los pájaros vinieron después a bañarse para teñir sus plumas.

De allí obtuvieron los pájaros su color rojo, sus matices carmesí, sus tintes de bermeja: los santocristos, los cardenales y todas las aves que hoy llevan sus plumajes salpicados de sangre, bebieron y se bañaron en aquella fuente, que cada vez iba mermando más y más. El único que faltaba por hacerlo era el pájaro carpintero, que por vivir muy lejos no había tenido noticias de tal caso.

El carpintero (*Aneschi*) rápidamente voló desde muy lejos para llegar a tiempo antes que la laguna de sangre se secara. Y cuando hubo llegado sólo quedaba un charquito de pocas gotas, en el que sólo le dio tiempo a mojar su encopetada cabeza.

Desde entonces el carpintero real quedó con el copete rojo. Y por obra del tal prodigio se verificó esta transformación en el principio.

### *Mou'wa, Ma'ayui y Ulapiuy*

Después de mucho andar, los gemelos prodigiosos llegaron a un lugar desconocido. Tenían mucha hambre, nada habían comido en su largo peregrinar. Tenían sed y estaban muy cansados. Luego decidieron procurarse alimento y buscaron pájaros, frutas, miel silvestre; pero nada había en el paraje. Revisaron todos los conucos, pero nadie tenía nada. Sólo la huerta de *mou'wa* estaba nutrida de todos los cultivos y dijeron:

–Pidamos comida a la dueña de esta huerta, ¡bien!

Y llegaron donde *Mou'wa*, que hilaba en la enramada sentada en el chinchorro.

– Madre amiga, venimos a pedirnos un poco de vuestras cosechas maduras. Tenemos hambre, sed y fatiga.

– Sí, ya sé bien la situación que padecéis. Menos mal que no habéis robado, porque vosotros tenéis fama de ladrones.

Y fue a la huerta y trajo dos pelotitas de patilla, tan diminutas que parecían papayitas silvestres. No era para más la generosidad mezquina de *Mou'wa*.

No satisfechos sus gustos con aquellas patillitas, los niños mantuvieron sus propósitos de apoderarse de las mejores frutas. Entonces comenzaron a jugar junto a ella, revolcándose en el suelo, hablando sin cesar y preguntando todo cuanto se les antojaba.

*Mou'wa* hilaba con el huso y lo hacía girar con tanta fuerza sobre el muslo, que el objeto zumbaba como si fuese un cigarrón. Ella adelgazaba y retorció con la yema de sus dedos el fino hilo de algodón. Y así, en esta actividad no dejó de responder a las preguntas de tan oportunos visitantes.

- ¿Cuándo comenzasteis a sembrar..., ah?
  - Al inicio de *Juyá*.
- ¿De quiénes son hijos las patillas, los melones..., ah?
  - De la tierra y *Juyá*.
- ¿De qué están hechas las patillas..., ah?
  - De agua, sol y tierra.
- ¿La tierra se puede comer..., ah?
  - No, ella os comerá a vosotros.
- ¿Ella tiene muy grande la barriga..., ah?
  - Sí, más abultada que la de los cerros.
- ¿Ella bebe mucha agua..., ah?
  - Sí, es demasiada sedienta.
- ¿Cómo bebe agua la tierra..., ah?

A ese punto, *Mou'wa*, ya harta de tantas preguntas necias y ociosas, lanzó su grito de fastidio:

- Síííí: ¡Basta ya necios! ¿Hasta cuándo me importunáis?

Luego se levantó y para que los niños se largaran de su presencia cuanto antes, fue y trajo otras pelotitas tan chiquiticas como las anteriores. Más los niños se sintieron nuevamente defraudados. Ellos querían patillas grandes.

*Mou'wa* volvió a su actividad, pero esta vez los niños, más tercos que nunca, se colocaron frente a ella con la velada intención de hacerla dormir. Y comenzaron a canturrear y recoger puñaditos de arena para dejarla escurrir entre sus dedos a fin de que, al soplo del viento, los granitos de arena y polvo esparcidos en el aire cayeran sobre los ojos de *Mou'wa* y de este modo se durmiera.

En efecto, ya dormida e inclinada su cabeza sobre el pecho, los niños corrieron al conuco. Había patillas hermosísimas de distinta variedad y tamaño. Ellos escogieron las más grandes. Las pintonas, las jaspeadas, las verde-tintas, las partieron contra el suelo, con las rodillas, con los puños; saborearon su dulzor en un festín de risas.

Y de este modo se saciaron. Luego decidieron llevarse los hermosos melones... En el momento que *Mou'wa* llegaba con el rostro encendido de furor y toda la violencia de una catástrofe inminente. Aún veíanse adheridas en el rostro de los niños las semillas de patillas. Entonces, tomando un palo, se les fue encima diciendo insultos y ciega de furia dijo:

- ¿Con qué así tratabais de engañarme, malvados hijos de ramera sucia, ladrones? ¡Ojalá que se les tapase el culo y cagasen por la boca la mierda de su robo! ¿Por qué, en vez de comerse mis patillas, no se lamen las exudaciones de sus verijas?... Cuánto desearía yo ver sus lenguas, sus narices y sus cagaleras al revoloteo de las moscas.

En este instante, no soportando más las ofensivas expresiones de *Mou'wa*, los niños se arrojaron sobre ella; la abrazaron, la derribaron y comenzaron a depilar sus pestañas una por una hasta dejar ralo el borde de sus ojos. Las pestañas rizadas de *Mou'wa* eran su mayor orgullo.

A medida que arrancaban las pestañas de *Mou'wa*, ésta daba gritos desesperantes:

– ¡Toutá...Téee! ¡Toutá...Téee! ¡Mis pestañas! ¡Mis pestañas! ¡Mis pestañas!

Y así de un puntapié la dejaron tendida llorando su amargura. Luego los niños, para no verla sufrir tanto, añorando su sembrado, la convirtieron en paloma silvestre para que habitara en los montes, con su triste gimoteo recordando la pérdida de sus pestañas.

Y de este modo, los Gemelos prodigiosos castigaron la soberbia de *Mou'wa* convirtiéndola en Llorona.

Desde entonces las palomas no tienen pestañas y su canto se convirtió en lamento.

### Los animales *Ma'ayui* y *Ulapuiy*

En cierta ocasión, vagaban los niños prodigiosos bajo una noche espléndida de luna, cuando se toparon con *Kaarai* (alcaraván) y *Lapii* (sueño), que defendían sus criterios sobre la forma de dormir los hombres, y decía *Kaarai*:

– Amigo *Lapii*, yo duermo poco. Vos casi falta no me hacéis. Me gusta pasear bajo la noche porque la encuentro fresca, y de paso me doy cuenta de todo cuanto traman *Yolujaa* y *Wanuluii* contra los hombres que permanecen despiertos. Yo algunas veces alerto a mis amigos y les anuncio con mi algarabía la presencia de tan malignos personajes.

– No debías hacerlo –replicó *Lapii* es bueno que los hombres duerman lo suficiente para que no se den cuenta de cosas que lo perturben; no se asusten, no sientan temor, ni alteren sus ánimos con ideas infundadas.

Y respondió *Kaarai*:

– A vos te conviene porque lleváis sus espíritus por mundos raros. Los hacéis padecer terribles pesadillas y vivir situaciones peores que amargan su alma al despertar.

Y contestó *Lapii*:

– La vigilia los enferma y les achica la vida. La noche fue hecha para dormir y descansar. Así lo hacen todas las cosas que viven, hasta el sol y la luna. Además la noche es un momento propicio para espiar, singar y después dormir...

– Pero no las estrellas, ni los bichos que chillan. Lo mismo que en gran parte la luna. Además, también se puede escamotear cosas en el día; ripostó *Kaarai*- un poco alterado.

Los niños escuchaban aquellas razones que cada vez más se hubieran extendido si la estrella de la madrugada no hubiese despertado.

Para aquel entonces los hombres eran tan malos como las *Yolujaa* y los *Wanuluii* carecían de temor. Sólo se dedicaban a la matanza, al saqueo y a las violaciones impunes. Casi en su mayoría eran indiferenciados para sus fechorías. Y así mataban a mansalva todo ser indefenso, manso, bueno. Esta situación se hacía insoportable.

Entonces *Ma'ayui* y *Ulapuiy* se convinieron en hablar con *Lapii* para que éste se insuflara en los ojos de los malos hombres el efluvio sutil de su poder. En efecto *Lapii* llegó silente y se introdujo en los ojos de los hombres malos, los cuales se quedaron dormidos al instante.

Y así se llamaban los hombres malos: *uchii Alinat* (Animales de mal agüero) que en gran parte eran cazadores. Entonces *Ma'ayui* y *Ulapuiy*, aprovechando el sueño de los hombres malos, fueron cambiados en animales y despojados de sus armas para que no acabaran con los hombres buenos que poblaban la tierra para entonces. Así fueron inutilizadas sus armas, quebradas las puntas de sus flechas y reducidas al mínimo en sus uñas, sus garras, sus colmillos, para que no continuaran su saña de exterminio.

Y fueron reducidos en tamaño, contextura, agresividad, fortaleza e

inteligencia. Y luego fueron dispersados, aislados, proscritos para que no se aunaran y pelearan contra los hombres nuevos que vendrían. Esto hicieron *Ma'ayui* y *Ulapuiy*, una noche, mientras los hombres malos dormían y roncaban un sueño pesaroso.

Más, cuando hubieron despertado de su largo sueño, vieron cambiado sus aspectos, se sintieron atrofiados e imponentes. Buscaron sus armas, pero nada tenían; sólo poseían garras, colmillos y venenos reducidos al mínimo peligro, pero altamente agresivos de acuerdo con su especie. Ahora sus armas sólo servían para depredar y defenderse hasta un límite posible.

Esto hicieron los gemelos prodigiosos en una noche, sin que el alcaraván pudiese tener tiempo de hacerse al aire su voz de alarma.

Los hombres buenos eran numerosos, y día a día se multiplicaban más, por lo cual *Ma'ayui* y *Ulapuiy* decidieron transformarlos en animales, para que poblaran la selva, las cuevas, las aguas, las llanuras, las alturas y dijeron, *Ma'ayui* y *Ulapuiy*:

– Es preciso equilibrar y contener el número de los animales mansos. Hagamos que unos tengan exquisitas carnes, suficientes huevos, leches y grasas que sirvan de alimentos para los hombres nuevos (generación humana actual). Que otros sirvan de ornamento a la espesura. Que otros más se dediquen a cantar. Que otros más vivan por vivir para compensar un fin. Que otros más sean simples seres transitorios como regalo de bondad a nuestros aires, nuestras aguas, nuestros montes, nuestros suelos.

Y así los animales silvestres al principio fueron mansos. Vivían junto a los hombres nuevos llamados *Wayuu*. Se comportaban como animales domésticos. No huían a la presencia de las personas. Convivían juntos. Los hombres podían disponer de ellos a sus antojos: matarlos, comerlos, ordeñarlos utilizar sus plumas, sus pieles, sus huesos. Señalarlos con marquillas y distinguirlos por sus pintas como propiedad exclusiva.

Los hombres podían jactarse de tener rebaños sin que hubiese necesidad de ser cuidados. Y así los animales buenos ofrendaban a los hombres nuevos una vida regalada, muellé, inútil y estéril. Entonces *Ma'ayui* y *Ulapuiy*, comprendiendo la mala conducta de los hombres nuevos dijeron:

– Estos hombres no son dignos de nuestro afecto. Son crueles y peores que los primeros. Han acabado con los animales mansos. No les basta el beneficio que les brindan, sino que los sacrifican inútilmente. Son una amenaza para la armonía de las cosas que hemos hecho bien, los castigaremos por sus perversas inclinaciones.

Entonces *Ma'ayui* y *Ulapuiy*, fueron, se embadurnaron las manos con excrementos humanos y comenzaron a pasarla por el hocico de los animales a medida que les soplaban sus orejas, para que estos tuvieran agudeza en el olfato, fineza en sus oídos; y así corrieron tan pronto advirtieran la presencia de sus enemigos: el hombre y los carnívoros salvajes.

El venado y el matakán, con un resoplido de narices y un parar de orejas en alerta, de repente dieron tremendo salto y se perdieron en la selva, los conejos, las lapas, los picures, las ardillas, se desparramaron a saltos dejando su mansedumbre. Los báquiros y dantas, corrieron despavoridos por entre la espesura. Los cachicamos se encubaron, las jicoteas se fueron, las iguanas treparon a los árboles, lo mismo que los monos y puercoespines.

Luego soplaron a los ojos de las aves, y estas se despejaron al instante. Sintieron nerviosismo y espantadas volaron. Así lo hicieron las tortolitas, las ponchas, los paujés, las guacharacas, las perdices y demás aves. Desde entonces los animales mansos abandonaron sus vidas apacibles y se volvieron huraños, ariscos, montaraces. Tuvieron agudeza en sus sentidos, agilidad en sus patas, sutileza en sus reflejos. Y vivieron aislados para no ser presa fácil, ni de los hombres ni de los animales feroces, a quienes *Ma'ayui* y *Ulapuiy* habían despojado de sus armas.

Ahora sólo vivían del mandato de su espíritu. Del *seyuu* que los protege. Esa fue su defensa contra los depredadores que luego se dedicaron a cazarlos y enfrentarlos, en vez de cogerlos mansamente.

Y así fue como los primeros hombres se vieron obligados a practicar la cacería. Todo esto, por obra de *Ma'ayui* e *Ulapuiy*, los maravillosos hijos del prodigio.

### *Mma'ayui* y *Ulapuiy* vencieron a *Walunkaa*

Estaba *Walunkaa*, hija de *Simiriu*, espulgando piojos sobre la cabeza de su padre. El bravo *Simiriu* (lluvia del invierno bravo o lluvia fuerte) era hermano de *Iwa* (primavera). Ella recolectaba los piojos que se escondían en la espesa cabellera de su anciano padre; pero no los destripaba con las uñas, ni los mordía con sus dientes, como es costumbre de los *Wayuu*, sino que de una manera distinta lo hacía ella: ponía los dentro de su vulva, dentro de la boca de su vientre femenino, para morderlos con los dientes de su vagina, o simplemente los echaba en la pelambre que cubre su órgano genital para que caminaran libremente. Desde entonces el piojo de la cabeza se transformó en ladilla y vivió en los vellos del pubis como parásito de los genitales humanos.

¡*Krachi!* ...¡*Krachi!* ...¡*Krachi!* Crujían los dientes vaginales al morder las liendres y los piojos. Entretenida en esta faena, por cierto muy divertida para ella, fue cuando escuchó el toque del *Wa'awai* de los muchachos prodigiosos que la convidaban, por chanza, a que viniera a bañarse con ellos en el arroyo de *Wotkasain*. La maravillosa *Walunkaa* sintió alegría en su corazón y temblor en su cuerpo porque ansiaba bañarse con ellos, los muchachos.

— ¡*Walunkawaaaa!* ...¡*Walunkawaaaa!* ...¡*Tashunucheeee!* ...¡*Tashunucheeee!* ¡Hermanita nuestra! ...¡Hermanita nuestra! —entonaban los muchachos con el toque de sus taparitas de sonidos embrujantes. Entonces la bella *Walunkaa* dijo:

— He allí, padre, que oigo el sonido *Wa'awai* de mis hermanos; voy hacia ellos...

— Pero el bravo *Simiriu* advirtió:

— Hija, cuidaos de mis sobrinos<sup>4</sup>; no confiéis en ellos porque son unos malvados que no pueden ver a la gente, miradles desde lejos con indiferencia; no les llaméis mucho la atención, ni se os antoje coquetearlos porque os pueden hacer perder irremediablemente.

Pero la niña era terca en sus caprichos. Su terquedad no tenía límites, y desobedeciendo los consejos del anciano se fue al arroyo *Wotkasain* al encuentro de los muchachos. Impulsada por un deseo irresistible de provocación. Ella quería jugar, pero los muchachos prodigiosos, al verla venir hacia ellos, se dijeron:

— No debemos fiarnos mucho de la hija de nuestro tío, porque tiene aviesas intenciones hacia nosotros, es sumamente peligrosa. Mas dentro de los labios de su vientre lleva un cerco de dientes aguzados. Son los dientes de su vagina. ¿No habéis oído hablar de ella? Ha desmochado el pene de todos los hombres con quienes ha copulado.

— ¿Qué haremos? Finjamos que nos bañarnos con ella, que no sospeche nuestra intención; debemos amansarla primero para luego vencerla; si obramos ligeramente estaremos perdidos.

— Efectivamente, ella venía contenta entonando un canto salmódico y monótono que dejaba escapar entre dientes: «*Tekeechon ne - Tekiinchon nee, eee*». Con un silbo pícaro, desnuda y provocativa, bajaba de las colinas con todo el atuendo de su atractivo, que le daba un aire tentador. En seguida se lanzó al agua, para incitar a que los demás hicieran lo mismo.

<sup>4</sup> Propiamente no eran sobrinos sino nietos. De acuerdo con el sistema de parentesco matrilineal (Nota del autor).

Y así, con recelo, los muchachos se bañaron con ella muy a la distancia. *Ulapuiy*, tocado por la tentación, sintió deseo de poseerla, cohabitar con ella, y conocer las delicias que produce la unión de los sexos. Pero *Ma'ayui*, más recatado, le dijo:

– ¿Por qué os sonrojáis de ansiedad? ¿No percibís acaso el chasquido de sus dientes, que parecen como ludir de ramas secas? ¿No sabéis que todo aquel que quiera gozar de nuestra hermana queda mutilado de su miembro? Aguardad, hermano, el instante preciso para destrozarse los dientes de su vagina; no os acerquéis mucho a ella. Yo, por mi parte, tengo frío, y no quiero seguir dentro del agua; saldré a tomar un poco de sol. Entretenedla mientras vuelvo.

Entonces *Ma'ayui*, con un hueso de venado que encontró, fabricó una pieza maciza, llamada *Iramóuwa*<sup>5</sup>. Le dio una forma especial, semejante a la cabeza del miembro viril; la insertó en la punta de su flecha y esperó el momento en que *Walunkaa* tomara la posición correcta para el tiro al blanco. Para tal efecto, hizo bajar las aguas del río, más y más; las aguas mermaron y descendieron; mientras ella, con el placer que le brindaba el baño y el jugueteo con *Ulapuiy*, no pensaba en nada; sólo brincaba, se zambullía, se destornillaba de risa, enturbiaba el agua a su antojo, rompiendo con sus brazos la mansedumbre de las corrientes, y en esta brincadera hubo un instante en que se sumergió entre las aguas, y en un tris mostró su sexo al aire, y fue entonces cuando el muchacho, con tiro certero y fuerza tremenda, le disparó el *Ulapuiy* que le atravesó los pliegues de la vulva y destrozó los dientes de la vagina. Con el impacto, los dientes se desprendieron y cayeron al fondo del agua.

Entonces los cangrejos aprovecharon para convertirlos en sus tenazas. *Walunkaa* lanzó un grito agudo y desesperante... El dolor la estremeció toda... Y al instante fluyeron borbotones de sangre que tiñeron las aguas. Ella se sintió sin fuerzas; todos sus dientes vaginales habían sido arrancados de raíz.

<sup>5</sup>*Iramóuwa*: Simboliza la luna nueva, que coincide con el período menstrual de la mujer, tan pronto se cumplen veintinueve días del ciclo lunar (Nota del autor).

Mas *Iramóuwa* quedó tan fuertemente clavado entre su vulva que después se transformó en el clítoris (*Siishala*) de las mujeres. Miembro atrofiado cuya naturaleza eréctil es semejante al falo masculino. La carúncula femenina.

Con mucha dificultad salió del agua arrastrada en su dolor hasta que por fin, toda desvanecida, se sentó en la orilla del arroyo y dijo con llanto contenido:

– ¿Por qué me habéis lastimado, hermanos míos? Merecéis un castigo por haber violado los secretos de mi virginidad... ¡Mirad lo que habéis hecho! ¡Mi padre no cesará de perseguiros hasta que hayáis purgado vuestra ofensa! Desde ahora, perversos serán los hombres por vuestra causa...

– Esto dijo *Walunkaa*, la primera mujer. Y caminando en cuclillas se inclinó sobre una roca a llorar su desventura. Más ellos dijeron:

– Hermana, vos tenéis la culpa de todo esto; vos hubiérais sido la causa de nuestra perdición si hubiésemos complacido vuestro gusto. Hemos destrozado los dientes de vuestra vagina para que el macho pueda poseer a su hembra sin dificultad; para que no mutiléis el miembro del varón cuando introduzca el *Iramóuwa* de su cuerpo en vuestro vientre; para que sea el surco donde germine la semilla de la humanidad; para que al cabo de una luna (*Kashí* o Mes) se os dé señal de que sois fecunda y tengáis descendencia innumerable y os perpetuéis sobre la tierra por espacio de largas y largas generaciones. Para que *lwa* vuestro padre os encele, os junte con el macho y sintáis el deleite de la vida. Para que no os envenene la sangre acumulada en vuestro vientre y cada luna menstruéis y se purifique vuestro cuerpo de impurezas. Para que los hombres rasguen con su miembro el velillo que cubre vuestra virginidad (himen) y cumpla su función generadora en lo que antes fue intocable y prohibido. O volvemos a decir que, de ahora en adelante, no será vuestro *Iramóuwa* lo que había de incrustarse en vuestro vientre, sino el falo de *Kashí* (luna) que

había de insertarse en cada luna para que así a su influjo menstruéis.

Así fue dicho a *Walunkaa* y a la primera mujer en un principio. Desde entonces la mujer tomó su destino. Su vagina quedó desdentada en señal de fecundidad; y por obra de los niños prodigiosos se tornó sublime.

Entonces el viejo *Simiriu*, al saber de la desgracia de su hija se irritó tanto en su corazón que dio a los aires coléricos rugidos y estremeció los montes. Atronado, convulso y obcecado, no pudo contener su indignación y entonces lloró copiosamente, y tantas fueron sus lágrimas vertidas que éstas cayeron como lluvia torrencial sobre los campos e inundaron los abismos y los grandes callejones de la sierra. El bravo invierno quiso ahogar a los muchachos, para vengar el agravio inferido a su desgraciada hija, *Walunkaa*. Cuando *Simiriu* persiguió a los niños, éstos corrieron desesperados por los montes para guarecerse del tremendo aguacero que les venía encima. Y para salvarse se ocultaron dentro de una roca; pero con tan mala suerte, que la piedra se cerró herméticamente en el instante y los muchachos quedaron prisioneros en su interior.

Cuando quisieron salir no pudieron... y entonces comenzaron a llamar..., pero sus voces no salían de la piedra, sus gritos no se oían desde afuera. Y comenzaron a golpear las paredes de la roca con sus flechas, pero éstas se doblaron sin emitir sonido. Entonces se dijeron:

– Estamos perdidos, hemos caído en una trampa de *Simiriu*. Toquemos nuestro *Wa'awai* con toda fuerza para llamar a los que están afuera y vengan en nuestro auxilio. Y así llamaron en su auxilio a los pájaros, a los reptiles, a los animales grandes y pequeños, a los insectos, a los bichos y demás criaturas que se mueven. Pero ningún animal oyó el llamado; sólo la hormiga, que estaba encumbrada pasando su invierno, oyó a través de la roca el llamado de los niños prisioneros. Entonces dio parte a los otros animales para que vinieran a liberar a los cautivos.

Todos vinieron e intentaron perforar la roca, pero fueron en vano sus esfuerzos; probaron todos los pájaros, los animales grandes y

pequeños, los insectos y todas las criaturas salvajes que acudieron. Más ninguno la pudo perforar. Algunos animales, viendo lo inútil de aquel empeño, se negaron a cooperar; pero otros sí. Más a aquellos que se arriesgaron y mordieron la piedra, se les cayeron los dientes y quedaron desdentados. Triste suerte del cachicamo, el perezoso, el oso hormiguero y otros más. Los que arañaron se quedaron sin uñas, los que embistieron a cornadas se quedaron sin cuernos; los que picotearon se quedaron sin pico; los que patearon se quedaron sin pezuñas en las patas; todo fue una inverosímil transformación.

Nadie fue capaz de resistir los encantos de la roca engullidora. Sólo la hormiga con gran trabajo abrió un huequito tan menudo en una hendidura de la roca que apenas podía escurrirse a su través. Los muchachos arreciaron el toque de su *Wa'wai*<sup>6</sup>, hasta que por último llegó el *Aneechi* (Pájaro Carpintero) que se había retardado en el viaje, por cuanto vivía muy lejos, no había sido informado a tiempo y tenía que vencer largas distancias para llegar.

El Carpintero, siguiendo el orificio practicado por la hormiga, cinceló la roca con su fuerte pico y le abrió un boquete de regular tamaño, por donde salió *Ullapiuy* muy contento, con majestad de triunfo. Pero *Ma'ayui*, como era muy juguetón, no quiso salir y se quedó encerrado, disfrutando de una risa convulsiva que lo ahogaba. Y así se complacía en taponar nuevamente la abertura que habían abierto. Un aire festivo encendía el ánimo de *Ma'ayui*, que reía a grandes carcajadas como si hubiera perdido la noción del juicio y completamente despreocupado de su responsabilidad.

*Ullapiuy* pensó que su hermano había sido víctima de los embrujos de la roca, puesto que la cordura no le asistía en los momentos. Una risa boba lo embargaba y le hacía decaer las facciones en una espantosa deformidad. Entonces *Ullapiuy* le dijo:

<sup>6</sup>*Wa'wai*: Instrumento musical *Wayuu*, totumo de calabazo pequeño y redondo con tres perforaciones, fabricado del fruto de un árbol especial llamado *lita*. También se hace de barro cocido.

– Hermano, ¿Cómo es que reís sin razón? Apresuraos a salir, que *Simiriu* nos acecha para vencernos. Recobrad el sentido y vayámonos de aquí prontamente.

Pero *Ma'ayui* no hacía caso. La risa boba lo tornó agresivo, lo ahogaba cada vez más. Su deformidad iba en aumento, hasta que *Ullapiuy*, desesperado en ver el extraño mal que torturaba a su hermano, lo agarró por los pies y de un violento jalón lo sacó repentinamente por el angosto hueco. Más el cuerpo de *Ma'ayui* se desgarró en heridas lacerantes; la piel se le desgarró (*Epiruunaja*) y brotaron de sus heridas innumerables gotas de sangre que rodaron por entre las piedras convertidas en bellas piedrecillas de color rojo.

Así se formaron (según algunos) las preciosas cuentecillas de cornerina llamadas *Tu'uma* (por excelencia, la joya más valiosa de La Guajira). Que tuvieron su origen, allá en el sitio llamado *Jachituma*.

Por su parte, la infeliz *Walunkaa* quedó convertida en piedra; su vagina, que manó orines y sangre en un principio, se convirtió a través de los siglos en la cabecera de un manantial de aguas cristalinas y dulces que hoy beben los viajeros que pasan por el lugar. Tal es lo que hoy se conoce con el nombre de *Wotkasainru'u*, muy cercano al cónico cerro de *litujolii*<sup>7</sup>.

Los Wayuu cuentan esta leyenda de la «Vagina Dentada» para demostrar sus creencias sobre el origen del hombre, las observaciones que hicieron del órgano femenino, y para explicar su complejo. Ya que la vagina se presenta como una membrana corrugada escamosa y fuerte, semejante a la forma de primitivas encías en las que se insertaron los dientes vaginales. No sólo los Wayuu hablan de vagina dentada, sino también otros pueblos y culturas indoamericanas (Nota del autor).

<sup>7</sup> Lugar ubicado en la región de la Alta Guajira (Nota del autor).



### EEMUIÑRE MASA'AWATUJIN (HACIA LO INALCANZABLE)

Una noche, los denodados hijos del prodigio vieron que un círculo luminoso rodeaba la luna. Y se dijeron:

– Nuestro amigo *Kashi* tiene una fiesta en las alturas. He allí su *Pioui*. Siempre nuestro amigo ha sido espléndido anfitrión. De seguro habrá preparado grandes maravillas a sus invitados.

– ¿Iremos?

– Vayamos; se sentirá feliz cuando nos vea. Pero... ¿Qué camino seguir para llegar a sus dominios?

– Pues vayamos hacia Oriente. Atravesemos las regiones del *Wiñmatu'ui*<sup>8</sup> y orientémonos después por los toques de *Jouttai* (viento) cuando suene su *Iuwwa* de caracol.

Así conversaban los muchachos cuando se presentó un joven de piernas largas.

– ¿Habláis de fiestas?

– ¡Sí! respondieron.

<sup>8</sup> *Wiñmatu'ui*: Techo de las aguas (Nota de los editores).

- Iré con vosotros, para expresar las fuerzas de las más bellas señoritas.
- ¿Y si os cansáis en el viaje? advirtieron los niños.
- No. Yo soy el caminador más resistente de toda la región. Nadie me gana en las más apretadas competencias - Así se alardeaba el importuno personaje.

Cuando estos conversaban se presentó otro:

- Parece que la velada de *Kashí* está buena, ¿Verdad?
- ¡Iré con vosotros!
- ¿Y si en el baile os hacen caer las señoritas de una sorpresiva zancadilla?
- ¡No...! ¡Eso nunca! Yo soy el corredor más veloz de mi tierra. He ganado a las *Iramas* de los pies ligeros. He atrapado en el aire las piedras que lanzan las *Junaayas*<sup>9</sup>. Sin exagerar lo que digo...
- No había terminado de hablar éste cuando llegó un tercero y preguntó:
- ¿Hay algo que se pueda saber en vuestros planes?
- ¡Sí! El *Mira'aa* (fiesta) de nuestro amigo *Kashí* respondieron.
- ¡Qué maravilloso! Debe ser divertido participar en él.
- ¿Y si algo os acontece en el trayecto de tan lejana fiesta? Replicaron ellos:
- ¡No...! ¡Eso jamás! En caminatas, he ganado las mejores pruebas

<sup>9</sup> *Junaayas*: Honda, arma boleadora (Nota del autor).

de resistencia -expresó el advenedizo.

Y cada uno fue aduciendo estar en excelentes condiciones para el viaje. Los tres jóvenes se llamaban *Iitujolü*, *Monka* y *Epitsu*. *Iitujolü* tostó maíz para su avío; *Monka* confió en sus piernas de andarín, y a *Epitsu* le sobró la voluntad.

Y los cinco peregrinos emprendieron la marcha desde el sur. Pasaron por las montañas que vomitan fuego, remontaron las alturas de las piedras frías e iban de sur a norte. Juntos iban al principio, sin procurarse ventajas en la marcha. Se alongaron por las selvas de los extraños *Kusina*, remontaron los picachos donde habitan los *Aluwat*<sup>10</sup> y llegaron a las tierras cálidas del norte donde baten los vientos del *Anoiwi*<sup>11</sup>.

Entonces *Monka*<sup>12</sup>, el de las piernas largas, sin ver obstáculos a su paso, corrió veloz por las llanuras abiertas. Saltó las serranías como quien salta montículos de arena, y llegó primero a las costas del mar, y se envaneció de su agilidad. Quiso en dos trancos saltar el mar y caer al otro lado del horizonte azul, pero cuando así lo hizo, creyendo que el mar era una charca poco extensa, se quedó atascado en su gran profundidad y se convirtió en cerro.

Por su parte, *Iitujolü*<sup>13</sup>, el único que llevaba provisiones, también se adelantó a sus compañeros y, cuando hubo cruzado las serranías de *Makuira*, se habían gastado las suelas de sus sandalias, se le acabó el maíz tostado, se echó en tierra para dormir y allí se quedó para siempre convertido en cerro.

Entre tanto, *Epitsu*, *Ma'ayuí* e *Ulapiny* caminaban lentamente. Más *Epitsu* se cansó en el camino y le sangraron los pies. Sus amigos trataron de confortarlo pero él estaba decaído; tenía gases en sus tripas

<sup>10</sup> *Aluwat*: Nombre indígena de los Arhuaco de la Sierra Nevada de Santa Marta.

<sup>11</sup> *Anoiwi*: Llanura abierta

<sup>12</sup> *Monka*: Islote de los *Monki*, frente a las costas guajiras.

<sup>13</sup> *Iitujolü*: Maíz tostado y cerro ubicado en la Alta Guajira.

y fuertes dolores en su abdomen. Entonces quiso ventosearse, mas, cuando lo hizo, se le salió del ano, sin querer, una *Nísea* de excremento blando. En el acto se le aflojaron las piernas y quedó inmóvil en medio de la sabana.

*Ma'ayui* y *Ulapuiy* dijeron:

– Nada podemos hacer por vuestra suerte, amigo; aquí os quedaréis para siempre.

Entonces preguntó *Epitsu*:

– ¿Qué me dejaréis para estar tranquilo en medio de esta triste soledad?

Entonces *Ma'ayui*, sacando de su mochilita mágica (*Wo'olii*), el talismán de las riquezas, dijo:

– Como siempre estuvisteis a nuestro lado, aquí os dejó mi *Lanía* para que tengas todo cuanto quieras. Aquí tenéis el espíritu de los animales que dan riquezas (*Washiruapi*).

Entonces *Ulapuiy*, sacando de su bolsita un amuleto, dijo:

– Aquí os dejo mi *Lanía*, de *Jashiepi*, *Tunapi* de *Kainñeepi*, un *Orolojiapi* para que seáis un buen guerrero, tengáis las virtudes del buen juicio y de paso seáis un cazador de paso firme.

Y para preservarlo de los malos espíritus, los niños prodigiosos hicieron crecer a su alrededor tunas, buches y arbustos espinosos. Pusieron serpientes venenosas, zorros, cunagueros, sabandijas repulsivas, arañas, hormigas, escuerzos, ciempiés, avispa y avispones ponzoñosos, para que lo cuidaran e hicieran de los sesos, la médula, la sangre y el veneno de esos bichos el *Wunu'u* que tiene la virtud de la bravura. También pusieron zamuros, caranchos, colibríes y mochuelos para que vigilaran sus sueños y le avisaran de los peligros

frecuentes. También le dejaron venados, matacanes, dantas y zainos para que cazara e hiciera de sus pezuñas y obtuviera de sus panzas la piedra de la muerte, el *Orolojiapi* de concreción, que tiene el tino de la perfecta puntería. También le dejaron conejos, paujiles, perdices, palomas, guacharacas y demás animales silvestres. En un cuenco de piedra labrada le dejaron agua.

Eso dejaron *Ma'ayui* y *Ulapuiy* a su amigo *Epitsu*, quien se hizo rico y habitó muchos siglos en la región de *Jalaala*. Más un día, arriando sus cabras (venados) montaraces, y después de subir a una peña de bastante altura, sintió desfallecer, y allí, sobre la peña, durmió a pierna suelta el cansancio de sus días, hasta que los espíritus rebeldes en forma de viento le insuflaron sus hechizos y lo convirtieron en piedra y monte estéril.

He allí el origen del *Epitsu*, el cerro aislado, que como pecho de mujer, se divisa desde todos los confines de La Guajira. Abandonado *Epitsu* a su propia suerte, los portentosos hijos de *Iiwa* continuaron su viaje. Cuando llegaron al lugar donde *Iitujolii* quedó petrificado, vieron el envase donde éste llevaba el maíz tostado y dijeron:

– He aquí la totuma de nuestro amigo, quien pagó muy caro el precio de su jactancia.

Y recogéndola del suelo, la zumbaron sobre el cerro. Desde entonces brotaron los taparos silvestres sobre las cumbres del *Iitujoru*. Éste se hizo fértil y a su piedemonte fluyeron arroyos y manantiales en cuyas orillas los *Wayuu* cultivaron diferentes frutos.

Continuando el viaje. Llegaron hasta el mar. Y a distancia sobre las aguas columbraron el espectro de *Monka* convertido en cerro. Marejadas turbulentas siempre azotan al islote que se yergue sempiterno en la soledad del mar. Andando por las costas, los Niños Prodigiosos vieron que innumerables gaviotas recolectaban peces para comer. Entonces dijeron:

– Vosotras, las incansables cazadoras de *Palaa*, ¿Seréis tan bondado-

sas que nos transportéis en vuestras alas hasta las mansiones cerúleas de la extensión de arriba?

Y ellas contestaron:

- La premura en vuestro rostro se manifiesta. ¿Tenéis algún mensaje que deseáis comunicar sin dilación?
- No –respondieron ellos. Vamos al encuentro de *Kashí*, quien celebra fiesta para regocijo de nuestros padres.

Entonces dijeron:

- Montad de inmediato en nuestro dorso, que así os llevaremos.
- ¡Ah!... Queréis decir que el círculo luminoso que rodea a *Kashí* es la pista donde bailan los muertos.
- Sí –respondieron-. Allí debemos encontrar a nuestra madre.

Y entonces las alígeras gaviotas soplaron sus blancos abanicos y se fueron como un sueño a las regiones estrelladas. Y llegados los niños a presencia de *Kashí*, vieron grandes maravillas y fueron recibidos con honor. Muchas cosas que la débil aprehensión humana no describe sucedieron en el celeste *Nuumain* de *Kashí*<sup>14</sup>. Pero cuando allí estaban se llenaron de tristeza ante el regocijo de todos los inmortales. Pensaron en su madre, la infeliz matrona cuyo nombre no se puede pronunciar.

Los niños buscaron en el tumulto el corazón de su madre, la emoción de sus días; pero no la encontraron... Y así lloraron su infortunio... y fueron sus lágrimas el rocío de las mañanas frías.

<sup>14</sup> *Kashí*: Territorio de la luna (Nota del autor).

## NAKUAIPAJIRAA NAA PIAMASHIIKANA PULASHII (DESAFÍO DE DOS GENIOS)

*Iiwa* y *Patunainjanaa* eran buenos hermanos y asistieron al juego de Cabrita en la espléndida mansión del *Gran Kashí*.

Durante el juego, ambos hermanos se enamoraron de una hermosísima doncella llamada *Olotsu* (una constelación). Era la muchacha más bella del universo. Sus ojos eran brillantes como la luz fosforescente de los cocuyos. Pero ella, sabiendo que resultaba difícil decidirse por uno de los dos, dijo:

- Conozco la locura que os agita el corazón, amigos míos; pero si ambos demostráis en mi presencia la bravura que os asiste en cruenta lid, sabré elegir al vencedor de tal combate.

Entonces *Iiwa*, adelantándose a su hermano, dijo:

- Juguemos a lo que juegan nuestros nietos en la tierra; pero seamos nobles vencedores y reconozcamos con justicia los méritos del vencido. Que los reveses no alteren nuestro ánimo y sea vuestra vida fraternal como siempre ha sido.

Y replicó *Patunainjanaa*:

- En las pruebas del amor, la decisión es ciega y nunca cede al juicio; considera que el todo por el todo se juega antes de ser vencido.

La expectación reinante era solemne entre los Genios. Los Niños Prodigiosos, ubicados en sus sitios preferidos, veían con asombro aquel encuentro de portentos. El estruendo de la fiesta retumbó en las noches del ámbito de arriba. *Kashí* sonreía con su carota de luz, los ojos de las estrellas parpadeaban. El Padre de los Universos, de ceñudo rostro, esperaba el duelo entre sus hijos: *Jemíai* (El frío),

*Walatshi* (El calor sofocante), *Mannuuya* (Las neblinas del amanecer), *Sa'iñ-Mma'* (El corazón de la tierra), *Sa'iñ-Palaa* (El corazón del mar), *Maitus* (La absoluta calma), *Ka'i* (El Sol resplandeciente), *Jouttai* (El viento inquieto) y los demás *Juyá* hermanos de los contendores. Los concurrentes, entre espectadores y comediantes, eran cien veces mil personas, mil veces mil personas, y mil sobre los miles infinitos que no se pueden contar.

– Juguemos al *Puichiyaa* –dijeron los contendores.

Y de esta manera comenzó el desafío:

*Patunainjanaa* inició las hostilidades con acciones ofensivas. Transformó a sus hombres en perros hambrientos y feroces; mas *Iiwa* se transformó en un váquiro erizado que gruñía de fiereza. Los perros de afilados colmillos se abalanzaron contra el váquiro, pero éste los rechazó a dentelladas y estocadas. A unos los despedazó y a otros los puso en fuga. Pero *Iiwa* tomó la forma de un perrazo enorme que, tras dura lucha, hizo desbandar a la manada. Ya vencido el segundo encuentro, *Patunainjanaa* cambió a sus hombres en perros nuevamente, pero *Iiwa* se volvió cachicamo. Los perros acosaron al cachicamo; pero éste, protegido por su coraza y provisto de fuertes uñas, excavó un agujero en la tierra y se enhuécó. Entonces *Patunainjanaa* transformó a los perros en multitud de lapas, para que desalojaran al cachicamo de su cueva y lo vencieran; pero cuando esto hacía, *Iiwa* se transformó en una mata de yuca.

Mas las lapas, como veían frustrados sus intentos, se convirtieron en zarzales y bruscales que se extendieron para ahogar la mata de yuca. *Iiwa*, casi desfallecido, se transformó en un guáimaro corpulento y los hombres de *Patunainjanaa* buscaron hachas y machetes para derribarlo. Más, cuando lo estaban cortando, el guáimaro se transformó en un ébano resistente y duro contra el cual las herramientas de sus adversarios quedaron destrozadas. Entonces los hombres se transformaron en termes, comejenes, hormigas y bachacos que royeron

al ébano, pero, cuando en esto estaban, el ébano se transformó en oso hormiguero y con su larga lengua consumió a todos los termes, comejenes, hormigas y bachacos. Así quedaron vencidos e *Iiwa* ganó la primera prueba. Ahora la defensiva tocábale a *Patunainjanaa*.

*Iiwa*, entonces, ideó la competencia de la comida copiosa. Y trájole a *Patunainjanaa* comidas abundantes. Distintas clases de carnes: venado, perdices, guacharacas, saínos, conejos, lapas, paujiles picures, dantas, palomas y todas carnes comestibles, y todo fruto del monte. Esto puso *Iiwa* para que su contrincante se indigestara. Pero *Patunainjanaa* se transformó en Hambre voraz y se comió de una sola sentada todo cuanto le pusieron. Entonces *Iiwa* construyó una selva de vegetación impenetrable para que *Patunainjanaa* la cortara en un solo día, pero *Patunainjanaa*, ante aquella situación difícil, insufló de su boca un viento cálido que evaporó toda la humedad de la tierra. Y de esta manera, secó toda la vegetación.

Luego *Iiwa* buscó en los montes la más agria miel que elaboran las abejas para que *Patunainjanaa* se emborrachara; pero éste, adivinando aquellas intenciones, adormeció las flores de donde las abejas extraían su *Mapachiiiii* (miel de abejas), y de una vez quiso acabar con todas las plantas vivientes. Entonces *Iiwa*, para mantener latente toda la fuerza de la vida vegetal, se transformó en semilla y se enterró en el surco de la tierra. Luego *Patunainjanaa* se transformó en ave que, tras escarbar en el suelo, se comió todos los granos y acabó con la simiente. Y así quedó vencido *Iiwa* en la segunda prueba. Las acciones hasta el momento iban parejas. Pero ahora, a partir de la tercera prueba, la competencia tomaba su carácter agresivo. *Patunainjanaa* se fue al contraataque. *Iiwa* tomó la forma de pez y se escondió en lo profundo de una laguna para despistar a su rival; pero *Patunainjanaa* se transformó en cochino de monte y hozó la tierra para drenar el agua y hacerla derramar por las pendientes. Y cuando toda el agua de la laguna se escurrió y el pez quedó a merced de su rival, *Iiwa* se volvió mosquito y voló a esconderse entre los miasmas del juncal sombrío; pero *Patunainjanaa*, que no lo perdía de vista, se transformó

en sapo y trató de atrapar al mosquito con su lengua. Pero ante tal situación, *Iiwa* cambió su forma y se convirtió en una garza blanca, que con sus largas patas, cuello y pico, lo buscó en un tupido pajal. Más, cuando el sapo estuvo a punto de ser devorado, *Patunainjanaa* se volvió piojo y se escondió en un enmarañado bruscal.

El piojo creyó que estaba perdido en un monte. Y sin darse cuenta de que se hallaba sobre la espesa cabellera de *Arraliatu'u-Warrattui*, comenzó a gritar para confundir a su perseguidor:

– ¡Aquí estoy...! En la mollera del monte. ¡Aquí estoy...! En el occipucio. ¡Aquí estoy sobre la coronilla! ¡Aquí estoy sobre la sien derecha, listo para salir al desierto de la cara grande!

Pero el Gran *Arraliatu'u-Warrattui*, que dormía profundamente, despertó ante los gritos y vio que una garza blanca le desgreñaba los cabellos y dábale fuertes picotazos. Entonces, el anciano de los días, enfurecido, gritó:

– ¡Ah! miserable garza. ¿Por qué picoteáis mi cabeza? Y batiéndola con todas sus fuerzas, la desplumó viva y esparció en el aire sus plumajes blancos, que se convirtieron en nubes al momento.

El piojo fue destripado y echado al vacío. Esta prueba, al parecer, quedó entablada, puesto que ambos contendores fueron vencidos por el Padre de los Genios, *Arraliatu'u-Warrattui*. Ya en la cuarta prueba, *Iiwa* quiso ganar de una vez por todas. Entonces buscó su indómito corcel, a quien nadie se atrevía a montar. Y *Patunainjanaa*, presentándose como un excelente domador, dijo:

– Vuestros matalones sólo se vuelven crines, que se agitan al viento como algodones esponjados, pero tienen sus pasos tan feos como el correr de los rabipelados.

...Y diciendo esto, de un salto montó al lomo del caballo, mas éste,

dando tremendo corcoveo se desbocó violentamente por el espacio, derribó a su jinete y le hizo fracturar un brazo. *Patunainjanaa*, cegado por la furia, se ensañó contra *Iiwa* y quiso estrangularlo. Pero *Iiwa* corrió veloz por el espacio infinito.

Y gritabáale *Patunainjanaa* furioso:

– ¡Esperadme allí, miserable frentón, para que macho a macho midáis vuestras fuerzas con las mías!

Pero *Iiwa*, en veloz carrera, levantó su brazo hacia Oriente y le gritó:

– De nada sirve malgastar mis bríos con un brazo torcido como vos.

Entonces *Patunainjanaa*, indignado, disparó su rayo contra *Iiwa*, pero como ninguno de los tiros dio en el blanco, se volvió contra la tierra y destrozó a centelladas todo cuanto *Iiwa* había creado sobre ella. Rompió las montañas para dar paso a las aguas de los ríos. Agrietó las rocas para hacer fluir el agua de los manantiales. Agrandó las quebradas.

Agitó los vientos a su paso y sembró el espanto.

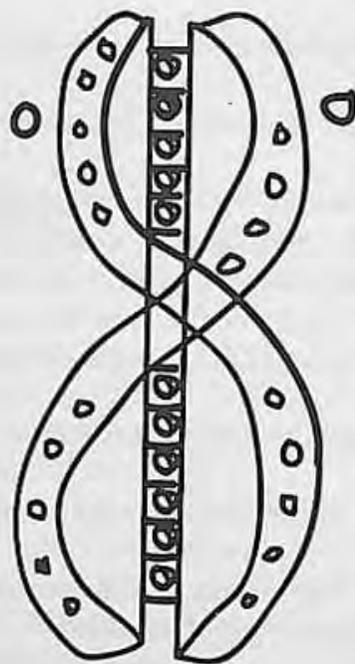
Y *Patunainjanaa* gritaba tercamente:

– ¡Esperadme allí, hobachón espaldudo! ¡No llevéis el miedo en vuestros pies, malvado!

*Iiwa* contestó:

– ¡Malvado sois vos, que habéis destruido mis creaciones! ¡Cerrad esa boca, que no quiero escuchar la hez de vuestra lengua!

Esto gritaban aquellos Genios Portentosos, cuando la bella *Jayuumuin*, (la Luz del Amanecer, la claridad naciente) apagó con su esplendor la belleza de *Olotsü* y las voces de sus bravos pretendientes.



*La gráfica representa la estrella venus, que es visible en horas de la mañana o las madrugadas, los wayuu la usan como reloj en las noches. Se usa básicamente en cerámica.*

## LOS PERCANCES DE ULEPALA

### *Jepira* (La Mansión de los Espíritus)

Lloraba copiosamente como la lluvia que cae cuando el cielo está cuajado de nubes. Sus lágrimas manaban de sus ojos como las aguas que brotan de las piedras. Su mujer quedó sin vida cuando apenas el amor comenzaba a madurar sus frutos.

Aquel joven, luego de perder a su mujercita, no encontró consuelo. Nada le atraía, no volvió a reír, no volvió a cantar. La tristeza le enfermó el corazón, le sacó las carnes y le enturbió el ánimo y la mente.

Una vez intentó irse tras de ella, pero tenía miedo a encaminarse por la extrema vía de los que no regresan; él, sin embargo, creía hacer los mismos oficios que juntos realizaban cada día. Iba al monte y mientras cortaba la leña, platicaba solo como si la bella compañera estuviera presente y lo escuchara; remedaba su voz como si realmente fuera ella quien le hablara; acarreaba agua, y mientras iba camino a la casimba, hablaba consigo mismo sobre las cosas del día. Se preguntaba y se respondía como si conversara con su amada.

Así pasaba el tiempo, las horas, los días; haciendo los oficios de la casa y hablando con su mujercita como si ésta lo ayudara en sus quehaceres. La acariciaba con el pensamiento en sus vigilias, pero... luego lloraba, cuando en realidad veía que todo era un falso juego de su imaginación.

Todos los días eran los mismos lamentos, las mismas amarguras y el mismo volver sobre la muerta ilusión de sus amores. Su madre, llamada *Palainnapana*, le aconsejaba resignación y olvido; pero él se mostraba indiferente a sus palabras.

Un día *Ulepala*, se encerró en su habitación para no volver a salir.

Colgó el chinchorro de su difunta compañera y se acostó a evocar todos sus recuerdos. Más cuando llegó la noche, vio un espectro de mujer que se aproximó y le dijo:

- Muchos días han pasado y os he visto llorar con amargura; he venido a haceros compañía durante esta noche...

Él, sobresaltado, respondió:

- Dulce amada mía, dulce mujer de mis recuerdos, volved a vuestras formas anteriores y venid a mí; estoy ansioso de estrecharte entre mis brazos y acariciar vuestro cuerpo como siempre lo hice cuando compartíamos la vida. No me basta con que os presentéis ante mi vista sólo para contemplarte desde lejos como visión evanescente. Abandonad esa forma espectral y venid de nuevo a la vida ¡Salid de las sombras y volved a vuestro cuerpo en forma viva. Resucitad de los antros vaporosos, amor mío, que mi corazón llora por vos a cada instante!

Vividas las sorpresas del primer encuentro, juntos se acostaron aquella noche en el mismo chinchorro. Se mecieron, se acariciaron y se amaron como nunca. Pero nada de aquello era verdad, todo era alucinación.

Cuando amaneció, aquel espectro vaporoso se diluyó en la nada. Las palabras que pretendió escuchar de los labios de su compañera no eran sino las de él. Cuando el joven volvió en sí, vio con horror que él mismo se acariciaba y se besaba, más, al sospechar su engaño, se incorporó en el chinchorro sin poder explicarse el por qué de su inútil alborozo. Su madre *Palainnapana* llegó hasta él y le preguntó:

- ¿Con quién hablabas en el transcurso de la noche, hijo mío?

- Hablaba con mi mujer, madre. Ella retornó de su ausencia y vino a brindarme compañía. Yo la vi junto a mí, sentí sus resuellos en mis oídos, me recliné en su pecho, sentí su palpitar, bebí el aroma de su aliento y me brindó el calor de su ternura.

- No, hijo mío - respondió *Palainnapana*. Estás enfermo de pesar.

Anoche solo bajo un trance de agonía. Reíais solo, en medio de la vigilia, sin que nadie os hiciera compañía. Estáis enfermo, hijo mío. Mandaré a buscar el adivino *Oulakiii* para que reconozca vuestros males y os redima del *Wanulüü*, espíritu malvado, que se ha metido en vuestro cuerpo.

- No, madre, no lo deseo. Yo estoy cierto en lo que digo, he visto a la preferida de mis sueños y quiero estar con ella como siempre lo estuve. Dejadme solo, no quiero vuestra compañía, ni vuestros inútiles consejos.

*Palainnapana* lo dejó solo.

Aquel día, *Ulepala* no salió de su habitación, pensando en la visión que había tenido la noche antes, y ansioso de que volviera a producirse. Su cuerpo enflaquecía, las uñas y el cabello le crecía desordenadamente. No sentía hambre, ni sed, ni deseo alguno. Sólo que la visión de su amada se materializara para disfrutar de ella.

Cuando llegó la segunda noche, la mujer volvió aparecer. Una inmensa alegría sintieron ambos cuando se vieron de nuevo.

Aquella noche los enamorados esposos se acostaron juntos y se hicieron dulces mimos de placer. Platicaron abrazados, se hicieron las mismas caricias, los mismos amores. Se reían a carcajadas, se mecían... Y así permanecieron despiertos toda la noche, sin que pudieran complacerse juntando sus cuerpos en cópula sensual. Ella le brindó sus caricias y sus ansias de amor; pero él no pudo gozarla porque no era viva. Su naturaleza era distinta y no podían juntar sus deseos. Cuando amaneció, todavía jugaban en medio del más grande regocijo, sin dar muestras de sueño ni fastidio.

*Ulepala* tenía una hermanita de nombre *Ji'iwasen*. La bella jovencita, cuando sintió voces en la habitación de su hermano, corrió a cerciorarse para ver con quién hablaba. Miró por un agujero de la habita-

ción y se sorprendió al ver a *Ulepala* dando brincos y retortijones en el chinchorro como si alguien le hiciera cosquillas. La jovencita miró por todas partes el interior del rancho, pero a nadie vio... Entonces pensó que su hermano estaba loco y corrió a dar parte a su madre de lo que había visto.

- Madre, mi hermano está demente; ha perdido el juicio, ríe a carcajadas como si alguien le hiciera cosquilla. Está dando vueltas en el chinchorro besándose el cuerpo como si en su ardiente desvarío quisiera abrazar a una persona. Se siente regocijado como nunca lo había estado.

*Palainnapana*, picada de curiosidad, fue con su hija para ver lo que pasaba. Efectivamente, *Ulepala* jugaba con su mujer, a quien nadie veía excepto él. Ella estaba vedada a los ojos de las gentes; solamente su marido podía verla y escuchar su voz.

Cuando *Ulepala* volvió en sí, vio con asombro que él mismo se hacía cosquillas y se retorció presa de una risa convulsiva. Cuando se dio cuenta de la triste realidad de su estado, se desató a llorar y a lamentarse como si todo hubiera sido la burla de un sueño pesaroso. Después de esto aconteció, la próxima noche, que el espectro de *Anapai* volvióse a presentar junto al lecho de su marido y le dijo:

- Habéis pasado muchos días en la más triste soledad, y quiero que vayáis conmigo a donde yo quiero, donde nada hace falta, donde todo es bueno y abundante, donde las gentes son felices. Quiero que vengáis conmigo para que conozcáis a mis parientes; ellos son ricos en el lugar que habitan. Vamos, hacedme compañía prontamente que ya la noche se aproxima.

Aquella tarde nubosa, *Ulepala* se fue con su mujer camino al cementerio viejo (*Amuuyuu*), donde están las tinajas que guardan la osamenta de los muertos. Dormían los muertos en sus huecos esparcidos en ventradas botijuelas; las tunas de flores amarillas adornaban el contorno de las tumbas como si fueran cercas que impidieran profanar el

sacro templo de los que duermen la larga noche.

Cuando ambos llegaron al *Amuuyuu*, una extraña resonancia retumbó en el fondo de la tierra. Una cárcava (Cementerio) inmensa se abrió al instante por donde entró la pareja enamorada. Para entrar en la Mansión de la Suprema Quietud, tres cosas se exigen previamente: abandonar la vida para siempre; dejar el cuerpo en el *Amuuyuu* para que se pudra y se acabe, y cruzar el mar agitado caminando sobre las olas. Pero aquella vez los prófugos amantes no acataron las leyes de los muertos y se fueron a *Jepira* a través de un largo camino excavado por debajo del mar.

Cuando *Ulepala* llegó con su mujer al extraño mundo de ultratumba, vio maravillado la felicidad radiante. Todos los que habían muerto en el pasado vivían tranquilos en sus ranchos rodeados de arboledas y rebaños. El tapiz de la llanura no era verde sino celeste, como el color real de nuestro cielo; no había noche ni día sino crepúsculo eterno; el sol rielaba sin brillo sobre el horizonte, sin ocultarse nunca.

Cuando *Ulepala* llegó con su mujer, ésta llamó a su familia para que saludaran y conocieran a su antiguo compañero. Prontamente llegó la suegra, los cuñados y los parientes allegados que antes habían muerto. Ellos no podían explicarse cómo pudo entrar aquel hombre en la Mansión de los Espíritus sin antes haber cumplido la inexorable Ley de la purificación mortuoria.

La morada de los difuntos presentaba un cuadro de paisajes bellos. Los animales pastaban mansamente sobre la plácida extensión de la llanura. Acá los hombres en sus quehaceres montados a caballo arreando reses; allá otros ordeñando sus rebaños y tejiendo sogas. Mas allá unas mujeres recolectando frutos silvestres con mochilas terciadas en la frente; otras arrastraban su *Lumía* tras el fruto maduro del cardón. Más acá había unas moliendo con la piedra, preparando la comida sobre grandes fogatas; otras, acarreando el agua de las casimbas. Otro grupo cargando leña en el cuadril. Allí estaban los cantadores, los nigromantes, los adivinos, las tejedoras, las hilanderas, los artesanos de habilidoso ingenio

practicando el arte de sus antecesores.

Aquello era como si toda la actividad terrena fuera transportada hacia otro mundo más sutil. No había monotonía ni fatiga, todo era sosiego. Más allá, en un lugar solitario, estaba el patio de los suicidas sin mezclarse con los que murieron de muerte natural. Los ahorcados, con la lengua fuera y los ojos virados, formaban el grupo de los proscritos. Los envenenados se retorcían en el suelo presa de dolores convulsivos; también ocupaban lugares prohibidos; ellos formaban la clase de los cobardes, que tuvieron miedo a la vida y jamás se enfrentaron al destino sino al suicidio.

Los hombres honorables que llegaron a la ancianidad por ser buenos y virtuosos también tenían su pabellón de tierra y disfrutaban de la paz suprema. Más los hombres que durante su vida fueron bondadosos, prudentes, hospitalarios, virtuosos, mansos y comprensivos, también tenían consigo todas sus riquezas y disfrutaban de todos sus bienes y gustos como criaturas felices.

Los haraganes que no amaban el trabajo, que no tenían animales, ni bienes, ni prestigio, ni estimación por parte de sus semejantes, medraban una vida miserable, porque nadie los ayudaba ni los quería. Eran individuos descarnados, flacos, enfermos, macilentos, hambrientos, desamparados e inútiles que iban de un lugar a otro rumiando su miseria. De éstos formaban parte los viciosos, los corrompidos, los escarnecedores e intemperantes; sólo vivían recolectando el fruto de los cardones, cazando lagartijas para comer y mendigando para poder vivir.

En otro lugar, de indescriptible olvido, estaban los ancianos: homicidas, parricidas, matricidas, filicidas, infanticidas, hundidos en un lodazal de podredumbre luchando consigo mismos, hundiéndose las uñas en su cara y bebiendo la sangre de sus propias víctimas con voluptuosidad malsana. En otro lugar estaban los asesinados: rencos, mancos, cojeando de las piernas doblados sobre su cintura; eran los que habían muerto cara a cara frente al duelo por defender la parentela, los bienes, la dignidad y

el honor. Ellos formaban la clase de los valientes, los jefes, los guerreros.

Las mujeres que morían de parto eran altamente consideradas en el seno de aquella sociedad etérea de bastante parecido a la terrena.

Constantemente llegaban nuevas armas a través del mar, caminando sobre las olas sin mojarse, como las sombras de las nubes que el viento arrastra. Los individuos que llegaron a la Mansión de los Espíritus eran recibidos por sus familiares en medio del más grande regocijo. Los recién llegados traían consigo su *Ekiiraa*; es decir, eran animales que fueron el desvelo de sus días. Los que crió, los que levantó y aumentó a fuerza de trabajo, sudor y sacrificios. Todos aquellos que durante las exequias del velorio sacrificaron en su honor, para que los asistentes al fúnebre momento comieran y se saciaran; y luego así el espíritu del difunto se sintiera feliz a su partida, llevando consigo sus bienes semovientes. Entonces pudieran decir los moradores de *Jepira*:

- Ahí viene un nuevo amigo que abandonó el mundo que antes poblamos; corramos a recibirle y ofrecerle asilo porque viene a compartir su vida con la nuestra.

En cambio, aquellos que morían sin *Ekiiraa*, el sacrificio póstumo, porque no tenían animales ni bienes que llevar a la otra vida, eran recibidos con indiferencia. Se les consideraba como individuos pobres que perdieron su tiempo sobre la tierra, vagando sobre sus propias penas; que no pudieron hacerse valer, ni ser gentes de bien. A éstos les decían los espíritus:

- Ese que viene llegando tuvo muerte desgraciada porque nada tenía que ofrecer a la hora de la partida. No supo aprovechar ni hacer buen uso de su vida. No le recibamos; que se siente a descansar bajo las sombras de sus propias penas. Sin tiempo ni dimensión alguna.

Por esa razón los *Wayuu* se empeñan en tener animales, para tener la satisfacción de morir tranquilos y ser bien recibidos en la otra vida. Tales

cosas había observado *Ulepala* cuando llegó a la Mansión de los Espíritus. El joven, sin tener noción del tiempo ni del lugar en el que estaba, sólo se limitó a contestar en seguidilla el saludo de todos los presentes.

Su mujer, que en vida se llamó *Anapai*, y en la región de ultratumba se llamaba *Mapulu'usatkat* (La que no tiene fuerzas), enseguida preparó comida para su amante. Le sirvió un *Posú* de caldo y carne, un *Sho'olo de Uujolii* (chicha), una *lita* de *Cojósú* (leche cuajada) para que comiera y se saciara; pero éste se rehusó a comer, alegando que no tenía apetito sino sueño.

*Mapulu'usatkat*, (la que carece de fuerzas), insistió en que comiera y se llenara la barriga; pero como *Ulepala* no sentía hambre ni apetito por aquella extraña comida, dijo:

– Mujer mía, no he venido a comer sino a contemplar vuestra morada y a conocer vuestros parientes como vos lo prometisteis. Ahora quiero marcharme pronto.

– No, marido mío, comed primero, compartid conmigo esta comida.

*Ulepala*, firme en su negativa, no comió, sino que pidió algo en que reclinarse para dormir un poco. *Mapulu'usatkat*, (la que no tiene fuerzas) sacó de su mochila un chinchorro de bellísimos colores y lo colgó debajo de verdes palmas.

*Ulepala*, ya en la madrugada, antes de salir el lucero que despierta, se acostó pensativo. Mientras ella, sentándose a corta distancia, se puso a velar el sueño de su marido. Algunos flautistas del país extraño entonaron la voz *Talirai*<sup>15</sup>, cuyas notas lo adormecían con el sonido de su música triste. Aquella melodía extraña lo transportó lejos de sí mismo. Poco a poco se fue embriagando con el fluido sutil de los sueños y en breve quedó rendido entre la bruma de sus quimeras.

«El sueño de la existencia sobre la tierra es una instantánea más

<sup>15</sup> *Talirai*: instrumento musical wayuu, consistente en un arco de fricción (Nota del autor).

rápida que un ligero pestañar de ojos comparada con el sueño de la muerte sobre la eternidad. Las melodías del *Talirai* no mueren, porque cantan alabanzas a la vida en todas sus dimensiones. La vida no se detiene. Es un continuo principiar en la continuidad del tiempo. La muerte es una transición inevitable, un sueño que infunde miedo. La muerte que tuvimos en la tierra es una decantación purificadora. El cuerpo, la envoltura frágil de nuestro ser, la dejamos allá, para con ella alimentar la tierra. El doble de nosotros sigue viviendo en *Jepira*, donde volverá a morir después, para comenzar de nuevo. Cuando esto acontezca por segunda vez, dejaremos la forma que tenemos y emprenderemos camino hacia el Nunca Más en forma vaporosa y sutil. Así viajaremos eternamente hasta que lleguemos al sitio de *Apalainshi*, donde habrán de pernoctar las sombras de nuestras almas en el olvido más profundo. Luego, como si faltasen las fuerzas de nuestro pensamiento para concebir el fin último de nuestro destino, se cerrará el ciclo de las transiciones cuando nos unamos al cosmos y seamos luz, estrellas, potencia etérea, calor, energía que vitaliza el mundo. Siempre se vuelve al principio después de alejarnos del uno. Siempre volvemos a ser lo que antes fuimos». γ

Así entonaban los muertos la canción del *Talirai*, mientras *Ulepala* viajaba por el veleidoso mundo de los sueños. Después de haber dormido profundamente, la luz del sol penetró en sus ojos y volvió a la realidad viviente. *Ulepala* despertó lleno de sorpresa y vio que se encontraba en otras tierras. Al despertar, un estruendo de voces incoherentes resonaba en su mente como reminiscencias vagas de aquellas imágenes que le hicieron la corte en la noche de su alma.

Antes creyó haberse acostado en un chinchorro de bellos encajes, pero se llevó un fiasco al percatarse que había dormido en el suelo apoyado sobre sus flechas. Miró hacia el lugar donde presuntamente se había sentado su mujer, pero sólo vio una culebra enrollada que le había hecho compañía en la noche; era la imagen de su mujer. La enramada bajo la cual creyó haber dormido no era sino un cují reseco explayado en la más remota soledad. *Ulepala* se hallaba en un sitio desconocido,

ventoso y estéril. Aquel mundo fascinante y extraño que había visto no existía; todo había sido la falsa jugarreta de una alucinación.

Poco a poco, a medida que el sol se levantaba sobre el callado ambiente, aquellos recuerdos luctuosos se desvanecían de su mente como perdidos en la nada. Una sensación de angustia oprimió el corazón de *Ulepala*, quien tomó su arco y sus flechas y comenzó a vagar por el campo yermo en busca del alimento. Andando y andando vio un par de perdices que de inmediato mató a flechazos, las desplumó, hizo fuego con dos piedras de *Simala* y las asó en el acto.

Después de haber comido las perdices, sintió sed y comenzó a buscar agua en medio de aquel paisaje sofocante. La insolación, la fatiga y la sed eran cada vez más intensas. Cuando hubo caminado bastante, más allá, cercana a la línea de horizonte, vio un jagüey de aguas limpias en cuya transparencia se reflejaba el contorno de las colinas. Más, sin perder tiempo, se dirigió hasta ellas para abreviar su sed y refrescar su aliento, pero aquellas aguas aparentes no eran sino espejismos del desierto.

*Ulepala* estuvo a punto de morir de inanición cuando a lo lejos vio venir cuatro hombres a caballo. Realmente, no eran visiones lo que veía, sino gentes de verdadero aspecto que, a juzgar por su apariencia, eran cazadores. Los cuatro individuos, al ver a *Ulepala*, se acercaron y le preguntaron sorprendidos:

– A ver, engendro de la soledad, sois hombre de palpitante vida o fantasma salido de ultratumba. Decid quién sois y qué hacéis por estos lugares olvidados. Venido del trasmundo.

*Ulepala* respondió:

– Soy hombre viviente de carne y hueso; mi cabeza tiene juicio y en mi pecho está la fuerza que mueve mi existencia. Estoy extraviado, no supe cómo llegué a esta tierra. Un sueño de suplicio me botó por

estos lugares y aparecí abandonado debajo de un cují después de haber dormido profundamente. No recuerdo nada de mis actos, no sé de dónde vengo ni en donde estoy. Lo único que si recuerdo es que vengo extraviado de un mundo de sueños lejanos. Entendedlo así, mis señores amigos.

Los señores respondieron:

– Sin duda, sois loco, un proscrito a perecer en la desgracia que anunciáis, sois víctima de *Waniüüüü*. Nada podemos hacer por vuestra suerte, porque no sois de este mundo. El olor que despide vuestro cuerpo hiede a tierra donde antes se han podrido los cadáveres (*Maruleemashi*). El semblante que tenéis es como el del zorro que aulla en los caminos tras los muertos que llevan a enterrar. Cuando nos mirásteis de frente se nos erizó la piel, porque vos, al igual que los zorros tenéis la mirada torva de *Waniüüüü*.

*Ulepala*, queriendo deshacer la duda de los cuatro personajes, volvió a insistir:

– Os doy fe de mi existencia, quiero agua para calmar esta sed que me consume. No guardéis reservas contra mí; yo soy *Ulepala*, hijo de *Umarala*, el famoso guerrero que templó el arco de la guerra para sembrar de cadáveres la tierra.

La fama de mi padre no corrió tanto como la de mi tío llamado *Mapala*, cuyo oficio fue criar gallinazos para que limpiaran los campos de la podredumbre que la infestaba. Muchas cosas más os habré de contar, si os apiadáis en darme de beber un sorbo de agua para calmar mi sed.

Los viandantes, al oír estas razones, bajaron sus cabezas y pensaron..., se miraron sorprendidos entre sí. Más, compadecidos ya de su dolor, dieron a *Ulepala* una taparita de agua, la cual tomó a grandes engullones para mitigar aquella sed tan ardiente como la que tenían las arenas del desierto. Luego, los viandantes, llamándolo *Walee* (amigo), dijeron:

– Ahora sabemos quién sois, y de dónde viene vuestra estirpe; nosotros conocemos a vuestro tío *Mapala*; él es nuestro más grande protector; si deseáis verle, venid con nosotros para que sepáis donde vive y paséis la noche junto a él.

*Ulepala*, repuesto ya de su fatiga, aceptó la proposición y se encaminó con sus amigos, más ellos no lo montaron en las ancas de sus caballos porque estaba hediondo como un cadáver descompuesto. En el trayecto, los señores iban comentando sobre el mal día que habían tenido al no poder cazar ni siquiera un conejito para su jefe, el Gran *Juyá Manüliwain*.

Entonces *Ulepala*, les dijo:

– Amigos míos, les ayudaré a cazar y enviaré a vuestro jefe, a quien no conozco, un par de conejos, para que se los coma asados. Cuando esto decía, disparó su flecha y mató dos conejos que repentinamente habían salido de sus madrigueras.

Los señores, admirados de la puntería y buena suerte de su amigo, le ofrecieron ayuda tan pronto regresaran de donde su jefe, el Gran *Juyá Manüliwain*.

Cuando los señores llegaron a casa del viejo *Mapala*, dijeron:

– *Tata* (padre), he aquí a vuestro sobrino *Ulepala*. Venid a recibirle porque viene de un viaje por lejanas tierras donde antes estuvo perdido.

– *Mapala*, que no había visto a su sobrino desde cuando era niño sin juicio, rompió a llorar tan pronto lo abrazó. Y así recordó a su hermana *Palainnapana* a quien tanto quería. Después de aquel encuentro, los señores, dirigiéndose a *Ulepala*, dijeron:

– Es hora de marcharnos, *Walee*, la distancia que nos separa es larga, y

nuestro jefe nos aguarda. Nosotros vendremos mañana al despuntar el sol, esperadnos para que vayamos juntos a cazar. Traeremos para vos una tapara de agua y una totuma de miel. Nuestro jefe tendrá muy en cuenta vuestro regalo.

*Ulepala* agradeció el ofrecimiento y la buena aceptación de su presente, y se despidió de sus amigos. Los cuatro jinetes talonearon sus caballos y emprendieron el galope a través de la inmensa lejanía del desierto que los engulló en el acto. Cuando llegaron a su tierra, los maravillosos personajes dijeron:

– *Tata*, he aquí un presente que os envía tal vez uno de vuestros nietos, quien se halla perdido en los desiertos, hundido en su lúgubre pesar. Él os envía este par de conejos para que los comáis asados; además, ha sentido un gran afecto por vos, aun cuando no nos haya conocido cara a cara (en persona).

*Juyá* respondió:

– Ha hecho bien ese desconocido. Es juicioso. Agradezco más su presente que una palabra de halago. La primera llega justamente al corazón; pero la segunda muere al nacer a flor de labios. Ayudadle siempre, aun cuando no lo exija.

Dicho esto, *Juyá* volvió a su mutismo prolongado. El lugar que habitaba *Mapala* se llamaba *Attkuushipala* (el arqueadero). Todos sus moradores eran rencos, quebrados y tatuados de cicatrices. Caminaban agobiados bajo el peso de sus heridas. Nunca se reían ni se quejaban. *Attkuushipala* no era un lugar de ultratumba sino la tierra de los espíritus valientes que reencarnan en los hombres de coraje.

*Mapala*, después de presentar su sobrino a los guerreros famosos, lo llevó a un aposento para que durmiera tranquilo y descansara de su largo viaje. En la tarde, y justamente cuando empezó la noche, vio a distancia la figura de una joven cuyos muslos apretados dibujaban

su provocativa forma tras la manta que el viento comprimía. *Ulepala* recordaba visualmente el goce de dos cuerpos que se aman. No podía olvidar la belleza de *Anapai*, la mujer a quien tanto amaba. Cuando la joven se aproximó al chinchorro, *Ulepala* sintió alegría. Su amada mujer había vuelto a bajar de su fúnebre morada, ansiosa de compartir con él la dulce compañía.

– Verid, hombre mío. Volveré a ser lo que antes fui. Quiero disfrutar con vos el placer que tanto ansío. Vámonos de aquí donde nadie nos vea.

*Ulepala* respondió:

– No pretendáis engañarme nuevamente al convertiros en una serpiente que luego de llegar el día se desvanece ante mis ojos convertida en humo; ni tampoco me hagáis entrar en las tumbas para ver las perversidades de vuestros parientes. No seáis mala conmigo.

Dicho esto, dos siluetas cruzaron el desierto aquella noche, bañada por la luz del plenilunio de la luna. *Mapulu'usatkat* (La que no tiene fuerzas) quería atormentar a *Ulepala* para que abandonara la vida terrena y se entregara a la muerte. Por eso se lo llevó lejos, de donde jamás pudiera regresar. Juntos caminaban cuando, de pronto, sintiendo deseos de poseerla, se inclinó sobre ella para juntar sus cuerpos, pero ésta, de súbito, se transformó en una vieja descarnada y horrible, cuyos huesos crujieron tras la risa que la embargaba.

La noche se transformó de pronto en un día distinto. La luna se quedó sin brillo, sin luz y sin belleza, paralizada como los ojos de un moribundo que no tuviera fuerza en la mirada. Las arenas del desierto se volvieron humeantes polvaredas de ceniza. Habían llegado al lugar donde habitan «Los que no tienen huesos». En este lugar, los muertos danzaban de sangre sobre un empozamiento de saliva, sudor y lágrimas. Uno de ellos le brindó *Imema*, roja como la pulpa del cardón.

– Bebed con nosotros el zumo de nuestras carnes... – *Ulepala* guardó silencio.

Su mujer le brindó entonces un hervido negruzco, purulento, donde nadaban las piltrafas de los muertos llenos de enfermedades. Una chicha sanguinolenta como el esputo de los que están podridos por dentro.

– Tomad, amado mío, es pulpa de aceitunas estrujadas.

– Mujer, estoy harto de vuestros engaños, dejadme tranquilo, volvedme al lugar de donde me habéis traído, tengo miedo al desenfreno de estos borrachos que se embriagan con pútrida sanguaza. No me brindéis la carne podrida de vuestros muertos, haciéndome creer que es jalea de aceitunas (*Marüla*).

– Hombre mío, bebed, saciad el vientre para que no sintáis hambre a lo largo del camino que ahora vamos a emprender. Nos iremos juntos hacia la nada, hacia lo desconocido donde todo se acaba.

*Ulepala*, furioso, lanzó su desprecio. Mas uno de los presentes, indignado, gritó:

– ¡Arrojádselo en la cara! ¡Echádselo en sus narices para que se atosigue!

Pero un anciano, reprendiendo aquel injusto proceder, dijo:

– Dejadle en paz. Es mi pariente. No lo atormentéis.

Y... aproximándose a *Ulepala*, le dijo:

– Hijo mío, mirad hacia el Norte, y ved aquella punta de ganado que va entrando en las concavidades de aquel barranco lejano. Y mirad aquella solemne muchedumbre que tras ella va tendida. ¿A dónde van? Van hacia *Jepira*, a pernoctar unos instantes para luego emprender el camino hacia la eternidad. Un camino largo, pero muy largo, que sirve de cinturón a vuestro mundo. Sí, hijo mío, esa faja blanquecina que se presenta en las noches de vuestro cielo, no es más

que el eterno rebaño de hombres y animales que van a vaporizar el piélago de las inmensidades. Ése es el camino de los muertos. Cada punto de esa estela blanquecina es un viajero de la eternidad que jamás terminará su jornada. Eso somos, Polvo Sideral. Cúmulos de almas esparcidos en abismos infinitos. Puntos perdidos en las tinieblas del vacío. Venid conmigo...

Pronunciadas estas palabras, con voz escalofriante, *Ulepala* se fue tornando en una forma grotesca. Un viento lo arrastró en su torbellino y le hizo consumir su pesadilla. De un brusco movimiento convulsivo, *Ulepala* despertó a la vida. La noche había desaparecido, borrada por la luz del nuevo día.

Junto a él se encontraba la misma odiosa serpiente que siempre lo acechaba. Al verla, lleno de furia, trató de aplastarle la cabeza. Pero... sólo consiguió asestar el golpe sobre un pedazo de hueso, quizás de qué animal peregrino pericido en el desierto. Así se burlaba de su nombre la mujer perversa: La *Mapulu'usatkat* (La que no tiene huesos, ni sangre, ni vida, la que no tiene fuerzas, la que no tiene aliento, la que sólo vive en las tinieblas, la que tiene su guarida en el puloi).

*Ulepala* tenía asco de su propio cuerpo que cada noche se descomponía más en podredumbre. En olor a heces. Al despertar de aquella pesadilla, estaba más confuso de la realidad, más impotente para encarar su propio destino. Ahora se encontraba en otra tierra, más lejos que la anterior. Tendido en el suelo, boqueando; semi-inconsciente, con el rostro lleno de arena lo encontraron los cuatro cazadores amigos. Parecía un cadáver insepulto batido por el viento del desierto. Los cuatro personajes no se atrevieron a tocarlo por temor a contagiarse de su mal. Pero sí lo llamaron varias veces, porque aún estaba vivo. Después de muchas llamadas se incorporó pesadamente, y lloró al reconocer que eran sus amigos, los protegidos de *Juyá*. Ellos dijeron:

– No agotes en llanto las fuerzas de vuestro corazón, ni las lágrimas de vuestros ojos, *Walee*, que pueden haceros falta para llorar de alegría en los días felices que vendrán. Nunca faltan los días para

dejar de reír.

Dicho esto, los cuatro cazadores le dieron una tapara de agua y una totuma de miel para que recuperara sus fuerzas. *Ulepala* recobró el sentido, y después de descansar lo suficiente, se fue a pie con sus amigos a recorrer el día. Caminando por las faldas de una sierra, vio un venado enorme. Y apuntándolo con la flecha dijo:

– La suerte ha querido que seáis un asado de *Juyá*.

– Y disparó al codillo del animal, cayendo éste a varios pasos desplomado.

Por su parte, los cazadores habían hecho buena batida de aves, conejos y saínos. Cuando llegó la hora de la partida, *Ulepala* dijo a sus amigos:

– Amigos míos, aquí envío a vuestro jefe este venado para que se lo coma en la forma que mejor le guste. Decidle que tal vez será el último regalo porque ya no dispongo de mi propia vida. Pierdo la esperanza de verle porque ya no soy dueño de mí, sino de «Los que no tienen huesos». Ellos me vendrán a buscar esta noche. Posiblemente, vosotros volveréis a estos parajes y ya no me encontraréis aquí. Estaré lejos, envuelto en la bruma de los sueños largos, junto a aquellos que no tienen vida.

Así se despidió *Ulepala* de sus buenos amigos. Uno de los cazadores, tomando la pieza de cacería, la ajustó en la parte trasera de su silla y emprendieron camino hacia los remotos dominios de *Juyá*. El paso de los corceles sobrepasaba la rapidez del viento. Cuando llegaron a pleno mediodía desensillaron sus caballos y fueron donde *Juyá* para entregar el botín de la cacería.

– *Tata*, acabamos de llegar de las tierras áridas de abajo; no se dice nada nuevo, por los caminos que andamos. Solamente el viento fuerte enseñoorea su poder batiendo las arenas del desierto. He aquí nuestras piezas de cacerías: un conejo, dos iguanas, un saíno, más este venado que traemos como regalo aparte; os lo manda de regalo el mismo jo-

ven que ayer encontramos casi muerto. Es el mismo que os envió los conejos. Esta mañana lo volvimos a encontrar en el desierto después de haberlo dejado en *Atkuushipala*. Un extraño mal le sucede y está próximo a morir. Él ha dicho con amargura:

“Decidle a vuestro jefe que ya no tengo esperanza de verle; llevadle mi último presente para que disponga de ello como mejor le guste. Yo estoy resignado a morir esta noche, víctima de los que no tienen huesos”.

También nos ha dicho que su mujer lo lleva todas las noches a la Morada Sombría de los muertos para torturarle el alma.

– Vos, que sois el padre de la fecundidad, no dejéis perecer a ese muchacho que bien os puede servir en algo. Se entristecen nuestros corazones al verlo padecer después de haberle confortado el ánimo con vanas esperanzas.

*Juyá*, conmovido ante el relato de sus mensajeros, dijo:

– Pobre mi nieto, lo pondré a salvo. No será víctima de los que carecen de aliento. Ahora mismo, andad mis queridos mensajeros y traedme a ese joven que deseo verlo cuanto antes.

Los mensajeros replicaron:

– *Tata*, es imposible traerlo a vuestro lado sin antes ser tratado. Su cuerpo está descompuesto, está hediondo a mortecina y no podemos montarlo en las ancas de nuestras bestias.

*Juyá* entonces dispuso que los cuatro mensajeros le llevaran cabalgadura disponible y lo purificasen antes de ser llevado a su presencia. Los cuatro jinetes ensillaron sus caballos y llevaron una botija de esencias fuertes parecidas al ron.

La ruta del sol se acercaba a su fin, *Ulepala* esperaba el encuentro con

su difunta mujer. Era la última noche de su lenta agonía. Por su parte, los cuatro mensajeros venían en camino fustigando sus caballos para llegar antes que el sol cerrara sus ojos bajo la tierra.

Ya comenzaba el incendio lejano de los atardeceres cuando los cuatro jinetes se detuvieron atropelladamente junto a *Ulepala*. Traían una yegua disponible para el rescate. No había tiempo que perder ni momento para dialogar ni dar explicaciones sobre aquella intempestiva circunstancia. Solamente dijeron:

– Os hemos venido a salvar; montad prontamente en esta yegua y vendad vuestros ojos con este lienzo.

– En aquel instante, el espectro de la bella mujer apareció de nuevo y dijo:

– Aquí estoy, mi hombre...

Los cinco jinetes despegaron en vertiginosa carrera. Pero la mujer los persiguió enseguida. Era ella más veloz que los caballos del viento, más rápida que una flecha; en esta tenaz persecución casi les dio alcance; entonces los fugitivos le lanzaron a los ojos salivazos de *Yiii* (zumo de tabaco) para enceguecerla y no viera su ruta mientras ellos ganaban más distancia.

Pero la *Mapulu'usatkat* no se daba por vencida; arremetió nuevamente con más empuje. Los jinetes, viéndose en peligro de ser alcanzados, le rociaron la cara con bocanadas de ron; esto casi le mermó las fuerzas, pero no obstante aún le quedaba potencia como para alcanzar el sol en su carrera. La *Mapulu'usatkat* es la noche, es la oscuridad profunda de la tierra, es la sombra que penetra en los ojos de los que no tienen vida, es el silencio de las noches eternas donde jamás penetra la luz sino la muerte.

Los cinco jinetes estuvieron a punto de perecer envueltos en una sombra que la *Mapulu'usatkat* extendió sobre ellos; pero en ese instante el ojo resplandeciente de *Juyá* la desvaneció en el acto (el

relámpago que larga las tinieblas), más los cinco cabalgantes llegaban a sus propios lares, a los predios del *Ulitui*, donde jamás los que no tienen huesos pueden entrar, porque en ellos reina la eterna luz de *Araliatuu-Warattui*, la claridad del cielo. Donde se ubica la vida que nos viene del sol.

Así fue cómo se salvó aquel joven de los malos espíritus que reinan en los antros de ultratumba.

### *Ulepala comparece ante Juyá*

Llegados al *Ulitui* (bóveda del celeste cielo), *Ulepala* fue sometido a una rigurosa purificación a fin de poder entrar a la extensión del *Wiñmatu'ui* (techo de las aguas) donde mora *Juyá* (lluvia), el Padre de la Fecundidad.

*Ulepala* fue atendido por una *Autsii*, quien lo bañó con hojas aromáticas para limpiar el hedor que despedía su cuerpo. Cantó sobre él la canción de los Genios mientras lo frotaba con yerbas perfumadas para preservarlo de los malos contagios. Ayunó tres días, tomó esencias de *Wunulu* para recobrar su juicio, sus oídos se abrieron nuevamente y se le quitó el vendaje que le cubría los ojos. Cuando la nueva claridad penetró en sus ojos, *Ulepala* vio el verdadero rostro de sus amigos. Los servidores de *Juyá*. Eran feos como las aves de rapiña, adustos y ágiles; sus ojos centellaban como las brasas encendidas. Sus vestiduras negras eran cerradas y adornadas con solapas blancas. Montaban caballos negros más veloces que el viento.

A pesar de su horrible fealdad, aquellos personajes inspiraban confianza. Ellos eran los mensajeros de *Juyá*, los guardianes de *Anoituu* (llanura de arriba). Decían los adivinos que venían de las regiones inaccesibles de la inmensidad de arriba, y se alimentaban con estrellas en las noches caliginosas del *Jutatui* (cielo). Eran guerreros nacidos en las noches perpetuas de la superficie de arriba. Pero una vez, tras una violenta guerra que no recuerda edades, fueron vencidos

y perseguidos a muerte los bravos guerreros; después de vagar por las grandes soledades, huyeron del enemigo; fueron encontrados por *Juyá*, quien los protegió del peligro. Desde entonces los nombró mensajeros y los llamó *Amajaachi*, es decir, los Dilectos Protegidos que viven en *Aitu'uyaa*. Después de la ceremonia de purificación, los *Amajaachi* dijeron:

– Estáis limpio, *Walee*, ya nada contamina vuestro cuerpo. Montad sobre uno de vuestros caballos y vamos a presencia de nuestro jefe el Gran *Juyá Manüliwain*.

El despegue de aquellas bestias fue tan violento que apenas sintió como si la vida se le escapara del cuerpo. Llegados al *Aitu'uyaa*, los mensajeros dijeron a *Juyá*:

– Padre, todo se ha cumplido. Aquí está el joven que vimos vagando por el desierto de los sueños largos. Ya está fuera del contacto de los que no tienen huesos. La *Mapulu'usatkat* aún lo busca incesantemente, pero se vuelve contra su propia furia porque no puede entrar en los dominios de *Aitu'u* (boveda del cielo). Eso era; sus dominios parecían superficies de algodón.

*Juyá* estaba descansando debajo de una enramada hecha como de algodón flotante. Su asiento era un carnero blanco y velludo que dormitaba su modorra como las nubes perezosas que aparecían en los veranos largos. *Juyá* no era viejo ni joven; la marcha del tiempo no contaba para él; era un personaje extraño que podía cambiar facciones a voluntad propia. Vivía sin preocupaciones servido por una corte de Genios que acataba fielmente su mandato.

*Maintiisii* era la calma que presagiaba las grandes tormentas. *Sumaira* la bonanza; presidía el cielo limpio y fresco después de los grandes aguaceros. *Mannuuya*: La neblina del amanecer. *Sitshii* el rocío. *Si'ichiise*, el granizo, la nieve. *Jemiai* el frío. *Walatshi* el calor. *Attiee* las siembras, las cosechas, la maduración de los frutos. Es la hija

predilecta de *Juyá*. Los *Amajaachi* los mensajeros y guardianes de las llanuras. Los *Acheppchiaa* los sirvientes que le asisten. La familia de *Juyá* era inmensa; sus riquezas eran tan grandes como su portento.

*Ulepala*, al verse en medio de aquel mundo fascinante, lleno de sorprendentes maravillas, pensó que estaba soñando nuevamente; entonces se frotó los ojos, pero tan pronto lo hizo, se operó un cambio repentino en sus pupilas. Vio que sobre los aires flotaban pompas de rocío transparente como fríos cristales de sal. *Juyá* había sacudido su helada cabellera sobre los picachos perpetuos del *Saamatui* (regiones frías) para que siempre nevara sobre las altas cordilleras.

Desde entonces hay nieve sobre la cumbre de las grandes montañas.

Después de aquella visión, *Juyá* ordenó a *Ulepala* que tomara asiento sobre una serpiente enrollada. El joven, temeroso de ser mordido, rehusó sentarse sobre ella diciendo:

– Mi respeto, señor, pero tendré más ánimo si me siento sobre un banco de madera.

*Juyá*, ante aquella negativa, lo complació y mandó que le trajeran un *Tulú* (banco de madera). Y tan pronto se fue a sentar, el banco se convirtió en un tigre enfurecido. *Ulepala* horrorizado, pegó un sobresalto y cayó de narices al suelo. *Juyá*, lanzando una carcajada estrepitosa ante aquella jugarreta, dijo:

– Vuestro ánimo está desajustado, muchacho.

– No es eso, padre; apenas he caído para levantarme, me asusté para fortalecerme; pero jamás me volverá a suceder – replicó *Ulepala*.

*Juyá* hizo entonces que el joven se reclinara en un chinchorro; pero tan pronto se acostó, el chinchorro se transformó en un enorme caimán que abrió sus fauces para devorarlo; el joven, ante aquel súbito

percance, dio un brinco tan fuerte que cayó a los pies de *Juyá*. Éste, lanzando una risotada, dijo:

– Ahora me convenzo que tenéis un corazón de pájaro que sólo se mueve por el miedo.

A *Ulepala* no le agradó mucho el recibimiento de *Juyá*. Se sintió como extraviado en un mundo de insólita maldad.

Entonces *Juyá*, no queriendo asustarlo más, se dirigió a él y le dijo:

– Sois uno de mis tantos nietos, a quien quiero ofrecer mi protección. Pongo en duda vuestro valor porque no os habéis comportado como yo esperaba. Si no fuese porque estáis en la flor de vuestra edad, os echaría de aquí como se echa la saliva cuando se escupe. Os he hecho venir a mi presencia para agradeceros las tres piezas de cacerías que me mandasteis; además, mis mensajeros me informaron del sufrimiento que padecías por culpa de los que no tienen huesos. A instancia de ellos, os he librado de las angustias de vuestra mujer, que siempre os tenía atormentado. Desde ahora quedaréis confinado en mis dominios hasta que la *Mapulu'usat* os haya olvidado para siempre, no penséis en ella si queréis vivir tranquilo. Desde ahora seréis mi protegido, pero con derecho a disponer de vuestra vida si obráis mal. Os daré una habitación confortable para que viváis en ella. Por lo pronto, tomad nuevos bríos para que desde mañana entréis a mis servicios.

De esta manera, *Ulepala* fue acogido por *Juyá*, el padre de las cosas vivientes. El generador de la fecundidad.

## LOS TRABAJOS DE ULEPALA

*Asi'ira ne'ejena juyá* (Abreviar los caballos de Juyá)

A *Ulepala* le aguardaba una serie de trabajos que nunca había practicado, aparte de ser hábil cazador. Al día siguiente de su llegada, o sea el primer día de su trabajo, el Gran *Juyá* llamó a *Ulepala* y le dijo:

– Hijo mío, tras aquel cerro está una hondonada donde fluye un manantial de limpias aguas. Allí está el abrevadero de mis bestias. Por ahora, llevad siete de mis mejores caballos a ese sitio y dadles de beber lo suficiente; y después que les hayáis traído de vuelta a los potreros, enlazad al potro *Juyántira* (lluvia de veloz carrera) y maneadlo en otro sitio, porque es demasiado quisquilloso para tenerle suelto. Pronto, muchacho, os ordeno esto con premura porque después de mis quehaceres iré a inspeccionar vuestra labor.

*Juyá* era maravillosamente bueno, pero muy severo en sus mandatos. Algunas veces sus órdenes eran tentaciones deliberadas para juzgar las aptitudes y conducta de sus servidores. Por eso le impuso al joven los más rigurosos trabajos, las más difíciles pruebas, las más irrealizables tareas.

*Ulepala* fue a los potreros y sacó del rebaño los siete caballos que le habían indicado. Los caballos eran hermosos, asustadizos e incontrolables. Después de mucha dificultad en el arreo, logró llevarlos al manantial; pero tan pronto llegaron a la orilla, éstos comenzaron a espantarse sin querer beber. Olieron el agua y abrieron sus pupilas como si un temor los invadiera. Luego relincharon y se desbocaron a galope tendido por las anchas llanuras del *Wiñmatu'ui*. *Ulepala*, sorprendido ante aquel percance, trató de contener inútilmente; los caballos se habían perdido en las lejanías de *Anoitu'u*.

Entonces *Ulepala* vio con asombro que las aguas del manantial eran

orines, enlodadas de excremento. Atribulado ante aquella situación, pensó en la huida, pero era imposible. Ahora esperaba el castigo de *Juyá* cuando éste se diera cuenta de la fuga de sus caballos. Los corceles desgarrados habían sido:

*Juyáchii*: el que tiene color de las nubes que aparecen en los atardeceres brumosos.

*Koji'irai*: el de la crin espesa, como las nubes negras que anuncian los grandes aguaceros.

*Katürülainshi*: el de los cascos resonantes. El caballo moteado que galopa sobre las nubes tormentosas haciendo estremecer los montes y las llanuras.

*Yukuyuku*: el que esconde al sol bajo sus sombras y lo hace nublar a cada instante.

*Juyá'irai*: el que galopa en las lejanías anunciando las tempestades secas.

*Tü'ütüi*: el descontrolado corredor que deja caer goteros de sudor sobre la tierra para aplacar la polvareda de estío.

Además de éstos, *Juyá* tiene muchos corceles que siempre se pasean por el cielo azul. Allí están a la vista; los caballos cenicientos que vienen por el oriente el asomo de las montañas grises. Los de color ratón, que aparecen por el norte al inicio de las buenas primaveras. Los *Watchutai* de color borroso, los *Jaññutai* de color castaño que se agolpan en las tardes de verano para servir de celajes a la noche. Los que vienen del sur y más allá de los mares a galopar con el viento sobre el gran espinazo de las montañas. Tales son las nubes que recorren los cielos en forma de gigantescos caballos y que solamente *Juyá* puede montar para extender su fecundidad sobre la tierra.

Entre los tantos sirvientes de *Juyá* había un individuo llamado *Kou-*

*yuuna* (Moscón zumbador), espantador de tábanos y moscas que habitan en los corrales. Este individuo se dio cuenta de lo que le había pasado a *Ulepala*, avisó al *Gran Manüliwain*.

- Padre, -dijo el acusón- el joven que vino ayer ha dejado escapar vuestros caballos, y se dispone a huir, osando profanar los misterios que guarda vuestro dominio.

*Juyá*, al oír aquella información, mandó a buscar a *Ulepala* para castigarlo.

- ¿Por qué habéis espantado mis caballos? ¿Habéis venido acaso a destruir mis predios con vuestras malas intenciones? ¿Queréis que os ponga nuevamente en el camino de los que no regresan?

- No padre -respondió *Ulepala* -, los caballos se encabritaron tan pronto vieron el manantial, que no era agua sino de orines y excremento. Se espantaron solos a sí mismos; no fue culpa mía.

*Juyá*, conteniendo un poco su arrebató, dijo:

- Está bien, lo habéis hecho la primera vez; la próxima no será la represión sino el castigo. Os daré la tarde para que busquéis los caballos. Pero si antes del anochecer no los habéis traído, os arrancaré la carne de los huesos.

El joven se fue después de haber soportado la reprimenda de *Juyá*. Ya se disponía a sabanear en busca de las siete bestias cuando vio a los cuatro *Amajaachis* que llegaban a su encuentro, y le preguntaban:

- ¿Cómo os habéis comportado en vuestro primer día de trabajo, *Walee*?

*Ulepala*, muy triste, contó sus percances; entonces ellos respondieron:

- No temáis, *Walee*, las aguas de manantial son cristalinas y dulces.

No son orines ni excrementos como vos lo suponéis. Lo que pasa es que todo aparece distinto a vuestros ojos porque no os habéis acostumbrado al nuevo orden que aquí existe; además, *Juyá* quiere tentar vuestra debilidad para comprobar vuestra firmeza.

Los *Amajaachis*, para confirmar sus dichos, bebieron de aquella agua, lo mismo que sus caballos y el propio *Ulepala*. Todo había sido el falso juego de una ilusión. El agua era dulce porque eran lágrimas de *Juyá* recogidas por el corazón de la tierra.

Entonces los *Amajaachis* emprendieron vuelo en busca de los siete caballos perdidos. Éstos estaban juntos en las llanuras de arriba; sus ojos brillaban desde lo alto como las siete estrellas de *iiwa*. Más *Ulepala* no los veía porque sus ojos estaban llenos de luz. Y cuando la tarde comenzó a enrojecer, venían trotantes los caballos por los amplios caminos del *Jutatui*. Al llegar de nuevo al *Aitu'u* después de sus largas carreras, bebieron abundante agua y fueron llevados al potrero. Que es el cielo con sus noches estrelladas, ahora sólo faltaba para concluir manear al indomable *Juyántira*, el de la veloz carrera, era el potro más incontrolable, el más rebelde, el más resabiado. Se brincaba los corrales y siempre mantenía en jaque a la yaguada, hubiera sido difícil para *Ulepala* trabajar en el manejo de aquel potro si no hubiese sido por los *Amajaachis* que lo ensogaron y sujetaron bien, hecha esta operación, *Ulepala* se dispuso a manear el potro, cuando vio con sorpresa que las maneas eran dos serpientes peludas que lo iban a morder, *Ulepala*, temeroso, no se atrevió a acercarse a ellas.

- No temáis, amigo -le gritaron los *Amajaachis*- cogedlas por el cuello porque ellas son las maneas.

*Ulepala*, lleno de miedo, aún no se atrevía a cogerlas.

- Intentadlo de nuevo -respondieron ellos.

Las serpientes sacaban de continuo bífidas lenguas y mostraban sus colmillos. Era el segundo intento, pero el joven no se atrevía. Su causa

se vería perdida si por tercera vez no agarraba la serpiente. Pero tan pronto intentó hacerlo, sus amigos desaparecieron repentinamente dejándolo solo. *Juyá* se acercaba a inspeccionar la labor de su criado, y ellos no se dejaban ver de su señor.

Cuando todo esto estuvo a punto de convertirse en un fracaso, *Ulepala*, rápidamente, agarró a las culebras por el cuello, y éstas se convirtieron en dos fuertes maneadas tejidas de *Makiii*. De suerte que, cuando llegó *Juyá*, el joven terminaba de manear el potro. Así se dio cuenta *Juyá* que su nuevo criado era audaz e inteligente. De esta manera, *Ulepala* se salvó del primer castigo al concluir sus labores antes de llegar la noche.

#### *Asiiyaja ne' ejena juyá* (Ensillar el caballo de *Juyá*)

Al siguiente día, después que *Ulepala* había hecho su primer trabajo, *Juyá* tenía que salir a desparramar sus beneficios por la tierra, donde ansiosamente le aguardaban sus moradores. Entonces llamó al joven y le dijo:

– *Tachee* –hijo mío–, hoy tengo que hacer un viaje por tierras lejanas donde me esperan mis hijos desde hace tiempo. Ensillad mi caballo moteado con sus mejores galas, y tenedlo listo mientras yo me visto. Los aperos están en su sitio.

*Ulepala*, muy diligente, fue y sacó de los corrales del cielo el caballo más veloz que tiene los pasos como el viento, que galopa desenfrenado sobre el mar. Más, cuando fue a la pieza donde guardaban los aperos, vio con sorpresa que sólo había serpientes de distintos colores, galápagos y ciempiés. El joven, ante aquella impresionante escena, tuvo miedo, y aunque trató de contener el caballo, éste se encabritó, relinchó violentamente y huyó despavorido.

Cuando llegó de nuevo a presencia de *Juyá*, *Ulepala* dijo:

– Abuelo, los aparejos de las bestias no están donde lo habéis indi-

cado; sólo vi serpientes de variadas pintas que sacaban sus lenguas, galápagos enormes dormidos en sus conchas, sobre las cuales se pescaban escorpiones y ciempiés de repugnante aspecto.

*Juyá* replicó:

– Claramente sé que jamás habéis tenido bestias cuando no conocéis sus aparejos. Si hubiera sabido que érais tan inútil, nunca hubiera solicitado vuestros servicios. Cuando os brindé mi protección, creí ahorrarme disgustos del resto de mis criados. Tuve la esperanza de encontrar en vos a un muchacho hábil e inteligente; pero ahora veo que sois más torpe de lo que nunca imaginé. Andad de nuevo y haced con prontitud lo que os he ordenado.

*Ulepala*, humillado y contrito, no supo qué hacer, y se fue a cumplir el difícil mandato. La prisa de *Juyá* contrastaba con la fuga del caballo. La situación de *Ulepala* se tornaba difícil cuando aparecieron sus amigos, los cuatro cazadores, y éstos le preguntaron:

– ¿Qué os sucede, *Walee*? ¿Por qué se os nota preocupación en el semblante?

El joven contó a sus amigos los percances inmediatos que había tenido. Ellos decidieron ayudarlo hasta que se acostumbrara a comprender los mandatos de *Juyá*.

– *Walee* –dijeron– esos animalejos de aspecto repulsivo que habéis visto son los aparejos de las bestias. Tomadlas en vuestras manos sin temor, y veréis que es cierto lo que os decimos. Mientras tanto iremos a *Jutatui* a buscar el caballo de los cascotes ligeros. Tan pronto dijeron esto, los cuatro jinetes expoliaron sus corceles y desaparecieron sin dejar rastro. *Ulepala* fue de nuevo a la pieza donde guardaban los refajos de las caballerías, y tan pronto vio las serpientes, agarró una de ellas por el cuello; y éstas inmediatamente se convirtieron en frenos, bozales y jáquimas de suela, enchapada de brillantes. Las riendas estaban tejidas de vistosos colores como las pinturas de las culebras.

Cuando cogió los galápagos dormidos, se transformaron en sillas de montar cuyas cinchas, acción, baticolas y ataharres fueron los ciempiés. Los escorpiones se transformaron en espuelas de riquísimo valor que solamente *Juyá* podía lucir. Hecha ante sus ojos la maravillosa transformación, llegaron sus amigos trayendo al brioso caballo de las llanuras de arriba (*Anoitu'u*). *Ulepala* ensilló y, después de ataviarlo bien, agradeció a sus amigos el servicio. En aquel momento salía *Juyá* de su habitación engalanado con sus mejores trajes. Cuando vio que el joven había cumplido su tarea, se mostró complacido de tener un criado tan valioso. Pero simulando estar de mal humor, se caló las espuelas, montó sobre el caballo y se fue sin agradecer aquel servicio.

*Juyá*, antes de partir, había despachado mensajeros que anunciarían su llegada. *Sumaira* (la quietud), salió a calmar los vientos. El ojo de *Ka'i* se hizo más potente para que los tiempos fueran calurosos. Las noches ya no fueron limpias sino espesas de oscuridad. Mandó a las guacharacas parlanchinas para que anunciaran en los montes su llegada. Envío a las mujeres de *Uta* para que fueran colando con el cedazo de sus totumas el *Uujolii*, la chicha de sus maridos.

Al *Jokooche'e* que imitara los relámpagos lejanos dilatando su membrana de encelo, el perigayo. Mandó a decir a los insectos que salieran de su escondrijo y buscaran sitios seguros para vivir. Mandó a decir a las plantas que se vistieran con el verdor de sus hojas y el perfume de sus flores.

Que los animales grandes y pequeños buscaran su pareja y juntaran sus amores. Que los hombres tuvieran listos sus conucos y que todo estuviera preparado para cuando él llegara a fecundar la tierra.

Tal es el cambio del tiempo y de las cosas cuando las lluvias se aproximan. Aquella vez, *Juyá* se fue por el ancho mundo cabalgando sobre un corcel de nubes.



### *Peer* (Las Perdices)

Había llegado *Juyá* de su largo viaje después de repartir sus beneficios por la tierra. Como sintiera hambre después de sus bebezones y se le antojara comer carne de perdiz, llamó a *Ulepala* y le dijo:

– Hijo mío, cerca de aquí hay un sitio abandonado donde hay perdices por montones. Andad, y traedme cien de las más gordas para comerlas asadas. Pronto, hijo, recordad que es vuestro tercer día de trabajo.

El joven, muy diligente, tomó sus armas y salió en dirección al matorral que antes fuera una de las huertas de *Juyá*. Cuando llegó al *Pesita* (huerta abandonada), atento a su labor, el cazador furtivo avanzó con pasos cautelosos para oír el canto de las perdices y caer sobre ellas de improviso. Pero a medida que avanzaba en la maleza no encontraba nada.

Buscó aquí, buscó allá; pero fueron en vano sus esfuerzos, en aquel lugar no había nada. Cuando afanosamente buscaba la presa, oyó la risa intempestiva de muchos hombres que le salieron al encuentro y lo rodearon prontamente. Eran jóvenes bien parecidos que llevaban adornadas sus cabezas con un penacho de pluma. *Ulepala*, al verse en medio de aquellos repentinos personajes, se sorprendió tanto que se le erizó la piel.

Más ellos, después de saludarlo y brindarle sus respetos, preguntaron:

- ¿Qué buscáis por estos matorrales, muchacho?
- Cazando perdices para la comida de mi abuelo—respondió *Ulepala*.
- No —replicaron ellos—, os habéis equivocado de sitio; aquí no hay perdices. En este *Pesiia* solo vivimos nosotros.

*Ulepala*, convencido ante las razones de aquellos jóvenes, se volvió a casa sin nada.

- ¿Dónde están las perdices? —preguntó *Juyá*.
- No, abuelo, no las he conseguido por ninguna parte. Cuando revisaba todo el matorral que me indicasteis, unos jóvenes que recolectaban frutos para comer dijeron que mi empeño era inútil, porque allí no había perdices. Me puse a revisar otros sitios apartados pero nada encontré.
- Vos no sois un cazador sino un idiota que tenéis torpeza en las pupilas y lleváis el miedo en los talones. Andad, traedme las perdices antes que estas brazas se vuelvan cenizas. Y tened en cuenta que si regresáis sin nada os expondré a merced de las *Anuwanas* para que os arranquen los ojos de raíz.

*Ulepala* ante aquella amenaza, se fue de nuevo al *Pesiia* donde abundan las perdices. Cuando iba pensando en su desdicha, sus cuatro amigos se llegaron a él y le preguntaron:

- ¿Por qué vuestro ánimo está lleno de sombrías inquietudes?
- Mi próximo castigo es inminente; los verdugos de *Juyá* me sacarán los ojos de raíz si no llevo las perdices.

Los amigos, después de escuchar su relación, decidieron ayudarlo.

- Id a rastrojal al *Pesiia*, amigo; tan pronto veáis a los jóvenes recolectando frutos, disparad vuestra flecha contra ellos. No tengáis compasión ni mucho menos temor; ellos son las perdices que buscáis; *Juyá* les ha dado la forma de jóvenes hermosos para que no los matéis, os confundáis; y así ver hasta qué punto sois valiente y decidido.

*Ulepala* se fue. Más, cuando llegó al *Pesiia* oyó las algazaras de los jóvenes que corrían y jugaban muy contentos. *Ulepala*, sin ser visto, disparó su flecha sobre ellos, y éstos inmediatamente se convirtieron en perdices. El alboroto y la algazara fue sorprendente, una explosión de aleteos estremeció los montes. Unas se desbandaron piñoneando sobre las ramas y otras quedaron muertas en el acto. Desde entonces existen las perdices que aún no se han podido domesticar, porque fueron hechas para que habilitaran los montes y fueran presas de cacerías. *Ulepala*, contento, recogió las perdices muertas, las colgó de su cintura y regresó. Cuando *Juyá* vio venir al joven cargado de perdices se alegró mucho, pero escondiendo sus buenas intenciones simuló estar de mal humor y se mostró indiferente. De esta manera, *Ulepala* había cumplido su tercera prueba.

### Mapa (Las abejas)

A la llegada del cuarto día, muy de mañana se levantó *Juyá*; sentándose sobre un copo de nubes, contempló la tierra desde arriba. Los campos habían reverdecido al toque de su fecunda mano. Las plantas florecían y comenzaban a cuajar sus frutos. Los animales grandes y pequeños cabriolaban de contento. Extasiado en la contemplación de su obra, llamó a *Ulepala* y le dijo:

- Hijo mío, es la época de la abundancia y la gordura de los animales. Hoy se me antoja gustar la miel silvestre que elaboran las abejas de este tiempo. Andad, llevad una tapara y traedla llena de la miel más rica de los campos.
- Era difícilísima esta prueba para el joven, ya que no sabía hacia dón-

de dirigir sus pasos ni cuáles instrumentos emplear para obtenerla. Los mandatos de *Juyá* eran imprecisos en extremo, a tal punto que sólo provocaban confusión. *Ulepala*, sin demora, se encaminó hacia el monte, donde estuvo caminando largo rato. En su búsqueda incesante, registró y tanteó los palos de corteza dura. Examinó los troncos hechos huecos, los montículos de barro, los árboles copudos; pero en ninguna parte encontró las abejas que buscaba.

Ya el sol estaba cercano al mediodía cuando un grupo de graciosas señoritas salieron a su encuentro de improviso. Aquellas muchachas eran distintas entre sí, pero singularmente bellas. Vestían trajes enlistados de un verde marino; unas eran negras como el azabache y otras rojizas como el color del fuego. Sus cinturas breves, sus ojos rayados las hacían más tentadoras y atractivas. Sus voces eran suaves como el susurro del *Merakatshi*.

*Ulepala*, al verse en medio de aquellas muchachas, no supo que decir y se quedó callado observando sus grandiosos movimientos. Entonces comenzaron sus faenas. Cada una fue tomando una totuma llena de masa, y sentándose al suelo con las piernas cruzadas, llenaron sus bocas con aquellas materias y comenzaron a triturar con sus muelas.

Largo rato estuvieron masticando aquella masa, y después de ensalivarla bien, la echaban de nuevo en la totuma; la revolvían con la mano y la transformaban en una jalea de viscoso aspecto. Aquella sustancia mordicante, en esta forma preparada, la echaban en múcura de barro y la ocultaban en el monte. Las muchachas, indiferentes a la presencia del joven, seguían masticando alegremente. Entonces *Ulepala* preguntó:

– ¿Quiénes sois vosotras que con tanta indiferencia os comportáis?  
Eellas respondieron:

– Somos las pobladoras de estos montes, a quienes habéis venido a perturbar. Decidnos, ¿qué buscáis?

– Busco miel silvestre –respondió *Ulepala*.

– No, aquí no hay miel silvestre –respondieron ellas muy furiosas. Este sitio está vedado a los intrusos. Alejaos de aquí antes que os despedacemos con las uñas y los dientes. Dicho esto, el joven se alejó del lugar. Cuando llegó a presencia de *Juyá*, dijo a éste:

– Abuelo, caminé todos los montes y no pude encontrar la miel de las abejas. Sólo vi a unas jóvenes de gráciles figuras que muy hurañas me hablaron con dureza.

Después que *Ulepala* contó lo que había visto, *Juyá* le respondió:

– Merecerías que las bravas señoritas os ensuciaran los ojos de excremento para que no seáis tan estúpido y mirón. ¿Cómo os atrevéis a molestar el sosiego de mis hijas? Arrancaré a jirones vuestro cuerpo y tejeré con ello un látigo para castigar vuestra osadía, si antes no traéis la miel que necesito. De suerte que andad y traed lo que os he pedido antes que el sol decline.

– Pero... ¿Dónde encontrarla, abuelo?

– No me preguntéis, idiota; supongo que debéis conocer vuestro oficio. – respondió *Juyá* con atronadora voz.

*Ulepala*, sin más espera, se terció la tapara y se dirigió de nuevo a la espesura. En el trayecto, ni siquiera oyó el zumbido de una abeja que le pudiera dar una esperanza. Pensaba el joven en el próximo castigo que le esperaba cuando de repente se encontró con sus fieles amigos, los cuatro jinetes guardianes de las llanuras.

– ¿Estáis en apuros? –preguntaron.

– Sí, mis amigos –respondió *Ulepala*–. Se me ha encomendado el más difícil de los trabajos; tengo que conseguir parra mi abuelo unas taparas de miel antes que llegue la noche. Si no cumplo con el mandato,

no hay escapatoria para mí. Seré cruelmente castigado. Me desollarán vivo, me quitarán la piel y luego harán con ella un látigo para azotarme. *Juyá* se disgustó conmigo porque hace poco fui al monte de las flores a perturbar la tranquilidad de sus hijas, las vírgenes salvajes que allá viven. Os digo la verdad, amigos míos; no tuve la menor intención de hacerles daño. Sólo me sorprendí al ver sus actitudes.

Eran hermosas y tenían todo el encanto de las hembras buenas. Ellas empezaron entonces a masticar una masa amarillenta, volvían a escupir entre sus manos y revolvían en la totuma hasta alcanzar su punto. Los *Amajaachi* interrumpieron la relación de *Ulepala* y dijeron:

– Todo lo sabemos ya, *Walee*. Os ayudaremos.

– Esas núbiles salvajes que guardan el sosiego de los montes son las abejas que buscáis. Ellas son las que mastican el polen de las flores para transformarla en miel, y que luego almacenan en los troncos como reserva para los días de hambre. Andad amigo nuestro, no temáis sus amenazas porque ellas no os harán daño. *Juyá* las ha transformado en señoritas para que sintáis temor hacia ellas y así reconocer vuestra debilidad. Ellas sólo adoptan actitudes amenazantes, pero en sí, son mansas en extremo. Andad con toda confianza, vaciad el contenido de sus mucuras en vuestra tapara y así habréis concluido la tarea.

Enseguida los *Amajaachis* desaparecieron como una visión. *Ulepala*, instruido en esta forma, rápidamente se dirigió hacia el monte de las flores. Tan pronto llegó a sus soledades, vio a las jóvenes hermosas que laboraban la miel con la mágica dulzura de sus bocas. Y sin atender a sus amenazas, irrumpió hasta ellas, arrebató las mucuras que contenía el néctar de las flores y las vació en sus taparas. En aquel momento las muchachas se convirtieron en un enjambre de abejas que revolotearon en torno al intruso como queriendo aguijonearlo. Desde entonces se formaron las distintas abejas que laboran la miel silvestre.

*Ulepala* entonces fue probando el sabor de cada miel, hasta que por

fin escogió la más rica de todas, la llamada miel de *To'oronka* (abeja real). Después fabricó unas botijitas de *Zorrocloco* y también las llenó. De esta manera los *Wayuu* conocieron la miel de todas las abejas.

Cuando *Ulepala* entregó a *Juyá* la tapara que contenía el divino presente, éste sintió alegría en su corazón y se dijo en su interior:

«Le daré a una bella joven como recompensa, es el nieto más admirable que he tenido.» Así cumplió *Ulepala* su cuarta prueba en los reinos del *Wiñmatu'ui*.

### *Maikí* (El maíz)

El quinto día fue dicho a *Ulepala*:

– Andad, nieto mío, id a mi *Apain* (huerta) y traed de ella las mejores mazorcas de maíz. Hoy quiero comer *Sehuwala* (guapitos) y maíz jojoto (*iroliü*).

*Ulepala* se encaminó hacia el *Apain* de *Juyá*. Más, cuando se acercó al sitio, escuchó voces y murmullos. En vez de maíz, vio una inmensa muchedumbre de jóvenes vestidos de verde que conversaban entre sí muy animados. Ellos llevaban un penacho de flores en sus cabezas a manera de *Karatse* y un lienzo entre las piernas que les servía de guayuco; sus barbas abundantes eran de color violeta. *Ulepala*, al ver aquellos jóvenes hermosos, se sorprendió tanto que se limitó a callar. Todos ellos saludaban al recién llegado y le preguntaron qué buscaba.

– Busco maíz para mi abuelo –respondió *Ulepala*.

– Aquí no hay maíz –replicaron ellos y continuaron conversando en un extraño lenguaje.

Cuando *Ulepala* regresó, dijo a *Juyá*:

– Abuelo, en vuestro *Apain* no hay maíz; sólo vi una inmensa muchedumbre de jóvenes vestidos de verde que me saludaron con mucha cortesía.

*Juyá* frunció el ceño con disgusto y reprendió a *Ulepala*:

– Sois tan cobarde y tonto que no merecéis llevar entre las piernas el brío de los hombres machos. Bien inservible sois; no sabéis siquiera arrancar una mazorca de maíz. Os volveré a mandar; pero si esta vez no traéis el maíz, os arrancare las taparas de la vida. *Ulepala* volvió de nuevo a la huerta de *Juyá* muy preocupado.

Cuando iba camino al *Apain* se encontró con sus amigos que venían de cacería. Estos preguntaron el por qué de su consternación. El joven contó a sus amigos lo que le pasaba, y ellos le indicaron lo que debía hacer.

– Amigo, id a la huerta, y tan pronto veáis a los jóvenes vestidos de verde, tomadlos por la cabeza y torcedles el pescuezo. Más no temáis por los demás, que ellos no os harán daño. Tened en cuenta, que los penachos que adornan sus cabezas son las espigas; los lienzos verdes que parecen guayucos son las hojas; y las barbas que lucen no son más que las barbas de sus mazorcas. Ellos adoptan la forma de gente, porque *Juyá* quiere probar el valor que os anima. De suerte que no temáis.

*Ulepala* prosiguió su camino, y cuando llegó al sitio, puso en práctica las instrucciones que había recibido. Tan pronto llegó, tomó a uno de los jóvenes por la cabeza y le torció el cuello violentamente; al instante se convirtió en una mata de maíz cargada de grandes mazorcas. Al proveerse del maíz necesario, vio con asombro que los demás se convertían en grandes extensiones de maíz. Tal es el origen del maíz que hoy sirve de alimento a los *Wayuu* gracias al portento de *Juyá*, el fecundante padre de la vida. Cuando *Ulepala* estuvo de regreso, entregó el maíz a *Juyá*; y éste, satisfecho, comió *Süchuwala* e *Irolü* todo el día.

El gran *Juyá*, llamado *Manüliwain*, esta vez tampoco manifestó a su criado el agradecimiento que de él tenía.

### *Atpanaa* (Los Conejos)

Cuando llegó el sexto día, *Juyá* se le acercó a *Ulepala* y le dijo:

– Nieto mío, hoy tengo deseos de comer carne silvestre; hace varias lunas no pruebo un guiso de conejos. Andad y traedme tantos conejos como puedan vuestras fuerzas. Para encontrarlos no tenéis que ir demasiado lejos porque están cerca de aquí. Id directamente a ellos y traedlos; están sobre aquella loma que de aquí se ve.

Después de haber señalado un cerro que tenía la forma de cachicamo, *Ulepala* tomó su arco y sus flechas y partió hacia el lugar indicado. El joven cazador empezó a caminar sobre la loma sin poder hallar el rastro de un conejo. Solamente veía extensiones de *Parulua* (cactus globulares) que casi le impedían caminar. Cansado ya de una búsqueda infructuosa, se volvió sin nada.

– Abuelo, en el sitio que me indicasteis no hay conejos; sólo vi grandes extensiones de *Parulua* cuyas enormes espinas me punzaban los pies a medida que recorría el cerro. Entonces *Juyá* echándole una mirada feroz, le dijo:

– Jamás creí que fuerais tan estúpido. No merecéis ser mi protegido sino carne de mis azotes. Os daré otra oportunidad id de nuevo a la misma loma y traedme los conejos antes del mediodía. Tened en cuenta que os reservaré un castigo si regresáis con las manos vacías. Las pruebas de *Juyá* eran severas, y con tal amenaza, *Ulepala* vio cerca el fin de sus días. El joven cazador iba cabizbajo y pensativo cuando, de pronto, se encontró con sus cuatro amigos, quienes ya partían a sus largas correrías. Al ver a *Ulepala* le preguntaron el motivo de su tristeza.

El joven contó a sus amigos la razón que lo embargaba, y ellos decidieron ayudarlo.

– *Walee* –dijeron- id a la loma que os indicó *Juyá*, y cuando veáis las *Parulua* disparad vuestra flecha contra ellas e inmediatamente veréis que se volverán conejos. Disponed de cuanto sea necesario llevar a *Juyá*, y el resto las dejaréis para que vivan.

Dicho esto, los cuatro jinetes picaron sus caballos y desaparecieron en medio de grandes polvaredas. *Ulepala*, siguiendo el consejo de sus amigos, llegó a la loma de las *Paruluas* y, tan pronto las vio, disparó sus flechas contra ellas. Al instante, como por obra de un cuento, los conejos yacían muertos en gran número. Cuando cogió los necesarios y dejó el resto, seguidamente toda la extensión de la loma se pobló de conejos que comenzaron a saltar y multiplicarse por todas partes.

Desde entonces los *Wayuu* creemos que los conejos nacen de la pulpa de los *Equinocato*<sup>16</sup>, que llamamos *Pushe* o *Parulua* en nuestro idioma.

Entonces el joven enganchó a su cintura veinte hermosos conejos para *Juyá*, quien silenciosamente ensalzó a *Ulepala* por sus trabajos bien cumplidos. Aquel día *Juyá* comió conejos hasta más no poder.

### *Irama* (Los venados)

Al amanecer del séptimo día, *Juyá* hizo llamar a su protegido y le dijo:

– Hace muchos veranos que no pruebo carne de *Irama* (venado). Hoy quisiera variar mi dieta y comer asados testículos de venado. Andad, nieto mío, id a los montes del *Isashii* y traedme el venado más hermoso que haya en la manada.

*Ulepala* se encaminó hacia el intrincado monte con la esperanza de cumplir el mandato de *Juyá*. Cuando ya estuvo monte adentro, vio que dos hombres fornidos, adornados de *Kotsü*, luchaban cuerpo a cuerpo por la posesión de una bella muchacha de ojos negros; la

<sup>16</sup> *Equinocato*: Cactus globulares (Nota de los editores).

joven estaba echada sobre la grama, junto a una charca, viendo el combate de sus pretendientes. Cuando *Ulepala* llegó junto a ella, los dos hombres no hicieron caso y continuaron su violenta lucha. La joven, después de saludar al cazador, preguntó:

– ¿Qué buscáis por estos sitios prohibidos?

– Cazando venado –dijo *Ulepala*.

– Aquí no hay venados –respondió la joven.

– Marchaos antes que esos hombres furiosos os hagan daño.

Díchole esto, *Ulepala* recorrió la floresta en toda su extensión, y como nada pudo encontrar, se regresó.

Cuando *Juyá* lo vio aparecer sin nada le reprochó su ineptitud.

– ¿Hasta cuándo seréis tan inútil, muchacho? No merecéis que os llamen *Taliin* (mi nieto), sino el desecho de mis tripas. ¿Dónde está el venado que os mandé a buscar?.

*Ulepala*, todo confuso, respondió:

– Abuelo, recorrí todos los montes del *Ishashi* pero no encontré ciervos por ninguna parte. Sólo vi a dos hombres gigantes en fiera lucha. Junto a ellos estaba una joven hermosa cuyo amor se disputaban. Ella dijo que me retirara porque esos montes eran prohibidos. *Juyá* respondió malhumorado:

– Volved al *Ishashi* inmediatamente y traedme el ciervo que os he pedido. Hay un castigo para vos si falláis esta vez. *Ulepala* volvió sobre sus pasos todo confundido y nervioso. Apenas había caminado una breve distancia, cuando se encontró con sus amigos.

- ¿A dónde va nuestro amigo? –preguntaron.
- A una misión difícil que me encomendó el abuelo –respondió Ulepala.
- ¿De qué se trata?
- Se trata de encontrar un ciervo que no existe.

Entonces los amigos le indicaron cómo debía proceder.

- En los montes de *Ishashi* encontraréis dos hombres que luchan por la posesión de una hembra. De suerte que uno de ellos será el venado, y el otro, el vencedor. No os acerquéis a ellos; flechad sin temor al que lleva en su cabeza el *Kotsü* más hermoso. Ellos son los ciervos que buscáis; pero *Juyá* los ha hecho adoptar forma de gente para que os amedrentéis, y así probar vuestra debilidad y vuestra paciencia.

*Ulepala* tuvo muy en cuenta el consejo de sus amigos y se encaminó a la floresta. Cuando llegó al sitio indicado, vio a uno de los hombres haciendo el amor con la joven de los ojos bellos. Llevaba en su testa un adorno de *Kotsü* ramificado. Sin perder tiempo, y sin ser visto, *Ulepala* disparó su flecha en el corazón del hombre y lo mató. Tan pronto se desplomó al suelo, se convirtió en un ciervo enorme y majestuoso cuya ornamenta era el *Kotsü* que lucía. Entre tanto la joven de los ojos bellos huía transformada en ciervo. Tal es el origen de los venados, que, siendo hombres al principio, fueron transformados en animales por su vida montaraz.

Desde entonces los hombres comen su carne, porque así lo enseñó *Juyá*. *Ulepala* se echó el venado auestas. Y de regreso lo tiró a los pies de *Juyá* como el gran trofeo de su día. El gran *Juyá Manüliwain*, escondiendo su alegría, agradeció a *Ulepala* su séptimo trabajo.

### *Pitshuushi* (Los frijoles)

En la mañana del octavo día, *Juyá* dijo a *Ulepala*:

- Nieto mío, tengo deseos de comer frijoles tiernos cocidos en concha. Después me gustaría una sopa del mismo grano aderezada con grasa de carnero y revuelta con maíz molido (*Poi*). Andad a mi conuco y traed una mochila repleta de los mejores granos.

Dicho esto, *Ulepala* salió a recolectar frijoles. Pero cuando llegó al conuco, no encontró plantaciones de ninguna clase sino gran cantidad de hombres vestidos de *She'ebe* y adornados con zarcillos morados. Aquellos hombres llevaban en sus manos paletillas y punzones de hueso, como dispuestos a pelear. De sus cinturas colgaban cuchillos y machetes metidos en forros de cuero crudo. *Ulepala*, al ver la actitud belicosa de aquellos hombres, sintió miedo. Entonces todos a una sola voz le preguntaron:

- ¿Por qué habéis venido a perturbar el gran sosiego de nuestra existencia?

*Ulepala*, contestó:

- No fue intención mía perturbar vuestra calma, señores. He venido a recolectar frijoles.
- No, aquí no hay frijoles contestaron todos.

*Ulepala* se retiró y buscó por otro lado el sembrado de *Juyá*; pero como nada encontró, regresó a casa.

- Abuelo, en vuestro conuco no hay plantaciones de frijoles; sólo vi un gran número de hombres armados, que blandían paletillas y punzones contra mí queriéndome matar. Cuando les pregunté por vuestro sembradío, me respondieron de mal modo. *Juyá*, al escuchar

las aseveraciones de *Ulepala*, se ofuscó y le dijo:

– Cada día os ponéis más insulso. Andad de nuevo y traed lo que os encargué, antes que se me congestione la hiel y no responda de mis actos. El joven, amonestado en esta forma, volvió en busca de lo que parecía imposible conseguir. Cuando hubo recorrido cierto trecho, se encontró con sus amigos, los cuatro cazadores, y éstos preguntaron:

– ¿Qué os ocurre ahora, amigo? *Ulepala* contó los pormenores de su percance. Entonces ellos le dijeron:

– Id de nuevo al sitio de los hombres extraños; tan pronto los veáis, arrebatad sin temor las armas que llevan el cinto; en seguida veréis que en vuestras manos se convertirán en frijoles. Ellos adoptan la forma de gente porque *Juyá* quiere medir vuestro coraje.

*Ulepala*, después de recibir las instrucciones, prosiguió la marcha. Cuando llegó a presencia de los hombres extraños, arrancó bruscamente los punzones y cuchillos que pendían de sus cinturas. Inmediatamente todos los hombres se convirtieron en matas de frijoles que cerraron la huerta con sus enredos. Sus brazos se convirtieron en tallos flexibles; sus trajes en hojas, sus zarcillos en flores, y el forro de sus armas se transformaron en vainas que contienen los granos de frijol.

Así se originaron los frijoles que llevan en sus vainas el sustento de la vida.

*Ulepala*, después de haber recolectado suficientes frijoles, tiernos, secos y maduros, regresó satisfecho y entregó a *Juyá* los granos recolectados de su trabajo. *Juyá* sintió regocijo de lo bien que se comportaba su nieto. Pero esta vez tampoco recibió de su abuelo lo gratitud que esperaba.

### *Kalapasü* (Las patillas)

Llegando el noveno día, *Juyá* continuó con el afán de probar la paciencia de *Ulepala*. Esta vez llamó a su nieto y le dijo:

– *Tachee*, hoy quiero saborear el riquísimo sabor de los frutos cultivados en mis predios. Por allá tengo un sembrado de patillas que ya deben estar en condiciones. Andad, arracad la más hermosa y traédmela para gustar de ella; procurad que tenga las semillas pintadas como el color de las perdices; que sea roja como el *Dato* y dulce como la miel.

El patillal de *Juyá* estaba escondido en el monte fuera del alcance de los ladrones. *Ulepala* no sabía en donde se encontraba tal sembrado ni tampoco *Juyá* se lo indicó. Él quiso saber qué rumbo seguir para encontrarlo, pero el Gran Genio parecía empeñarse en que le adivinaran el pensamiento tan pronto daba una orden. Por eso *Ulepala* tuvo miedo de volver a preguntar. Después, tomando una senda muy poco frecuentada, se alejó por entre un monte desconocido. A medida que se adentraba, iba preguntando a los habitantes del bosque donde se encontraba el patillal; pero nadie le daba razón de aquel cultivo.

Cuando ya hubo caminado bastante, oyó de pronto un vocerío de mujeres que retozaban alegremente. *Ulepala*, queriendo cerciorarse de lo que ocurría, se ocultó tras una espesa hojarasca para observarlas. Eran señoritas muy hermosas que danzaban con los cabellos sueltos. Jugaban y saltaban entretenidas cuando, todas al unísono coro, entonaron una triste canturía:

«Nacimos feos por culpa de nuestros padres, que nos arrojó al vientre de nuestra madre durante el escozor de una mañana calurosa. Algunas somos dulces y hermosas porque nacimos en los últimos fulgores de la tarde, cuando el ocaso se bañó de salpicadas tintas purpurinas. Nacimos pequeñas y fruncidas porque el receptáculo de nuestra madre fue pequeño. Nuestro padre fecundó a nuestra madre durante un día brumoso y por eso tenemos pálido el semblante. Sentimos temor en nuestros corazones porque nadie nos arranca de este cautiverio».

Así entonaban las doncellas en triste canturía el motivo de sus penas.

Entonces *Ulepala*, saliendo de su escondite, se acercó a ellas y les preguntó:

- ¿Quiénes sois vosotras que tan extraños lamentos entonáis?
- Somos las hijas de *Maira*, que por no tener pretendientes tenemos que lamentar el origen de nuestra vida.

Luego, *Ulepala* las contempló pasmado. Eran hermosas. Sus largas cabelleras casi cubrían su desnudez. Unas tenían los ojos negros, oscuros y castaños. Otras los llevaban amarillos y pintones. Sus labios eran rojos y sus senos bien formados.

- ¿Qué buscáis por estos sitios? –preguntaron con dulzura.
- Busco el conuco donde mi abuelo tiene el patillal– respondió.
- No, aquí no hay ningún patillal. Solamente estamos nosotras, ansiosas de que alguien nos disfrute; porque ha llegado nuestro tiempo y tenemos los corazones encendidos.

*Ulepala*, al oír esto, sintió rubor y continuó su marcha sin hacer caso a los requerimientos de las muchachas que lo incitaban a que las tomara en posesión. Andando y andando, cansado ya de revisar los montes, regresó a donde *Juyá*.

- Abuelo, recorrí todos los montes y no pude encontrar el patillal. Solamente vi un grupo de bellas señoritas sin trajes en el cuerpo que...

*Juyá*, interrumpiéndolo con un colérico rugido, le dijo:

- ¿Os mandé acaso a perturbar la tranquilidad de mis hijas? Ojalá que las hormigas anidaran en vuestra cabeza para que os royeran los sesos que paren tan malos juicios. Andad, volved de nuevo y traedme las patillas. Recordad, que, si no las traéis prontamente, arrancaré el cuero de vuestros pies y os pondré a caminar sobre salmuera.

*Ulepala* se fue lleno de consternación ante aquella reprimenda. Y cuando ya iba a internarse de nuevo ente los montes, aparecieron los *Amajaachi*.

- ¿Por qué hoy la tristeza ensombrece vuestro corazón, *Walee*?
- Ulepala* respondió:

- Se me ennegrece porque siempre bebo las amagaras sin lanzar una protesta, amigos míos. Tal vez mi falta de habilidad sea la razón por la cual tengo que soportar las humillaciones de mi abuelo. Esta mañana me mandó a que le buscara la más hermosa patilla, en un conuco que no se sabe donde está. Cuando estaba revisando los montes, he aquí que apareció ante mi vista un grupo de doncellas desnudas entonando los cantares de su origen. Cuando les pregunté si sabían del sembrado, respondieron que no. Entonces me dijeron que las tomara en posesión. Yo, ruborizado, me alejé sin hacerles caso, y continué buscando el patillal por otro lado. Pero como no lo pude encontrar me regresé. Ahora mi abuelo me reservará un castigo si no llevo lo que me pide.

Los *Amajaachi*, dijeron entonces:

- Conocemos el caso; andad a la floresta, *Walee*. Las patillas que buscáis no existen sino en la vida de aquellas muchachas que habéis visto. Ellas son las que tenéis que coger porque han llegado a su exquisita madurez. Sus corazones están encendidos. No es otra cosa que el temor que sienten sino el de morir podridas sin que nadie las guste. Sus cabellos undosos son las hojas de tupida enredadera que tienen las patillas. Sus ojos son el color de las semillas que se incrustan en el fruto. Sus labios encarnados son los colores de su pulpa dulce y aguanosa. De suerte que no temáis a la treta de *Juyá*. Andad, disparad vuestra flecha sobre el corazón de las doncellas y enseguida que se convierten en patillas.

- ¿Y si derramo su sangre? –replicó *Ulepala*.

- No, ellas no tienen sangre, sólo tienen un corazón dulce y encendi-

do. Dicho esto, los *Amajaachi* desaparecieron:

*Ulepala* se encaminó hacia el monte, y cuando hubo llegado al sitio, vaciló un instante. El pulso le temblaba. El no quería disparar sobre aquellas beldades que tanto admiraba, pero luego se acordó de las amenazas de *Juyá*. Y se decidió.

Escogió a la más hermosa para su blanco, aquella que nació con los últimos fulgores de la tarde. La del corazón dulce y encarnado como el *Dato*, la de los ojos pintados como el color de las perdices. Después que contempló su figura, tensó el arco, apuntó a los senos y... tan pronto disparó la flecha, la doncella se convirtió en una hermosa patilla de color verdoso y jaspeado. Por su parte, las demás muchachas se convirtieron en un inmenso patillal del que vinieron a comer los animales del monte. Así se formaron las patillas que tienen rojo el corazón como el tinte crepuscular de las tardes<sup>17</sup>.

Cuando *Ulepala* regresó trayendo el bello fruto, *Juyá* se alegró mucho, y aquel día gustó el riquísimo sabor de sus patillas. El Gran Genio esta vez, tampoco manifestó su gratitud hacia el joven que así concluía el día.

<sup>17</sup> Nosotros los *Wayuu* consideramos que las patillas no deben sembrarse de mañana sino de tarde. Las que se siembran de mañana resultan agrias y malas. Las que se siembran de tardecita resultan rojas y dulces porque, según la creencia, toman los colores del crepúsculo de la tarde. También, para que resulten grandes y hermosas, deben llevarse las semillas que se van a sembrar en un envase grande; si se utiliza un envase pequeño, las patillas resultarán pequeñas. Si se siembran en días lluviosos resultan insípidas. No es otra cosa que la historia de las vírgenes desnudas (Nota del autor).

### JUYÁ, ULEPALA EE JAMÜ (UNA RELACIÓN SOBRE ULEPALA Y EL HAMBRE)

Una mañana, *Ulepala* se fue de cacería, y cuando estuvo ya bien lejos vio las huellas recién frescas de un venado enorme que acababa de pasar unos instantes, ganándolo así la delantera. Impresionado y contento ante aquel hallazgo le siguió la pista para darle alcance. Toda la tarde siguió los pasos del venado. Caminó y caminó hasta oscurecer, pero aquel día no pudo encontrarlo por ninguna parte. De suerte que, llegada la noche y cuando ya la oscuridad no le permitió ver con claridad las huellas de su presa, resolvió dormir sobre una mata para de allí verlo al otro día. Pero ocultas intenciones impulsaban al venado para que su perseguidor se extraviara. Y así lo condujo hasta un lugar desconocido, de manera que no pudiera regresar jamás.

Al siguiente día, habiendo amanecido, *Ulepala* no bajó del tiradero y allí oculto entre la fronta lo esperó. No bien acomodó su flecha sobre el arco, cuando vio venir al majestuoso animal de enarcada cornamenta. *Ulepala* esperó que se acercara, y cuando ya la pieza estuvo a tiro, de un certero disparo lo atravesó en el pecho. El ciervo tras violenta sacudida se desplomó en el suelo. Seguidamente lo desolló, le mutiló las patas, le arrancó la cornamenta, le extirpó los testes, le sacó las vísceras y luego lo tendió sobre las ramas de un cují. Entonces dijo:

– Mejor será que deje aquí el corazón de este venado para que algún caminante muerto de hambre lo aproveche.

Así hizo.

Dejó el corazón enganchado en las ramas del cují; y llegando el momento de su partida, entalingó bien la presa, se la terció a la espalda y se fue. Después de una marcha fatigosa, y estando ya bien lejos, llegó *Jamü* (el hambre) al sitio donde *Ulepala* había matado el venado.

Allí estaba el corazón, fresco y sangrante todavía. *Jamiü* tenía hambre, mucha hambre y de un solo tragantazo se engulló el corazón del venado. Y exclamó después.

– ¡Es sabroso!

Y continuó su camino. *Ulepala* estaba lejos pero bien lejos, cuando *Jamiü* (el hambre) apodado el *Ekaire*, con ganas de seguir comiendo siguió los pasos del valiente cazador. *Ekaire*, cuando anda en los caminos es veloz y grita fuerte.

Y así. Lanzó varias veces su terrible grito. *Ulepala*, al escuchar aquellos gritos, se asustó grandemente y se preguntó:

– ¿Que será eso que oigo tras de mí? ¿Será algún extraviado? ¿Será algún espíritu que me persigue? ¿Será algún malvado que intenta amedrantarme?

Al poco rato volvió *Ekaire* a gritar. Esta vez más cerca.

– ¡Kooouuu! ¡Esperadme quien seas!

*Ulepala* sin hacer caso continuó la marcha, sin volver el rostro ni mirar atrás.

Pero *Ekaire* volvió a gritar a pocos pasos:

– ¡Párate allí... esperadme dadme de lo que llevas!

Pero *Ulepala*, malicioso y desconfiado, caló la flecha sobre el arco y disparó contra *Jamiü* cuyo cuerpo se desinfló en el acto como antes había comido salió disparado al aire, y subió y subió hasta que se perdió en el cielo.

*Ulepala*, sin más preocupaciones reanudó la marcha sin darse cuenta

de lo que había hecho; pero habiendo recorrido algún trayecto sintió curiosidad, y se devolvió diciendo:

– Veré qué ha sucedido en el lugar donde tiré al hombre que me perseguía. No sea que despierte y de nuevo me persiga.

Más al llegar al sitio no vio señas de cadáver alguno; solamente la totuma, el saco y el cuchillo de *Ekaire* que siempre usaba en los caminos. *Ekaire* no había muerto, sólo había desaparecido dejando allí sus pertenencias. Más *Ulepala*, tentado por la hermosura de aquellas piezas de uso personal, las recogió del suelo, las tomó para sí, y continuó la marcha.

Cuando había cierto trecho se desató un fuerte viento que hacía bambolear las matas hasta el suelo con su tremenda fuerza; el cielo se cubrió de nubes, el sol se obscureció, cayeron los primeros goterones y comenzó a desatarse una espantosa turbonada.

*Ulepala*, sin poder continuar la marcha tuvo que guarecerse dentro del hueco de una mata. La lluvia desatada no escampaba, y así estuvo lloviendo por espacio de dos días y dos noches sin cesar. Cuando escampó, todo estaba inundado, sólo era posible caminar por las partes altas, porque todas las hondonadas y cañadas estaban llenas de agua. Entre tanto el hambre, llamado *Jamiü* en nuestro idioma, decía:

– Me vengaré con sus hijos. Iré hasta ellos y los comeré a todos ¡por algo me llamarán *Ekaire*! ¡Es temible mi venganza!

Así fue. Al siguiente día se levantó temprano, recorrió los montes y se comió todos los frutos silvestres que habían madurado. Asoló las huertas. Se comió a los animales grandes, reseco las hierbas con el veneno de sus pies. Se bebió el agua de los arroyos. Se introdujo en las raíces de las plantas y absorbió las sabias que las nutren. Comió el fruto de los cardos y las plantas espinosas.

A su proximidad, la gente se llenaba de tristeza y se les mermaban las carnes poco a poco. Los alimentos escaseaban porque *Jamii* los devoraba noche y día. Los pocos animales que escapaban a su voracidad, huían lejos. Después que *Jamii* acabó con todo, llegó al lugar donde vivían la mujer y los hijos de *Ulepala*. Y preguntó:

- ¿Dónde está vuestro marido?

- No lo sé.

- Entonces, dadme de comer.

Y ellos le dieron leche, frutas y miel. Después de haber comido, pisoteó la candela del fogón y se acostó en las cenizas a dormir. Desde entonces los fogones cuando se ven apagados en su rancho, anuncian hambre.

*Jamii* anda por todas partes, mata lentamente y devora sin piedad. Es cruel y glotón, nada es comparable a su apetito, y por eso en la sequía no sabe luchar, ni morir, es inmortal, nunca muere. Su muerte es un sueño menos largo. Siempre se transforma en animales miserables, sobre todo en culebras y alimañas. Por su parte, desde lejos *Ulepala* decía:

- Con tanta comida que llevo a cuesta, y mis hijos pasando necesidades, ¡Ojalá *Juyá* se compadezca de ellos, y esta misma lluvia que ha caído sobre mí, también haya beneficiado mis campos para que mis hijos siembren toda la tierra reverdezca!

Esto decía *Ulepala*; pero nada de aquello se cumplió. Su tierra estaba en poder del hambre, seca y desolada como el desierto. *Juyá* no dejó caer una gota de agua sobre los dominios de *Ulepala*. Andando y andando, perdido, sin saber qué rumbo seguir caminaba por donde le fuera más conveniente. Más la carne de venado que llevaba auestas, ya estaba podrida y descompuesta. No había caminado mucho cuando se encontró con un hombre a mitad de camino. Aquel hombre desconocido era *Juyá*, quien lo saludó:

- ¿De dónde vienes, amigo?

- Vengo de lejanas tierras y llevo tres días caminando sin encontrar mi ruta; pero me he demorado por un fuerte aguacero que cayó a mi paso por espacio de dos días y dos noches consecutivas. Más, lo que llevo de comida para mi familia creo que ya no sirve. Un hombre extraño me perseguía. Y sospechoso que pudiera hacerme un mal momento lo maté. Y contestó el otro:

- Habéis hecho mal. No debísteis haberlo matado sin antes preguntar quién era, de dónde venía y qué quería. Ya no tenéis esperanzas de volver a ver vuestra mujer ni a vuestros hijos. Ahora quedaréis vagando sin poder llegar a vuestra casa. Es preferible que os quedéis por estos paraderos y hacer algo por vuestra vida antes de andar azaroso tras algo que no vais a conseguir. Botad esa carne que lleváis, encontraréis un terreno limpio y de buena extensión. Ese terreno es bueno para sembrar. Sembradlo mientras tanto y recoged unas cosechas. Allí nada os hará falta. Allí tendréis una vivienda y junto a ella un buen arroyo. No os desesperéis. Vuestros hijos y mujer os sabrán esperar, así como en tres o cuatro días os han esperado y vanamente. Amigo mío. No os desaniméis. Y sacando un puñado de distintos granos que llevaba en su morral, dijo a *Ulepala*:

- Tomad estos granos, apartadlos según su especie y sembradlos cuando lleguéis, que la tierra está húmeda y buena.

Y dicho esto, *Ulepala* recibió en el cuenco de sus manos el puñado de granos que le ofreció *Juyá*. Después de aquel encuentro ambos se despidieron y continuaron la marcha.

*Ulepala* llegó al sitio indicado. Allí separó las semillas según su especie y las sembró. A la mañana siguiente, todas las matas habían brotado y crecían rápidamente. Las matas de maíz, patillas, melones, pepinos, ahuyamas, lentejas, frijoles y demás especies, ya rastreaban

y florecían. Al segundo día, ya comenzaba a fructificar. Y al tercero ya estaban maduras las cosechas. Al cuarto día llegó *Juyá* a visitarlo, y cuando vio el sembradío tan hermoso dijo entonces:

– Amigo mío, se ve que tenéis buena mano para sembrar, cuando ya estáis aprovechando de sus frutos. Traedme una patilla para comer. ¡Tengo hambre!. *Ulepala* enseguida fue, arrancó una patilla tan grande como una tinaja y se la trajo. *Juyá* de un rodillazo la partió y así de una sentada se la comió. *Ulepala* extrañado no supo que decir, porque *Juyá* se mostraba irreconocible ante los ojos de su amigo. Luego de haber comido, habló a su protegido de este modo:

– Mañana temprano, llevaréis a vuestros hijos tres patillas de las más grandes. Pero eso sí... acordaos de volver. Tened en cuenta de que si no regresáis, ¡Ya veréis lo que os habrá de suceder!

Así lo hizo. Arrancó tres patillas más grandes y se fue por el camino que le indicó *Juyá*. Después de caminar un día, *Ulepala* llegó a su casa en medio de un entusiasmo desbordante por los suyos. Entregó las enormes patillas y todos comieron al momento. *Jamú* roncaba dentro del rancho de *Ulepala*, cuando éste llegó ya sus hijos se disponían a contar las atrocidades de *Jamii*, cuando *Ulepala* interrumpiéndoles les dijo:

– Nada quiero escuchar. Tengo que volver inmediatamente. No puedo demorarme.

Y dejando a su mujer y a sus hijos en suspenso, desapareció de sus ojos repentinamente. Esta vez, *Juyá* lo esperaba con dos reses tan grandes que fácilmente podían alcanzar las ramas de los árboles más altos.

Aquello solamente fue una visión para asustar a *Ulepala*, puesto que los animales en verdad eran de tamaño natural. Y dijo *Juyá*:

– Aquí tenéis este par de animales, macho y hembra. Cuidadlos con

bastante celo para que os colmen de riquezas.

Y aquellos animales cada noche se multiplicaban y crecían de manera extraordinaria. Transcurridos después algunos días, llegó a presencia de *Ulepala* un hombre riquísimo, quien al ver los animales, dijo:

– ¡Son hermosos vuestros sementales!  
Y señalando al más grande, volvió a decir:

– Quisiera tener para monta de mis vacas, un toro como ese. ¿Acaso no lo queráis vender a cambio de un buen precio?

*Ulepala* callaba discretamente. Pero tanta fue la insistencia de aquel hombre, que al fin *Ulepala* tuvo que responder:

– ¡Está bien, amigo mío! Mañana os daré mi decisión, dejad por esta noche que madure la propuesta que me hacéis.

El hombre rico así convino, y luego se marchó a su domicilio. Entonces *Ulepala* fue donde *Juyá* y comunicó a éste lo antedicho:

– Amigo mío, he aquí que ha llegado un hombre rico y me ha exigido que le venda el semental de mi rebaño. Pero yo no podía proceder sin antes consultar con vos el tenor de la propuesta.

*Juyá* respondió:

– Está bien lo que habéis hecho al venirme a consultar, amigo mío. Decidle a ese rico que os dé diez novillas a cambio del padrote.

*Ulepala* volvió a su cabaña, y al día siguiente esperó al hombre.

– He decidido hacer un cambio. Quiero que déis diez novillas hermosas de vuestro rebaño a cambio de mi toro padre.

– Está bien – dijo el rico –, y éste dio lo convenido y se llevó el toro. El hombre rico, no era otro sino el mismo *Waniilüü* en forma humana. Las novillas no eran tales sino diez sombras de espíritus voraces que lo arrasaban todo a su paso. Cada vez que pastaban lamían la hierba y chamuscaba la tierra como si tuviera lenguas de fuego. *Juyá*, viendo los peligros de su amigo dijo a éste:

– Arread esas novillas hacia el oriente y hacedles que lleguen hasta el mar.

*Ulepala*, acatando los mandatos de su amigo, arreó las diez novillas hacia el mar y allí se transformaron en tortugas, para que no asolaran los campos y vivieran en el seno de los mares. Pero no en todas se verificó ese cambio, puesto que, una de ellas se transformó en *Paapache*, piedra negra que emerge de las aguas profundas. La vaca negra que devora doncellas. Superadas las dificultades anteriores, *Juyá* volvió donde *Ulepala* y le dijo:

– Llevad a vuestros hijos, tres bules de *kojosü* (leche cuajada) y venid pronto tened en cuenta que si tratáis de escabulliros os habréis de arrepentir.

*Ulepala*, obediente como siempre, ordeñó una de sus vacas, lleno tres calabazas de buena leche y luego las puso a fermentar.

Al siguiente día, volvió a reunirse con su gente, quienes muy contentos lo esperaron y de nuevo intentaron que se quedara. Ellos querían denunciar la presencia de *Jamü*. Pero *Ulepala*, ante la advertencia de su amigo, no escuchó los ruegos de su mujer y sus hijos. Tampoco pudo ver a *Jamü*, quien andaba ocupado en consumir los últimos recursos de la tierra. *Jamü* lo había devastado todo. Sus demonios se extendían cada vez. Y sólo aguardaba el momento para devorar a la familia de *Ulepala*. Desolación y exterminio; hambre y sequedad; desesperación y miseria enseñoreaban el mundo aquellos días.

Por su parte, *Juyá* se complacía en visitar todos los días a su amigo, y bebía con él, tratabale bien y traíale licores añejados de sus mejores bodegas. Bebidas fermentadas de los mejores frutos. Departían juntos, se emborrachaban juntos y se ofrendaban las mejores atenciones. Un día *Juyá* dijo a su amigo:

– Mejor será que vayáis por vuestra mujer y vuestros hijos para que vivan juntos y no sufran más por vuestra ausencia. Pero antes, cuando vayáis en camino recoged la carne de venado que cazasteis, metedlo en el saco que conseguisteis una vez y llevadlo consigo. Puede servirlos para algo.

Esto dijo *Juyá*, siempre ocultando su identidad para ver hasta que punto *Ulepala* era fiel. *Ulepala* sin más demora fue en busca de su familia. Más, cuando hubo caminado alguna distancia, vio venir hacia él, a un hombre cadavérico y deforme que lo detuvo. La fisonomía del hombre, le hizo pensar en *Ekairé*.

– Sois vos el protegido de *Juyá*. Preguntó.

– No lo soy –replicó *Ulepala*.

– Entonces, ¿Por qué me hostilizáis? ¿Por qué me flechasteis la otra vez? ¿Por qué no me disteis de comer del venado que llevábais?... ¡Ah! me negasteis la verdad. Pero ahora comeré a vuestros hijos y me haré cargo del mundo para siempre.

Pero entonces *Ulepala*, entregando a *Jamü* el saco que contenía carne seca, dijo:

– ¡Es verdad! Olvidé por un momento que siempre vuestra panza está vacía. Pero no importa. Tomad vuestro saco, dentro de ella está la carne que siempre habéis apetecido.

Y tan pronto la talega volvió a manos de *Jamü*, éste sacó la carne seca

y en un tris se la devoró, quedándose dormido al instante. Entonces *Ulepala*, aprovechando el corto sueño de su adversario, llegó a su casa y huyó rápidamente con su mujer y sus hijos. Ya iban lejos, cuando *Jamiü* despertó y comenzó a perseguirlos.

Los trancos de *Jamiü* eran demasiado largos y en breve los alcanzó a los fugitivos cuyos pasos eran cortos. Ya iban a ser devorados por *Jamiü*, cuando de pronto, sobrevino una tormenta y tras ella un fortísimo aguacero. *Jamiü* ante la lluvia comenzó a desvanecerse, y al momento se sintieron voces y melodías extrañas por todas partes. Los campos florecieron y la tierra se llenó de verdor. Corrieron las cañadas, renació la hierba, los animales recuperaron sus carnes y volvieron a engordar. Pero *Jamiü* no había muerto. Sólo se durmió por breve tiempo. Ya estaba instalado en su nuevo hogar, cuando *Juyá* dirigiéndose a su amigo, dijo:

– Habéis cumplido con todas las proezas que han llenado de alegría mi corazón. Ahora quiero que vayáis conmigo a vivir en mis dominios y disfrutéis de la paz inalterable que os he reservado. Quiero que seáis el confidente de mi hija. Anunciaréis mi llegada. Andad, vestid el traje más vistoso y pongámonos en marcha.

*Ulepala* no quería marcharse. Echaría de menos a su familia, su tierra y su tribu. Entonces preguntó:

– ¿Quién sois vos que así me habláis con tanta bondad y persuasión, y de paso me invitáis a que abandone mi tierra?

– ¡Yo soy *Manüliwain!*

*Ulepala*, al oír el nombre de su antiguo protector del *Wiñmatu'ui* se llenó de sorpresa, recordó su pasado, y echándose en brazos de *Juyá*, exclamó alborozado:

– ¡Abuelo mío! ¡Padre mío! Iré con vos.

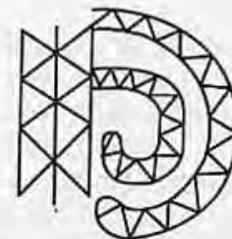
Seguidamente se vistió de rojo, puso en su cabeza un airón de bellas plumas, y se despidió de los suyos. Y haciéndole montar *Juyá* en las ancas de su caballo, dijo:

– Nos vamos, hijo mío, sujetaos bien del correa de la silla que ya vamos a despegar.

Y... diciendo esto, a *Ulepala* se le llenaron los ojos de oscuridad y desprendieron veloces como el rápido fulgor de una centella, como el rápido correr de un meteoro. Y desde aquel momento nunca se supo a donde fue ni que se hizo. Se disolvió en la nada.

Dicen los que cuentan estas cosas, que su espíritu quedó entre las nubes, mientras otros suponen con empeño que *Ulepala* en el acto se transformó en un hermoso cardenal.

Desde entonces, el cardenal, llamado *Isho* en nuestro idioma, es un pájaro intocable, su carne no se come. Su canto melodioso anuncia lluvia. Su costumbre de vivir en los sembrados y su bella mansedumbre han hecho suponer que fuera él, la reencarnación de *Ulepala*, el héroe legendario de quien los Guajiros aprendieron grandes cosas.<sup>18</sup>



*Hijos de Juyá entre las nubes.  
Se usa básicamente en cerámica.*

<sup>18</sup> Hay varios criterios sobre el origen del Cardenal, por lo tanto no pretendemos que esta versión sea la más acertada; aún cuando para muchos Guajiros esta posibilidad no se descarta (Nota del autor).

## LOS WUNU'U - PLANTAS (CÓMO LAS VEN LOS WAYUU)

### FAMILIA DE PALABRAS REFERIDAS A LAS PLANTAS

*Wunu'u*: Árbol, planta, hierba, cualquier vegetal. Por eufemismo. Miembro viril.

*Wunu'u*: Veneno.

*Wunu'u*: Medicina, medicamento, sustancia extraída de las plantas empleadas para curar.

*Wunu'u*: Amuleto, "Lanía", Contra, talismán.

*Wunu'ulia*: Conjunto de plantas. Sitio donde abunda la vegetación.

*Wunu'ulujuchi*: Antroponímico. Nombre de persona que vive dentro de los troncos huecos.

*Wunu'upata*: Antroponímico. Nombre de persona. Cacique famoso de La Guajira.

*Wunu'sit*: Víctima de un medicamento, o exceso de medicina.

*Wunu'tiina*: Tallo o rama de un árbol.

*Wunu'uchon*: Diminutivo de árbol. Arbolito, palito, trocito de madera.

*Wunu'uchen*: Ramitas, chamizos, pequeños trozos de leña.

*Wunu'uwa'ata*: despectivo de palo. Madera, árbol. Medicina con poco efecto o en mal estado.

*Wunu'uyuulii*: Arborícola. Que gusta estar encima de los árboles.

*Wunu'upana*: Hoja de árbol de cualquier planta.

*Wunu'umaajachi*: Poseedor de amuletos, "Lanía", contras. Carga palos. Curandero. Yerbatero.

*Wunu'upala*: Que sirve para contener madera o palos. Persona encargada de preparar medicamentos o administrativos.

*Wunu'ukii*: Trozo de tallo, tronco. Sólo para palos.

*Wunu'usii-Süsii Wunu'u*: Flores.

*Wunu'ukajachi*: Muerto a palos.

*Wunu'ukaajatu*: Llevado en angarillas.

*Wunu'upüilain*: Tocado por el *Seyuu* de *Lanía*. medicamento embrujado.

*Anu'usee (De wunu'u)*: Garrote corto labrado y dibujos que las mujeres llevan en sus muñecas como adorno de sus monturas.

*Wunu'uchira*: Insecto o parásito que vive dentro de los palos.

*Süichon Wunu'u*: Fruto de cualquier árbol.

*Sütá Wunu'u*: Corteza de árbol.

*She'e Wunu'u*: Gorgojo. Parásito que ataca a los árboles.

*Alanaa Wunu'u*: Talar, cortar árboles o cualquier vegetal.

*Wunu'u A'juushi*: Ramas que se queman en la timba.

*Wunu'u Yotüsü*: Planta reverdecida.

*Wunu'u Alanuushi*: Palos cortados o picados.

*Wunu'u Kachonsü*: Planta que da frutos.

Los primeros pobladores de la tierra fueron los *Wunu'u*, hijos de *Juyá*. No se sabe cómo surgieron ni cómo formaron la primera generación viviente de nuestros antiquísimos antecesores. Los *Wunu'u* tenían su *Seyuu* inmortal. Eran seres de apariencia rara que se alimentaban de agua, de sol y de viento. Vivían a campo abierto sin procurarse abrigo. Permanecían de pie todo el tiempo, tras el gozo de una larga primavera. Los *Wunu'u* formaron la humanidad primera, diseminados por todos los espacios de la tierra: las hondonadas, las alturas, las llanuras.

Aquellos seres majestuosos y delicados tenían fuerzas reservadas que no empleaban contra nadie. Entre ellos reinaba una maravillosa uniformidad de vida. Todos vivían solidariamente unidos; pero repartidos en grandes proporciones. Unos gustaban de cálidos lugares y crecían entre los riscos de los montes; otros gustaban de la humedad perenne; otros tantos de las miasmas, y crecían a la orilla de los pantanos y las aguas turbias. Todos tenían sus parejas, y se juntaban con los seres de su misma especie. Las hembras tuvieron hijos y dieron frutos siempre, siempre. Los machos no parieron y no dieron frutos nunca, nunca.

Los *Wunu'u* hablaban, pero la armonía de sus voces silenciosas no la comprendían otros seres; pensaban, pero sus pensamientos no podían entenderse. Nadie comprendía sus designios. Sentían alegría y sentían tristeza; sus corazones sensibles eran puros y frágiles como el espejo de las aguas quietas. El curso de sus vidas era la paz y la armonía, no tenían noción de su pasado, sólo ejercían su presente sin tener noción del porvenir.

La sabiduría estaba dada en ellos; era una generación de sabios, de genios creadores, de talentos puros que se bastaban a sí mismos sin tomar ventajas de sus dones. Fueron los únicos que alcanzaron la perfección del saber y la plenitud del arte original, pero ellos no sabían trabajar. Vivían una vida estacionaria, a pesar de que todo lo generaban de su propia síntesis vital.

Eran buenos terapeutas que solían llevar en su sangre, en su cuerpo, en sus cabellos, los principios curativos que ahora conoce la medicina *Wayuu*, que cura las enfermedades, devuelve la salud y preserva la vida; eran hábiles artistas en su esencia, en su naturaleza. Pudieron haber sido tejedores, pintores, constructores, agricultores, cazadores, que perdieron sus mágicos poderes en beneficio de los nuevos pobladores.

Había entre ellos excelentes tocadores que los hombres hicieron músicos, como *Sawawa*<sup>19</sup>, que se trasmutó en carrizo. *Ji'ise*, que de sus cabellos se hicieron magníficos tejidos aludiendo a la cocuiza.

De *Makui* sacaron el fermento del magüey; de las propias fibras de *Kaleena* (bejuco contracapitana) se tejieron sogas.

*Aliita*, *Aipia* y *Amaka* tenían las propiedades del tejido. Entre las tejedoras estaba *Mawiii* (algodón), que tejía chinchorros, fajas y otros muchos indumentos.

*Walekerü*, la araña fea, heredó de *Mawiii* el arte de tejer. *Kanaspi*, la flor silvestre, heredó el arte de combinar los colores y trenzados.

De *Atiaa* aprendió el *Wayuu* el arte de tejer mantas, las hamacas, los pellones y los refajos más hermosos de las cabalgaduras.

De *Paipai* (hongo amárico) aprovechó el *Wayuu* para elaborar finísimos polvos con que las mujeres cubren sus rostros para protegerse de *Ka'i*. *Wanapai* era una joven de tinte renegrido que utilizaban las jóvenes para decorarse el rostro y lucir más bellas en las fiestas.

Entre los *Wunu'u* había famosos terapeutas; entre ellos el sabio *Isha*, que curaba enfermos con su savia roja. Todavía la sangre de éste árbol

<sup>19</sup> Es un instrumento que tiene na longitud aproximada de 26 cm, el extremo superior se tapa con un trozo de madera, se conocen dos tipos, uno de cinco orificios y otro de tres. Se utiliza para ejecutar musica relacionada con faenas de trabajos o de esparcimiento (Nota de los editores).

se usa en medicina. De *Kute'ena* (el soberbio joven), indio desnudo de piel rojiza, suave y brillante como el nácar, aprendieron la aplicación de su esencia curativa.

*Morou'ya* era rápido en contener las hemorragias y cicatrizar heridas. *Maluwa*, que con solo mirar a los enfermos curaba sus llagas. Su olor era penetrante como el aroma del incienso. Espantaba los espíritus malignos y lo purificaba todo.

*Riipi* (sábila) curaba con su grasa y su cristal gelatinoso. Expulsaba los parásitos de los vientres más podridos, y sus propiedades curativas eran múltiples. *Ja'lirü* (parcha) elaboraba lavativas refrescantes.

*Jeechua* (tuatúa) extirpaba las verrugas con sus propias secreciones. Aliviaba los calambres y las ronqueras. *Wayaashi* embellecía el cutis con el bálsamo refrigerante.

*Uraichi* (curarire), *Parala* (la caña brava), *Kousholü* (el cauजारo) quienes eran distintos en tesar el arco y disparar la flecha, ellos fueron los auténticos inventores de esas armas.

Habían destiladores famosos de las bebidas fermentadas, y un sin fin de especialistas en el arte de la destilación y el fermento. Había carpinteros habilísimos, tales como *Alayulü*, *Pera*, *La Vera*, *Jai*, *La Ceiba*, *Apúa*, *Watupa*, *el Ébano*, etc.

Los que enseñaron el cultivo eran infinitos en número. Entre ellos los más famosos fueron: *Maiki* (el enérgico maíz), *Kepechuna* (el gran guerrero), *Waana* (el exquisito millo), *Wiiru* (la auyama), *Ko'i* (la lechosa, papaya) y otros tantos que según los relatos y cantos inmemoriales originaron el cultivo, la siembra y las cosechas. Aquellas estirpes de grandes pensadores, de mentes luminosas, de cuerpos multiformes, abarcaron todos los campos del saber porque sus *Seyuu* eran portentosos.

Todos conocían el movimiento de los astros, el curso de las conste-

laciones y el cielo de las estaciones. La luna marcaba en sus fluidos el carácter del *Seyuu*: su espíritu, su energía vital, su nombre, su inmanencia. Cuando *Jiwa* y *Juyou* se ocultaban en el occidente lejano, los *Wunu'u* renovaban sus ropajes como anticipo a la llegada de *Juyá*. Los *Wunu'u* se regían por el curso de las estaciones. Sabían por la posición de la luna si los tiempos lluviosos serían buenos o malos. Sabían que las estrellas influían en el ritmo de sus vidas.

Así eran los genios que nos precedieron en la tierra, de los cuales nosotros los *Wayuu* no somos más que una débil imitación de su naturaleza y reflejo de su pasado por no haber sabido de ellos aprovechar ese legado. Sólo existían por existir; no comprendían el valor de sus dones. Y... entonces... cuando terminó el ciclo de la Primera Humanidad a causa de la gran inundación (*Asetiin Palaa*), entonces sobrevino el más increíble trastocamiento del mundo.

En aquellos seres se produjo la más inverosímil de las transformaciones. Aquellos genios portentosos dejaron de ser humanos y se trasmutaron en plantas y fueron revertidos a vivir inmóviles para dar origen a la especie vegetal. Los antiguos seres sufrieron una metamorfosis total, tomaron una fisonomía distinta, quedaron sin rostro, sin perfil y sin noción de sí mismos para actuar sobre su propio destino. Condenados siempre a nacer de pie y morir de pie, a ir con el viento, vestirse de hojas y hablar en el lenguaje de los murmullos sin entenderse nada. Sus cuerpos fueron sus tallos, sus troncos, sus flores, sus adornos; sus frutos y semillas, sus sexos.

La piel, que antes fue sensible al estímulo más leve, se transformó en corteza dura, que envuelve un corazón rígido y lleno de sangre sin color. Los brazos múltiples fueron ramas y bejucos retorcidos que se extendieron a lo alto para pedirle al sol un trozo de luz vivificante. De las yemas de sus dedos brotaron las hojas de la vida, que luego formaron su ropaje; de distintos verdes. De sus pies, hundidos en la tierra para vivir prisioneros de su inmovilidad, se formaron sus raíces. Raíces que se aferran al suelo para beber el zumo de la tierra que luego habrá de transformarse al calor del sol, en fragancias de flores, frutos

y renovación total. Por eso las plantas, como seres ausentes de su existencia, no andan, no caminan, no gritan, no ven, sólo sienten; sólo dan sombra, dan flores, dan frescura, dan frutos deliciosos y aman la madre (Tierra) que los nutre.

Son seres que al morir no agonizan, no despiden hediondez, porque mueren puros en el tiempo. Y así compenetran la vida en cada cosa muerta, llenan los vacíos de renovación constante y vuelven al principio de lo que antes fueron para impregnar de vida la tierra que ellos aman.

Después que los *Wunu'u* cambiaron su naturaleza, los hombres nuevos tomaron sus virtudes. Para confeccionar sacros talismanes como celosos protectores y guardianes de quien los posee y de este modo preservarlos de los malos momentos. Los *Wunu'u* dejaron las fuerzas de sus *Seyuu* en los amuletos y las contras de poderes mágicos para ser invocados en las horas de peligro. Lo mismo que sus mórbidos fantasmas, que envenenan a los apocados en sus difíciles trances.

### *Maleiwa* y los *Wunú'u*

Dicen los *Wayuu* que los *Wunú'u* una vez dialogaron con *Maleiwa* sobre su existencia como planta. *Maleiwa* enseñó que una hoja desvanecida por los días, caída y arrastrada por el viento, sirve para alimentar a la Tierra, nuestra madre.

- ¿Y dónde está el fin último de una planta? –preguntó *Maleiwa*.
- En ninguna parte. Vuelve al principio de lo que antes fue: espíritu, elemento primario que no desintegra su *Seyuu*.
- Está bien –dijo *Maleiwa*.

Y les permitió que las plantas cambiaran sus hojas de tiempo en tiempo. *Maleiwa* volvió a preguntar:

- Si una flor diluye en el aire su fragancia, ¿para qué sirve?

- Para que los menudos *Uchii* (pájaros e insectos) consuman su aroma –respondieron.

- ¿Y... después?...

- Después se vuelve aliento, penetra en sus sentidos, se agiliza en movimientos y reviven las energías de sus vidas.

¿Y si no tiene fragancia la flor?

- ¡Maravillosa es! –respondieron-. Porque basta su ropaje de colores para adornar el rostro de *Mma'* (tierra).

- ¿Y si la flor no tiene ni belleza ni perfume?

- Más admirable aún –respondieron porque sería dulzura y delicadeza de frutos para darle vida a los que la necesitan. Además, todas las flores son hermosas aunque no sean olorosas.

- ¿Y si vuestros frutos no tuviesen la dulzura de que os preciáis?

- Alabada sería nuestra suerte –respondieron- comprenderíamos que no todo lo que existe es provechoso; ¿podríais vivir una vida esteril?

- Ciertamente que no –respondieron.

- Nada es inútil. Todo llena un fin, todo está contemplado conforme a los principios admirables existentes.

- ¡Está bien! –dijo *Maleiwa*, esa es la razón de vuestra suerte.

Desde entonces hay energía en las plantas cuando el sol se filtra en el cedazo de sus hojas; hay frescura en la tierra cuando los árboles proyectan sus sombras verticales salpicadas de luz. Hay alegría cuando el viento ríe entre las hojas que la lluvia reverdece.

Hay tristeza en las plantas cuando hay desnudez en el estío, polvareadas en los campos y mustiedad en los paisajes.

*Maleiwa* creó los colibríes para que chuparan el zumo de las flores; los insectos preparen miel silvestre al asomo de los fecundos días; dispuso que los frutos de las plantas fueran el sustento de otros seres. Que en sus ramas reposaran las aves, los nidos se columpiaran y treparan las iguanas en sus frondas. Que en sus troncos se abrigasen las serpientes, los gusanos, las hormigas, las carcomas y todo género de lagartos.

Con la muchedumbre de las plantas formó la selva siempre húmeda y exuberante donde habitan los animales más comunes y demás exóticas especies.

Así formó *Maleiwa* el dominio vegetal; el bosque, la jungla, la selva secular, la primera cuna y el primer sepulcro de los primeros hombres. Ese fue el destino de los *Wunu'u*. Los primeros genios formadores, los primeros sabios de la tierra, los más inteligentes hijos del prodigio.

Con razón se dice: «Los *Wayuu*, hombre nada saben, porque todo se lo deben a las plantas. Estas poseen la sabiduría y aquéllos aprovecharon sus secretos».

### *Wane'etuunai* (El duende de los bosques)

En general, el nombre de *Wane'etuunai* o *Waneetuunai*, literalmente traduce: «De pie invertido», «Con un solo pie cambiado de posición», «Con las corvas hacia delante y las rodillas hacia atrás». *Wane'etuunai* es el duende de los montes y los bosques, provisto de una sola pierna y con el pie volteado hacia atrás, los talones hacia adelante y el empeine para atrás. Dice la leyenda que antes de ser duende, fue un joven recolector de guáimaras que se perdió en la sierra. Desde entonces, tomando la experiencia de su primera suerte, y condolido de los demás, se hizo fiel servidor de los extraviados en la selva.

Lo describen como un hombrecillo zambo, fornido, de una sola

pierna, cabellos ensortijados (sompá), ojos de brasa, marcha saltante, nariz corva como pico de guacamayo, barriga abultada, labios hundidos y sin dientes, mirada irresistible y de un fuerte olor, pólvora encendida (*Pütpuleemashi*).

Recorre las montañas sonando entre sus manos el *Wa'awai*. Cuida de las aves y las plantas de la selva. Extrema su vigilancia por las flores, las abejas, los colibríes y mariposas. *Wane'etuunai* es un duende tunantesco; suele divertirse causando susto a las personas. Siente placer cuando las lluvias caen. En las noches tormentosas y lóbregas suele pasearse lanzando gritos estentóreos que estremecen la selva y retumban en los montes. En tales ocasiones, cuando oyen sus gritos estremecedores, los niños se espantan y se acurrucan en el seno de sus madres. Las personas mayores lo conjuran con ron, humo de *Alouka* o zumo de tabaco ensalivado. Y de este modo deja de gritar en cuanto percibe tales aromas, puesto que es aficionado a los olores fuertes de tabaco y aguardiente.

*Wane'etuunai*, no es un *Waniiliüü*, sino algo así como un espíritu burlón que se complace en hacer maleficios.

Es un personaje jocoso cuando está de buen humor, pero agresivo y diabólico cuando se enfurece. Es gran amigo cuando se le complace, pero temible enemigo cuando se le ofende.

Sus órdenes son acatadas por todas las aves agoreras y los animales salvajes. Las fieras son sus servidores inmediatos, mientras que las guacharacas y los pajuíes son sus anunciadores preferidos. Cuando grita de continuo, anuncia fuertes lluvias y prolongados inviernos es un ser noctámbulo. Gusta apoderarse de los niños y las señoritas recién formadas. A estas últimas las invita para saciar con ellas sus impulsos eróticos y lascivos. No hay mujeres que resistan su potencia viril.

Su alimentación favorita es el *Guáimaro*. Su diversión preferida es tocar el carrizo y la caña de *Sawawa*. Corre a saltos, trepa los árboles

con suma habilidad. Es el enemigo acérrimo de los cazadores, a quienes desconcierta y enloquece cuando les arranca la lengua (alude al mutismo de los extraviados). Pero cuando sus simpatías afloran por cualquiera de ellos, es buen amigo y excelente guía. *Wane'etuunai* aborrece la violencia de los animales feroces. Gusta divertirse en los arroyos; baila entre las aguas, se desliza por entre los guijarros que arrastra la corriente, retoza con los garapitos, hace piruetas sobre los barrancos. Algunas veces, cuando no se arroja en la corriente de los arroyos, toma los peces en sus manos y los echa en la tierra para divertirse viéndolos brincar fuera de su medio.

Lo mismo hace con los animales terrestres: los arroja en el agua y los sumerge de cabeza para divertirse viéndolos retorcerse en asfixias. Es vengativo. Conoce los sitios más recónditos de la selva. Gusta mascar *Maniya*, *Chimó*, *Tabaco*, *Jayo*, hojas aromáticas. *Wane'etuunai* tiene un apodo repugnante; dicénele *Wunu'uchira*, es decir, «Alimaña Parásita de los Palos», por cuanto gusta extraer de las matas, gusanos y demás bichos para comérselos. De este modo defiende a sus árboles preferidos de posibles enfermedades y carcomas.

### *Wane'etuunai* (Vengativo)

Una vez, un recolector de miel silvestre se topó con *Wane'etuunai*. Éste de inmediato le pidió tabaco, y el otro sin demora le regaló uno. Seguidamente, *Wane'etuunai* le preguntó:

- ¿Qué buscas?
- Busco miel. Pero no la he podido conseguir.

Entonces *Wane'etuunai* le dijo:

- Ven conmigo. Te enseñaré el árbol de las Trece Dulzuras.

En efecto, el árbol guardaba en sus ramas y en su tronco todas las

abejas conocidas.

- Allí tienes miel. Pero no se lo digas a nadie. Escóndelo en tu silencio.

El hombre convino. Mas, dicho aquello, desgajó una rama del árbol y al instante chorreó la miel y llenó sus envases. Desde aquel día, el hombre tuvo asegurado su alimento. Pero... día a día, sus vecinos le preguntaban:

- ¿Dónde consigues tú tanta miel mientras nosotros nada conseguimos?

El hombre al principio se resistía a comunicar el secreto. Pero un día sucedió que, acuciado por tanta insistencia, reveló el secreto. Sabido aquello, los hombres se encaminaron a cortar el árbol de las Trece Dulzuras. Y llevaron toda clase de implementos y envases. Llegados los hombres junto al árbol, vieron revolotear un enjambre de abejas que entraban y salían por sus piqueras. Sin pérdida de tiempo, los hombres hacharon el árbol, y tan pronto lo derribaron, salió de su tronco un gallo blanco que abanicó sus alas y cantó. Aquel animal no era otro sino *Wane'tuunai*, quien allí dormía su apacible sueño.

Los hombres, ávidos de saborear la melosa sustancia, rajaron las ramas y extrajeron toda la miel contenida en el árbol. Mas, cuando todos lamían y consumían aquellas sustancias goteantes, las abejas comenzaron a introducirse por los oídos, la nariz, los ojos, la boca y el ano. Los hombres, ante aquel ataque inesperado, no pudieron contenerse y se dispersaron cada uno buscando su camino. Entonces se sintieron decaídos, sus miembros quedaron inmóviles. Y así se transformaron en las matas donde ahora las abejas anidan para elaborar su miel. En cuanto al cazador, *Wane'etuunai* hizo que las moscas y los bachacos lo devoraran.

WANE NÜCHON JUYÁ IRUALAA  
(UN HIJO DE LA LLUVIA)

Una vez *Juyá Irualaa* fecundó a una hermosa *Julamia* (virgen), y sin esta darse cuenta parió un niño varón que al momento de nacer se tomó una totuma de caldo y unas cuantas presas de res. El niño creció la primera noche, se hizo grandecito y caminó de inmediato.

A la segunda noche se hizo adolescente; y a la tercera noche ya era un joven fuerte y vigoroso que se comía una vaca entera. Ante la sorpresa y admiración de quienes veían aquel prodigio, no tuvieron más que temerle y considerarlo *Pulashi* (intocable).

Entonces *Juyá*, para ver si realmente aquel joven era su hijo, hizo caer una fuerte lluvia para que se ahogara. Más la lluvia sólo caía alrededor del joven sin que éste se mojara. Entonces *Juyá* dijo convencido:

- Es cierto, es mi hijo.

El padre de la muchacha tenía muchísimo ganado, y todos los días dábale al joven una res para que comiera. Pero como ya se le mer-maba el ganado, el viejo dijo:

- Este hombre acabará muy pronto con todas mis reses. Lo enviaré a la sierra lejana para que se lo coma el toro que se alimenta de carne humana, y así me libraré de él.

Después de haber tramado esta idea, el viejo-abuelo llamó al joven y le dijo:

- Nieto mío. Venid. id hasta la Sierra lejana y allá encontrarás un

toro cebón y grande que te servirá de alimento.

-  
De inmediato, el joven ensilló su burro amaizado y salió en busca de la supuesta presa; pero como el joven era *Pulashi*, sabía de antemano que el viejo le tenía tendida una trampa, puesto que el toro comía carne humana. Más, cuando hubo caminado bastante llegó al pie de la sierra, amarró el burro de una mata y siguió a pie.

Y cuando ya estuvo sobre la cumbre de la sierra, y como el toro no estuviera, entonces comenzó a gritar fuerte como queriendo llamar. Con el grito, el toro vino enseguida, pero el joven precavido se escondió detrás de un mata para sorprenderlo. Más, cuando ya el toro venía, enfurecido y ansioso, el joven le salió al encuentro y de un fuerte garrotazo le desmoronó la cabeza y lo mató. Pero no se comió la carne sino que arrancó uno de los cachos del toro y se lo llevó. Más cuando estuvo ya de vuelta y bajó del cerro, no encontró al burro donde lo había dejado amarrado.

- ¿Qué se habrá hecho mi burro? - se preguntó.

Y mientras bajaba vio con sorpresa que dos tigres lo habían arras-trado hasta el cauce de un arroyo y allí se lo estaban devorando. Y el hombre dijo:

- ¡Pobre burro!

Y tomando su garrote se acercó a los tigres, que era un macho y una hembra. Cuando el hombre se acercó, la tigre le brincó primero, pero el hombre con suma agilidad de un trancazo le desmoronó la cabeza y la mató; seguidamente el tigre se le fue encima, pero solamente lo tocó suavemente y lo dejó aturdido. Sin perder tiempo, el hombre cogió la silla, el bozal, el freno y se lo puso al tigre para que le sirviera de cabalgadura. El tigre, al volver en sí, se incorporó

enfurecido; pero el hombre lo dominó, se le montó encima y se volvió a casa de su abuelo, quien no lo creía vivo.

Más, cuando llegó, el joven dijo:

- Abuelo, el toro de que me hablaste lo encontré muerto. Aquí está su cacho.

- ¡De veras!!! -respondió el abuelo sorprendido.

- Sí. Lo encontré muerto, su propio cacho lo demuestra.

El viejo hizo entonces que le trajera una novilla para que se la comiera. Seguidamente el joven la descuartizó, se comió la carne y le echó el bofe y demás vísceras al tigre para que también comiera. Entonces el viejo, queriéndose deshacer del joven, dijo:

- Es verdad, os voy a recomendar una vaca, que está mucho más allá del sitio donde estuvisteis la primera vez, es decir, después de dos serranías encontraréis una vaca grande y gorda que será tuya si lograis atraparla.

El hombre no se hizo esperar, montó sobre su cabalgadura felina, lo espoleó y emprendió la marcha de inmediato. Cuando llegó al sitio convenido amarró su montura de un árbol, y subió a pie la serranía. Al llegar al sitio, vio venir la vaca con intenciones de embestirle y comérselo; pero el hombre con muy sobrada agilidad le asestó un golpe certero con el garrote, y mató a la vaca. Y como en el caso anterior, también le quitó un cacho y se lo llevó.

Más, cuando bajó, no encontró a su cabalgadura felina. La buscó por todas partes pero todo fue inútil. El joven no se daba por vencido, y andando aquí y andando allá, vio que dos tigras chutas lo estaban copulando por la trasera. Entonces dijo el joven:

- ¡Pobre mi montura!! Cómo lo están copulando esos bichos. ¡Pero ya verán!

Entonces cogió el garrote, se le fue encima a los tigres, mató a uno, y dejó a otro medio herido que luego utilizó como cabalgadura. Hecho esto, se fue a la casa, y mostró al viejo el cacho de la vaca, diciendo:

- Abuelo, he aquí el cacho de la vaca de que hablaste. No la pude comer porque la encontré muerta. Aquí os traigo su cuerno.

El viejo sorprendido, no supo que responder, entonces mandó que mataran una novilla para que comiera su nieto. El hombre se comió la carne y echó las vísceras para que se las comiera el tigre chuto que le servía de montura. Transcurrido cierto tiempo, entonces el viejo dijo al hombre:

- Yo tengo unos animales cimarrones que hace tiempo me robaron los *Kosinas*; pero como están muy lejos, yo desearía que tú fueras a buscármelos. Te daré una recompensa por tal servicio.

El hombre seguidamente montó su tigre chuto y salió rápidamente hacia los remotos lugares que le indicó el viejo. Cuando hubo llegado al sitio, se apeó de su tigre y le dijo; amenazante:

- Bueno mi trotón, os dejo suelto mientras bajo a arrear las reses. Pero eso sí, mucho cuidado con escabullirte, porque te mato. Tenlo en cuenta. Además cuando yo esté arreando los animales hacia acá, no los dejes desgarrar; recógelos y júntalos, porque si los dejas escapar te mato sin misericordia.

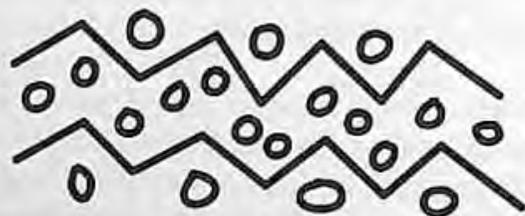
Dicho esto, el hombre bajó al valle, y tan pronto llegó vio el ganado que pastaba sobre un verde pastizal. Pero más adelante vio que dentro de una cueva estaba encuevado un negro gigantesco de horripilante aspecto que hacía de cuidador. Como el negro roncaba su pesado sueño, el hombre agarró una piedra enorme, y con todas sus fuerzas estrelló al negro en el pecho y le atravesó el cuerpo de banda a banda.

Muerto el cuidador, el hombre echó a rodar contra la talanquera una piedra gigantesca que de paso rompió la empalizada que resguardaba el ganado, y éste comenzó a salir en estampida detrás de la enorme piedra que rodaba hacia arriba. A medida que la piedra subía, las reses también subían tras ella, más cuando ya estaban en la planada, el tigre chuto les echó corte, las arreó y no las dejó desgarrar. Más el hombre, cuando ya venía de vuelta, se encontró con la dueña del ganado. Era ella una *Puloi* joven de zumbante cabellera, la cual comenzó a retremblar la tierra y despeñar los cerros para vencer al hombre.

Más éste, trabándose con ella, logró vencerla. Después de vencida quiso irse detrás de él para vengarse. Pero él le dijo:

– No te atrevas a seguirme, porque si llegas a mis dominios no volverás nunca más, porque te mataré con los prodigios de mi padre.

Entonces la *Puloi* sintió miedo y se quedó rumiando su dolor y su soledad en sus propios dominios encantados. Desde entonces las *Puloi* no tienen ganado, ni riquezas, sino que amedrentan y matan al *Wayuu*, y viven en lugares sombríos. Entonces el joven hijo de *Juyá Iruialaa* volvió a su casa, entregó a su abuelo la parte que le correspondía en pago de todas las reses que se había comido, y entonces se fue al cielo para pastar su ganado en las lejanas constelaciones del universo.



Las líneas de *sic sac*, representan las nubes cargadas de lluvias; nubes antes de caer la lluvia. Los círculos más grandes representan a *Juyá* observando entre las nubes a sus sobrinos en la tierra, que en este caso sería los círculos más pequeños. Se usa básicamente en cerámica.

## NÜCHUKUA SIKI (EL ORIGEN DEL FUEGO)

El fuego en un principio era un joven sumamente holgazán que siempre se pasaba el tiempo acostado en el chinchorro vegetando ociosidad. Mientras su mujer, voluntaria, indulgente y conforme, soportaba las cargas del hogar. El fuego nunca trabajaba; su vida transcurría en una perenne ociosidad. Para subsistir se mantenía de lo que su mujer limosneaba de rancho en rancho. Así vivía de la caridad ajena.

Su suegra lo recriminaba y le echaba en cara su holgazanería. Más los hermanos de su mujer, llamados los señores de *Wuna'apii*, lo miraban mal, lo despreciaban y lo criticaban con desdén. Estos cuñados de él, o sea los señores de *Wuna'apii*, eran bastante laboriosos, voluntarios y bien guapos al trabajo: cultivaban sus conucos, eran buenos cazadores y tejedores, magníficos artistas y recolectores de los frutos de los montes. Cuando iban al trabajo lo invitaban; pero el fuego, llamado *Siki* o *Ski* en nuestro idioma, permanecía inmóvil todo el tiempo sin hacer caso a las palabras de sus cuñados. Un día, entre los tantos días, se levantaban muy temprano para ir al trabajo, y de paso llegaron donde *Siki* y le dijeron:

– Es mejor que vayamos a trabajar cuñado, no sea que a fuerza de permanecer en casa nos llamen señoritas en blanqueo de huso y de chinchorro. No se nos vayan a encallecer las espaldas a fuerza de permanecer acostados todo el tiempo, o que se nos vayan a morir de hambre las mujeres y los niños sólo por no ir a trabajar. Vamos, cuñado, desperezad vuestro cuerpo, tornad el hacha y el machete y vamos, que el monte nos espera para la tala. El verano es largo. El tiempo es bueno de preparar la tierra, para que cuando llegue la hora de sembrar, sembremos. Tened en cuenta que el hambre no

espera para luego, ni es para un solo día tampoco, o sea que, por no matarla a tiempo, ella nos mata primero.

Pero *Siki*, que por apodo llamaban *Makutulain* a causa de su pereza, permanecía sordo e indiferente a las palabras de sus cuñados. Sólo su mujer, llamada *Maajua*, se adelantaba a decir en su defensa:

– ...Y qué le vamos a hacer... Yo no puedo imponerme a su voluntad; tampoco podría obligarlo como a un muchacho a que haga lo que no quiere. Si se muestra reacio a trabajar..., allá él. Trabajad vosotros y dejadlo tranquilo, que eso lo verá él.

Y sus cuñados, con caras de burlones, lo dejaban. Más sobre él comentaban en camino la triste condición del haragán. *Siki* en su casa nada hacía. Era un zángano indolente, solapado y comilón. Todas las tardes pedía agua a su mujer para bañarse, y ésta, sin reparo, se la daba. Pero su suegra, vieja, repelente y gruñona, le decía con sarcasmo:

– Sí, le buscáis agua para que se bañe al muy haragán... Solo por muy voluntario se lo merece. ¡Bien avisado es él y bien tonta sois vos, que le prodigáis cuidados a un bicho como ése! ; ¡Quién lo ve! al muy sinvergüenza de tener quien lo sirva, como si vos comierais los frutos de su trabajo. Ése lo que se merece es que yo le ponga en su cara mi fondillo para asfixiarlo a cuescos.

Y la mujer, ante aquellas repugnantes diatribas, a la vieja respondía:

– ¿Qué importa madre? No mortifiquéis nuestra paciencia ni me hagáis insinuaciones contra él. Dejadlo que haga lo que quiera; eso lo vera él.

La vieja se consumía de rabia. Pero *Makutulain* por más que oyera las quejas de su suegra, permanecía mudo e indiferente como si oyera llover. En la tarde, cuando sus cuñados los señores de *Wuna'apü* regresaban del trabajo, se decían para que *Siki* oyera:

– No podemos comprender cómo un hombre puede permanecer echado en el chinchorro como un tullido: durmiendo como una mujer preñada o una recién parida. Más trabaja el pájaro en su nido alimentando a sus pichones, que ese holgazán con cara de idiota mantenido.

Pero *Maajua*, la mujer de *Siki*, salía en su defensa diciendo:

– Pero no les importe, mis señores hermanos; vivid vuestra vida y dejadle a él tranquilo. Él no está molestando en nada.

El tiempo pasaba y todos los días eran las mismas ofensas, las mismas burlas, los mismos reproches. Cuando los señores se levantaban en la mañanita decían:

– Vayamos a trabajar, no sea que por quedarse en casa vayamos a malgastar en baño el agua que acarrear nuestras mujeres, como cierto individuo por ahí, que lava sus verijas con el agua que le trae la mujer, sólo por no ir hasta el jagüey.

Pero el trabajo de estos señores no rendía a causa de su soberbia. Pasaban trabajando todo el día de sol a sol, y sus limpias eran tan pequeñas que más parecían revolcaderos de burros que tumbas para la siembra. La suegra, irritada, no dejaba de recriminar a *Siki*:

– ¿Qué pensáis, pedazo de hombre?, ¿Cuándo es qué vais a trabajar? Queréis que mi hija os siga manteniendo, y vos, grandísimo manganzón, permanecéis echado como una gallina clueca. Mi hija sufriendo penalidades para llenaros la barriga, y vos muy tranquilo acostado todo el tiempo. La pobre ya tiene la cara ennegrecida por el sol de tanto cocinar y trabajar, mientras vos permanecéis encorvado de pereza...

Pero *Siki* permanecía callado ante las agrias palabras de su suegra. Cierta día llegó a casa una vecina procurando los servicios de *Siki*, y dijo:

– *Makutulain*, mi siembra se ahoga entre la brusca y quisiera que mañana me trabajas un jornal. Tundid las malezas, desherbad la paja y removed las tierras al plantío. Os pagaré bien, mandaré a matar uno de mis careros más gordos para que comáis e *Ishirruuna* para que bebáis...

*Makutulain* asintió con la cabeza y dijo:

– Perded cuidado, amiga mía, que desde muy temprano estaré...

Y hecho el trato, la mujer se fue. Pero al día siguiente, cuando la mujer fue a llevarle desayuno hasta el conuco, *Siki* no estaba. Habíase hecho el enfermo. Entonces la mujer se enfureció y también lo denigró de mil modos. Día tras día, año tras año, la ociosidad de *Siki* era mayor. Parecía que los reproches atizaban más su holgazanería; y no hacía otra cosa que comer, dormir, pedir cuenta a su mujer de las faenas del día y copular en las noches. Cuando llegó el invierno, los señores de *Wuna'apiü* empezaron a sembrar; al caer los primeros aguaceros así lo hicieron. Menos *Siki*. Con grandes burlas, los cuñados de *Siki* decían para que éste oyera:

– Hermanos, vamos a trabajar. No sea que después tengamos que estar pidiendo para saciar el buche de nuestros hijos, como cierto zángano por allí, que sólo se la pasa cohabitando con su mujer sin darle de comer. Ni a ésta ni a los hijos.

Los señores *Wuna'apiü*, muy gozosos sembraron toda clase de semillas, pero aquello no les rendía a causa de sus malas intenciones. Un día *Siki* se cansó de los reproches que le hacían, y silenciosamente se dijo:

«Han sido muchos los días de soportar ofensas; iré a medir mi pulso en el trabajo con mis cuñados, los señores de *Wuna'apiü*, que tanto me han vituperado. Si recogiese sus ofensas, bastaría formar con ellas una montaña enorme; mi extremada flojedad los irrita, pero justamente ahora les probaré quien soy».

Cuando ya estuvo cerca la entrada del invierno, *Siki* se levantó de su chinchorro, bostezó largamente su pereza, estiró su cuerpo entullecido y pidió agua a su mujer para lavarse. Ésta, sorprendida, preguntó:

– ¿A dónde vais? Me sorprende que os hayáis levantado tan temprano, cuando en verdad nunca lo habéis hecho. ¿Habéis tenido algún sueño, o es que algún extraño presentimiento os anuncia un mal agüero?

*Siki* no respondía a las palabras de su mujer; estaba sumido en un mutismo inexplicable. Cautelosamente se dirigió hacia el corazón de un monte, se internó en su fondo y, cuando llegó al sitio conveniente, se detuvo y dijo:

« He aquí el sitio. Ahora comenzaré mi trabajo en una extensión que no tenga límite a la vista; haré que este monte se deshaga en furia contra su propia potencia ».

Y... dicho esto, frotó sus manos, insufló de su boca los cálidos vapores, y de ella brotó el fuego que se extendió a los árboles y consumió a la selva en profusas llamaradas. Así se verificó aquel portentoso que sólo el fuego puede hacer cuando toma fuerzas de su propio impulso en el incendio.

Después que *Siki* preparó el terreno destinado al sembradío, se volvió a la casa secretamente. Empero, sus cuñados lo vieron llegar, y mirándose los unos a los otros de reojo, se dijeron con cara de picara maldad:

– Ahí viene *Makutulain* cabizbajo, mirándose la punta de los pies.

Uno dijo:

– ¿Vendrá de visitar a sus hermanas las peresozas?

Otro dijo:

- No, de seguro viene de vaciar sus tripas en el monte.

Y todos respondían en festivas carcajadas a su encuentro. *Siki* no prestó atención a las mofas, y de nuevo se fue a su chinchorro sin decir una palabra. Llévole agua a su mujer, se lavó las manos, tomó tres sorbos y se entregó a dormir. Esa noche cayó un aguacero que bañó los campos, mitigó la sed de la llanura y humedeció las raíces de las montañas. Al esplendor del nuevo día los señores de *Wuna'apii* se fueron a sembrar.

Llevaron granos de maíz, de frijoles, de millo, semillas de melones, patillas, papayas, calabazas, auyamas, quinchonchos; pero aquellas semillas las habían dañado las carcomas, los gorgojos y los bichos que viven en los granos. Antes de irse a sus conuços, los señores de *Wuna'apii* dijeron:

- Hermanos, echemos en el surco las simientes, no sea que mañana el hambre toque nuestras panzas y corramos la suerte de *Makutulaii*, que vive de pedigüeñas caridades.

Y mientras los señores se fueron a sembrar, *Siki* se quedó acostado en su chinchorro. Al cabo de tres días, la suegra de *Siki* volvió a insultarlo. Llegose hasta el chinchorro donde aquél roncaba, lo batió tres veces y le dijo:

- Tres inviernos han pasado y no os movéis a trabajar. ¿Qué pensáis? ¿Es que voy a poner un *sirapa* que os encorve la cintura y os abulte la cadera? *Maaajua* tu mujer que os llegue a media pierna, un cesto de algodón, un huso y un telar para que os llamen con razón la señorita *Kulamia* mantenida en el hogar. Si no queréis trabajar como hombre, entonces trabajad como mujer, hilando y tejiendo.

Pero *Siki* no se inmutaba; permanecía callado a los insultos de su suegra.

Al cabo de seis días, después de haber caído buena lluvia, *Siki* se acercó a su mujer y le dijo con cariño:

- Afectuosa madre de mis hijos, dadme un poquito de vuestras semillas sobrantes que guardasteis para este invierno. He visto por allá un pedacito de tierra dispuesto al sembradío. Intentaré sembrar unos granitos en ella a fin de lograr una cosechita, para no dejar pasar el invierno en limpio, como todos los años acontece.

Su mujer, conturbada ante aquella iniciativa, le entregó las semillas que ella guardaba en sus taparas contaditas se las dio: siete granitos de maíz amarillo como las siete estrellitas que brillan juntas en el cielo llamadas *Iiwa*; cinco de maíz blanco como los dedos de la mano; seis de tempranito semejantes al *Patiinainaja* del cielo; ocho granitos de millo, cuatro de auyama; cuatro de frijoles; seis de patilla; diez de lentejas, dos de quinchoncho; tantas pocas de papaya, calabazas y melones. Así le dio todas las variedades que ella pudo conseguir.

Se fue sin que nadie se diera cuenta, por entre los montes más enmarañados a sembrar el terreno que tenía en medio del corazón del bosque.

Llegado que hubo, miró la extensión del campo abierto y dijo:

- He aquí la tierra dispuesta a recibir en su seno los frutos de mi portento...

Y diciendo esto, comenzó a desparramar las semillas por todas partes. Primero lanzó las de maíz amarillo; en terreno aparte aventó el maíz blanco; en otro lugar, el tempranito; más acá, los frijoles; más allá, las lentejas; en otro sitio, el millo; en otro, los melones, las papayas, las auyamas, las patillas, las calabazas y quinchonchos. Y así en cada parcela sembró un cultivo diferente.

En poco rato el inmenso labrantío se cubrió todo de granos por un prodigio.

Terminada la faena, *Siki* volvió a casa, se tendió de nuevo en el chinchorro y se entregó al sueño más profundo. A vuelta de diez soles, *Siki* volvió a visitar su sembradío. Y grande fue su alegría al ver que las plantas crecían exuberantes y frondosas.

El maíz tierno aún se extendía flexible a la suavidad del viento breve; el calabazal, el auyamal, el patillal rastreaban sus enredaderas en distintas direcciones. El millo, los frijoles, las lentejas, etc. Todos reverdecían como una verde alfombra que se extendía hasta la ceja de los montes. Regresó *Siki* a su rancho y volvió a tenderse en el chinchorro, hostigado por los señores de *Wuna'apü*, cuyas siembras crecían macilentas y llenas de parásitos dañinos. Después, al cabo de diez días, *Siki* volvió a revisar su sembrado, y grande fue su sorpresa al encontrarlo espigado copiosamente florecido y dispuesto a dar frutos.

Cuando llegó el tiempo de cosechas, los señores de *Wuna'apü*, que antes habían sembrado primero, se pusieron a recolectar los frutos. En aquel tiempo las cosechas para ellos fueron abundantes, pero de mala calidad de los frutos. Los señores cosechaban y llenaban su granero de *Attiee*.

Los señores de *Wuna'apü*, algunas veces para no ser tan duros de corazón con su propia hermana, mujer de *Siki*, le daban una miguita de sus cosechas, no sin antes espetarle en cara sus desprecios:

– Vuestros ojos, cuando miran, dan lástima porque están llenos de hambre. Tomad estas sobras de maíz para que hagáis *Uujolii* fermentado y hagáis sopa, y esta noche respiréis las ventosidades de aquel manganzón que tenéis por compañero. Tomad estas lentejas para que se indigeste y le pique una diarrea galopante después de su hartazgo.

Y bajo aquella repugnante humillación, la mujer de *Siki* aceptó lo que su hermano le daba de mal modo. Ella fue conforme y no guardó pérfida venganza contra sus hermanos, los señores de *Wuna'apü*. Después de haber transcurrido veinte soles de quietud. *Siki* llamó a su mujer y le dijo:

– Mi dulce y fiel compañera, venid al monte conmigo, llevad un cuévano o una mochila a vuestra espalda y vamos a recoger los frutos de mi pequeño conuquito, que ya la cosecha está madura.

Así lo hicieron, y ambos se internaron en el bosque. Llegando al sitio, la mujer de *Siki* no cupo en su sorpresa al ver la inmensidad de aquel sembrado. Subió sobre un tronco para medir con su vista la extensión de los maizales; pero fue en vano; su mirada se perdió en el horizonte por entre el verdor de la campiña, sin encontrarle límites precisos a las grandes plantaciones. Ella, sorprendida, preguntó:

– Marido mío ¿De quién es esto? ¿Quién es el dueño de este campo tan inmensamente cultivado? ¿No nos apalearán por meternos en esta posesión ajena?

Él le respondió:

– No preguntéis. Tomad de allí los frutos que más te gustéis y vamos que la noche se acerca. Y ella, toda desconcertada, cogió grandes mazorcas de maíz, papayas enormes, patillas pintonas, melones olorosos y todo cuanto pudo llevar a casa.

La suegra de *Siki* comió y se hartó aquella tarde sin saber de dónde habían traído aquellos frutos. Aquella noche, *Siki* dijo a su mujer:

– Id mañana a mi sembrado y convidad a vuestra madre para que recolecte y coma de los frutos que más le apetezcan. No temáis por los demás, porque aquel vasto sembrado es mío; lo trabajé con mi pulso y con el sudor de mi frente a la sombra de muchos desvelos.

Esto dijo *Siki*, sin abundar en detalles, puesto que era muy parsimonioso en las palabras. Al siguiente día, *Maajua* invitó a su madre y ambas se fueron al bosque. Y cuando llegaron, la vieja se sorprendió tanto que casi le faltó resuello y se le aflojaron las piernas. Pero su hija la confortó diciendo:

– Madre, no temáis. Esto es nuestro, disponed de ello a vuestro antojo; todo esto que veis es trabajo de mi marido a quien vos no cesasteis de insultar por su flojera.

La vieja sintió vergüenza en su corazón y se estremeció de rubor. Se palpó la frente como si quisiera despertar de un sueño ante un caso realmente maravilloso. La vieja, en el desenfreno de su emoción, quería saber hasta dónde se extendían los límites de aquel sembrado, y para satisfacer su curiosidad, se apartó de su hija un trecho bastante largo y se alejó entre los maizales a medirlos con sus pasos. Mientras se alejaba, se decía a sí misma con mala intención:

«Este maizal es toda mi fortuna, serán ricos mis hijos, los señores de *Wuna'apii*. Ahora les daré parte cuando llegue a casa, para que se hagan dueños prontamente. Seremos poderosos y nunca más sentiremos hambre. En cuanto a *Siki*, lo venceré mediante un veneno que sólo yo sé administrar».

Esto decía la suegra de *Siki* mientras iba recorriendo los sembrados. Era tanto lo que había, que no sabía qué comer primero, ni porque frutas empezar. Veía las patillas y, en vez de comerlas, sólo las mordía y las botaba; estrujaba las papayas y enteras las dejaba; arrancaba los melones y sólo los olía y los botaba; las panojas de millo las tronchaba, pero en el suelo las dejaba cuando veía otras espigas más hermosas. Y en esta forma aquella vieja se sació las manos, las narices, los ojos, la barriga y toda la sed de su codicia.

Ella se había entretenido tanto en caminar, que olvidó que se alejaba más y más del lugar donde su hija la esperaba, y ya cansada, trató de volver al punto de partida, diciendo:

– ¡Ah! Esto no tiene fin; será mejor que me regrese... Y cuando trató de encontrar camino, se extravió en los maizales, se enredó en los auyamales, se trabó entre los yucales; y cada paso que daba un tropezón se pegaba. Había perdido el rumbo, estaba desorientada y

perdida en medio de la extensión de aquella sementera floreciente.

Cuando trataba de andar un trecho, se confundía y volvía de regreso al mismo punto. En vez de acercarse, se alejaba tragada por la exuberancia de la vegetación. Cuando ya la noche se acercaba, llamo a su hija con desesperados gritos:

–¡Koooouuuu...! ¡Koooouuuu...! ¡Hija mía, estoy perdida! ¡Koooouuuu...! ¡Koooouuuu...!

Pero la hija no escuchaba porque estaba lejos, y sus gritos se perdieron en la soledad de aquel paraje maravilloso que cada vez se hundía entre la noche. Así estuvo la vieja perdida varios días, varias noches, hasta que, ya cansada de vagar, trepó a un árbol, de donde empezó a gritar con todas sus fuerzas:

–¡Koooouuuu...! ¡Koooouuuu...!

Hasta que por fin quedó habituada para siempre a vivir sobre los árboles, al convertirse en un ave de rapiña que hoy llamamos «*Yoto*» en nuestro idioma. Esa ave crepuscular suele quejarse en las mañanas y los atardeceres, con un grito lastimero de: ¡Koooouuuu...! ¡Koooouuuu...!

Así fue castigada la suegra de *Siki* por causa de su maldad. Después de acontecido esto, los señores de *Wuna'apii* se ensoberbecieron contra *Siki*, quisieron matarle; pero fueron castigados. Y sufrieron las hambres más terribles, se acabaron sus cosechas, enflaquecieron sus carnes, se entecaron sus cuerpos y se nublaron sus mentes. Desde entonces se regaron por los montes como plagas invasoras, robando, destruyendo los sembrados y asolando los montes.

Cuando trataron de invadir los sembrados de *Siki*, fueron cambiados sus aspectos y convertidos en animales dañinos. Así fueron castigados los señores de *Wuna'apii* al ser transformados en ardillas,

pericos, bachacos, hormigas, langostas, ratas, saínos y demás animales montaraces que desde entonces destruyen los sembrados.

Después de aquello, *Siki* vivió tranquilo varias lunas disfrutando de sus cosechas, hasta que de él se enamoró una joven hermosa cuyo nombre no da la tradición, pero que presumiblemente fuera la paloma llamada *Mouwa*. Ella, ansiosa de amor, lo perseguía, lo asediaba en todas partes para darle la miel de sus caricias. Pero él, caso no le hacía, y atenciones nunca le prestaba para no ser infiel a su mujer, la bella *Maajua*. Sucedió una vez que, estando *Siki* bajo un árbol reposando, dormitando su modorra con la cara apoyada entre las manos, cuando de pronto la joven enamorada se le acercó por detrás en puntillas de pies para asustarlo. Se le acercó poco a poco, y con sus dedos de un fuerte cosquilleo le puyó las costillas.

*Siki*, intempestivamente, pegó un sobresalto, y el brinco le hizo soltar tremendo cuesco. Aquello lo avergonzó tanto que al instante corrió desesperado a esconderse entre los montes para no dejarse ver de la muchacha. Mas ella trató de perseguirlo para calmar su ánimo asustado, pero *Siki* corría vertiginosamente... hasta que por fin se ocultó entre los matorrales de su huerta. Allí quedó escondido, temeroso de que su presunta admiradora lo descubriese. Desde entonces fue tímido y asustadizo.

Pero *Siki* tenía en su huerta una pala maravillosa con la cual, en poco tiempo y sin el menor esfuerzo, limpiaba grandes extensiones, y con ella se puso a trabajar. Y cada vez desherbaba con su extraordinaria pala levantaba grandes polvaredas como lo hace el viento cuando barre el suelo.

Un día, estando en tal faena, lo sorprendió *Jamü* (El Hambre), quien andaba de ronda por los montes, y dijo al hombre tocándole en la espalda:

— ¿Y vos no sois el haragán que ha poco cambiábais de lugar, tan pronto el sol mudaba la sombra de vuestra enramadas?

*Siki* escuchó la voz; pero... cuando se volvió para ver el rostro de quien le hablaba, fue tanta su sorpresa que arrojó la pala de inmediato y se dio a correr... El hambre era tan feo y tan atroz, que *Siki* no pudo soportarlo, y así corrió, hasta que se metió en el tronco de un cauajaro, de donde nunca más volvió a salir. Desde entonces la madera de este árbol, llamado *Koushot*, tiene propiedad igniscente y produce fuego al frotarse artificialmente.

Y agrega la leyenda que la polvareda que producía *Siki* al desherbar no es más que el humo que precede al fuego antes de encenderse. Y como el fuego se refugió dentro del cauajaro, desde entonces toda la leña, todo palo, sirve de combustible al fuego. Ese fue el destino de *Siki*, el más grandioso elemento que jamás el hombre haya podido conseguir.

La suerte de *Maajua*, mujer de *Siki*, no fue menos tremenda. Ésta, cuando supo la desaparición de su marido, se dio a buscarlo desesperada. Por todas las partes lo buscó, pero todo era imposible y *Siki* ya no existía. La pobre mujer lloró tanto, que no quiso vivir más. Abandonó su casa y se internó en el bosque, gritando:

— Amado mío, las noches frías me hielan el alma cuando tú no estás. ¿Dónde estáis? ¡Dadme el calor de vuestro amor!

Pero todo era en vano, y así lloró en los montes las amarguras de su dolor hasta que un extraño prodigio la convirtió en el ave llamada Perdiz Bola, que suele gritar en las noches calladas:

— ¡Ja... Ja... Jauuu... Ja... Ja... Jauuu!!

Ese fue el destino de *Maajua*, quien grita en los montes llamando a *Siki* sin tener nunca la esperanza de volverlo a ver. Dice esta leyenda que desde entonces los guajiros conocieron el uso del fuego mediante el sistema de frotación artificial, al liberar la energía acumulada de *Siki* en dos varitas de cauajaro, de olivo y otras plantas igniscentes.

## LOS DOS VIAJEROS

Éranse dos cuñados que una vez decidieron hacer un viaje muy lejano. Ambos eran de apariencia zoquetona, pero muy avispados en el fondo. Y tal vez sin quererlo iban a probar sus habilidades en su viaje. El uno decidió llevar cierta provisión de boca a escondidas de su compañero. El otro, nada. Ambos se pusieron en camino, y así anduvieron en marcha todo el día sin comer ni beber; hasta que los alcanzó la noche en un paraje muy distante, llegado que hubieron a tal sitio, se apearon de las bestias, las desensillaron y las manearon para que mordisquearan las hierbas secas del paraje.

Ellos, por su parte, colgaron sus chinchorros para descansar y pasar allí la noche. Prendieron fuego para calentarse y alumbrarse; hasta que al fin, después de una breve conversación, decidieron dormir. Pero ambos caminantes no llevaban la intención de dormirse temprano porque eran muy sospechosos y desconfiados. El uno se arropó, se hizo el dormido y se puso en acecho. El otro se acurrucó en el chinchorro y se echó a roncar para que así lo creyesen dormido.

Después de un rato, en que todo vino a su quietud, el del avío desató su mochila, echó mano a su comida y empezó a comer con avidez. El otro, dándose cuenta de todas las acciones de su cuñado, no con cierto disgusto. Hasta le deseó una pesadilla y una fuerte indigestión. Primero comió carne cocida *Tulujushi* con yuca y queso de cabra; luego se empinó una teparita de leche cuajada (*kojósii*) con bollo de maíz. Todo esto lo hacía el glotón, acostado en el chinchorro y envuelto en la cobija. El otro solamente oía el chasquido de las muelas, el saboro del paladar y el ruido del gañote de su cuñado que comía solo.

Un buen rato estuvo comiendo el uno y oyendo el otro. Hasta que al fin, después de hartado, el comelón se echó a dormir con la barriga llena.

Al día siguiente muy temprano, ensillaron sus bestias y volvieron a emprender la marcha sin dirigirse una palabra.

Después de andar un trecho bastante largo, hubieron de pasar por un lugar solitario. Entonces el que había comido preguntó:

– ¿Cuñado, cómo se llama este sitio?

Y el otro, escondiendo su indignación, le respondió ingenuamente:

– Se llama *Jaijerma'ana* (Comesolo). Porque antes vivió aquí un pariente mío que no gustaba compartir su comida con nadie. Y como era hombre muy afamado en comer solo, siempre lo hacía de noche para no ser visto. Por esto pusieron a este sitio el nombre de «Comesolo».

– ¡Aáa! –respondió el otro-, sin recelo alguno, creyéndolo cierto.

Los viajeros continuaron su camino sin hablar. Hasta que, ya muy distante, llegaron a otro sitio desconocido. Y el que había comido preguntó de nuevo:

– ¿Cómo se llama este sitio, mi cuñado?

Y el otro le respondió prontamente:

– Esto lo llaman *ko'oyooma'ana* (El encobijados). Porque aquí vivía un hombre que acostumbraba envolverse en la cobija para comer.

Desde entonces este sitio lleva tal nombre.

– ¡Caramba! –exclamó el otro con un poco de sorpresa. Así anduvieron callados bajo el fuerte sol del mediodía, hasta que llegaron a otro paraje desconocido. A lo cual el necio volvió a importunar con sus preguntas:

- Y este sitio, ¿cómo se llama?

Y el otro, aunque muy hambreado, pero sin perder la paciencia, le respondió:

- Esto se llama *mokótoma'ana* (Bocallena). Así se llama, porque aquí vivió el marido de una hermana mía que se engullía de un bocado la yuca, la carne, la leche y demás cosas. Cuando masticaba se oía el chasquido de sus muelas como piedras de moler, y sus tragantazos no dejaban dormir a sus vecinos. Desde entonces, sin exageración ninguna, este lugar se llama «Bocallena»

- ¡Aáa! sí... Qué curioso nombre -respondió el otro- dándose cuenta de que todo cuanto refería su cuñado ajustaba exactamente a su mezquina lealtad.

Así aguantó callado y no volvió a preguntar, por temor a las indirectas y sarcasmos de su cuñado. Después de andar y más andar, pasaron por un sitio bellissimo, lleno de arboledas y verdes pajas que los jamelgos descogollaban a su paso. Entonces el impertinente no resistió la tentación de volver a preguntar:

- ¿Cómo se llama este lugar tan hermoso, cuñado?

A lo cual el cuñado respondió:

- Esto lo llaman *koutínama'ana* (El Callado). Porque aquí vivía un hombre que cuando comía no hablaba; y sólo esperaba que las personas que estuvieran junto a él se durmieran para comer tranquilo y callado.

- Por eso, este lugar de tan hermosos paisajes se llama «El Callado».

- ¡Aáa! Pero qué nombres tan curiosos tienen estos lugares -respondió el otro acordándose de sí mismo.

Así anduvieron hasta que últimamente, ya en la tarde, llegaron al sitio donde pernoctarían la segunda noche. El zoquete siguió con sus maniáticas preguntas:

- Y este lugar donde vamos a dormir, ¿Cómo se llama? El otro, que ya se iba a desmayar del hambre, respondió:

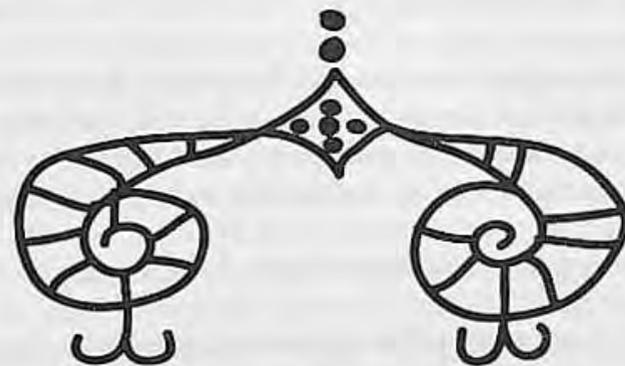
- Esto se llama *kasalerna'ana* (El Tragón). Porque en otro tiempo vivió aquí un tipo que entre más comía más tragaba; y nunca se llegó a atorar con tanta comida al mismo tiempo.

Y el compañero, indignado, le replicó:

- ¡Basta!, cuñado. No me ofendas más. Que todo me lo has dicho claramente. Ya lo entendí.

Y el otro, lanzando una carcajada contestó:

- Cierto mi cuñado, por mí has conocido esos lugares para que, cuando se te ofrezca comer, te acuerdes de tus compañeros.



*Laa outta wopu*: Los puntos representan dos Wayuu sentados conversando en la punta del cerro. Las demás figuras representan los caminos y los jagüeyes. Figura usada básicamente en cerámica.

## SHOKOTO BUSCA MUJER

Temiendo *Shokoto* llegar a ser un solterón, bochado por mujeres advenedizas que le comieran la comida y le cargaran el morral, resolvió buscarse una buena compañera. Pero, ¿con qué la mantendría si era un perfecto manganón?

Pero nada menguó su voluntad; llamó a su madre y le dijo:

– ¡*Maache!*... No resisto estar más tiempo sin mujer. La soledad me embarga, las noches se me hacen pesarasas. ¿Por qué no vais a pedir la hija de *Wayalaakuat* para que me sirva de costilla? Sabrás que ella tiene una guapa señorita recién salida del encierro y que me gusta mucho. Es bueno andar con tiempo antes que llegue un ricachón a pedirla como mujer. Llevad una sarta de peonías que semejan cornalinas como garantía de mi palabra. Decidle que al cabo de lunas, todo quedará resuelto de acuerdo al pedido que ella haga por su hija. Así fue. La vieja tomó las sartas de peonía y salió a pedir la mano de la hija de *Wayalaakuat*.

– No es por otra cosa que he venido. Yo soy la madre de *Menemem-tico*, el hombre más rico de La Guajira. Sabiendo que tenéis una hija casadera, vengo a pediríla para mi hijo. Él ha enviado esta cesta de corales para que las toméis como garantía de sus buenas intenciones.

– Entonces *Wayalaakuat* habló de esta manera:

– Sí, tengo una hija que ha salido del blanqueo y no tengo porque retenerla si me la piden. Yo sé que la cosa que lleva entre sus piernas no es para guardarla como semilla, ni mucho menos como prenda. Así pienso también que los frutos que llevan los machos colgados en sus verijas es comida de las hembras y la fruta que llevan las hembras

entre pierna y pierna es comida de los machos. Mal haría yo con estar reteniendo algo que ni es mío ni es de ella, sino del varón que la pida.

– A ver, ¿Es muy rico vuestro hijo? –preguntó *Wayalaakuat*.

– Sí, es riquísimo. Imaginad que yo soy su madre y tengo para mi nuera todas las prendas conocidas. En cinco mochilas colgadas en el techo de mi rancho, tengo: *Kakunna* de *Tu'uma*, *Kariineta*, *Kurula-ashí*, *Püla'aulía*, *Walirinña*, *Peerinña*, *Sattepia*, *Arraraiyaa*, *Kalie'Eyaa*, *Skichiyaa*, *Jashireinña*, *Iperrü'uya*, *Wou'waya*, *Aliitasiayaa*, *Woyowoyotsh*, *Molokoonaya*, *Matupalauta*, *Massiyaa*, *Wai'ichi* (Brazalete), *Kokokii*, *Müsiou*, *Wüito'oulu*, *Jánuushi*, *Parrirria*, *Kashíaa*, *Rojoyoo*, *Morrochoira*, *Kushijana*, *Aisiiru'u*, *Kasuwot*, *Yüli'ita*, *Kairülee*.

Y así dijo todos los nombres de las prendas conocidas, para que *Wayalaakuat* se impresionara de sus grandes riquezas. Luego, *Wayalaakuat* dijo, alegando una serie de razones:

– Daréis buen precio por mi hija. Vos, como mujer que sois, recordad los trabajos que he pasado con mi hija. En mi vientre durmió durante nueve lunas. Se alimentó de mí sangre y me desgarró las entrañas.

– Cuando la parí, sufrí, grité y derramé sangre. Luego tuve que alimentarme y desvelarme con ella durante muchas noches, soportando sus llantos, sus berrinches y estrujando mis pechos cuando quería mamar; orinó mi regazo, ensució mi ropa. Luego trabajé duro para alimentarla, hasta que se hizo grande, hermosa y agraciada. ¿Creéis que todo eso vale poco, para que un cualquiera la disfrute sin antes haber compensado mis trabajos? ¿Acaso es justo trabajar en balde para otro? No, todas las riquezas del mundo no serían comparables a lo que yo he sufrido para levantarla. Entonces, cuando tenga que buscar hombre, ya no aportará sus beneficios para mí; atenciones serán para su marido; estará junto a él, a su cabecera, brindándole su ternura y su cariño. Le colgará el chinchorro cuando llegue jadeante del trabajo, se acostará con ella, y por último será madre de sus hijos. Luego la madre de *Shokoto* preguntó:

- ¿A cuánto queréis que llegue la dote de vuestra hija?

- Pues su precio con garantía virginal es: un sartal de cuentas de cornalina que le cuelgue hasta el ombligo en dos vueltas, veinte vacas de vientre, dos corrales de carneros, cinco mulas, diez caballos y dos barriles de ron. Como véis, no es excesivo. Es un precio bastante justo.

Después de este palabreo, la madre de *Shokoto* entregó a *Wayalaakuat* el collar que cerraba el compromiso. Después, *Wayalaakuat* fue donde su hija y le dijo:

- Hija, os han venido a pedir y ya he concertado el compromiso.

- Madre, yo no quiero tener marido. No quiero entregarme a ningún hombre que siembre muchachos en mi vientre, ni que venga a castigarme por comida, ni a soportarle su tufo de aguardiente cuando llegue de sus locas borracheras.

- ¡Callada!... No hay réplica que valga, es un hombre rico quien te pide. Lo aceptaréis por las buenas o por las malas.

Cuando llegó el día del casamiento, *Shokoto* había hecho una colecta entre sus amigos. Y así logró reunir cinco vacas y diez carneros, que solamente le servían para acostarse con la joven la primera noche. Ya que sus intenciones eran raptarla y llevársela bien lejos. Cuando llegaron los parientes y familiares de la muchacha, comenzaron los ajetreos de la fiesta. Entonces la vieja *Wayalaakuat* preguntó:

- ¿Dónde están vuestros familiares y acompañantes?

- ¡Ah! Ya vienen en camino, llegarán al anochecer. Vienen arreando una punta de ganado. Me he adelantado a ellos porque deseo ver a mi prometida e impartir las órdenes de la ceremonia. Cuando la muchacha vio a su futuro esposo, sintió repugnancia porque era demasiado feo.

Llorando en su aposento la encontró su hermano y le preguntó:

- ¿Por qué lloráis, hermana mía?

- Lloro porque no quiero tener marido, y menos a un hombre de tan mala catadura como ése.

Entonces el hermano le dijo:

- Hermana, yo creo que ese hombre es un impostor. Vino a pie, no tiene buena manta, no tiene cinturón decente. Ni pañuelo, ni sombrero. Solamente lleva un guayuco sucio, sujeto a la cintura por un rebenque de cabuya. La madre tiene cara de mueca.

- ¿Qué debemos hacer?

- Pues se me ocurre una idea- dijo el joven.

- Dadme vuestras ropas y me vestiré de mujer. De lo demás me encargare yo.

Así fue. El muchacho se disfrazó, se vistió con las ropas de su hermana, se ciñó la *Sirapa*, se caló un guayuco ancho y guardó en sus verijas un cangrejo envuelto en trapo.

Al llegar el momento culminante, *Shokoto* acarició a quien creía su novia y le dijo:

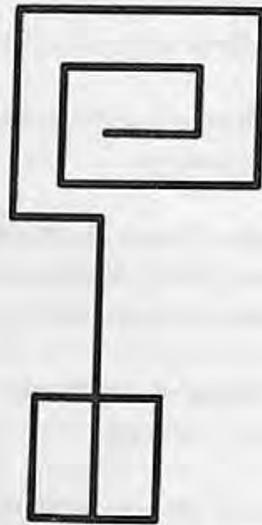
- Esta noche dormiremos enlazados, contandito los luceros bajo el resuello jadeante del amor.

Así fue. Colgaron afuera sus chinchorros, y cuando iba a copular con ella, el muchacho zafó la *Sirapa* y bajó el Guayuco. En ese momento, el cangrejo saltó y le clavó las tenazas en el miembro. *Shokoto*, al sentir la terrible mordedura, lanzó un chillido seco:

– ¡Teera teec... Teera teee... Kasaé Ekakan...!

Y salió desnudo dando tumbos con el cangrejo pegado del pene sin podérselo soltar. Cuando la gente oyó aquellos gritos desesperantes, se desbandaron por entre los montes dejando el casorio a medio andar.

Dicen que a raíz de aquel percance, le quedó el miembro encorvado como un gancho, y desde entonces por apodo lo llamaban *Shokoterai* (pene torcido).



*Uuchiirua: Figura de algunos de los cerros del Alta y Media Guajira. La figura o este tipo de diseño generalmente representan los cerros y básicamente se usan en cerámica.*

## OUNAA (EL VIAJE)

Voy por una vereda estrecha que se prolonga en medio de la selva. Me acompaña mi padre, que viene detrás desgajando algunas ramas de la tupida vegetación que obstruyen la senda. Tras mi padre viene un hombre a caballo, profusamente vestido con su atuendo de gala. Voy delante, pero a medida que camino, presiento que el tercero de la fila, el hombre de a caballo, es mi padre nominal, que todavía sobrevive a su enfermedad. Me da miedo voltear la cara para verlo, sé que viene envuelto en una penumbra conversando animadamente con mi progenitor.

Llegamos a una alambrada, quizás de qué anónimo propietario de tierras, bosques y ríos. Digo entonces a mi padre:

– Tata, pasemos esta alambrada de púas, pero déjame cruzar agazapado ese camino limpio que está del otro lado, porque al poniente de esta zona está la mansión de un amigo mío, el cual está tomando aguardiente con sus huéspedes. Sabrás que, si logra verme, me invitará a libar licor, cosa que en estos momentos no quiero hacer porque necesito el tiempo para saldar mis compromisos.

Mi padre aprobó mis razones, y luego agregó:

– Pasa tú primero. Espérame en la otra orilla del camino, que yo también tomaré prisa en hacerlo.

Entonces pasé la alambrada. Me escurrí a gatas para no ser visto, y a duras penas crucé el camino. Mi amigo, el de la mansión hermosa, sentado en un chinchorro, hablaba fuerte disfrutando con sus invitados la jocosidad borrachera. Mi padre, luego de pasar el alambre, cruzó

el camino blanco y limpio. Tuvo suerte de no ser visto. Más, cuando estuvimos juntos de nuevo, reímos de nuestra ingenuidad y olvidamos a *Sibbotta*. Luego seguimos rumbo al norte por un camino ancho, recto y sembrado a los lados por verdes hierbas y flores variadas. La amplitud de aquel camino hallábase saturada de una tenue neblina que lo hacía incomparablemente bello; parecía encontrarnos en un ambiente primaveral con árboles, mariposas y aves. Yo conversaba de cosas que no recuerdo; mi padre, sonreído, hacía recuentos pasados, hasta que al fin el camino terminó bruscamente en una barrera de oscuridad extendida a nuestra vía como un muro gigantesco de noche espesa. Nada vieron mis ojos en aquellos instantes, quedaron vacíos de repente como si no existieran en mí. Luego mi padre me sugirió que recogiese palos, los uniera en haz y los encendiera como antorcha para abrir con luz una brecha en la oscuridad. Yo seguí los consejos de mi padre; tomé a tontas y a locas los palos que estuvieron a mi alcance, los uní y luego los encendí no sé cómo; lo cierto fue que hubo lumbre a nuestro paso.

Luego de haber caminado algún trecho se unió a nuestra marcha un hombre que no pude reconocer, ya que caminaba cabizbajo y a cierta distancia de nosotros. Ese hombre llevaba una mochila sobre uno de sus hombros, y tras un ademán muy sutil se la entregó a mi padre, quien sacando lo que contenía me dijo:

– Toma esta carne y esta tapara con chicha; es nuestro avío. Coge aquella carretilla y llévala en ella; lo mismo harás con la antorcha; introdúcela en la botijuela ancha de boca angosta y llévala para que alumbre nuestra vía.

Acto seguido cumplí aquellas recomendaciones. Tomé la carretilla vieja, de palo; coloqué sobre ella la botijuela y el avío. Y seguimos la marcha. Luego llegamos a un valle. Había montañas azules en los contornos. Los flancos de los montes estaban tapizados de una superficie azul y sinuosa, que se extendía más allá de lo que nuestras vistas podían alcanzar.

Un manantial caía suavemente por una pendiente. Había guijarros y arenas limpias en su cauce. Su murmullo era silente; las aguas eran cristalinas. Intuí que podían haber sido lágrimas de los desaparecidos, brotadas del fondo de la tierra saturada por las lluvias de los sueños premonitorios. No pude lucubrar más allá de lo que para mí era imposible comprender.

A poco asomó un paisaje luminoso, de sol sin calor, de día sin tiempo, sin prisa. Vimos viviendas antiguas, hechas con técnica pasada. La maravillosa uniformidad de su disposición me hizo recordar una aldea donde todo era posible. Un laberinto de casas bien dispuestas: viviendas pequeñas, grandes, ordenadas en calles, destartaladas unas, confortables otras; de material variado, con trojas interiores, en zancos, embarradas, de una o dos vertientes; no sé qué más. Cada vivienda tenía su cementera de frutos variados: yucas, frijoles, patillas, melones, plátanos, auyamas y otros más.

Cada parcela era un hontanar de silvestres extensiones donde también había animales domésticos y salvajes disfrutando su existencia. Los habitantes de aquel valle parecían practicar la solidaridad, la convivencia; así los vi junto al fuego.

A la humareda de los fogones, en amena tertulia frente a sus calderos de barro donde preparaban sus alimentos. Donde comentaban sus historias. Así, a la vista de aquellos maravillosos pobladores, cruzamos los caminos de arena blanca. Las gentes nos veían pasar con sorpresa. Se admiraban de nuestro porte, todos nos dirigían las miradas para comentar en silencio nuestra presencia. Entonces yo me sentí ruborizado, temeroso. Una desagradable sensación corrió por mi cuerpo. Y mi padre luego me dijo:

– No te preocupes, hijo mío; en esta tierra vivo yo junto a la que te dio el ser. Allí más adelante está mi vivienda. Aquella que siempre veías: grande, embarrada, con techo de palma real, espaciosa y bien equipada de todo lo necesario. Vamos, ya es tiempo de que lleguemos para que saludes a tu madre.

Aquellas palabras de mi padre me hicieron más diligente y animoso. Corrí veloz con mi carretilla; la llama de la antorcha ya no tenía razón de ser, pero, sin embargo, continuaba ardiendo contra el viento y en medio de la claridad diurna. Así cruzamos una calle de arena, una avenida de pedruscos, una vía polvorienta. Y los que me seguían también iban de prisa, pero sin correr. Subí por las laderas de una colina, bajé, hice recorridos zigzagueantes hasta que llegué a una loma pelada de poca altura. Allí estaba la vivienda de mi padre y de mi madre.

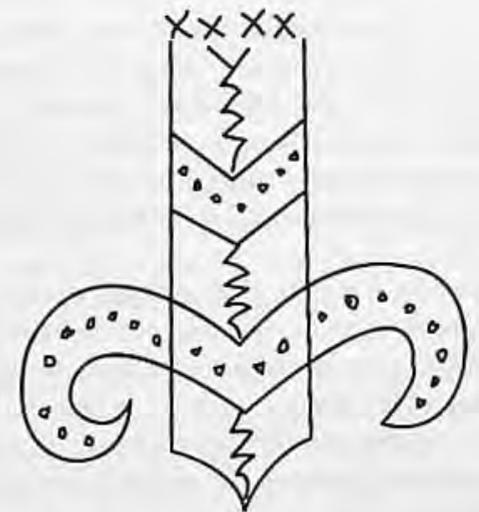
Tan pronto llegué aventé la carretilla con violencia, reparé todo el pasado que viví durante mi niñez y mi juventud junto a mis padres. Era un patio espacioso lleno de trastes, estrebejos y todo el menaje que una vivienda indígena puede tener. Vi la enramada vieja de palmas, la pieza grande de paja de barro. Las cosas insignificantes que se ven. Todos los alrededores me parecían tan familiares lo mismo que hacía veinticinco años atrás.

La observación fue breve, muy breve, lo suficiente como para respirar y tomar aliento en un momento de jadeo. Así vi a mi hermana con el torso desnudo, las tetas al aire y sus genitales cubiertos sólo por las enaguas que hasta entonces solían usarse hasta las rodillas. Saludó a mí padre con efusión. Se le fue encima, lo abrazó con ternura y murmuró palabras de cariño (mi hermana no ha muerto); no así conmigo, ni con el hombre que nos había acompañado desde la oscuridad remota; le fuimos indiferentes. Luego mi padre, indicándome la puerta de entrada de la casa, me convidó hasta ella para ver a mi madre. Ambos, mi padre y mi hermana, se encaminaron primero; yo quedé rezagado. Creí ser descortés con el compañero y lo esperé para entrar juntos.

Y luego él se acercó, y llevaba un sombrero de fieltro oscuro de alas extendidas que cubría todo su rostro. Lo llamé con insistencia. Llevaba un saco gris. Iba de guayuco con las piernas flacas al descubierto. Entonces me acerqué para verlo mejor en la confusa neblina de la opacidad de mis ojos.

Y... ¡Oh!... ¡Qué terrible señor! ¡Qué horror padre!... Las órbitas de sus ojos estaban vacías, huecas, profundas. Todas las sombras inimaginables estaban agolpadas en su profundidad. Sus dentaduras parejas y lisas conformaban en fila el cerco de sus mandíbulas. El hueco de su nariz y la blancura de su carota de pronto descubierta me impresionaron tanto que grité con horror, con miedo terrible, con pánico de muerte frente al muerto que al momento me abrazaba con sus brazos huesudos y sus manos frías.

Mi grito fue la consumación de mi pesadilla. Había llegado en sueños a la Mansión de los Espíritus que moran en *Jepira*.



*Wayuu Jepiramüin outushi: La figura representa el alma de los wayuu muertos que van a Jepira, en zig-zag los relámpagos que acompañan ese viaje. Figura usada principalmente en cerámica.*

**NUCHUKUA WALIRU**  
(LAS AVENTURAS DEL ZORRO)

Había un hombre despiadado y astuto que pasaba el tiempo trampeando a sus vecinos. Era feísimo, trompudo, de ojos saltones y orejón. Mantenía asolando los sembrados y los ranchos que visitaba. Su madre, de vetusta edad, no quería soportarlo más, y no le daba de comer por ser haragán hasta el extremo. Una vez, cuando el hambre le torció las tripas, dijo a su madre:

– *Maachee*, hoy tengo ganas de trabajar. Prepárame algo de comer que voy a labrar la tierra para sembrar tus granos de tempranito.

La madre, aprovechando las repentinas ganas de trabajar que tenía su hijo haragán, buscó un poco de maíz y se lo dio. Le preparó una tapara con *Uujolii*, una torta de maíz y un poco de carne asada para que comiera en el día. El hombre, llamado *Koisit* por su guayuco largo y deshilachado, salió aquel día muy ufano a trabajar. Pero las intenciones de *Koisit*, no eran labrar la tierra, sino engañar a su madre, haciéndola creer que pasaría el tiempo limpiando su huerta. Además, era una manera fácil de obtener la comida que le negaban.

Cuando llegó al sitio escogido para su plan, prendió una fogata y se puso a tostar el maíz que llevaba para sembrar. Cuando se hubo hartado con la comida que llevó, se acostó entre un tupido mayal y allí durmió la siesta. Todos los hombres de las comarcas vecinas sembraron afanosamente aprovechando la caída del invierno. La vieja, por su parte, canturreaba de contenta, pensando que su hijo guapeaba con la tierra.

Ya en la tarde, cuando calculó la hora de soltar el trabajo, *Koisit* llegó a casa, se hizo el disgustado y luego dijo con enfado:

– *Maachee*, no sembré nada. Fue muy poca el agua que cayó en nuestra huerta. Fue una lluvia muy ligera que ni siquiera humedeció la tierra. *Juyá* es injusto, sólo tiene preferencia por unos pocos. Y para colmo de todo, el maíz que me diste se lo comieron las perdices. ¿Qué haremos ahora? La madre comprendiendo la mala suerte de su hijo, respondió:

– No importa. No debes preocuparte; los vecinos nos prestarán una parcela, y luego les pagaremos con las cosechas que obtengamos.

El hijo convino y todo quedó arreglado.

Al día siguiente, muy temprano, *Koisit* volvió a decir:

– *Maachee*, prepárame el avío, que iré a sembrar la huerta de mi amigo *Apüachi* (Zorro Guache).

La madre le preparó esta vez un sancocho de gallina, una tapara de leche y una pelota de queso de cabra. Luego cogió maíz tempranito, lo echó en el morral y lo entregó a su hijo. Éste muy contento, se fue al sitio donde solía permanecer durante el día, y allí comenzó a comer despreocupadamente. Hecha la hartazón, se acostó a dormir, no sin antes haber tostado el maíz destinado a la siembra, y comíendolo con leche. Cuando llegó la hora de regresar a casa, inventó otra mentira. Jadeante, nervioso, erizado el pelo y todo tartamudo, dijo:

– *Maachee*, mala suerte la mía; tuve un altercado, he matado un hombre en la parcela donde estaba trabajando y tuve que abandonarla en el instante. No volveré a ella, tengo miedo de que sus familiares cobren venganza y me maten. Y él, todo angustiado y fingiendo su intención, se deshizo en llanto para que su madre le creyera. Ésta dijo entonces:

– No lloréis, hijo mío. Buscaremos otro sitio que mejor nos convenga. Y después de referirle consejos vividos de su experiencia, se fueron a

un sitio húmedo y lluvioso, pero bastante escondido entre los montes. Allí encontraron una parcela limpia, sin malezas y sin brozas; solamente lista para enterrar los granos. Y dijo la madre de *Koisit*:

– Aquí llovió bastante. Mañana sembrarás. Apresúrate en hacerlo; mira que tengo ganas de comer guapitos y mazorca tierna con leche y queso.

A la mañana siguiente, su madre le preparó una pimpinita de Binaria (patilla fermentada), un poco de carne mechada y unos huevos de iguana bien cocidos. Además le dio el maíz que tenía que sembrar. Ya eran los últimos granos que le quedaban.

*Koisit* se puso en camino, y cuando llegó al comedero, comenzó a manducar a carrillos llenos y a tostar el maíz para comerlo como postre. Después, tal como siempre hacía, se acostó apipado a dormir su siesta. En la tarde, al regresar del campo, la madre le preguntó:

– ¿Sembraste el maíz?

– Y él respondió:

– No, madre. El terreno es muy grande y el maíz que me diste no alcanzó para cubrirlo todo. Quiero más.

Y ella, sin ninguna sospecha, le volvió a dar otra *Ita* de maíz. Pero esta vez, le dijo:

– ¿Por qué no me llevas a la huerta? Así terminaremos más rápido el trabajo.

– No, madre. No vayas, los indios *Kosinas* son muy bravos y pueden flecharte. Además, los malos espíritus merodean por aquel sitio y pueden hacerte un mal; pero no te preocupes, que pronto la siembra estará lista.

La vieja, convencida, se quedó. Pero los vecinos le decían:

– Madre de mi amigo; tu hijo tiene el camino apisonado y limpio de tanto ir y venir a la parcela sin que veamos nada de provecho de su trabajo. Ya nosotros estamos recogiendo las cosechas. ¿Cuándo habrán de recolectar ustedes? Ya estamos en el tiempo de la maduración.

La vieja, al oír estas razones, se fue tras las huellas de su hijo para ver su sembradío. Pero antes, preparó comida para llevarle. Una costilla azada, una torta de maíz millo, una mazamorra hecha con harina de yuca y leche, y una múcura de *Uujolü*.

Hecho el preparativo, se fue muy oronda al sitio de la siembra. Pero... cuál no sería la sorpresa de la vieja al ver su hijo roncando la siesta con la barriga en alto y aventado de la comilona. A su derecha, como sobras, estaba el maíz tostado hecho cotufas (gallitos) calentándose en el tiesto.

– ¡Ateneceee!! (Caramba) –exclamó la vieja. ¿Será posible que este miserable me haya engañado tronchando mis deseos de comer jojotos y guapitos?

Y parada, observándolo un buen rato, se quedó, hasta que se le agitó la bilis y le aventó la múcura en la cabeza para aplastarlo. Inmediatamente, *Koisit*, al sentir el golpe, lanzó un grito agudo y desesperante:

“¡Aiiiii! ¡Aiiiii!”

Grito doloroso que se convertía en chillido mientras corría por los montes. Fue así como *Koisit* se convirtió en zorro. Animal repulsivo que sólo duerme de día, y merodea de noche, robando los sembrados y asustando a la gente con su aullido.

Dicen que el guayuco de *Koisit* se convirtió en la cola de pelambre espesa que tienen los zorros.

**NUCHUKUA SAMULU EE ANUWANA  
(EL ZAMURO Y EL REY ZAMURO)<sup>20</sup>**

*Juransiku Waya* era un hombre riquísimo de la tribu Aapushana que tenía extensas propiedades y era dueño de muchas vacas, caballos y carneros. Era nativo de las sierras cojoreñas donde su antepasados formaron liga con los *Kosinas*.

Pero *Juransiku Waya*, apodado *Kushematai*, o «Color de Tizne», era tan pichirre que prefería morir de hambre antes que matar una res para comer. Los hombres honorables lo apellidaban *Menot* en alusión a su traje negro y costoso que nunca se llegó a cambiar.

Era muy estimado en La Guajira por su bondad, valentía y pulcritud; pero muy criticado por su mezquindad y su recelo. Gustaba de las mujeres bellas, y siempre estaba servido por una corte de amigos, parientes y servidores que lo seguían con esmero. *Juransiku Waya* tenía excelentes caballos de carrera, bien cuidados por expertos jinetes, domadores, curtidores y adivinos. Todos estaban pendientes de los caballos de su amo, para que siempre ganaran en las grandes competencias.

Cuando llegó la época de las grandes sequías, *Juransiku Waya* tuvo que trasladarse con sus animales a las heredades de un pariente suyo de nombre *Anuwana*. Quizás el hombre más pródigo de aquellos tiempos.

*Anuwana* era rico; tenía muchos animales; gustábale comer bien y atender con esmero a sus amigos.

Cuando llegó *Juransiku Waya* a las tierras de *Anuwana*, se instaló con su familia en un pequeño valle, junto a un arroyo de buenos pastizales.

<sup>20</sup> Relato auténticamente original (Nota del autor).

Allí comenzó a cuidar sus rebaños de presuntos pillajes y extravíos. Diariamente los contaba, dos veces lo hacía. Una en la mañana, antes de soltarlos al campo, y otra en la tarde, al llegar a los corrales.

«Tantas vacas de vientre..., tantos toros..., tantos novillos...»

Lo mismo hacía con los carneros, los chivos, los caballos y demás animales. Siempre pasaba el tiempo en los corrales, embebido, contemplando su ganado y orgulloso de ser el más rico de los hombres. Vegetaba una vida miserable: sólo comía cujies machacados, yuca brava y huevecillos de reptiles. Su compañera, de nombre *Katlot*, recolectaba en los campos: frutos, panales y raíces para matar el hambre. Algunas veces, *Anuwana* se preguntaba:

«¿Por qué a mi pariente no le agradecerá comer carne? Pero no se podía responder.»

*Juransiku Waya* era lo contrario de su hermano *Anuwana*. Era éste un comelón, mofletudo y barrigón, que solía tener junto a su rancho un dividivi explayado donde iba colocando los cuernos de su presa. Siempre veíanse colgados, como enormes trofeos de abundancia: cuernos retorcidos de carneros, cachos puntiagudos de chivatos, cabezas de novillos. Con esto, y la candela siempre lista, las hambres no llegaban, ni rastreaban los machorros el fogón como en casa de su huésped avariento. Pero *Anuwana* no quiso criticar a su pariente, porque ambos se trataban como hermanos aunque fuesen de distinta tribu.

Un día *Katlot* dijo a su marido:

– Nos vamos a morir de hambre. Nuestros hijos están flacos. Ya parecen retobos desecados. Se les marcan las costillas, se le ven las coyunturas y sus caras huesudas parecen calaveras. ¿Por qué no mandas a sacrificar una res, para que comamos todos?

– Me pides algo, en que no puedo complacerte, mujer. No quiero mermar mis reses solamente por tu antojo. Esas vaquitas me hacen falta para, cuando muera coman los invitados a mi entierro. Y no vayan a decir: «Qué muerte miserable la de *Juransiku Waya*; ni siquiera un corderito sacrificaron en su honor». No quiero que después de muerto me sacrifiquen por no haber tenido un buen velorio; o me aparezca en la otra vida con las manos vacías. No; deja mis animales tranquilos. Además, no me gusta la carne porque envejece rápido y no quiero morir con arrugas prematuras. Diles a nuestros hijos que busquen machorros y maten pájaros si es que desean comer carne.

Un día *Anuwana*, hizo un novillo. Y como era buen vecino, mandó una tira de costilla para su hermano. Cuando el sirviente llegó con el regalo, dijo a *Katit*:

– Aquí manda tu cuñado estas costillas, para que le hagas un caldo a tu marido. La mujer, muy contenta, tomó las costillas e hizo con ellas un sancocho.

Cuando llegó *Juransiku Waya* del trabajo, éste preguntó:

– ¿Qué cocinaste, mujer?

– Una costilla de res, que mandó tu hermano.

Al principio no quiso probar el caldo; pero al fin la mujer lo convenció... y cuando se hubieron comido hasta los huesos, *Juransiku Waya* dijo satisfecho:

– ¡Que bueno!... Nunca supe que la carne de vaca fuera tan sabrosa.

Al día siguiente, *Anuwana* mató otra res y le mandó a su vecino un lomo de entrecanto. La mujer, muy experta cocinera, lo sazonó bien y lo guardó su marido. Cuando éste llegó del pastoreo, preguntó:

– ¿Qué me has guardado para hoy?

– Un lomo de entrecanto que mandó tu hermano.

– ¡Véngase!...

Y después de haber comido, se chupó los dedos, se lamió las manos, buscó sobras en la olla y luego dijo:

– Esta carne, tiene sabor a guiso de tortuga..., ¡Qué sabroso...!

Al tercer día, *Anuwana* volvió a matar otra res. Y le mandó a su cuñada: la panza, las patas, la cabeza y otras partes. Esta vez, la mujer también hizo lo mismo, limpió la panza, desconchó las pezuñas, echó los ingredientes en la olla y lo puso a hervir. Al mediodía, cuando llegó *Juransiku Waya* de sabanear, le sirvieron la comida.

– ¿Qué sopa es ésta?

– Mondongo, que preparé con la panza de res que me mandó tu hermano.

...Y se puso a comer con avidez. Paladeando en cada sorbo el rico mondongo que preparó *Katit*...Y él comía despaciosamente...

– ¿Por qué no comes ligero? –le preguntó la mujer.

– Estoy saboreando la ricura del mondongo, y lo como lentamente para que no se me acabe tan ligero.

Al día siguiente, *Katit* dijo a su marido:

– Te comportas desleal y descortés con tu hermano. Tres días consecutivos tiene mandándonos la mejor carne: ¿Por qué no devuelves tu gratitud, matando una vaca y mandándole igual cosa? Mira que es de

gente buena, el obsequiarse mutuamente.

Pero *Juransiku Waya* contestó:

– ...Y... ¿Quién lo manda a ser tan obsequioso?... Yo no he dicho que me mande carne. Ni le he exigido, ni pedido para luego compensarle. Además, yo no tengo intenciones de sacrificar uno de mis animales solamente por darle gusto a él. Ésos, mis animales, son para llevarmelos cuando muera. He dicho que no quiero irme a la otra vida sin llevarme algo.

Y dicho esto se fue a pastorear sus rebaños. Los rebaños de *Juransiku Waya* se extendían por todas las llanuras y los montes. Casi no cabían en las comarcas vecinas, y sin embargo, su dueño los contaba día y noche. Si por casualidad faltaba alguna res, no dejaba de buscarla hasta dar con ella. Y si muerta la encontraba, la hacía traer hasta su rancho para que los curanderos la resucitaran. Así eran las rarezas de este hombre. Una vez *Anuwana*, para celebrar el tiempo de las buenas lluvias, organizó una fiesta esplendorosa.

El primer invitado fue *Juransiku Waya* y otros personajes de renombre. La fiesta fue lucida y movida. Hubo danzas, bebezones, pugilatos, comilonas y carreras de caballos. El rico *Wayuu* se sintió a sus anchas. Rodeado de agradables señoritas que brindaron sus amables atenciones.

En aquella fiesta, hubo ponderación de riquezas por parte de afa-  
mados personajes; hubo pruebas de destrezas: en las luchas, en los cantos, en los tiros y sobre todo en las carreras.

En todas las competencias de carrera, los caballos de *Juransiku Waya* ganaron a los mejores corredores de la región. Y orgulloso de sus ágiles corceles, celebró sus victorias embriagándose con Imema de maíz. *Anuwana* mandó a las mujeres que sirvieran bastante comida. Sobre todo carne hecha de distintos modos: fritos, asados, hervidos, guisados, etc.

A *Juransiku Waya*, fundido por la embriaguez, le sirvieron tripas fritas y bien condimentadas, hígado y riñones asados, testículos de ovejo, lomo guisado y sangre frita. Todo eso se lo hicieron comer hasta dejarlo ahíto.

Al otro día, después de la tremenda rasca, sintió el malestar que siempre deja una noche turbulenta. Tenía ganas de seguir bebiendo y seguir comiendo; pero la fiesta se había terminado y todos se habían retirado.

Borracho, canturreando y moviéndose torpemente, logró montar en su corcel y retirarse a su vivienda. Al llegar a su rancho, y después de pensar un rato, llamó a su mujer y le dijo:

– No estaría mal que hoy matáramos una novillita, aunque sea la más flaca.

Y mataron una novilla que estaba enferma desde hacía días. Él mismo la degolló y la descuartizó. *Katlot*, siempre agradecida de los favores de su cuñado, dijo:

– ¿Qué parte de la res mandaremos a tu hermano, como seña fraterna que debemos comer juntos de aquello que la suerte nos depare? *Juransiku Waya* se quedó pensativo y un poco disgustado por lo entrometido de su mujer. Luego respondió:

– Pues, mándale la lengua. No se creará que le vamos a dar la mejor carne. Eso nos hace falta. Tal cosas hizo para ver si su hermano repugnaba la presa y se la devolvía otra vez.

Pero *Anuwana*, cuando recibió la lengua, se puso contento. Y todavía cuando se la dieron cocinada. Saboreándose y lamiéndose los labios, dijo:

– Nunca comí lengua de res. Ahora pruebo que es riquísima. Ojalá

mi hermano me la siga mandando cada vez que mate. Como aquella vez, la carne solamente duró un día. *Juransiku Waya* hizo matar otra res a la mañana siguiente. Entonces la mujer preguntó a su marido:

– ¿Qué presa mandaremos a tu hermano?

–  
Y el tacaño, después de examinar toda la res, dijo con desdén:

– Mándale los ojos. Para ver si se asusta ese refistolero de tu cuñado. Puede ser que no le guste y nos la devuelva otra vez. Y te aconsejo que no te la echés de manirrota con nuestra carne.

– Cuando *Anuwana* recibió los ojos, se los comió con deleite y exclamó:

– ¡Qué ojos tan divinos!!... Ojalá que mi hermano arranque todos los ojos de sus animales y los mande.

Las ansias de comer carne, crecían tanto en *Juransiku Waya*, que parecía tener una extraña enfermedad. Al tercer día mandó a matar un toro.

El más grande, el más gordo, el más hermoso. Esta vez mandaron a su hermano la cagalera (tripa de cagar), por ser la parte más sucia de la res. Pero *Anuwana*, sin ningún reparo, decía con el obsequio:

– Parece que mi hermano adivinara cuáles son mis presas favoritas. Cuánto le agradezco su presente.

Tres días seguidos llevaba *Juransiku Waya* comiendo carne. Al cuarto día repitió lo mismo, al quinto, al sexto; hasta que se acostumbró a matar una res todos los días. *Anuwana*, por su parte, apeteció tanto la lengua, los ojos y la cagalera, que desde entonces no volvió a matar sus propias reses, sino que esperaba que *Juransiku Waya* matara las suyas y le mandara las presas de su agrado.

Las vacas mermaban cada día; *Juransiku Waya* había olvidado su rigidez mezquina; ya no se acordaba del otro mundo, ni del velorio festivo que harían en su honor; ya nada le importaba; solamente ansiaba comer carne y nada más.

Así pasaron los soles..., los estíos..., los inviernos, hasta que todo su ganado se acabó. Después que consumió las vacas, las terneras, los toros, los novillos, comenzó a matar carneros y a comérselos de distinto modo.

Algunas veces con impaciencia decía a su mujer:

– No te afanes en hacerme guisos, ni asados, ni hervidos sustanciosos porque pierdes mucho tiempo; prepara mi comida como mejor convenga. Recuerda que los perros no tienen mucha delicadeza cuando ven un mojón provocativo. Un tanto harás tú con mis comidas.

Luego dispuso que mataran todas las ovejas y conservaran su carne en cecina, salpresa, tasajo, asoleada, etc. Algunas veces los sirvientes, dado el exceso de carne, hacían la cecina y la exponían al sol sin agregarle sal. De suerte, siempre se ponía mala y hedionda. Entonces su mujer decía:

– Marido mío, la carne está podrida, no la podrás comer.

– No importa, mujer. Así me gusta. ¡Sediza y sabrosita! Huele bueno a mis narices..., sírvemela como esté. Que más hediondo comen los escarabajos y más crudo saborean los tigres.

*Juransiku Waya* había perdido el sentido del olfato; sólo apetecía las he dentinas y los olores fuertes. El olor de su habitación se hizo insoportable; apeataba y estaba hedionda todo el tiempo. Sus amigos no volvieron a visitarlo, y sus sirvientes lo fueron abandonando uno a uno.

Ya no se cuidaba de las condiciones de su comida y su persona. Olvidó su pulcritud; olvidó el zumo de los cujies y las celdillas de los panales que chupaba, las raíces y los frutos de los campos que comía. Sólo quería comer carnes y más carnes, aunque fuesen descompuestas.

Llegó un momento en que se agotaron todos sus rebaños y nada le quedó. Entonces mandó a matar sus chivos, sus perros, sus caballos. Y cuando todo se acabó definitivamente, ensilló el único caballo<sup>21</sup> que le quedó y salió desesperado a buscar carne por todas las comarcas; pero como nadie más tenía ganado, ni carneros, ni chivos, resolvió matar gente para comer.

Y como todos sabían de sus malas intenciones, salieron a esconderse en las peñas y los montes. *Juransiku Waya* se iba enflaqueciendo cada día; solamente su traje negro le abultaba el cuerpo; los pellejos de la cara le colgaban; su apariencia era la de un tísico hambreado.

Un día, en su afán desesperado por encontrar carne, vio una mortecina de zanguangas chorreantes, y lleno de alegría, comenzó a danzar mientras iba desgarrando las piltrafas de la carne putrefacta.

Desde entonces *Juransiku Waya* se convirtió en Zamuro, y quedó para siempre habituado a comer carroña y alimentarse de cadáveres podridos.

*Anuwana*, por su parte se hizo más rico de lo que era; y también quedó habituado a comer los ojos, la lengua y la cagalera de los animales muertos.

Es ésta la razón por la cual los zamuros, cuando encuentran un cadáver y el Rey Zamuro (*Anuwana*) se presenta, dejan que primero éste coma las partes que apetece.

«Rigurosamente, no existían tales caballos, sino que el vuelo de las aves, y sobre todo el de los zamuros, se asoció al paso de los caballos cuando posteriormente los *Wayuu* aprendieron a montar» (Nota del autor).

Lo cierto fue que *Anuwana* se convirtió en jefe de los zamuros y éstos en vasallos miserables. Por su parte, *Katiot*, dado a sus costumbres asquerosas y por haber convivido con el zamuro, se transformó en gallina, que siempre busca su alimento picoteando y escarbando el suelo.

Ésta es la relación sobre el porqué los zamuros se alimentan de carroña y cosas muertas. Porqué el Rey Zamuro come primero del cadáver los ojos, la lengua y la cagalera. Porqué la gallina es un ave que come toda clase de suciedades. Porqué el zamuro come de todos pero de él nadie come.

#### REFERENCIAS AL ZAMURO

*Samulu o Zamut*: Es el nombre guajiro del zamuro, también llamado zopilote o gallinazo en algunas partes de América.

*Katiot*: Es el nombre primitivo de la gallina silvestre.

*Juransiku Waya*: Va asociado al nombre de un «*Wayuu*» rico y famoso por su avaricia que existió en épocas muy lejanas, pero muy posterior a esta relación. Posiblemente su nombre deriva de Francisco Báez o Valles.

*Menot*: Significa color de mene o muy negro. Se refiere al color negro de los zamuros

*Kuashematai o Kaushema*: Significa «Color de Tizne», «Color Carbón». Se refiere al color negro de los zamuros.

**KAULA NUMAA ANNEERŪ**  
(EL CHIVO Y EL CARNERO)

Érase un chivito que había quedado huérfano al nacer. Y para que no muriera fue amamantado en otra cabra que le sirvió de madrastra; pero esta no lo quería. El chivito creció en medio de la más angustiosa orfandad: flaquito, cursiento y enfermizo. El dueño le puso el nombre de *Kareeta* (careto), por las manchas de su cara que semejaba un disfraz.

Cuando *Kareeta* ya estuvo grandecito se dedicó a enamorar las cabritonas, a cortejar las cabras viejas y a echarle piropos a las chivitas, por lo cual los chivatos y las cabras lo aporreaban a cornadas y no le daban tregua en sus maltratos. Los mayores veían con malos ojos la precocidad de aquel chivo presuntuoso, que apenas si mostraba el signo de su sexo y ya se creía un chivatón.

El dueño nunca lo dejaba afuera con las chivas de su edad, sino que lo encerraba en el corral, junto con las cabras y el chivato. El pobre *Kareeta* tenía el cuerpo magullado de tanto recibir topetazos del padre y cornadas de las cabras. Un día, cansado de tantos aporreos, desistió de sus amores y se fue a vivir alejándose de la maldad de sus compañeros. En la tarde, cuando las cabras se juntaron en la majada, el dueño notó que el huérfano faltaba en el rebaño. Lo buscó por los alrededores pero no lo encontró. *Kareeta* no aparecía por ningún parte. El huérfano faltaba; se había ido a vivir otra vida menos rigurosa, se había ido a la selva a buscar su propia suerte.

Cundió entonces la alarma en el corral sobre la desaparición de *Kareeta*; pensaron que se lo habían robado, y que, después de hecho un guiso, quizás en qué tripas estaría metido.

*Kareeta* era un chivo inteligente y precavido; nunca quiso juntarse a

otros rebaños, ni dormir en corral ajeno, por temor a que se lo comieran, se lo robaran o lo vendieran; por eso prefirió el monte y la soledad.

Andando y andando, tropezó en su camino con un borrego flaco que venía en dirección contraria muy triste. *Kareeta* al verlo se sorprendió.

Nunca se imaginó que en un lugar tan oculto y alejado pudiera encontrarse con un pariente. *Kareeta* saludó al caminante:

– ¡Qué hubo, amigo! ¿De dónde viene usted con esa cara de amargura?

– Vengo de donde salí –respondió el otro.

– ... Y ¿a dónde va?

– Voy hacia donde me lleve el camino –respondió el borrego, algo enfadado.

– ¿Y qué se dice por allá de dónde viene usted.?

– Muchas cosas. Pero no me pregunte más, vaya usted vea, sienta y venga arrepentido como yo, si por casualidad tiene suerte de regresar vivo.

Entonces el borrego empezó a contar su tragedia, muy similar a la del chivo.

Cuando ambos entraron en familiaridad y se brindaron confianza, el chivo dijo a su amigo:

– Desde hoy seremos compañeros inseparables, y juntos afrontaremos la adversidad que se presente.

Seguidamente sellaron su pacto de amistad con un topetazo de frente; y para no seguir la misma vía, se desviaron hacia el monte a buscar un sitio seguro donde vivir, fuera del peligro de las fieras.

Después de escoger el sitio conveniente, se instalaron en una cueva, cerca de un hontanar de verdes pastos. Vivían tranquilos y felices en aquel lugar. *Kareeta* se hizo un chivato corpulento y fuerte. El borrego, un carnero lanudo, ágil y fuerte como un toro.

Un día, ambos amigos resolvieron dar un paseo por el bosque para ver hasta dónde llegaba su extensión. Cuando iban por el camino, despreocupados y contentos, vieron una huella rara pintada en la arena. Era la huella de un tigre que poco antes había pasado por el mismo camino que ellos seguían. Ellos no conocían el tigre, pero sí habían oído hablar de su ferocidad. El Carnero dijo:

- Amigo *Kareeta*, vea esta huella enorme que va delante de nosotros. ¿De quién será?

- Es huella de tigre -respondió *Kareeta* examinándola- y lleva el mismo rumbo que nosotros.

- ¿Qué haremos? -preguntó el Carnero.

- ¡Pues sigamos para ver su porte! -respondió *Kareeta*.

Ambos amigos, como eran muy animosos, siguieron tras la huella de la fiera. Pero a medida que avanzaban, las huellas se hacían más confusas y se iban perdiendo en las malezas. Fastidiados ya de tanto andar, resolvieron volver por otra vía para ir conociendo nuevos lugares. Cuando venían de regreso a su guarida, encontraron a la orilla de una trocha el retoño de un tigre que, a juzgar por su cabeza mutilada, ya tenía mucho tiempo de haber muerto.

La lluvia, el sol y el viento habían quitado ya su mal olor. La cabeza

de tigre estaba completamente seca. La parte inferior de la cabeza que estaba en contacto con el suelo veíase amarillenta, con algunos pellejos y bigotes, mientras que la parte de arriba estaba limpia y blanca.

El Carnero examinó la cabeza y dictaminó que se parecía a la de un gato enorme. El chivo enseguida comprendió que era la de un tigre, muerto por alguna enfermedad. O quizás por qué otra circunstancia. Lo cierto fue que resolvieron llevarse la cabeza como trofeo.

Andando los amigos, vieron un nido vacío que pendía de una rama. Aquel nido abandonado era como una especie de bolso, fuertemente tejido por un pajarito llamado *Se'é* (Gonzalito o Gonzalico). El Chivo dijo al Carnero:

- Cojamos ese nido para guardar la cabeza del tigre, porque pesa mucho.

El Carnero cogió una varilla y descolgó el nido cuidadosamente; metieron en él la cabeza encontrada. Era nada menos que el Tigre maneto de la sierra, el más feroz de todos. De cuando en cuando se detenía a husmear el viento y arañar los árboles con sus fuertes garras. Aquel tigrizo infundía miedo. Entonces el Chivo dijo al Carnero:

- Amigo, yo creo que ese bicho que viene ahí es el Tigre; yo no lo conozco de vista, pero sí por referencia. Tal como me lo han pintado, así es.

- ¿Qué hacemos? -dijo el Carnero.

- ¡Ah! se me ocurre una idea para deshacernos de esa fiera -dijo el chivo.

- Busquemos las matas secas que ya estén próximas a caer y que tengan las raíces podridas. Hagámonos los furiosos y descarguemos contra ellas nuestras fuerzas para derribarlas.

El Tigre aún no había reparado la presencia de los infortunados amigos, que pronto iban a enfrentarse a una difícil situación. El Chivo, dando bufidos de cólera, se abalanzó contra una mata seca y de una cornada la tumbó.

El Tigre sintió el estrépito de la caída y se puso a la expectativa. Él no conocía aquellos personajes que con tanta fuerza tumbaban matas. El Tigre, atento a las acciones, se decía:

«¡Mmm! ¡Qué personajes tan raros! Cómo tumban las matas con tanta facilidad siendo tan débiles de cuerpo».

– Entonces el Carnero, dando varios pasos hacia atrás para tomar impulso se abalanzó con todas sus fuerzas, y de un topetazo derribó otra mata.

– ¡Vaya! –decía el Tigre–. Hasta en la frente tienen fuerzas. ¿De dónde habrán salido esos individuos tan extraños? Uno tiene bucles enrollados en las orejas y su cuerpo parece una nube blanca. El otro tiene dos puñales retorcidos en la cabeza y tiene barbas de aragüato.

El Chivo, berreando de furor, arremetió contra una mata fofa y de un solo golpe la tumbó. El Tigre comenzó a sentir miedo, ante el poder extraordinario de aquellos forzudos. El Carnero volvió a la carga contra una mata de jobo, y de una sola embestida la hizo caer. Cuando el Chivo y el Carnero terminaron de tumbar los palos, el Tigre se acercó a ellos:

– ¡Hola, señores! ¿Qué tal va el trabajo?

– Muy mal –respondieron. Estamos pasando el tiempo arrancando matas, porque no hemos encontrado lo que buscamos.

– Y... ¿Qué es lo que busca? –inquirió el Tigre.

– Unos personajes famosos que viven aquí –respondieron ellos.

– ¿Ustedes son cazadores?

– No, no somos cazadores. Nuestro oficio es matar tigres y arrancar sus cabezas para llevarlas a nuestra casa como trofeo.

Al Tigre, al oír aquellas palabras, se le pusieron los bigotes de punta. Pero la fiera, tomando ánimo, volvió a preguntar:

– ¿Y cuántos tigres han matado?

– El Chivo respondió:

– Muy pocos; sólo hemos matado siete.

El Tigre, al oír aquello, sintió un escalofrío repentino; horrorizado, se puso a temblar como un machorro.

– ¿Por qué tiembla, amigo?

El Tigre, fingiendo su miedo, respondió:

– Es la emoción que me da al saber que ustedes ha matado siete tigres.

¿Quieren enseñarme sus cabezas?

– ¡Como no! –exclamó el Chivo. Y dirigiéndose al Carnero le dijo:

– A ver cacho enrollado, sácame del bolso una de las más nuevas.

– El Carnero sacó y enseñó al Tigre la parte más blanca del cráneo...

– No. Ése no; el otro –gritó el Chivo.

El Carnero volvió a meter la mano en el bolso y sacó la misma cabeza. Esta vez mostró al Tigre la parte inferior del cráneo donde se veían

los colmillos.

– ¡No seas bruto! –le interrumpió el Chivo. Te he dicho que el otro, el que matamos últimamente.

El Carnero volvió a meter la mano en el bolso y enseñó al Tigre la cara donde se veían los bigotes. Así fue enseñando las diversas partes de la misma cabeza hasta completar siete.

– ¿Ya estás convencido, verdad?

– Sí, sí –repuso el Tigre–, todo perplejo y asustado.

Entonces el Carnero, dando unos pasos hacia atrás, se vino sobre el Tigre dándole tan tremendo topetazo que le arrancó tres dientes. Mas el Chivo, sin perder tiempo, le dio una cornada en la barriga que casi le saca el mondongo. El Tigre, todo maltrecho, quiso enfrentarse, pero el Carnero le dio tan fuerte el golpe en las traseras que casi le arranca el rabo y los granos de la vida.

El Tigre, al ver que no podía con aquellos demonios enfurecidos, salió despavorido dando gritos de dolor por entre las malezas. Después de esta partida, los dos amigos volvieron muy contentos a su guarida, consagrándose como auténticos tigreros. Andando el tiempo, el Chivo comenzó a sentir nostalgia de su familia. Un día dijo al Carnero:

– Siento fastidio de esta soledad, amigo. Quiero regresar a casa de mi dueño, quien ya me creará muerto. Qué sorpresa sentirá mi amo cuando me vea.

Como ya soy adulto, me nombraron padrote de la manada.

– Tienes razón, amigo *Kareeta*... –respondió el Carnero.

– Yo también quiero irme a casa; tal vez me echarán de menos en el

redil. Es posible que me haga dueño del rebaño.

– Mi amo también se sentirá contento con mi llegada.

Entre suspiros y suspiros pasaron la noche conversando de la próxima partida. Al otro día, después de una triste despedida, cada uno tomó su camino de regreso.

Un día entero empleó el Chivo en llegar al hato de su dueño. Cuando las cabras se reunieron en la majada como de costumbre, apareció *Kareeta* gallardo y hermoso como un auténtico macho cabrío. Las cabras y las cabritonas se lo disputaban. De pronto llegó el dueño y lo vio.

– ¡Ah! *Kareeta* –exclamó. Pero... ¡Qué grande y hermoso está! ¿Dónde estaría durante el tiempo que estuvo ausente? ¡Está gordo!

Al otro día, el dueño se levantó temprano, afiló el cuchillo, llamó a sus hijos y les dijo:

– Vamos, muchachos, ayúdenme a capar el cimarrón que llegó ayer porque si no... se va y no lo volvemos a ver más.

Aquella mañana, tres hombres entraron al corral, cogieron al Chivo por los cuernos y las patas y lo sujetaron bien, mientras el amo lo castraba sin piedad.

Así fue como el dueño recompensó el retorno de *Kareeta*, quitándole su virilidad e inutilizándolo para toda la vida. La suerte del Carnero, su amigo, fue más trágica, puesto que el dueño se lo comió tan pronto llegó al redil.

De esta manera, la fatalidad tronchó las aventuras de dos valientes amigos que jamás se volvieron a ver.

## ANIMALES QUE HAN TRASCENDIDO EN LA MITOLOGÍA WAYUU COMO GRANDES PROTAGONISTAS

Animales considerados bondadosos y poseedores de grandes virtudes cuya conducta siempre ha sido positiva

*Utta* (Aguantapiedras o pico gordo, ave bucónida): Célebre por haber asignado los nombres a los clanes *Wayuu*, por mandato de *Malei'wa* después que otros fracasaron en tal intento. Como personaje mítico, era sabio, elocuente y siempre de buen humor. Su nombre aparece en numerosas leyendas. Como ave, es un pájaro manso que anuncia las lluvias con su canto. Según se cree, es tótem del clan *Wo'uliyuu*.

*Aneechi* (Carpintero Real): Célebre por haber libertado a los Gemelos Prodigiosos del cautiverio de la piedra. Su nombre aparece en numerosas leyendas.

*Iisho* (Cardenal, Richmondena Fohenicea): Hijo de *Juyá*, protagonista de numerosas aventuras. Como ente mítico llevaba el sobrenombre de *Ulepala*. *Juyá* para perpetuar su memoria, lo transformó en Cardenal. Ave mansa de canto y plumaje hermoso.

*Molokoona* (Hicotea): El más grande tocador de *Kaasha* (tambor). Animaba con su ritmo las grandes fiestas en honor a los genios. Su forma, parecida a un pandero, se asoció a su oficio de tocador, lo mismo que la forma encorvada de sus manos o miembros inferiores.

*Waleker* (Araña): La araña es considerada por los *Wayuu* como la abuela intocable que legó al género humano el arte de tejer.

*Irama* (Cierva o venado): Mujer célebre por sus ojos y de graciosa figura. Como hombre, apuesto hombre adornado de *Kotsii*. Alude a la ornamenta.

*Maajua* (Perdiz Bola).

*Jokooche'e* (Lagarto sabanero): Hijo de *Juyá*, célebre por su elocuencia. Mensajero hábil, palabrero, anuncia la aproximación de las lluvias alargando y encogiendo la membrana que lleva debajo de la barbilla.

*Mapa* (Abeja miel): Célebres señoritas que elaboraban bebidas fermentadas mediante la masticación de las sustancias extraídas de las plantas, tales como la miel y la jalea. Ellas fueron las que inventaron el sistema de fermentar las bebidas mediante la masticación y que luego imitaron los *Wayuu* como forma de preparar sus bebidas fermentadas.

*Warutta* (Caracol): Personaje legendario protagonista de numerosas aventuras relacionadas con el principio de la creación. Más otras situaciones de humor bastante pintorescas.

*Junuumai* (Escarabajo): Célebre por haber robado a *Malei'wa* el fuego divino en forma de brasas encendidas, que luego dio a los hombres para que éstos hicieran uso de él. *Junuumai*, en castigo a su delito, fue metamorfoseado en escarabajo.

*Jeyuu* (Hormiga): Incansable mensajera y recolectora de los frutos silvestres. Representa a las personas que emprenden largas jornadas para obtener productos de subsistencia. Es tótem del clan *Pushaiwa*.

*Ke'erü* (Cachicamo).

*Mou'wa* (Paloma silvestre): Joven hermosa que se enorgullecía de sus bellos ojos y que insultó a los Niños Prodigiosos cuando éstos le robaban sus sembrados. Luego, en castigo por su soberbia, los Gemelos la metamorfosearon en paloma silvestre para que llorara continuamente su desgracia; de allí su nombre de llorona en alusión a su canto lastimero.

Animales supuestamente malvados cuya conducta siempre se ha considerado negativa:

*Kala'ira* (Tigre felis Onca): Personaje célebre por su ferocidad. Era hijastro de *Chaama'a* y la soledad. Poseía atributos sobrenaturales que lo hacían poderoso e invencible. Era el dueño del mundo cuando todo era selva y capaz de adquirir las más variadas formas según las circunstancias. La tradición lo hace portador de maldad y mal agüero. Es tan terrible que se le considera como personificación de las fuerzas destructivas. Cuando aparece en la selva de los sueños es igual al tigre real y siente aviesa hostilidad hacia el hombre. Sangriento, no compasivo y violento. El tigre representa todo el instinto bestial que el hombre lleva oculto bajo su inconsciente. Su presencia como fiera salvaje es signo de hambre y sequía, en cuanto se lo considera huido de su propio ambiente impulsado por la escasez. Es el tótem del clan *Uliana*.

*Ala'ala* (Araguato): Célebre personaje que, según el mito, era poseedor del Rayo, el Trueno y las Nubes. Distribuía las lluvias a su antojo y ejercía un dominio absoluto y cruel sobre los demás seres del mundo. Después de largas peripecias, *Juyá* lo despojó de sus armas y posteriormente fue convertido en mono como castigo a su maldad. La semejanza de su aullido con el trueno se asoció a la idea de considerarlo como anunciador de las lluvias. Algunos creen que fue el padre de ciertos grupos. Es el tótem del clan *Sapuana*.

*Mako* (Mono): Según la leyenda, fue contratado por *Malei'wa* para que asignara los nombres a los clanes *Wayuu*. Pero *Mako*, valiéndose de su astucia para ocultar su incapacidad, puso a los clanes nombres obscenos, razón por la cual *Malei'wa* indignado por tan impúdico proceder, lo metamorfoseó en mono. No está definido el clan que representa.

*Pusichi* (Murciélago): Unos lo consideran como personaje de mal talante que no gustaba del trabajo. Otros lo consideran ladrón hábil. Otros dicen que fueron mujeres impostoras que se hacían pasar por tejedoras y que, como castigo a su maldad, fueron transformadas en murciélagos. Clan *Pusichiyuu*.

*Walirü* (Zorro): Hombre haragán y astuto que no gustaba del trabajo. Es un animal de mal agüero, sobre todo por sus aullidos o chillidos. Es una de las fieras más repugnantes y, según parece, tiene pacto con *Wanüliüü*. Es el tótem del clan *Waliriyuu*, también llamado *Jinnuu* o *Koisit* en alusión a la cola espesa del zorro.

*Tool* (Lechuza): Se le representa como una vieja repulsiva y antipática cuyo oficio era anunciar malas nuevas con su canto.

*Monkuluuserü* (Titirijí): Esta ave nocturna de mal agüero aparece en numerosas leyendas como una vieja guardiana de la noche. Sobre todo en los tiempos lluviosos, como anunciadora de pestes y enfermedades.

Su canto remeda el lloro de las viejas. es una de las mensajeras de *Wanüliüü*.

*Yaliruwás* (Ave trepadora): Mensajero de *Wanüliüü*. Según se cree, acostumbra bañarse en la sangre de las víctimas, sobre todo cuando mueren trágicamente. Su canto es anuncio de sangre o asesinato.

*Yolija* (Pelicano): Se presenta en el mito como una vieja repulsiva, mezquina y soberbia. Fue castigada por los Niños Prodigiosos y convertida en pelicano por no haber querido darles agua para beber.

*Kayuushi* (Caimán): El más astuto de los ladrones. Fue castigado por *Juyá*, por haberle robado sus sembrados; posteriormente fue despojado de su lengua por el perro. En efecto, la lengua de *Kayuushi* semejaba una cuchara, la cual el perro pidió prestada para comer; pero como éste se quedará con ella, el caimán quedó sin lengua.

*Ma'ala* (Cascabel Serpiente): Según la creencia, *Ma'ala*, al igual que el resto de las serpientes, son enemigos irreconciliables de *Juyá*, quien nunca deja de perseguirlas. Las serpientes son espíritus silentes cuya presencia repentina es signo de mal agüero. Algunas pueden producir traumas psicológicos a las personas. Es tótem del clan *Uraliyuu*.

*Jayapa* (Pulga): Mujeres inmundas que, según la leyenda, fueron estrujadas por *Ma'ayui* y *Ulapiuy*.

*Kookooche'erii* (Rata): Vieja repugnante cuyo único oficio era robar en los sembrados y las casas de los genios.

*Set-Kii* (Saucel): Demonio en forma de ave, mensajero de *Waniilüüi*. Su canto es el presagio de los peores males. Sobre todo, su silbo es anunciadora de lluvias.

*Ishisü* (Chipó): Mujeres repulsivas mensajeras de *Waniilüüi*. Portadoras de los peores males.

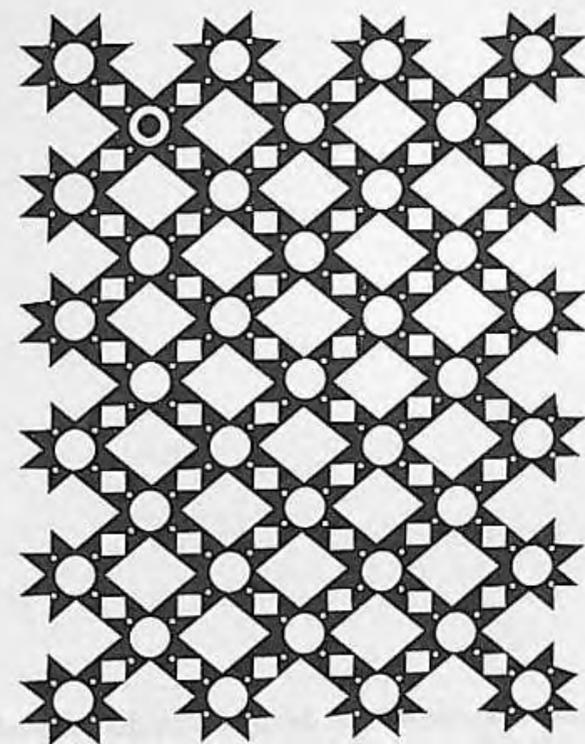
*Mapiüi* (Piojo): Mujeres asquerosas que vivían en los montes succionando la sangre de las plantas y luego pasaron junto con las ladillas a ser parásitos dañinos.



*Jimeo'uyaa*: La grafía representa la figura del ojo del pescado. Esta figura se usa básicamente para y en tejido en hilo.



*Ramón Paz Ipuana con su esposa Josefa Paz  
y sus hijos Esmeralda, Neida, Neima y Mayui.  
Fotografía tomada en Yaguasiru, Municipio Guajira.*



*Jolotso'uyaa: La imagen ilustra la forma, la composición de  
las estrellas. Esta figura se utiliza básicamente para el tejido.*

Este tomo, hace parte de dos libros denominados Ale'eya.  
Su edición se realizó en la ciudad de Bogotá por el  
Fondo Editorial Wayuu Araurayu  
en diciembre de 2016, con una tirada de 1000 ejemplares.

# Ale'eya <sup>Cosmovisión</sup> Wayuu

## Relatos Sagrados

Ale'eya es una condensación de como los Principios Formadores crean "El ordenamiento de lo existente" por medio de los Mellizos Transformadores y Otros Genios Fecundantes, quienes transmutaron el mundo en su estado actual a partir de los elementos originarios del cosmos. Ale'eya entrará en las páginas de la historia universal, por su gran aporte espiritual, filosófico, histórico y literario basado en la oralidad del pueblo wayuu, una muestra más de la lucidez intelectual de los pueblos de Abya Yala. Muchas palabras regresarán al estómago, el corazón y la cabeza, lugares donde reside la pütchi anasü (palabra buena). Muchos elementos primordiales tendrán el papel que se merecen en la creación de Mma' (Madre Tierra).

